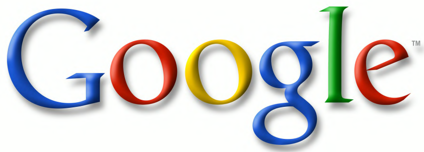
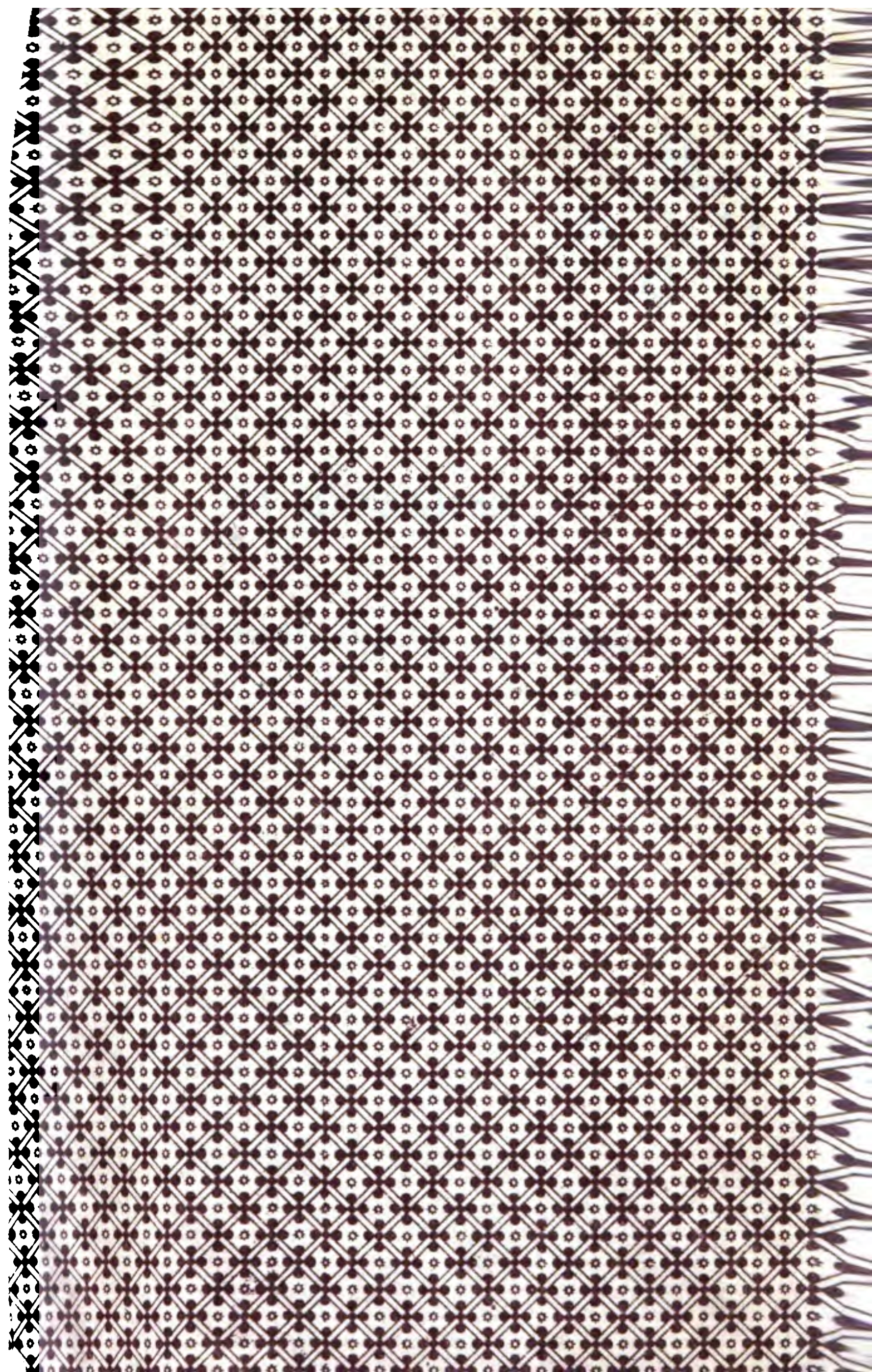




RESTAURACION

—

EL EJÉRCITO DEL NORTE.

LA RESTAURACION

Y

EL REY EN EL EJÉRCITO DEL NORTE.

LA RESTAURACION

Y

EL REY EN EL EJÉRCITO DEL NORTE,

POR

D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA,
Capitan de Infantería.



MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOT.ª Y GALVANOP.ª DE ARIBAU Y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Duque de Osuna, 3.
1875.

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

SEÑORA: Permítame V. M. que ponga á S. R. P. la presente obra: en ella se ve descrita, aunque pálida y débilmente, no por culpa de mi buen deseo y sí de mi escasa inteligencia, la figura de un Rey que, ilustrado, afable en el trato y sereno en el peligro, es, con harta razon, legítima esperanza de la patria.

Como V. M. verá, si se digna pasar la vista por estas páginas, la marcha del Rey ha sido por todas partes un contínuo triunfo, una ovacion contínua; y si el Monarca debe á sus altas dotes, á sus relevantes prendas, las pruebas de amor que le han dado todos sus pueblos, y los pueblos deben á

esas dotes del Príncipe que rige sus destinos la alegría que sienten y la esperanza que acarician, todos, Rey y pueblo, deben á V. M., en primer término, lo que son y lo que puedan ser de grandes y de venturosos, el uno como gobernante y el otro como gobernado; y ved, Señora, la razon que me impulsa á ofrecer á V. M. mi humilde trabajo.

Esa nobleza, esa bravura de corazon que hemos admirado en D. Alfonso XII cuantos hemos tenido el honor de estar á su lado en el campo de batalla; esa bondad, que forma la base distintiva de su carácter; esa ilustracion, que ha asombrado á todos los que la han podido apreciar, son debidos principalmente á la madre que, amante de su hijo y de su pueblo, quiso y supo hacer del primero un hombre digno de regir al segundo.

Las madres forman el corazon de los hijos, y por eso las madres, si son responsables de las faltas de aquéllos en muchos casos, son en todos partícipes de las glorias que alcanzan y de las alegrías que sienten.

Todos, Señora, reconocen en el jóven Príncipe, educado en la desgracia, un corazon magnánimo, abierto siempre al perdon de las ofensas, al olvido de las injurias, y todos deben bendecir, como bendice el que tiene la honra de escribir este libro, á la augusta Señora que, corriendo un velo sobre lo pasado, siembra, con abnegacion y con nobleza raras, la santa semilla de los nobles sentimientos en el corazon de su hijo.

Los historiadores, al examinar el carácter de D. Pedro de Castilla, disculpan al sacrificado de Montiel diciendo que, educado con su madre léjos del trono, en el abandono y en la desgracia, se alimentó de odios y de rencores que satisfizo al reinar.

Léjos del trono, en el abandono y en la desgracia se ha educado tambien Alfonso XII, y sus palabras al subir al sólio han sido éstas: «Perdon y olvido.» La historia censura y condena á doña María de Portugal, haciéndola responsable de las faltas que señala en su hijo, y la historia, para ser lógica y justa como tal historia, debe aplaudir y bendecir, y aplaudirá y bendecirá de

seguro, á doña Isabel II por el noble y magnánimo carácter de D. Alfonso XII.

Treinta y cinco años ha ocupado V. M. el trono de España: esquilmado, aniquilado el país por dos guerras igualmente feroces é injustas, V. M. supo colocarle con potente mano á la cabeza de la civilizacion, sembrar su suelo de ferro-carriles, poblar sus aires de hilos telegráficos, levantar su crédito, crear su marina y su ejército, aumentar las fuentes de su riqueza, llevar á Italia, á América y al África sus estandartes, y mejorar notablemente todos sus ramos de administracion, todo su organismo político.

La historia, Señora, hará justicia á V. M., y quiera el cielo que el Monarca que hoy ocupa el trono logre un reinado glorioso como el de su augusta Madre, reinado al que sirvan de apoyo y sosten súbditos agradecidos y leales.

SEÑORA:

A los R. P. de V. M.

Agustin Fernando de la Serna.

LA RESTAURACION.

I.

El dia 29 de Diciembre de 1874, á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el entónces Ministro de la Guerra, general Serrano Bedoya, recibió del gobernador militar de Sagunto un telégrama anunciándole que el general Martinez Campos habia salido de aquella villa al frente de la brigada Daban para proclamar Rey de España al Príncipe Alfonso, proclamacion que creia tendria efecto en las Ventas de Puzol, y que dicho general le habia dejado en pliego cerrado telégramas para el Ministro, para el general Jovellar y para el Capitan General de Valencia.

El Ministro corrió á casa del Sr. Sagasta á darle cuenta de lo que ocurria, é inmediatamente se convocó á Consejo en el Ministerio de la Guerra,

y reunido éste se recibió un telégrama del general Martinez Campos, fechado en Sagunto el mismo dia 29 á las nueve y diez minutos de la mañana, participando al Presidente del Consejo y al Ministro de la Guerra que, con la brigada Daban y demas fuerzas que esperaba, habia proclamado Rey constitucional de España al Príncipe de Astúrias D. Alfonso XII, porque éstos eran los deseos del pueblo español. El bizarro general terminaba su telégrama con las siguientes palabras: «Tenemos fe; nuestra causa es la causa de España; nuestro programa, el manifiesto del Príncipe.»

Este segundo telégrama, recibido á las doce y diez y seis minutos de la tarde, y otro del gobernador militar de Sagunto, recibido á la una y veintidos minutos de la misma, noticiando de un modo oficial la proclamacion, hecha á un kilómetro de la villa, pusieron de relieve á los ojos del Gobierno la gravedad de las circunstancias, é inmediatamente dió cuenta al Duque de la Torre, que se hallaba al frente del ejército del Norte, á los generales en jefe de los otros dos ejércitos y á las demas autoridades, disponiéndose á ahogar con sangre, si era preciso, el levantamiento de la brigada Daban.

El Duque de la Torre, que habia marchado desde Logroño á Tudela, supo en Castejon, por telé-

grama del general La Serna, lo sucedido en Sagunto, y continuando su viaje se preparó, de acuerdo con el Gobierno, á sofocar el movimiento que en un principio no creyeron importante; mas á las cinco y diez minutos de la tarde, el Ministerio, reunido en Consejo permanente, recibió otro importantísimo telégrama del general Jovellar, fechado en Castellon á las tres y treinta y dos minutos, anunciando que aunque no habia tenido noticia de los sucesos de Sagunto hasta despues de consumados, ni de la llegada á aquella villa del general Martinez Campos, constándole positivamente que el espíritu de las tropas era alfonsino, impulsado por un sentimiento de levantado patriotismo que se inspiraba en el bien público y en la necesidad de mantener unido al ejército para hacer frente á la guerra civil é impedir la reproduccion de la anarquía, aceptaba el movimiento y se ponia á su frente en el territorio de su mando. El Sr. Jovellar concluia diciendo: *Me he decidido á ello en el momento más solemne de mi vida, y creo interpretar así de la mejor manera posible el cumplimiento de mi deber en tan grave y complicada situacion. Deseo que el Gobierno, hecho cargo de esto, me juzgue con equidad, y cualquiera que sean las consecuencias espero tranquilo el fallo de la historia.*

II.

La situacion era ya gravísima. Un respetable cuerpo de ejército mandado por generales de valor, de mérito y de prestigio, volviendo por los fueros de la justicia y del derecho, proclamaba Rey de la nacion española á un príncipe en el cual estaban hacía tiempo fijas las miradas de todos, viendo en él una esperanza, una solucion con condiciones de viabilidad; una bandera que oponer á la que en nombre del absolutismo y en oposicion al espíritu de la época tremolaba orgullosa, más que por su propia fuerza por la ajena debilidad, en los campos de Navarra, Cataluña, Aragon y Valencia.

Y como si la actitud del ejército del Centro no fuese bastante á colocar al Gobierno en una situacion insostenible, la de la guarnicion de Madrid vino á demostrar esta verdad gratísima para la inmensa mayoría del país: que la revolucion habia muerto; que el período de las interinidades habia terminado; que de lo abstracto, de lo indefinido, se pasaba á lo definido, á lo concreto; que al grito de guerra de las facciones iba á contestarse con

otro de mágico efecto, que enardeciendo el valor de nuestros soldados y dando cabida en sus pechos á una esperanza que no habian abrigado ántes, resonaria en los campos de batalla como un eco de triunfo para las armas liberales, como un anuncio de muerte para las huestes absolutistas. El Gabinete que presidia el Sr. Sagasta lo comprendió así, y la frase: *Esto no tiene remedio*, atravesando el espacio en alas de la electricidad, llegó hasta Navarra. Con efecto, no le tenía: el ejército del Centro, no sublevado, pues nosotros entendemos por sublevacion lo que barrenando las leyes coloca lo injusto sobre lo justo, usurpa derechos y desconoce legitimidades; no sublevado, repetimos, sino alzado á impulsos del patriotismo y de la justicia, habia levantado una bandera saludada con júbilo en todas partes; en el pueblo y en el ejército. Y que esto era un hecho real lo demuestran los telégramas que mediaron entre el Duque de la Torre y el Gobierno; entre el general La Serna y el Ministro de la Guerra. Los generales me participan, decia el primero, que las tropas se conservarán leales, *pero que no se batirán contra sus hermanos;* el ejército, decia el segundo, se conservará unido y disciplinado para batir al enemigo que tiene enfrente, *pero no se le puede exigir más.* Una reunion de generales habida en Logroño mandó sus-

pender el envío de algunas fuerzas á esta córte, y el general Fajardo y el brigadier Serrano y Dolz fueron á Tudela á poner en conocimiento del Duque de la Torre aquella determinacion.

III.

El Capitan General de Madrid, por su parte, al tener noticia de lo que sucedia en el Centro, dijo que la guarnicion sostendria el órden; y llamando á su despacho á los jefes de Cuerpo, les encargó que fuesen á sus respectivos cuarteles y que allí no obedeciesen más órdenes que las que él les diera ó comunicára.

En la mañana del 30, momentos ántes de romper el dia, el Sr. Primo de Rivera (que supo extraoficialmente la adhesion del Sr. Jovellar), animado del mismo patriótico deseo que los que en Sagunto y en Castellon iniciaron el movimiento restaurador; comprendiendo que el bien de la patria reclamaba su cooperacion para la salvadora empresa, y escuchando á más la voz de sus convicciones y la de los cuerpos que estaban á sus órdenes, se presentó al Ministro de la Guerra

á participarle que la guarnicion estaba resuelta á secundar el movimiento, y que él, identificado con ella, lo estaba tambien. El general Serrano Bedoya se opuso con energía, y como dudase de lo que el Capitan General afirmaba respecto al espíritu de la guarnicion, fundándose para ello en seguridades que se le habian dado en contrario; el general que se habia opuesto á la venida á Madrid del Duque de la Torre, porque queria evitar hasta las probabilidades de una lucha que nunca hubiera sido conveniente á los intereses del país, se ofreció gustoso á acompañar al Ministro á la visita que queria hacer á los cuarteles, visita que comenzó á las dos y terminó á las seis y media, convenciéndose en ella el general Serrano Bedoya de que las aspiraciones de la tropa eran las mismas manifestadas por el general Primo de Rivera.

IV.

Á las siete y doce minutos de aquella noche tuvo lugar entre el Duque de la Torre y el Gobierno la conferencia telegráfica que, copiada de un periódico extranjero, han publicado algunos dia-

rios españoles; y terminada aquélla á las nueve se reunió en el Ministerio de la Guerra el último Consejo de Ministros de la revolucion, pues, momentos despues de comenzar aquél, el general Primo de Rivera participó á los Ministros que una Comision de la guarnicion de Madrid deseaba hablarles. Entró la Comision, y el Capitan General dijo á los miembros del Gabinete que la guarnicion se adheria al movimiento y que iba á constituirse un nuevo Gobierno. Los Ministros, en vista de esta declaracion, protestaron y se retiraron, quedando el general Primo de Rivera encargado de todos los poderes. Eran las nueve y quince minutos de la noche.

V.

Al tener noticia del alzamiento de Martinez Campos los generales Conde de Cheste, Reyna, Gasset, San Roman, Quesada, Macías, Larrocha y Moltó, reunidos en casa del primero el mismo dia 29, acordaron secundar el movimiento y luchar y morir si era preciso. Esta reunion hubo de repetirse el 30, á fin de salvar las dificultades que

pudieran presentarse, y habiendo resuelto jugar el todo por el todo, se disponian á marchar á los cuarteles, cuando el patriotismo y el valor del general Primo de Rivera hizo innecesarios la ayuda y el esfuerzo de aquellos generales, siempre dispuestos á escuchar la voz del deber, y á marchar adonde el deber les llamase en cumplimiento de sus compromisos y en satisfaccion de sus conciencias.

VI.

Las primeras disposiciones que adoptó el Capitan General de Madrid fué poner en libertad á los Sres. Cánovas, Escobar, Oñate y Cadórniga, detenidos en el Gobierno civil desde el dia 29, convocar á los hombres más importantes de la restauracion, y telegrafiar á todas las autoridades y al Conde de Balmaseda, participándoles lo que ocurria.

Reunidos inmediatamente en el Ministerio de la Guerra los representantes más caracterizados de los partidos moderado y unionista, celebróse una larga conferencia en la que todos rivalizaron en patriótico desinteres, formándose un Ministerio

compuesto de los Sres. Cánovas, Presidencia; Romero Robledo, Gobernacion; Cárdenas, Gracia y Justicia; Jovellar, Guerra; Orovio, Fomento; Estado, Castro; Marina, Molins, y Ultramar, Ayala, conservando el cargo de Capitan General de Madrid el Sr. Primo de Rivera, que no habia querido aceptar un puesto en el Ministerio.

La contestacion de las autoridades á los telégramas de Primo Rivera primero y del Ministerio-Regencia despues, fueron satisfactorias, pues únicamente tres Capitanes Generales y el General en jefe del ejército de Cataluña presentaron la dimision.

El Conde de Balmaseda, que recibió el telégrama en el momento en que, cumpliendo los compromisos que ante su propia conciencia contrajera, levantaba la bandera restauradora al frente de escasas fuerzas en Ciudad-Real, dejando en aquella ciudad autoridades de confianza, acudió al llamamiento del Gobierno; y el Duque de la Torre, al tener noticia del cambio efectuado en Madrid, entregó el mando del ejército al General La Serna, marchando á Francia por Canfranc y penetrando en territorio frances el dia 2 de Enero á las doce y treinta minutos de la mañana, acompañado de los brigadieres O'-Lawlor y Ahumada, miéntras el Gobierno confirmaba en el mando de General en jefe

del Ejército del Norte al General La Serna, que, movido por un sentimiento de delicadeza y queriendo dejar libre la accion del Ministerio, habia enviado su dimision.

Este General, cuya adhesion á la causa de la legitimidad era conocida, dirigió á sus tropas el 31 de Diciembre, desde Logroño, la siguiente órden del dia: «Soldados: El ejército del Centro, la guarnicion de Madrid y en estos momentos España entera, han proclamado á D. Alfonso XII. De hoy más ya teneis un grito de guerra que avivará vuestro entusiasmo; que os guiará á la victoria, porque ese grito significa el órden y la libertad, y es prenda segura de la regeneracion de la patria. Soldados: ¡Viva Alfonso XII!»

Y el general Moriones, al comunicar á su cuerpo de ejército esta alocucion, la amplió con esta otra no ménos elocuente y patriótica que aquélla: «Soldados del primer cuerpo del ejército del Norte: La situacion avanzada que sobre las líneas enemigas estais ocupando, os impone sagrados deberes para con la patria. Con la cabeza erguida podeis decir en todas partes que habeis cumplido sin dejaros arrastrar ni del egoismo ni de las miserias personales; seguid siendo lo mismo; conservad la disciplina y el espíritu de que estais animados y tanto la patria como el Rey D. Alfon-

so XII os agradecerán vuestras virtudes y vuestro heroismo.»

VII.

A las diez de la noche del 30 se supo en Madrid la separacion del poder del Gabinete Sagasta, y la capital de España siguió tranquila sin que se notase el más pequeño desórden, pues únicamente á las dos ménos cuarto de la madrugada se vieron algunos grupos en actitud un tanto sospechosa hácia la Glorieta de Quevedo, lo que obligó al Gobierno á enviar por aquellos alrededores una de las patrullas que para tranquilizar á los vecinos pacíficos y honrados recorrian las calles de la capital por órden del general Primo de Rivera; patrullas que se retiraron, como el resto de las fuerzas situadas en algunos puntos, á las seis de la mañana del 31.

El aspecto de la poblacion entera era tal, que él venía á demostrar con nuevas y poderosas razones lo necesario y lo conveniente de la restauracion. No atronaban las calles los ecos de improvisadas músicas, no recorrian la córte abigarrados grupos, no se gritaba, no se alborotaba, pero la

alegría verdadera brillaba en todos los rostros, y al ver al pueblo madrileño discurrir por todas partes tranquilo y ufano, era preciso exclamar: «Hé ahí un pueblo que lleno de confianza y de placer saluda á su Rey; no es ése el que quiere acallar con sus gritos y con su algazara los acentos de su corazon, como quiere el hombre lanzado en la senda del vicio ahogar con el estruendo de la orgía los reproches de la conciencia; no quiere embriagarse para no sentir; no quiere aturdirse para no raciocinar; quiere, por el contrario, saborear su alegría en el pleno uso de sus facultades mentales, porque su alegría es noble.»

VIII.

Nosotros, que anhelábamos el triunfo de la bandera levantada por el general Martinez Campos, porque era nuestra bandera; nosotros, que estábamos de todo corazon al lado de los que proclamaban la indiscutible legitimidad de D. Alfonso XII, y hacemos esta declaracion porque cuantos nos conocen saben que desde nuestra modesta esfera hemos defendido siempre lo que defendemos hoy, lo

que defenderémos mañana; la monarquía tradicional, constitucional y legítima de D. Alfonso XII y de su dinastía; nosotros tenemos que rendir, y rendimos con mucho gusto desde las páginas de este libro, un tributo justísimo de aplauso y de alabanza á los hombres que el 29 de Diciembre regian el país.

La actitud que adoptaron fué patriótica, y lo confesamos con sinceridad y con franqueza. ¿Renunció el Gabinete que presidia el Sr. Sagasta, renunció el general Serrano á toda idea de resistencia desde que se supo el levantamiento del general Martinez Campos? No; un hombre importantísimo de la situacion pasada nos ha dicho: «Cuando tuvo conocimiento el Gobierno de lo ocurrido en Sagunto resolvió ahogar, aniquilar el suceso en su orígen y castigar con todo el rigor de la ley á los culpables; mas cuando supo que todo el ejército del Centro secundaba el movimiento, comprendió que para oponerse á él habia que entablar una lucha conveniente para la demagogia primero, para el carlismo despues; y el Gobierno, que no podia contribuir ni directa ni indirectamente al triunfo de la anarquía ó del absolutismo, renunció al combate.» Lo que se nos dijo es exacto: en los primeros momentos del dia 30, los jefes de movimienot de los ferro-carriles del Norte y del Mediodía re-

cibieron órden del Gobierno para enviar á Miranda el primero, á Castejon y á las Casetas el segundo, el material suficiente á trasportar á esta córte ocho batallones. La actitud del ejército del Norte por un lado, la de la guarnicion de Madrid por otro, y finalmente, la popularidad de la bandera levantada y el patriotismo de todos, hicieron que se desechase aquel proyecto, diciendo el general Serrano que no queria que tuviese España tres Gobiernos.

¿Hubieran podido los hombres que regian entónces la nave del Estado hacer imposible el triunfo de la restauracion? De ningun modo; pero como todo Gobierno tiene siempre medios de resistencia, pudieron teñir en sangre las calles de Madrid y llevar honda perturbacion al resto de la patria. Hubieran sucumbido en la demanda, pero al caer habrian caido entre lágrimas y entre sangre, y de triunfar, su triunfo hubiera sido el pedestal sobre que se alzára sombrío, ante los aterrados ojos de España y de Europa, el monstruo de la demagogia, hollado despues por la planta del despotismo.

¿Podrá jugar ese peligroso albur un Gobierno que no habia renunciado ni un solo dia á su dictado de conservador y de monárquico? De ninguna manera. Por otra parte, ¿no estaba convencido de que aquí no habia más solucion que la alfonsina? No

nos atrevemos á dar respuesta categórica á esta pregunta; por más que la razon nos incline al lado de la afirmativa, y esto sin tener en cuenta algunas palabras de una carta que vió la luz pública en la *Gaceta Internacional* de Bruséla, corresponte al 7 de Febrero, carta suscrita, segun parece, por un hombre que debia saber cómo pensaban las personas importantes del constitucionalismo y que declaraba que D. Alfonso hubiera venido despues.....

Verdad es que sin la actitud del general Primo de Rivera y de la guarnicion de Madrid acaso se hubiera entablado la lucha, y por eso el Capitan General y los cuerpos que estaban á sus órdenes tienen derecho á que se les llame buenos y dignos patriotas y poderosos auxiliares de una restauracion que estaba hecha mucho tiempo ántes en la conciencia del país, que era necesaria, absolutamente necesaria, y que habia de venir, y vino en efecto; por una ley providencial.

IX.

Los hombres más aferrados á sus aficiones revolucionarias veian siempre una nube en el cielo

de sus aspiraciones: el alfonsismo; los arrepentidos, los que conservaron íntegras sus antiguas ideas y los que no viven ni de la política ni por la política, ni para la política, y sólo ansian órden, libertad, paz y trabajo, veian brillar á traves de las densas nubes que encapotaban el horizonte político una sola estrella: la restauracion. Por eso la noticia del acto llevado á cabo por Martinez Campos y por Daban en Sagunto, y secundado por todo el ejército y por todo el país, si contrarió á algunos, muy pocos, no asombró á nadie. «Eso era natural, decian todos; parece imposible que haya tardado tanto.» Y el aspecto de Madrid no sufrió alteracion notable, segun hemos consignado ya; algunos grupos de curiosos en ciertas calles, centro de noticias; alguna afluencia de gentes en determinados cafés, y nada más.

X.

Reseñemos ahora con la brevedad con que nos proponemos reseñarlo todo, los acontecimientos que tuvieron lugar en el Centro.

El coronel de infantería en situacion de retirado

Sr. Lamperes, que por órden del Conde de Balmaseda habia marchado á las provincias de Valencia, Alicante y Murcia, despues de tener una entrevista con el general Carbó y con los señores Cruz, Alvarez, Aragon y Ochotorena, en Valencia, el dia 31 de Noviembre, partió para Burriana adonde se hallaba el brigadier Daban, á quien entregó cartas de los generales Balmaseda y Martinez Campos, en las que éstos le preguntaban si estaba dispuesto á iniciar el movimiento con las fuerzas de su mando. La contestacion del brigadier fué afirmativa, y Lamperes llevó tan grata respuesta al general Carbó y al brigadier Villalon, deteniéndose dos dias en Valencia en cumplimiento de órdenes recibidas.

Pasaba el tiempo, y no teniendo Daban noticias de Madrid, celebró una conferencia el dia 4 de Diciembre con el general Carbó que mandaba la division, y con el coronel Aragon, jefe del batallon reserva de Madrid, conviniendo los tres en que el comandante de infantería Sr. Aznar, ayudante del brigadier, pasase á Madrid con amplios poderes para conferenciar con algunos generales y ponerse de acuerdo con ellos.

Llegó el 6 el Sr. Aznar, y aquel mismo dia á las ocho de la noche celebró la primera conferencia á la que no asistió el Conde de Balmaseda porque

se hallaba en Puerto-Llano, conferenciando segunda vez con asistencia del Conde y marchando el 13 á Segorbe sin llevar órdenes ni instrucciones terminantes en ningun sentido.

XI.

Dias y dias pasaron sin que Daban recibiese noticias de Madrid, y el 23 escribió al general Martinez Campos haciéndole presente que su situacion no podia prolongarse mucho tiempo; que en primeros de Enero abandonarian la brigada algunos jefes, en los que tenía absoluta confianza, como los señores Aragon, Martos y Ravina, ascendidos por mérito de guerra, y que por lo tanto únicamente hasta fin de Diciembre podia comprometerse á iniciar el movimiento restaurador; que pasado este tiempo no tenía que ofrecer más que su vida y su espada puestas siempre al servicio de D. Alfonso y de la patria.

Recibida esta carta por el general Martinez Campos, celebróse nueva conferencia de hombres importantes; y el 24, Martinez Campos, que se habia desligado de todo compromiso recobrando su com-

pleta libertad de accion, escribió á Daban manifestándole que habia dificultades, pero que si él se hallaba dispuesto á iniciar el movimiento acudiria en el acto.

La contestacion no se hizo esperar; Daban estaba resuelto á todo, y el 28 de Diciembre salió para Sagunto con su brigada, dejando de guarnicion en Segorbe al segundo batallon de la Lealtad y nombrando comandante militar de aquella plaza al coronel Ortega, con cuya decidida adhesion se contaba.

XII.

Martinez Campos, salvando con su voluntad de hierro grandes obstáculos; desoyendo las advertencias que se le hicieran, hijas, como su valerosa determinacion, del más acendrado amor á la restauracion y á la patria, salió de Madrid el 28 por la noche con los coroneles Daban, hermano del brigadier, y Bonanza, lleno de fe, confiando ciegamente en el buen éxito de la salvadora empresa que iba á llevar á cabo con un puñado de valientes; pobre de ajeno auxilio, pero rico de bravura y de decision; dejando escrita para un hombre impor-

tante una notabilísima carta, espejo fiel donde se retrata un alma exenta de ambiciones y llena de nobleza y un corazon esforzado, prendas que adornan al ilustre caudillo de Sagunto, en cuya carta asumia para sí la responsabilidad en caso de ser vencido, y vencedor, hacia á todos partícipes de la gloria.

Supo el brigadier Daban la salida de Madrid de Martinez Campos y de los que le acompañaban por un telégrama de su hermano el coronel, concebido en estos términos: «*Salgo esta noche con la familia*», y en el acto dispuso que su ayudante Aznar marchára á Valencia á esperar al general, y que la caballería cubriese la carretera para proteger en caso necesario la llegada de los viajeros.

Á las doce y media de la noche llegó á Sagunto el general Martinez Campos, acompañado de los coroneles ya citados y del Sr. Aznar, y en el acto tuvo lugar una conferencia entre el general, el brigadier Daban y el coronel Aragon, disponiéndose que el comandante D. Juan Salcedo marchase con una seccion de caballería á Villareal, donde estaban los batallones reserva de Baeza y cazadores de Figueras, pertenecientes á la brigada La Guardia, á fin de conseguir que se uniesen á las fuerzas de Daban.

El Sr. Salcedo aceptó con placer la delicada y

honrosa mision que se le confiaba marchando para Villareal solo con dos ordenanzas de caballería, pues no quiso admitir la fuerza que se puso á su disposicion, y atravesando las lineas carlistas recorrió la distancia que média entre Sagunto y Villareal en dos horas, avistándose á las cinco de la mañana con los jefes de los batallones y entregándoles cartas de Martinez Campos.

Conformes los dos tenientes coroneles en secundar el movimiento, dispuso el Sr. Salcedo, representante entónces del General, que la reserva de Baeza marchase sigilosamente por compañías sueltas á situarse en un caserío distante média legua de la poblacion, yendo él con los jefes citados á ver al brigadier La Guardia para notificarle lo que iba á hacerse y pedirle su cooperacion. El brigadier rechazó las proposiciones que se le hicieron, y el Sr. Salcedo salió con Baeza para Masamagrell, en donde le habian ordenado la incorporacion, quedando el batallon de Figueras en seguirle en el acto.

Antes de salir de Villareal el comandante Salcedo propuso al oficial que mandaba la artillería afecta á la brigada que le siguiese como iba á hacer la infantería, y habiendo contestado el oficial que deseaba unirse á su batería, entónces en Castellon, para arrostrar todos la misma suerte, y que de esta resolucion sólo le apartaria la fuerza, el

ayudante del brigadier Daban le dijo que nunca recurriria á tal extremo, porque la causa de D. Alfonso XII era demasiado noble y demasiado grande para que tratase él, que estaba dispuesto á morir por el ilustre Príncipe, de empañar el honor de un cuerpo brillante y de un oficial distinguido, y por lo tanto le dejaba en completa libertad de accion. Quedóse la artillería en Villareal, partió el señor Salcedo, y poco despues la batería entera se adhirió al movimiento con el entusiasmo y con el valor que alentaba en todos los pechos.

XIII.

Miéntras el Sr. Salcedo recorria al galope el camino de Sagunto á Villareal, el general Martinez Campos llevaba á cabo su gloriosa empresa.

A las tres de la mañana reunió á los jefes y oficiales de la brigada y les dijo que iba á proclamar Rey de España al Príncipe D. Alfonso. Que para hacerlo no contaba con más fuerzas que las allí reunidas, y que únicamente el Conde de Balmaseda secundaria el movimiento en Ciudad-Real con unos cuantos carabineros; que éstos eran sus ele-

mentos, que los que quisiesen seguirle de buen grado le siguieran, y los que no que se retirasen. Un capitan del primer batallon de la Lealtad pidió permiso para separarse de su compañía, permiso que obtuvo, y todos los demas se declararon firmemente resueltos á seguir al general y al brigadier hasta morir ó triunfar.

Obtenida esta declaracion, avistóse con el gobernador militar de Sagunto el coronel Aragon, y el gobernador dijo que deseaba dejar su responsabilidad á cubierto, por lo que se resolvió verificar el alzamiento en las afueras de la villa. Y con efecto, á las siete de la mañana del 29 se tocó diana, y poco despues la brigada salia de Sagunto por la puerta de Valencia, haciendo alto á un kilómetro de distancia. Allí formóse por los batallones una especie de cuadro, y colocándose en el centro el general Martinez Campos y el brigadier Daban, el segundo dijo á la tropa que el primero queria dirigirla la palabra, y el Sr. Martinez Campos, con voz serena como su acreditado valor y entusiasta como su amor á la causa que defendia, puso de relieve en elocuentes frases el tristísimo estado del país y la necesidad absoluta de levantar un poder bastante sólido, bastante querido y bastante respetado para llevar á cabo la gloriosísima y ardua empresa de regenerar á una nacion tan combatida,

tan destrozada por lamentables sucesos y por errores lamentables. Este poder, dijo el general, no puede ser otro que el que personifica y representa el Rey legítimo D. Alfonso XII; y por eso, impulsado por mi amor al país y confiado en vuestro valor, vengo á levantar ante vosotros la bandera restauradora: «¡Viva Alfonso XII!»—«¡Viva! ¡Viva el general! ¡Viva el brigadier!» exclamaron jefes, oficiales y soldados con inmensísimo entusiasmo, y entónces el brigadier Daban habló á su brigada en el mismo sentido noble, patriótico y levantado que el general, concluyendo con un «¡viva el Rey! ¡viva la libertad!» que fueron contestados con entusiasmo idéntico, poniéndose en marcha la columna para Masamagrell en donde habia de esperar la contestacion del general Jovellar y del general Castillo, capitan general de Valencia, á los telégramas que les pusiera Martinez Campos ántes de salir de Sagunto.

XIV.

La primera noticia que tuvo el general Jovellar de lo que ocurria, fué por un telégrama que recibió

del Gobernador militar de Sagunto, y á las once y cuatro minutos de la mañana recibió otro del general Martinez Campos, participándole el acto que habia llevado á cabo impulsado, por su anhelo de dar al país la paz y la tranquilidad codiciadas, y cumpliendo, al levantar aquella bandera, con antiguos y sagrados compromisos, sin que le moviera ningun espíritu de ambicion ni de mando, por lo que rogaba al general que por el bien de la patria se dignase aceptar un movimiento que sería secundado en toda España, y siguiera mandándolos á todos. El telégrama concluia así: «De V. E. depende, mi general, el que la restauracion de la monarquía constitucional se lleve á cabo sin oposicion, y que si el hecho del 3 de Enero concluyó con la anarquía, este movimiento sea el principio de la conclusion de la guerra civil en España y de la separatista en Cuba.»

Jamas se habia visto el general Jovellar con ménos tropas á sus inmediatas órdenes. El general Despujols con una brigada de su division se hallaba hácia el Ebro; el brigadier Lasso en Teruel; el brigadier La Guardia en Villareal, como ya sabemos; el brigadier Morales, con media brigada, en Vinaroz, y el general Macías, con su division, entre Chiva y Liria.

Únicamente con la otra media brigada Morales

contaba en Castellon el general en Jefe del ejército del Centro, y á pesar de todo, animado por un sentimiento de levantado patriotismo, como consignaba en todos sus telégramas, no vaciló un momento, y llamando á su casa al coronel Borrero, que mandaba el regimiento de Aragon, le participó lo que ocurria, añadiendo que él estaba dispuesto á ponerse á la cabeza del movimiento, y que contaba con el coronel y con sus batallones.

El Sr. Borrero dijo al general que él y las fuerzas á sus órdenes estaban dispuestos á seguirle, uniéndose á un movimiento cuyo triunfo habia de reportar inmensas ventajas al país; y en vista de tan noble, franca y espontánea declaracion, el señor Jovellar llamó á todos los jefes y oficiales de la media brigada, les hizo presente con elocuentes frases el motivo porque les reunia, describió con gran colorido de triste verdad el estado de la patria, y acabó diciendo que no queria nada más que voluntarios para seguirle, y que, por lo tanto, manifestasen todos sin temores de ningun género lo que pensaban.

Un asentimiento unánime á las palabras y á los propósitos del general fué la contestacion que éste obtuvo, por lo que telegrafió en el acto al Gobierno, á las Capitanías generales de Valencia y de Aragon, á los Gobernadores militares de aquel

distrito, á los generales y brigadieres Despujols, Macías, Lasso y Morales y al general Martinez Campos.

XV.

El telégrama dirigido al Gobierno le conocen ya nuestros lectores; los dirigidos á los Capitanes generales, generales de division, gobernadores militares y jefes de brigada estaban concebidos en parecidos términos, resaltando en todos el acendrado patriotismo del bizarro general en jefe del ejército del Centro, y el puesto al general Martinez Campos decia así, despues de manifestar los móviles generosos que le impulsaban á aceptar el movimiento: «No es dudoso que todo el ejército del Centro, sin excepcion de un solo cuerpo, secundará rapidamente el movimiento, y por mi parte confio en que la proclamacion del príncipe don Alfonso ha de proporcionar al país una solucion definitiva, conforme con el deseo general.

» Estrecharé á V. E. la mano en Valencia para donde salgo esta tarde con la media brigada Morales que aquí tengo.»

XVI.

Las esperanzas del Sr. Jovellar respecto á la actitud de las tropas que mandaba se vieron bien pronto realizadas; el ejército entero oyó la voz de su dignísimo jefe, y ¿cómo no? Se trataba, no nos cansarémos de repetirlo, de volver por los fueros del derecho y de la justicia; de saciar la más noble, la más grande y la más manifiesta aspiracion del país, y nuestros hermanos de armas no podian hacerse sordos á los deseos de la patria. Por otra parte, el hombre que les llamaba á su lado era un general de reconocidas dotes de mando; un general que haciendo la vida de la tropa habia compartido con ella las fatigas de la campaña, y nunca desatiende el soldado á los que están con él en los momentos del peligro, á los que no le abandonan jamas, á los que con él pelean y triunfan con él. Por todas las razones apuntadas, el ejército del Centro oyó la voz de su general en jefe y de sus generales y brigadieres y demas superiores jerárquicos, y les siguió, no ya respetuoso y disciplinado, sino ufano y satisfecho.

Una prueba más de la popularidad de la bande-

ra que alzaron valientes en Sagunto Martinez Campos y Dabany de la ninguna preparacion con que se habia efectuado el movimiento. El dia 23 de Diciembre se encontró el general Jovellar en Morella con tres brigadas de su ejército, y el dia 29 las tropas ocupaban las posiciones que hemos indicado ántes, sin que fuese obstáculo esta diseminacion para el buen logro de la empresa. Con harta razon decia el Sr. Jovellar al Ministro de la Guerra que no tenía noticia de los sucesos de Sagunto hasta despues de consumados, pues á haberla tenido, el general hubiese aprovechado indudablemente la reunion de fuerzas del 23, lo que, como se comprende, hacía ménos peligrosa y difícil su situacion de lo que lo fuera el 29; pero ya hemos dicho que se obtuvo el triunfo porque el mismo pensamiento salvador y patriótico alentaba en todas las inteligencias, como lo demuestra tambien otro hecho notable.

Con la brigada Daban marchaba una compañía de voluntarios republicanos del Maestrazgo, titulada: *Tiradores de la Muerte*, cuyos individuos llevaban en la gorra roja una calavera con esta inscripcion terrible: «Ni dan cuartel ni lo reciben.» Esta compañía, que se habia batido en cien combates con valor heróico, cuando supo de lo que se trataba se adhirió al movimiento, no por temor á las

demas fuerzas, pues hombres que cumplen en los campos de batalla su terrible lema temen poco á la muerte, sucumben, pero no se abaten ni se someten, ni se inclinan: no por temor; aceptaron el movimiento, por juzgarle, como le juzgaban todos, justo, conveniente y patriótico.

XVII.

El general Jovellar salió para Nules á las cuatro y media de la tarde del 29, y formando á sus escasas tropas en masa, en la Puebla de Garnals, las dirigió estas elocuentísimas frases, que fueron escuchadas con profundo entusiasmo y contestadas con repetidos vivas al Rey.

«Soldados:

»Venís haciendo la guerra con entusiasmo y constancia, con valor y gloria; pero ignorais cuál ha de ser el fruto de vuestras virtudes militares y de la sangre que se vierte; ni áun siquiera conoceis la causa por que os batís.

»Podrá llegar un dia en que, libres ya de las fatigas y peligros de esta fratricida lucha, volvais al hogar de la familia á disfrutar los beneficios de la

restablecida paz; pero ¿al amparo de qué eficaces leyes encontraréis garantidos vuestro reposo y vuestros derechos?

»El país atraviesa por una serie interminable de situaciones imprevistas, anómalas é inseguras, que mantienen todos los ánimos intranquilos y todos los intereses en alarma. De aquí ha nacido una aspiracion general, que es la de llegar á una solucion definitiva.

»Cada uno de vosotros sabe ya cuál ha de ser esta solucion; todos conoceis el feliz acontecimiento que la ha iniciado y simpatizais ardorosamente con él.

»Nuestros compañeros de la brigada Daban, á las órdenes del valiente general Martinez Campos, han proclamado Rey constitucional de España al Príncipe de Astúrias, D. Alfonso XII, en los célebres campos de Sagunto; y yo, intérprete de vuestros patrióticos sentimientos, os convoco ahora aquí, para repetir el mismo grito en este solemne acto.

»Vosotros deseabais con impaciencia que llegase el momento de restablecer en vuestras banderas el escudo real, enseña de honor y símbolo de gloria, que tantos hechos grandes representa. Aclamemos, pues, al Rey, y al continuar la marcha, entremos como nuestros compañeros en la noble ciudad de

Valencia, cuna de la nueva Monarquía, con la esperanza del porvenir.

»Soldados: ¡Viva Alfonso XII, Rey constitucional de España!»

Eran las nueve de la noche cuando el General llegó á Nules, y allí recibió una carta de una persona importantísima residente en Valencia, indicándole la conveniencia de no marchar á la ciudad, carta que obligó al General á escribir al Sr. Martinez Campos, que se hallaba en Masamagrell, para saber á qué atenerse.

XVIII.

El general Martinez Campos, que habia recibido al mismo tiempo que el telégrama del general Jovellar manifestándole su adhesion, otra carta en igual sentido que la que dejamos mencionada, juzgó, á pesar de todo, conveniente marchar á Valencia, escuchando los ruegos de los comités alfonsinos de aquella ciudad, que habian ido á ofrecerle su apoyo y confiando en lo noble de su causa, y así se lo participó el General en jefe.

XIX.

Al tenerse noticia en Valencia el dia 29 de los sucesos de Sagunto, el regimiento de Albuera, que marchaba al tren para embarcarse con direccion á la córte, y que hacía tiempo estaba animado del mismo noble deseo que sus hermanos de la brigada Daban, tomó posiciones en la plaza de toros y en la estacion, adhiriéndose implícitamente al movimiento, y mandó un ayudante á Masamagrell para recibir órdenes del general Martinez Campos las que se redujeron á que aguardase la llegada de la brigada.

A las cuatro de la mañana del 30 entró en Valencia la sexta compañía de la reserva de Madrid, encargada de posesionarse de la Capitanía general, y al llegar esta fuerza, con el coronel Aragon á la cabeza, al cuartel de Santo Domingo, el teniente coronel Codina, jefe del provincial de Segovia, que ocupaba el edificio, dió un entusiasta «¡viva el Rey Alfonso XII!» que fué calurosamente contestado dentro y fuera del cuartel, y momentos despues la Guardia civil, que custodiaba la Capitanía general, saludó á la compañía citada con otro «¡viva

el Rey!», entrando en la ciudad sin hallar la más pequeña resistencia toda la fuerza, y formando en la plaza de Santo Domingo al mismo tiempo que la artillería se adheria al movimiento, y el general Martinez Campos disponia que la tercera compañía de la reserva de Madrid se apoderase del telégrafo, y el resto del batallon, al mando del señor Aragon, del Gobierno civil, lo que se verificó inmediata y felizmente.

La animacion en Valencia era tan grande, tan expansiva como en Madrid, y los hombres más importantes y los oficiales generales y particulares, que se hallaban en la ciudad accidentalmente, se apresuraron á ofrecer sus respetos y su apoyo al general, quien confió el cargo de capital general al brigadier Villalon.

XX.

A las ocho de la noche entró en Valencia el general Jovellar, despues de una marcha de 50 kilómetros, con el regimiento de Aragon, mandado por el coronel Borrero, un escuadron de carabineros y la artillería, y recibiendo en la Capitanía ge-

neral á los comités alfonsinos y á las comisiones de los cuerpos, les dirigió la palabra, pronunciando un elocuentísimo discurso, en el cual encarecia la necesidad de que uniéndose en apretado lazo todos los hombres amantes del órden y de la libertad, ofreciesen á los piés del trono legítimo, que acababa de levantarse entre el general aplauso, una adhesion ferviente, leal y patriótica, único medio de alcanzar la codiciada paz, inaugurando una era próspera y feliz.

Las inspiradas frases del distinguido General fueron escuchadas con el mayor entusiasmo, y hasta los más pesimistas comprendieron entónces que el sombrío horizonte que nos ahogaba comenzaba á despejarse, y que España se podia alzar grande y dichosa como en otro tiempo, á la sombra de un trono augusto.

XXI.

Los generales que con tanto valor y patriotismo tanto habian iniciado el movimiento restaurador, no tenian noticia de más adhesiones, cuando llegaron á Valencia, que la del coronel Ortega, que

se alzára en Segorbe con el segundo batallon de la Lealtad, apénas supo lo ocurrido en Sagunto, y la del Gobernador militar de Albacete, brigadier Fajardo, quien cumplió fielmente la palabra empeñada espontánea y noblemente. «Cuando se alce una voz en favor del Príncipe D. Alfonso, dijo el brigadier Fajardo, yo repetiré esa voz, esté donde esté y cuente con la fuerza que cuente.» Y en efecto, secundó el movimiento al frente de la escasa guarnicion existente á la sazon en la capital de su distrito.

Esta carencia de noticias entre los generales restauradores decidió que el señor Jovellar adoptase sus precauciones para dirigirse á la córte, dejando bien guarnecidos todos los puntos del territorio que mandaba; pero un telégrama del general Primo de Rivera anunciando su adhesion, recibido á las tres de la madrugada del 31, hizo que se desistiese de la primera idea, quedando reducidas las fuerzas que habian de encaminarse á Madrid á una compañía por cada batallon de los que iniciaron el alzamiento, una seccion de artillería y otra de caballería, con cuyas fuerzas salieron de Valencia, á las doce del dia 31, conducidos gratuitamente por la desinteresada empresa, llegando á Aranjuez el dia 1.° de Enero, á la una y cuarenta y dos minutos de la mañana, deteniéndose allí para

telegrafiar con el Gobierno, y llegando, por último, á la córte á las cuatro y media de la tarde..

Acompañaban á los generales Jovellar y Martínez Campos los brigadieres Daban, Ortiz y Azcárraga, siendo recibidos en la estacion por los Ministros, por comisiones del partido alfonsino y por una numerosa concurrencia, que acogió con entusiastas vivas á los recien llegados, acompañándoles hasta la Presidencia del Consejo, en medio de las contínuas muestras de simpatía que les daban á cada paso las gentes agolpadas en el Prado y en la calle de Alcalá; y habiendo presentado la dimision de general en jefe del ejército de Cataluña el Sr. Lopez Dominguez, el general Martinez Campos salió el dia 2 para Barcelona, acompañado del coronel Aragon, encargándose á su llegada de aquel importante mando, que le confiára el Gobierno.

XXII.

Hé aquí reseñado pálida y suscintamente uno de los acontecimientos más notables de nuestra historia, y que por sus condiciones y circunstancias especialísimas no tiene ejemplo en los anales de ningun pueblo.

Cárlos II, para subir al trono necesita que Monk, al frente de doce mil hombres, entre en Inglaterra, calada la visera, ocultos los designios; se apoye en el Parlamento *largo* que habia decapitado á Cárlos I; rehuya por medio de la diplomacia la lucha con Lambert, que amenazador é imponente reconcentraba fuerzas en Newcastle, despues de haber derrotado á los realistas y á los presbiterianos cerca de Chester, y llegando, por fin, á Lóndres al par que Lawson, entra en el Tamésis con su escuadra pronunciada por el parlamento, y Morley y Haslerig se apoderan de Portsmouth en nombre del mismo enemigo de Lambert y del Consejo de oficiales; alzó allí un tanto la bandera que no habia osado alzar ántes: Luis XVIII, para llegar al ensangrentado solio de Luis XVI, para entrar en París se abre paso con las bayonetas de los ejércitos de Europa.

Sólo dos restauraciones han tenido lugar, muy iguales ambas: la de la gloria y la del derecho. En las dos se ha tremolado la bandera con la visera alzada y con un puñado de hombres, sin vacilaciones, sin temores, sin oposiciones. Estas restauraciones han sido: el imperio napoleónico y la monarquía constitucional de Alfonso XII.

Napoleon I llega á París sin luchas, sin resistencias, sin obstáculos, porque ante el brillo de su

gloria se inclinan todas las frentes y se doblan todas las rodillas; el Rey de España entra en su palacio de Madrid sin obstáculos, sin dificultades y sin contiendas, porque ante la fuerza de su derecho, robustecida con el amor de su puebló, todo cede, todo se aparta, todo se inclina. La usurpacion para vivir ha de ser grande, pues de lo contrario muere herida por el ridículo; el derecho para ser respetado ha de ser querido, y por eso la gloria del uno y el amor que inspira el otro les eleva hasta la altura del trono, ciñendo á sus frentes la corona; y si el solio que tuvo por base la gloria rodó bien pronto, fué porque sin la fuerza del derecho y de la tradicion todo poder es débil.

XXIII.

Nacida la revolucion española por razones que no son del caso en este sitio, tiende su vista en derredor, y al medir con espantados ojos la extension de la tierra que habia de gobernar, vuelve hácia sí la dolorosa mirada, se contempla, se analiza, aquilata el valor de su fuerza y no puede ménos de exclamar con amarga sonrisa: «soy impotente»; pero esta confesion que hace ante su propia

conciencia, no quière hacerla ante el mundo que la observa atentamente; y ella, herida de muerte al nacer; ella, que ve cavada su tumba al borde de su cuna, que descorriendo el velo del porvenir y abriendo el libro del destino halla escrita en la página consagrada á su historia la sentencia de muerte; ella, queriendo engañar á los demas, ya que no puede engañarse á sí propia, comienza su carrera con la altivez del vencedor en la frente, con la pena del vencido en el corazon. Una interinidad estéril, infecunda, azarosa, debilita sus escasas fuerzas, y devorada por la fiebre, busca el remedio para lo incurable con ese afan, con ese anhelo con que busca el náufrago perdido en la inmensidad de los mares la vela salvadora que no aparece nunca tras las agitadas crestas de las montañas de espuma que se elevan hasta tocar el cielo. Y tendidos los brazos, y turbia la mirada, y apagada la voz, grita socorro y recorre las naciones de Europa recibiendo en todas un desprecio ó un desengaño.

Por fin, un dia sus lamentos son escuchados y ciñe á su frente abrasada por la calentura una corona, que rueda bien pronto á los embates del torrente demagógico, si contenido un punto por el poder de una brillante espada, entónces más furioso, más asolador, más rugiente. A una mo-

narquía sin fuerza y sin arraigo sucede una república raquítica. Júpiter de sainete, de cuya cabeza sale armada de la tea y de la piqueta la Minerva de la demagogia. ¡Sangriento período! El país camina con una rapidez vertiginosa á un abismo sin fondo, en cuyo borde se leen escritas, con negros caractéres, aquellas palabras del Dante: *Lasciate ogni speranza voi che 'ntrate;* las ciudades más ricas, más bellas y más populosas de España vense envueltas por las llamas del incendio ó destruidas ante el asolador poder de la metralla; la bandera negra flota al lado de la nacional en los elevados muros de castillos españoles; las fragatas herederas de las glorias de Lepanto y de Trafalgar y conquistadoras de la del Callao, surcan las aguas del Mediterráneo tripuladas por presidiarios y convertidas en nidos de piratas; y la guerra civil se levanta sangrienta en España y en Cuba, que la revolucion ha lanzado de su seno al nacer, el carlismo y el cantonalismo en España; es decir, la demagogia roja y la demagogia blanca; el retroceso hasta las lindes de la edad de hierro, y el *progreso* hasta las delicias de la *Commune;* y en Cuba el separatismo, ó lo que es igual, la ingratitud, la traicion y la villanía.

Aquella demagogia sangrienta cae á los piés de un general bizarro; el país alza la frente, la alegría

brilla en su rostro, la esperanza en sus ojos y murmura con ese acento amargo, tenue, con que se recuerdan pasados dolores, estas palabras: interinidad, monarquía extranjera, guerra civil, cantonalismo..... creyendo que todo ha concluido y que va á inaugurarse una nueva era; pero el desengaño no se hace esperar: hemos vuelto al principio; del 2 de Enero del 74 al 28 de Setiembre del 68 no hay diferencia; empezamos de nuevo; la interinidad vuelve; comienza otra vez el génesis que diera ántes por único resultado el sangriento levantamiento de los cantonales; y al adquirir todos este triste convencimiento, volvieron la espalda al nuevo poder y fijaron otra vez la vista en las cumbres de los Pirineos, esperando de aquel lado lo que creyeron encontrar á las puertas del mismo Congreso. Y poco tiempo despues la esperanza fué realidad; la monarquía tradicional y legítima surgió, y el palacio de Oriente fué ocupado por un Rey por cuyas venas corre sangre española, en cuyo pecho late un corazon castellano.

En cuarenta y ocho horas la restauracion tuvo lugar; el valor de unos cuantos bastó, porque cuando un pueblo sumido en las tinieblas busca ansioso la luz basta que un hombre diga: *Fiat*, para que la luz sea hecha.

¡Ni una gota de sangre derramada,
Ni una doliente lágrima vertida
Empañan el honor de una jornada,
Por el derecho y el amor librada
Y por Dios bendecida!

Esto deciamos el dia 14 de Enero al saludar al Rey.

Ya lo han visto los pesimistas, los profetizadores de desastres ya lo han visto. La restauracion se ha hecho ¿y de qué modo? Jamas ha habido en este país un movimiento militar más rápido, más espontáneo, más glorioso. Comparemos este acontecimiento grande, sin igual en nuestra historia por su importanca y trascendencia, con esa serie de motines y de pronunciamientos que hace más de treinta años vienen perturbando al país, aniquilando sus fuerzas y agotando las fuentes de su riqueza; comparemos y se verá á qué altura se eleva la restauracion sobre todos esos acontecimientos. El 41, el 43, el 54, el 56 y el 68; las conspiraciones fraguadas lenta y trabajosamente, descendiendo al cuartel, introduciéndose en las filas del ejército, sobornando á éste con el dinero, al otro con el ascenso, al de más allá con el engaño, llegan al terreno de los hechos envueltas en catástrofes, teñidas en sangre, sosteniendo luchas fratricidas y necesitando la más afortunada muchos

dias de pelea, de luto, de duelo para triunfar, para subir al Capitolio entre los ayes del moribundo, los lamentos del huérfano, los quejidos del fusilado y las lágrimas del deportado.

XXIV.

La restauracion se ha realizado en cuarenta y ocho horas sin que un soldado la haga frente, sin que un pueblo la rechace, sin lágrimas y sin sangre, sin luchas y sin venganzas.

En las sublevaciones militares se contaba con muchos regimientos, y al llegar el dia señalado muchos faltaban y á veces los más comprometidos se batian contra sus compañeros de conspiracion; en el levantamiento restaurador se contaba con pocos, con muy pocos; esos pocos estuvieron en su puesto al sonar la hora prefijada, y momentos despues millares de hombres se les adherian.

En las conspiraciones se ha derramado á manos llenas el oro y los ascensos; en la restauracion nada se ha gastado, nada se ha dado. Generales con mando importantísimo iniciaron las sublevaciones despues de mil conferencias con jefes y

oficiales; el movimiento restaurador se ha iniciado por un general sin mando, y el ejército de España, al saberlo, se ha adherido por sí y ante sí sin preceder conferencias habilidosas ni promesas deslumbradoras, conferencias y promesas que se hubieran rechazado, por que ahora no se trataba de *subir* ó de medrar, y sí de salvar á la patria y de combatir en pro de la justicia, nobilísimos sentimientos con los que no pueden coexistir miras mezquinas, rastreras y deshonrosas.

¿Qué prueba esto? ¿qué demuestra esa confianza plena con que Martinez Campos, al frente de cuatro batallones, levanta la bandera de la legitimidad en Sagunto, y Jovellar con media brigada secunda el movimiento en Castellon? ¿Qué prueba la actitud de todo el país y de todo el ejército? Que cuando en esta hidalga tierra se trata de defender el derecho, basta con que un hombre diga *quiero* para que el hecho se realice. Las conferencias de *club* y de subterráneo, el derramamiento de oro, la prodigalidad en las recompensas son necesarios, absolutamente necesarios, á los usurpadores; con algo han de ocultar lo malvado del intento y lo villano de la accion; pero la justicia no necesita más fuerza que la incontrarestable que ella posee; con esa vence. Hé aquí todo el misterio que encierra en sí el triunfo del movimiento restaura-

dor : era justo á más de justo indispensable, y universalmente anhelado.

Por eso la restauracion se hizo. ¿Dónde están aquellos torrentes de sangre, aquellos mares de lágrimas, aquella serie de venganzas? El Rey ha entrado en su córte con la sonrisa en los labios, el amor patrio en el pecho, el ramo de paz en una mano y la bandera del perdon en la otra. La historia bendecirá mañana al Monarca que sube al trono entre aplausos y bendiciones, y al pueblo y al ejército que lo han colocado en esa altura, sin que un pensamiento pequeño, sin que un sentimiento mezquino haya aminorado el valor inmenso de tan gloriosa hazaña.

EL REY EN EL EXTRANJERO.

I.

Durante ese amargo período de seis años, que hemos tratado de bosquejar, ¿qué hacía el Príncipe augusto que hoy ocupa, para ventura de la patria, el trono de sus mayores? Con qué placer entramos á historiar, si bien brevemente, porque tan honrosa y difícil mision debe encomendarse á plumas mejor cortadas, y nosotros no podemos hacer más que indicar el camino que otros seguirán con más fuerzas y mayores bríos; con qué placer, repetimos, entramos á historiar suscitamente la vida del Rey en ese tiempo, vida consagrada al estudio, porque al estudio le llamaban á la par sus propias inclinaciones y una voz secreta que le decia: «Tú volverás al palacio en que naciste; ese pueblo que te ha visto marchar acudirá bien pronto

á tí porque tú serás el único que pueda salvarle, la síntesis de sus aspiraciones, el blanco de sus deseos; y bajo los pliegues de tu bandera se cobijarán ufanos y satisfechos viendo en ella la enseña de paz y de regeneracion moral y religiosa, social y política; porque cuando vuelvas, cuando bañe tu frente el ardiente sol de España, todo estará perturbado y á punto de desaparecer; trabaja, estudia, aprende; piensa en lo elevado, en lo arduo, en lo glorioso de la mision que te reservá el destino en un próximo porvenir.» Y el Rey oia esta voz, y niño, muy niño, buscaba en la ciencia, en la meditacion, en el exámen analítico de los más complicados problemas las armas poderosas con que luchar un dia en defensa de su patria hasta devolverla su antigua prosperidad, su antigua calma, porque en el corazon de Alfonso XII vivió, vive y vivirá siempre grande el amor patrio.

II.

Once años contaba el augusto Príncipe cuando tuvo que abandonar el suelo de España, y á su pre-

coz inteligencia no se le ocultó ni un momento la verdad de lo que ocurria. Desde San Sebastian marchó á Pau la familia real acompañada de algunos buenos servidores, y allí permaneció un mes, saliendo para París el 6 de Noviembre y hospedándose en el pabellon de Rohan. Poco tiempo despues S. M. la Reina compraba el palacio Basilewski, y ansiosa la augusta desterrada de que su hijo se hiciese digno del porvenir que le reservaba el destino, le puso á estudiar la segunda enseñanza en el colegio Stanislas de París, el 1.° de Febrero del 69, distinguiéndose bien pronto S. M. por su talento y por su decidida aficion al estudio.

A las siete de la mañana salia de su palacio para dirigirse al colegio el entónces Príncipe de Astúrias, y á las seis y media de la tarde regresaba, exceptuando los miércoles que lo efectuaba á las once del dia, haciendo en un todo la misma vida que sus compañeros, y en el primer exámen que sufrió, el mes de Agosto de aquel año, obtuvo brillantísimas notas en todas las asignaturas, y las de sobresaliente en matemáticas, en la que fué el primero del curso, y en historia, notas que continuó obteniendo hasta su salida del establecimiento en 31 de Julio de 1870.

III.

Anhelando S. M. la Reina, como buena católica y buena madre, que su excelso hijo fortaleciese el espíritu con ese valor, con esa resignacion y con esa fe que solamente encuentran en la religion del Crucificado los corazones creyentes, dispuso que marchase el Príncipe á Roma á recibir por vez primera la Sagrada Eucaristía de manos del que era su santo y amado padrino, de esa lumbrera de la Iglesia, honra del catolicismo y gloria del Pontificado, de S. S. Pio IX; y partió para la capital del mundo católico el dia 20 de Febrero de 1870, acompañándole, como jefe de su cuarto militar, el Sr. Conde de Cheste, Capitan General y Grande de España, y á más el Conde de Heredia Espínola, gentil-hombre grande, el general Reyna y el señor Losa, gentiles-hombres, y el Sr. Aicorve como secretario.

Celebrábase en Roma el Concilio Ecuménico, que declaró despues la infalibilidad pontificia, esa asamblea la más venerable que habia reunido el catolicismo hacía trescientos cinco años, y hallábanse en la ciudad santa los príncipes de la Iglesia, convocados por la poderosa y autorizada

voz del Vicario de Jesucristo, cuando entró en esa ciudad, cuna de todas las civilizaciones, síntesis de la grandeza histórica del paganismo y del cristianismo, ciudad que un dia resumió en sí todo el poder del mundo y que siempre ha ceñido á su frente la diadema; ayer la férrea y conquistadora de los Césares; hoy la santa, civilizadora y augusta de los Pontífices; cuando entró en esa ciudad, deciamos, con modesto séquito un título castellano: el Marqués de Covadonga. Y aquel título era el descendiente de cien reyes, el heredero de la corona de Pelayo, de Alfonso VI, de Alfonso VIII, de San Fernando, de Isabel I, de Cárlos V y de Felipe II, egregios Príncipes cuya gloria, unida á las inmarcesibles glorias de la tierra española, llena hoy y llenará siempre el inmenso libro de la Historia. Sí, aquel título era un hombre de régia estirpe, era el hijo primogénito de la Reina Doña Isabel II, era D. Alfonso de Borbon y de Borbon, Príncipe de Astúrias.

IV.

Cuarenta y tres prelados de la Iglesia española residian entónces en Roma, y al tener noticia de

la llegada del hijo de la Reina legítima de España treinta y nueve se apresuraron á ofrecerle sus respetos, poniendo á los piés del heredero del trono un homenaje de adhesion profunda, tanto más digna, tanto más noble, cuanto que se ofrecia á un Príncipe que léjos del suelo que le vió nacer vivia en la expatriacion y en el destierro.

¡Loor eterno á los virtuosos prelados que, demostrando en todos sus actos esa virtud, esa entereza sagrada que debe alentar siempre en el corazon de los ministros de un Dios de justicia, acataron, respetaron y saludaron al derecho que no podia pasar desconocido ó desapercibido para ellos, aunque se cubriese con el tupido y negro velo de la desgracia, que pocas miradas logran traspasar, por que honor tan alto está reservado á los seres superiores, y en la pobre razon humana la superioridad es el fenómeno, lo excepcional! ¡Loor á ellos, que alzando ese velo reconocieron y respetaron la legitimidad, tanto más sagrada cuanto más desgraciada aparecia!.....

Antes de postrarse de hinojos ante el Padre comun de los fieles el Príncipe de Astúrias, se presentó en el Vaticano el Sr. Conde de Cheste, entregando á S. S. la notabilísima carta que copiamos á continuacion, dirigida por S. M. la Reina al Pontífice. Dice así:

V.

«Beatísimo Padre: Ha llegado el dia tan grato para mí de cumplir uno de los más vehementes deseos de mi alma y que ha sido tambien tan bondadosamente acogido por Vuestra Santidad: mi hijo el Príncipe de Astúrias va á recibir el prometido Sacramento de la Eucaristía de las manos augustas de su venerado padre y padrino. ¡El cielo quiera que el niño que bajo tales auspicios entra en la pubertad herede la piedad religiosa que sintió siempre su madre, ya que no puedo pedirle á Dios que herede mi fortuna!

»El Príncipe viaja bajo el título de Marqués de Covadonga: le conduce el Capitan General Conde de Cheste, siempre buen católico y leal súbdito, y le acompañan en su comision, como personas tambien de toda mi confianza, el Conde de Heredia Espínola y el general D. José de Reyna, con los demas de su muy corta servidumbre ordinaria.

»Por Cheste, á quien así se lo prevengo, se enterará Vuestra Santidad de los motivos que me han impedido á mí y al Rey mi esposo el satisfacer otro de esos deseos de que hablo á Vuestra Santi-

dad. Tenemos los dos la esperanza de cumplirle en cuanto las circunstancias nos lo permitan, pues mi corazon atribulado, que tanto ha sufrido, está ansioso de recibir de Vuestra Santidad la bendicion para la hija de la Iglesia y el consuelo para la Reina destronada.

»No fué poco, Padre Beatísimo, el que recibí ya con la primera carta, tan dulce y compasiva, en que me manifestaba Vuestra Santidad que dirigia sus preces al Altísimo por mi salud y porque Dios me volviera al trono que de derecho me pertenecia.

»Hoy no aspiro, Señor, á conservar para mí ese derecho, recordado ya en mi desgracia por el soberano más sabio de la tierra, sino para trasmitirlo, como se lo digo á todos los que fueron mis súbditos en la mejor y más provechosa ocasion, al Príncipe mi hijo; y por eso es tan vehemente mi empeño porque vaya á tomar las primeras fuerzas que para ejercerlo necesitaria, empapándose en el Santo espíritu católico, el único en que asociarse pueden el gran principio de la autoridad con la libertad, igualdad y fraternidad verdaderas que sean indispensables para hacer felices á los hombres.

»Por eso he formado asimismo el propósito de que el Príncipe se eduque de modo que si algun dia su nacion le necesita y Dios lo quiere, pueda

rante nuestra última guerra civil en el estado de razon de que me privaba mi infancia, ni áun hubiera querido reinar á tanta costa.

¿Lo oís? ¡Ah, qué vale el trono del orbe si ha de flotar sobre olas de lágrimas y de sangre! ¡Maldito el que intente alzar su grandeza sirviéndole de pedestal los cadáveres y de himno de triunfo el llanto de los desgraciados!

. . . .

VII.

El Sumo Pontífice recibió á D. Alfonso XII como Príncipe de Astúrias, porque así le habia considerado siempre, segun prueba la carta que dejamos copiada, y la guardia suiza y la guardia real le hicieron los honores correspondientes á su elevada jerarquía. A más, S. S., no contento con administrarle el Santo Sacramento de la Eucaristía, el 6 de Marzo, le impuso primero que á todos la ceniza en San Pedro Vaticano, á pesar de hallarse allí algunos Príncipes reinantes, y le dispensó durante su estancia en Roma las mayores atenciones.

VIII.

Quince dias permaneció en la ciudad eterna al lado de sus hermanos los Condes de Girgenti y de su tio el Rey de Nápoles el Príncipe D. Alfonso, siendo visitado por las personas más importantes, y entre ellas el cardenal Antonelli y todos los cardenales, y pasado este tiempo marchó á Hyeres á donde llegó el 13 del mismo mes, dejando en Roma, como pequeña prueba de sus profundos sentimientos religiosos, cuantiosas sumas para el dinero de San Pedro y para las iglesias españolas; viviendo al lado de la reina Cristina hasta el dia 28 que se dirigió á París para continuar nuevamente sus estudios con la misma fe, con el mismo aprovechamiento y con la misma constancia.

IX.

En 1.º de Mayo S. M. la Reina nombró jefe del cuarto militar del Príncipe al brigadier O'Ryan, y el 25 de Junio de aquel año, 1870, dando una

prueba más de la grandeza de su alma, de la generosidad de su corazon, del amor profundo que ha sentido siempre por la nacion española y de que en su pecho no caben más sentimientos que el de la generosidad y el del perdon, renunció por un acto de su libérrima voluntad sus indisputables derechos á la corona, y colocándola sobre la frente juvenil de su augusto hijo, el Príncipe de Astúrias, dejó de ser Príncipe para comenzar á ser Rey.

Despues de este suceso notable y siguiendo la establecida costumbre, abandonó la familia real á París retirándose á Houlgalte el 8 de Agosto, como el año anterior lo hiciera á Trouville, y allí se hallaba cuando el tristemente célebre dominio de la Commune les obligó á dejar á la Francia y trasladarse á la Suiza, emprendiendo un largo y penosísimo viaje el dia 29 de Setiembre, en cuyo viaje el *maire* de una ciudad *de cuyo nombre no quiero acordarme* se apoderó de toda la plata que para el servicio tenian, telegrafiando al Sr. Olózaga, embajador entónces en París, que dispusiese de ella como bienes nacionales; pero el Sr. Olózaga, que atesoraba de sobra lo que faltaba al señor *maire*, inteligencia y sentido comun, ordenó que se devolviese á la real familia lo que habia juzgado político y oportuno secuestrar aquella flamante autoridad.

X.

Como el Rey no tenía más que un solo afan, estudiar, aprender, en el momento de llegar á Ginebra reanudó sus interrumpidas tareas asistiendo á un liceo todo el tiempo que permaneció en Suiza al lado de su augusta hermana y que fué hasta que para bien de la Francia y honra del mundo desapareció la Commune.

Desde Ginebra marchó á París el dia 1.º de Agosto de 1871; y allí tuvo lugar otra reunion de hombres importantes, decidiendo, de acuerdo con el brigadier O'Ryan que marchase á Viena á proseguir sus estudios, por lo que se dirigió á Munich, acompañado de dicho señor y del Sr. Losa, sabiendo en aquella ciudad la trágica muerte del Conde de Girgenti y permaneciendo en ella tres meses estudiando con sus primos los hijos del Príncipe Adalberto, y al lado de la Princesa María, tia del infeliz y malogrado Conde.

XI.

Existe en Viena un colegio notable, llamado de Santa Teresa, fundado por la Emperatriz de este nombre para los pajes del Emperador, en cuyo colegio no podian entrar más que los nobles, y para atender á la educacion de los pajes pobres se crearon unas pensiones llamadas *borse.* Las pensiones subsisten todavía, pero las trabas para el ingreso han desaparecido casi en su totalidad y hoy sólo les está vedado á los judíos.

Á este centro de enseñanza marchó D. Alfonso, y entró en él el 1.º de Febrero del 72, quedando á su lado el gentil hombre Sr. Morphy, nombrado expresamente por Doña Isabel, en 14 de Enero de aquel mismo año.

XII.

Con grandes dificultades tenía que luchar Don Alfonso á su ingreso en el colegio: llegaba mucho despues de comenzado el curso, ignoraba por com-

pleto la lengua alemana, y tenía que hacer en tres años el estudio de cuatro, pero el Rey, incansable en el trabajo, consagró su vida entera á los libros, levantándose á las seis en el verano y á las siete en el invierno, teniendo dos horas y media de clase, despues leccion privada, luego un ejercicio corporal durante una hora, ya equitacion, ya esgrima, ya gimnasia, á continuacion otras dos horas y media de clase y una de estudio y únicamente una escasa de recreo. Gracias á esta constancia y á su brillante imaginacion, D. Alfonso pudo aprender el aleman en cuatro meses, con asombro de todos, y adelantar en brevísimo espacio de tiempo lo que llevaba perdido.

Por este retraso y este recargo de estudios se vió el primer año en la absoluta necesidad de tener clases privadas en sus habitaciones, consistentes en un vasto salon que servia de comedor, de sala de estudio, de clases, de armas y de billar, y en una pequeña alcoba; y estos estudios los hacía bajo la direccion asidua y acertada de M. Filter, nombrado por el colegio, y del Sr. Morphy, que le enseñaba la historia de España, la gramática y extensas nociones de bellas artes; mas deseoso de hacer en un todo la vida de sus compañeros, asistió el segundo año á las clases generales, y en su afan inmenso de aprender, al retirarse por las noches á

sus habitaciones, desplegando ante su vista las láminas de la *Enciclopedia Alemana* y diversos mapas, discutia con algunos de sus condiscípulos invitados préviamente y bajo la direccion del señor Morphy, á quien cabe no pequeña gloria por sus precoces adelantos, como á los señores O'Ryan, Velasco y Conde de Mirasol, adquiriendo en aquellas improvisadas discusiones esa facilidad de palabra y esa rapidez de concepcion que tanto se admira hoy en España, como alcanzó con la lectura de los clásicos españoles, franceses, italianos, ingleses y alemanes, y con la asistencia todos los sábados al teatro de verso para admirar las obras de aquellos geuios del mundo, vastos conocimientos en literatura.

XIII.

No le bastaba á D. Alfonso ser el hombre de ciencia, queria ser á más el de campaña, el de fatigas, el soldado, y para conseguirlo recorria sin temor á las inclemencias del tiempo, ya á pié ya á caballo, los alrededores de Viena, llegando á veces en estos paseos hasta Presburgo y conociendo perfectamente todo el Tirol.

Durante las vacaciones abandonaba la capital de Austria, no para dedicarse al descanso, sino para adquirir en viajes de estudio y de meditacion mayor suma de conocimientos, ya visitando establecimientos de enseñanza, ya contemplando las bellísimas obras de arte que encierra Venecia, ya admirando las galas de la naturaleza y el alto poder de Dios á orillas del lago de Costanza, ya visitando Lucerna, Zurich, Colonia (donde recorrió detenidamente y examinó con atencion preferente la fábrica de Krupp), Verona y otras poblaciones importantes.

Al regresar el tercer año de uno de estos viajes, el cólera diezmaba á Viena; pero no fué bastante la presencia de tan terrible azote en la capital del Austria para detenerle un punto, y entró en el colegio Teresiano el dia que terminaban las vacaciones.

XIV.

La Exposicion de Viena ofrecia ancho campo al hombre estudioso para aumentar sus conocimientos, para tender las alas de su inteligencia, y el

Rey estudió la Exposicion, lo examinó todo, lo analizó todo, haciendo por grupos unos estudios concienzudos y profundos de los adelantos de cada país; estudios que coleccionó en cuadernos y que le sirvieron para grabar en su corazon y en su inteligencia esta verdad incuestionable: «La felicidad de un pueblo está en razon directa con el adelanto de sus artes y con la produccion de su suelo.» Verdad que buscaba pensando en España, que halló con placer inmenso, y que hará vivir grande y esplendorosa en su reinado.

Tres años habia dispuesto la Reina Isabel que permaneciese su augusto hijo en el colegio de Santa Teresa, á pesar de que el plan de estudios abarca cuatro, segun hemos dicho, y pasados los tres, el Rey, que habia estudiado cuanto se estudiaba allí, obteniendo notas de sobresaliente en historia, zoología, griego y otras asignaturas, admirando en cuantos exámenes sufriera, y muy principalmente en el último, al que asistieron invitados los individuos del cuerpo diplomático, los altos dignatarios del imperio austriaco y representantes de la prensa, se dirigió á París, en 24 de Julio de 1874, dejando en Viena gratísimos recuerdos, pues durante su estancia en aquella capital fué objeto de las mayores atenciones por todas las clases sociales, sentándole diferentes ve-

ces á sus mesas el Rey, el Príncipe heredero y otros altísimos personajes, y saludándole con tanto cariño como respeto el pueblo vienense, que le conocia mucho y le designaba con el título de Príncipe español.

XV.

Muy pocos dias permaneció en París: el 13 de Agosto de 1874 abandonó la capital de Francia dirigiéndose á Boulogne, y allí se embarcó para Lóndres acompañado del Duque de Sexto, y del brigadier Velasco y del Conde de Mirasol, nombrados anteriormente sus profesores. La idea que dominaba en el Monarca al hacer este viaje era como la que dominára al hacerlos todos: aprender, y por eso queria recorrer la Inglaterra, la Alemania y la Bélgica para escoger el colegio militar que mejores condiciones reuniese, á fin de completar su educacion.

En la Gran Bretaña fué, como en todas partes, objeto de grandes atenciones y de grandes simpatías; y recorrió y examinó todo lo más notable que encierran Lóndres y las ciudades más importantes,

sin que estas excursiones le hiciesen olvidarse de sus estudios, puesto que daba lecciones de matemáticas, de arte militar y de esgrima con el brigadier Velasco y con el Conde de Mirasol.

Buen católico, oyó misa en Lóndres en la capilla española y en la iglesia católica de Fam Street, apresurándose á visitar y á ofrecerle sus respetos al arzobispo Manning; y amante de la industria y de las bellas artes, recorrió la Exposicion Internacional, admiró la grandiosa obra del palacio de Cristal y subió á la cúspide de la por tantos títulos célebre torre de Lóndres.

XVI.

Cuando se supo en la capital de la Gran Bretaña la llegada del Rey, numerosas personas acudieron á saludarle, entre ellas el director-propietario del *Morning-Post*, el Conde de Torre-Diaz, que le invitó á comer y tuvo la honra de que aceptára, y los señores Pen, que pusieron galantemente á su disposicion un vaporcito para que diera un paseo en el Támesis y le llevára despues á que viese los magníficos talléres de construccion de má-

quinas de vapor para la marina que tienen dichos señores en *Greenvohich*, donde visitó tambien el antiguo hospital de la marina real, convertido hoy en museo histórico; comiendo, invitado nuevamente por el Conde de Torre-Diaz, en Trafalgar Hotel, y regresando á Lóndres en un vapor-ómnibus.

Desde Lóndres marchó á Windsor á visitar al Príncipe de Galles, que le recibió con sumo afecto, y de Windsor á Aldershott, donde le saludó afable el hoy difunto general Grant, vió maniobrar la artillería y aceptó el *lunch* que le ofrecieron los oficiales de dicha arma, admirando despues el ejercicio de sable ejecutado con admirable precision por un regimiento de húsares.

Despues de la visita á Aldershott dirigióse á Wvolvochich á ver el arsenal, la fábrica de armas de Enfiel y el tiro al blanco; y como guardaba grato y profundo recuerdo de la cortés acogida que le dispensaron en el campamento el malogrado general Grant, cuya muerte ha sentido mucho, y los oficiales de todas las armas, volvió á Aldershott, vió maniobrar á tres regimientos de húsares en el campo de Julio César, y fué obsequiado con otro *lunch* por la oficialidad de los regimientos.

Desde Aldershott marchó á Sandhurts, donde están las escuelas de Estado Mayor, de Infantería

y de Caballería, y despues de recorrerlas detenidamente apreciando las inmensas ventajas de aquellas academias militares, se dirigió á Portsmouth y visitó la escuadra inglesa, presenciando ejercicios de fuego y diversas maniobras.

XVII.

Entre los buques surtos en la bahía se hallaba el *The Victory*, en el que murió Nelson como un valiente; y al entrar el Rey con profundo respeto en aquel buque, verdadera gloriosa tumba del Almirante inglés, se fijaron sus ojos en estas palabras escritas en el buque mismo, y que son el recuerdo de la órden del dia dada á la escuadra inglesa por su caudillo el dia de la batalla de Trafalgar, gloriosa para españoles é ingleses : «Inglaterra espera que todo el mundo cumpla con su deber»; y al leer esta magnífica frase, dijo á los que le acompañaban : «Señores, donde dice Inglaterra leamos España, y no olvidemos jamas esta órden del dia.»

En Portsmouth visitó al almirante Rodney Mundy y al general Harting Doile, jefe de la di-

vision del Mediodía, y recorrió tambien el magnífico arsenal donde estaba en construccion un colosal magnífico buque llamado el *Inflexible.* El almirante y el general se apresuraron á devolverle las visitas; el contralmirante le obsequió con un *lunch*; el almirante con una comida y un baile, y con otra comida el general.

Desde Portsmouth se dirigió á Brigthon; de Brigthon á Dover, de Dover á Calais, de Calais á Bruséłas, de Bruséłas á Ambéres, esa ciudad cuya toma produjo tal alegría en el flemático Felipe II, que le hizo saltar del lecho á las dos de la madrugada; y despues de visitar la suntuosa catedral regresó á Bruséłas, marchando desde allí á Ostende á estrechar la mano del caballeroso Rey de los belgas, que siempre habia sido con D. Alfonso afable y cariñoso.

Por tercera y última vez regresó el Monarca á Bruséłas, yendo á ver la Academia militar y marchando despues á Berlin; de Berlin á Dresde, á Munich, á Colonia, siguiendo el curso del Rhin á Essen, volviendo á Colonia para presenciar la fabricacion de cañones y proyectiles de acero, y regresando, por último, á París el 24 de Setiembre.

XVIII.

Su estancia en París fué tambien muy corta, pues el 2 de Octubre salió nuevamente para el colegio de Sandhurts, en Inglaterra, en el cual ingresó en clase de alumno, como todos los discípulos, habitando una de las bellísimas casas que existen situadas en un vasto campo perteneciente al colegio y que están destinadas á los oficiales.

En Sandhurts le acompañaba únicamente el brigadier Velasco, y allí, como en París, en Ginebra y en Viena, hacía en un todo la vida de sus compañeros, tanto, que en sus estudios topográficos teórico-prácticos muchos dias pasó largas horas cavando trincheras, dedicándose á más á ejercicios hípicos y náuticos, y á todos esos estudios de placer y recreo, pero de indisputable conveniencia, que los ingleses designan con el nombre de *sport*.

XIX.

Muchas habian sido las adhesiones y las felicitaciones recibidas por el Rey durante su alejamiento de la patria; con mucha frecuencia, cartas sus-

critas por millares de firmas respetables por más de un concepto, habian ido á decirle que España le tenía presente, que España no le habia olvidado ni le olvidaria jamas, y que esperaba ansiosa el momento de ceñirle á la frente la diadema. A una de estas cartas llegada á Sandhurts, juzgó conveniente contestar con el siguiente notabilísimo manifiesto, donde se refleja su alma noble y su corazon magnánimo; manifiesto tan saturado de elevada hidalguía, de levantado patriotismo, de generosidad y de amor á España, que él honra al que lo escribe y al pueblo que tiene un Rey que así piensa y así siente. Este manifiesto, que el Gobierno no se atrevió á impedir que viese la luz pública, porque lo franco, lo noble, lo digno se abre paso siempre, dice así:

XX.

«He recibido de España un gran número de felicitaciones con motivo de mi cumpleaños, y algunas de compatriotas nuestros residentes en Francia. Deseo que con todos sea V. intérprete de mi gratitud y de mis opiniones.

»Cuantos me han escrito muestran igual convic-cion de que sólo el restablecimiento de la monarquía constitucional puede poner término á la opresion, á la incertidumbre y á las crueles perturbaciones que experimenta España. Dícenme que así lo reconoce ya la mayoría de nuestros compatriotas, y que ántes de mucho estarán conmigo todos los de buena fe, sean cuales fueren sus antecedentes políticos, comprendiendo que no pueden temer exclusiones ni de un monarca nuevo y desapasionado, ni de un régimen que precisamente hoy se impone porque representa la union y la paz.

»No sé yo cuándo ó cómo, ni siquiera si se ha de realizar esa esperanza. Sólo puedo decir que nada omitiré para hacerme digno del difícil encargo de restablecer en nuestra noble nacion, al mismo tiempo que la concordia, el órden legal y la libertad política, si Dios, en sus altos designios, me lo confía.

»Por virtud de la espontánea y solemne abdicacion de mi augusta madre, tan generosa como infortunada, soy único representante yo del derecho monárquico en España. Arranca éste de una legislacion secular confirmada por todos los precedentes históricos y está indisolublemente unido á las instituciones representativas que nunca dejaron de funcionar legalmente durante los treinta y cinco

años trascurridos desde que comenzó el reinado de mi madre hasta que niño aún pisé yo, con todos los mios, el suelo extranjero.

»Huérfana la nacion ahora de todo derecho político é indefinidamente privada de sus libertades, natural es que vuelva los ojos á su acostumbrado derecho constitucional y á aquellas libres instituciones que ni en 1812 le impidieron defender su independencia ni acabar en 1840 otra empeñada guerra civil. Debióles ademas muchos años de progreso constante, de prosperidad, de crédito y áun de alguna gloria; años que no es fácil borrar del recuerdo, cuando tantos son todavía los que los han conocido. Por todo esto, sin duda, lo único que inspira ya confianza á España es la monarquía hereditaria y representativa, mirándola como irreemplazable garantía de sus derechos é intereses, desde las clases obreras hasta las más elevadas.

»En el entre tanto, no sólo está hoy por tierra todo lo que en 1868 existia, sino cuanto se ha pretendido desde entónces crear. Si de hecho se halla abolida la Constitucion de 1845, hállase tambien de hecho abolida la que en 1869 se formó sobre la base inexistente ya de la monarquía. Si una junta de senadores y diputados, sin ninguna forma legal constituida, decretó la república, bien pronto fueron disueltas las únicas Córtes convocadas con el

deliberado intento de plantear aquel régimen, por las bayonetas de la guarnicion de Madrid. Todas las cuestiones políticas están así pendientes y como reservadas por parte de los actuales gobernantes, á la libre decision del porvenir.

»Afortunadamente la monarquía hereditaria y constitucional posee en sus principios la necesaria flexibilidad y cuantas condiciones de acierto hacen falta para que todos los problemas que traiga consigo su restablecimiento sean resueltos de conformidad con los votos y con la conveniencia de la nacion. No hay que esperar que decida yo nada de plano y arbitrariamente: sin Córtes no resolvian los negocios arduos los príncipes españoles allá en los antiguos tiempos de la monarquía; y esta justísima regla de conducta no he de olvidarla yo en mi condicion presente y cuando todos los españoles están ya habituados á los procedimientos parlamentarios. Llegado el caso, fácil será que se entiendan y concierten sobre todas las cuestiones por resolver un príncipe leal y un pueblo libre.

»Nada deseo tanto como que nuestra patria lo sea de verdad. Á ello ha de contribuir poderosamente la dura leccion de estos tiempos, que si para nadie puede ser perdida todavía, ménos deberá serlo para las honradas y laboriosas clases populares, víctimas de sofismas pérfidos ó de absurdas ilusiones.

»Cuanto se está viendo enseña que las naciones más grandes y prósperas, donde el órden, la libertad y la justicia se adunan mejor, son aquellas que respetan más su propia historia. No impide esto, en verdad, que atentamente observen y sigan con seguros pasos la marcha progresiva de la civilizacion. ¡Quiera, pues, la Providencia divina que algun dia se inspire el pueblo español en tales ejemplos!

»Por mi parte debo al infortunio el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna; y si en ella no alcanza España una posicion digna de su historia y de consuno independiente y simpática, culpa mia no será ni ahora ni nunca, sea la que quiera mi suerte, ni dejaré de ser buen español ni, como todos mis antepasados, buen católico ni, como hombre del siglo, verdaderamente liberal.

»Su afectísimo

ALFONSO.»

XXI.

La asiduidad del Rey en el trabajo, su aplicacion y la exacta puntualidad con que asistia á to-

dos los actos, puntualidad tanto más difícil cuanto que su pabellon estaba situado á bastante distancia de las clases, lo que le obligaba á levantarse ántes de rayar el dia; todas estas circunstancias y condiciones, unidas á su superior inteligencia y á su exquisita afabilidad, le granjearon el acendrado aprecio de profesores y compañeros, los que al despedirle en las vacaciones de Navidad sentian en alto grado la separacion, aunque únicamente debia durar quince dias, y le encargaban regresase pronto, ignorando que pocos dias despues de abandonar el suelo de Inglaterra el estudiante de Sandhurts, el Rey de 'derecho de la nacion española sería Rey de hecho por aclamacion unánime de su pueblo y por designios del Dios de las justicias y de las clemencias que habia oido los ruegos de una Reina, madre amante y corazon magnánimo, que no queria para su hijo el trono si no le levantaban el comun amor y la legítima esperanza.

XXII.

El dia 30 de Diciembre, á las ocho de la noche, estaba el Rey vistiéndose para ir al teatro, cuando

le entregaron una pequeña carta, en cuyo sobre se leia esta frase: « Urgente. » Rompióle D. Alfonso, y desdoblándola vió escritas con lápiz estas palabras: « Martinez Campos, al frente de la brigada Daban, ha proclamado á V. A. Rey de España: hasta ahora *todos* lo ignoran en Francia; guarde V. A. profundo silencio»... y al pié de estos renglones se leia un nombre ilustre de la república vecina.

Los que estaban al lado del Rey en aquel momento no adivinaron en su fisonomía lo trazado en la carta, y el criado que aguardaba la respuesta se retiró doblando la cabeza ante un: « Está bien », dicho con voz perfectamente tranquila por el Monarca.

Poco despues su augusta Madre y la Infanta Isabel bajaron á sus habitaciones, y todos se dirigieron al teatro sin que notasen ni la Madre ni la Hermana la alteracion más leve en el rostro de D. Alfonso, y sin que éste, cumpliendo el encargo que le hicieron, les indicase lo más pequeño sobre lo que en España ocurria. Unicamente al regresar del teatro y cuando el Sr. Elduayen corrió á dar cuenta á la Real familia del alzamiento de Sagunto, dijo el Rey con asombro y admiracion de todos: «*Hace ya algunas horas que lo sé.*»

Noche de grandes y diversas emociones fué

aquella para los regios habitantes del palacio Basilewski; y el Rey, que no sabía, que no podia saber entónces la adhesion del Sr. Jovellar y del señor Primo de Rivera y el rápido triunfo de su causa, resolvió firmemente, si el general Martinez Campos tenía que luchar, venir á España y luchar á su lado, no por ambicion, no por deseo de reinar, sí por compartir los peligros con aquellos que por amor á la patria y á la legitimidad jugaban su vida con tanta abnegacion como bravura.

A la mañana siguiente y á las ocho de ella entró la reina Isabel en la alcoba de D. Alfonso, que áun dormia, á participarle que era Rey de España, y á leerle el siguiente telégrama:

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL DE BORBON.

«Los ejércitos del centro, del Norte y las guarniciones de Madrid y las de las provincias, han proclamado á D. Alfonso XII rey de España. Madrid y todas las poblaciones responden á esta aclamacion con entusiasmo. Ruego á V. M. que lo ponga en conocimiento de su augusto hijo, cuyo paradero se ignora en este momento; y de todo corazon felicitan á VV. MM. por este gran triunfo alcanzado sin lucha ni derramamiento de sangre.—Primo de Rivera.—Cánovas del Castillo.»

Abrió el Monarca los ojos, oyó la importante noticia, y media hora despues abandonó el lecho.

¿Era esto desden ó indiferencia? De ningun modo: era que crecido y educado en la desgracia; consagrado á la meditacion y al estudio en los años de su infancia; conocedor profundo del estado actual de las cosas en el mundo, y principalmente en España, la más desgraciada de las naciones; medía en toda su magnitud lo arduo, lo difícil de la empresa que le confiaba en sus inexcrutables designios la Providencia; y si su ánimo valeroso ni se acobardaba ni retrocedia, porque le daba nuevos y poderosos bríos el inmenso amor patrio que arde en su pecho, su inteligencia le hacía meditar más en los males de la tierra que le vió nacer y en el modo de ponerles pronto remedio, que en su elevacion al trono, elevacion que le imponia grandes, altísimos deberes que cumplir.

XXIII.

Con la rapidez del rayo cundió por todo París la proclamacion de D. Alfonso, y como eran y son tantas las simpatías que gozaba y goza en esa metrópoli del mundo, acudieron presurosos á

felicitarle hombres de todas clases, condiciones é ideas políticas, codeándose allí el magnate y el artesano, el diplomático y el cantante de la ópera, el legitimista y el republicano, el orleanista y el imperialista; y siendo tanta la afluencia de gente, que durante dos dias tuvo que recibir las felicitaciones en un tramo de la escalera del palacio, porque era de todo punto imposible en las habitaciones.

El dia 5 dirigió al Sr. Cánovas este telégrama, otra prueba más de las altas cualidades que al Rey adornan: «París 5, 3-40, t. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo:

»V. E., á quien confié mis poderes en 23 de Agosto de 1873, me comunica que por el valeroso ejército y heroico pueblo español he sido aclamado unánimemente para ocupar el trono de mis mayores.

»Nadie como V. E., al que tanto debo y agradezco por sus relevantes servicios, así como al Ministerio Regencia que ha nombrado usando de las facultades que le conferí y que hoy confirmo, puede interpretar mis sentimientos de gratitud y amor á la nacion, ratificando las opiniones consignadas en mi Manifiesto de 1.° de Diciembre último, y afirmando mi lealtad para cumplirlas y mis vivísimos deseos de que el solemne acto de mi entrada en mi querida patria sea prenda de paz, de

union y de olvido de las pasadas discordias, y como consecuencia de todo ello, la inauguracion de una era de verdadera libertad en que, aunando nuestros esfuerzos y con la proteccion del cielo, podamos alcanzar para España nuevos dias de prospéridad y grandeza...»

Aquella noche asistió al teatro, siendo objeto de grandes muestras de afecto y simpatía por parte del pueblo frances, y el dia 6 de Enero abandonó á París dirigiéndose á Marsella.

XXIV.

Esta ha sido, historiada á grandes rasgos, la vida de D. Alfonso en el extranjero durante los seis últimos años: nada al ócio, nada al placer; todo al trabajo, todo al estudio; y hé aquí porqué nosotros, y con nosotros el que medite y piense, tenemos confianza plena, absoluta, en la prosperidad de un reinado que se inauguró entre el general aplauso.

Un Rey que comprende lo arduo, lo sagrado, lo difícil de su mision; un Rey que, idólatra de su pueblo, ha buscado en la ciencia el medio de hacerle grande, poderoso y feliz; un Rey que, sereno

y animoso en el peligro, afable en el trato, bondadoso por educacion y por instinto, si recuerda alguna vez agravios recibidos es para tener el placer de perdonarles, tendiendo franca y noblemente la mano á los que le ultrajaron; un Rey, en fin, que sólo quiere vivir y reinar por su pueblo y para su pueblo, por cuya ventura está dispuesto á todo género de sacrificios, alcanzará, á no dudarlo, con el auxilio de Dios, en quien confia; con el amor de sus súbditos, en quienes espera, un reinado glorioso en el cual las ciencias, las artes, la industria... hallando proteccion, sosten y apoyo, lleguen á su más alto grado de perfeccion, único medio de que los pueblos vivan dichosos bajo la santa égida del trabajo y de la virtud, fuentes sagradas de todo bien y de toda dicha para los hombres y para las sociedades.

Dios, que preside los actos de la vida humana; que desde las infinitas alturas de su augusto y éterno sólio lee con su poderosa mirada en el corazon de los pueblos y de los reyes, protegerá al Rey é iluminará al pueblo para que España, si desgraciada casi siempre, siempre creyente, cicatrice sus profundas heridas, recobre sus perdidas fuerzas, alce á los cielos su hoy marchita y angustiada frente, y vuelva á ser, como en no lejanos y mejores tiempos, la nacion respetada en el mundo

por su grandeza, por su valor y por sus virtudes.

Y esto ha de suceder en breve plazo; el país salvará la suprema crísis por que hoy atraviesa, recobrará su calma, su felicidad y su paz perdidas, hará que terminen esa inicua guerra que le destruye y esas luchas bastardas de bandería que le deshonran; y libre de perturbaciones, de trastornos y de tempestades, dedicándose con noble, solícito afan á su desarrollo intelectual y moral, único medio de alcanzar el justo y verdadero progreso por que deben suspirar los pueblos libres, descansará tranquilo y confiado, olvidando sus pasados dolores á la bienhechora sombra de un trono legítimo y augusto, alimentando incesantemente en su pecho el fuego de la virtud, única, fuerte y salvadora, teniendo grabadas en su memoria y en su conciencia estas frases de Platon, puestas en boca de Sócrates: «Los estados para ser dichosos no tienen necesidad de murallas, ni de buques, ni de arsenales, ni de tropas; ni de grandes aparatos: la *única* cosa de que tienen necesidad para su felicidad es la virtud», y estas otras, no ménos célebres, de Machiavelo: «La conservacion del espíritu religioso es la señal del floreciente estado de un pueblo, así como el desprecio ó el olvido de este sentimiento es el signo infalible de su decadencia.»

DE MARSELLA Á MADRID.

Como no tuvimos la honra de acompañar á S. M. en el viaje desde Marsella á Madrid, deseando que nuestra narracion sea completa y exacta y fiándonos poco de sueltas noticias adquiridas, acudimos á nuestro queridísimo amigo el oficial del Ministerio de Marina y conocido escritor D. Patricio Aguirre, rogándole que puesto que habia acompañado al Ministro del ramo en calidad de Secretario en aquel viaje, nos honrase historiándole y permitiéndonos publicar esa historia. El Sr. Aguirre accedió bondadoso á tal peticion, y hoy ofrecemos íntegro á nuestros lectores su brillante trabajo, seguros de que nos lo agradecerán por la belleza de forma y de fondo que en él resalta, belleza digna de la bien cortada pluma de nuestro amigo, y por las interesantes noticias que encierra á pesar de ser

más breve de lo que quisiéramos, visto el mérito que le adorna.

Dice así:

I.

«Restablecida en España la monarquía constitucional y legítima, personificada por abdicacion de Doña Isabel II en su hijo D. Alfonso, el dia 3 de Enero, y en el tren ordinario de Cartagena, salió de Madrid la Comision encargada de recibir al Rey en Marsella y acompañarle en su viaje á España. Constituíanla, bajo la presidencia del Sr. Marqués de Molins, como representante del Gobierno, el Sr. Conde de Heredia Spínola, el teniente general Conde de Valmaseda, á quien tanto debe la causa de la restauracion, el distinguido periodista D. Ignacio J. Escobar, Director del periódico *La Epoca*, y el Sr. Conde de Mirasol, á quien por derecho propio correspondia ser de los primeros en saludar como Rey al que habia acompañado proscripto en extranjero suelo.

»Agregados á la Comision iban tambien el coronel graduado, teniente coronel de caballería, don

Pedro Montero, el comandante de infantería don Teodorico Feijóo y de Mendoza, ayudante el primero y secretario el segundo del Conde de Valmaseda, el alférez de navío D. Orestes García Paadin, ayudante del Ministro de Marina, el oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada don José Aguilar, el auxiliar del Ministerio de Estado D. Fernando Roca de Togores, y el autor de estas líneas, como oficial del Ministerio de Marina y secretario del Ministro.

II.

»Sin incidente notable verificóse el viaje hasta la estacion de Murcia, donde las principales personas del partido alfonsino esperaban y obsequiaron á la Comision, que en tren especial continuó luégo la marcha, llegando á Cartagena á las cuatro de la tarde. Recibida allí por la autoridad superior de aquel departamento marítimo y la oficialidad de la Armada, pasaron seguidamente á la Capitanía General, donde tuvieron el gusto de saludar á la amable y simpática señora del contraalmirante Lobo, y despues de brevísimo descanso dirigiéron-

se al Arsenal, teatro há poco tiempo de los delirios cantonales, y prueba patente hoy de lo que pueden la voluntad y la inteligencia de un hombre, secundadas por el celo de una corporacion en quien el sentimiento del deber viene á ser como segunda naturaleza, cuyas leyes á todos alcanzan por igual.

»Faltaríamos á lo que la justicia exige si ántes de pasar adelante no rindiéramos público y merecido tributo de admiracion y de respeto al digno general de la armada D. Miguel Lobo, que con incansable actividad ha hecho desaparecer por completo en brevísimo plazo las huellas de una insurreccion que en su ciego frenesí llenó de sangre y ruinas humeantes uno de los más bellos establecimientos del Estado. Hoy el órden y la más perfecta disciplina reinan en todas las dependencias del Arsenal: al vocerío atronador de sublevadas muchedumbres ha sucedido el rumor apacible y blando del trabajo; allí donde el estrépito del cañon, por fratricidas brazos dirigido, asordaba los aires uno y otro dia, óyense nada más que el golpear acompasado del martillo y el seco roce del hacha sobre la madera; de entre montones de escombros se han alzado nuevamente los derruidos edificios, y si escaso número de operarios se emplea únicamente en aquellos trabajos más precisos

para la reposicion del material, culpa es del estado á que, por causas de todos conocidas, ha venido nuestra nacion durante seis años de trastornos é instabilidad política.

III.

» Eran próximamente las nueve de la noche cuando con mar llana y viento bonancible del Sur la fragata *Navas de Tolosa* se ponia en movimiento hácia la boca del puerto, dejando atras esta tierra de España, para volver muy pronto con una esperanza, la única verdadera, grande y legítima, en medio de tantas tribulaciones y amarguras.

» Mide este buque 81 metros de eslora por 15 de manga; 46 piezas de diverso calibre asoman por sus portas; sus máquinas, de 600 caballos, imprímenle con buenas circunstancias una marcha regular. Mándale el capitan de navío D. Adolfo Yolif, y tiene por segundo comandante al de fragata don Santiago Alonso y Franco.

» Pero lo más hermoso de tan hermosa nave es su nombre. Nombre preciosísimo, que sonando en oidos españoles retumba en el corazon con eco pode-

roso; nombre que encierra todo un poema de hazañas y glorias, las más puras de cuantas puede registrar la historia. Singular coincidencia: el denuedo y la bizarría de un Alfonso, librando á la Europa de la furia mahometana, dieron nombre á este buque; á su memoria iba á unirse para siempre la memoria de otro Alfonso, no llamado á pelear con los moros, pero tambien á difíciles y arduas empresas destinado tal vez desde la cuna.

»Rompió el rey de Navarra las cadenas con que el emir Almumenim pensaba de nuevo sujetar á España; otro Rey de ánimo no ménos levantado y generoso romperá las cadenas con que la anarquía y civiles discordias nos oprimen.

IV.

»Bajo felices auspicios principiaba el viaje; si á tal comienzo correspondia el final, bien podiamos creer que Dios estaba con nosotros. Sin novedad amaneció el dia 5. La fragata se deslizaba cortando gallardamente aquel mar lleno de grandes recuerdos históricos, sobre cuyas olas tantas veces se ha decidido la suerte de las naciones. Hácia la parte

del E. divisábase Ibiza, testigo de la actividad de los fenicios, y al opuesto lado, sobre la costa de la Península, Denia se aparecia como para recordarnos el poderío eminentemente civilizador de aquellos griegos cuya eficaz influencia ha de sentirse de seguro en el mundo hasta la consumacion de los siglos.

»A las diez y media de la mañana del 6, despues de celebrarse en la batería el Santo Sacrificio de la misa, nos hallábamos frente á San Feliu de Guixols en la costa de Cataluña. Allí, en aquellas aguas, el famoso Almirante Roger de Lauria, al servicio de D. Pedro III de Aragon, ganó en Setiembre de 1285 á la flota del rey de Francia una de las más feroces y reñidas batallas que han podido trabarse jamas sobre los abismos del Océano. Peleóse de noche con desusada furia por uno y otro lado, pero el valor de los catalanes y la pericia de su general triunfaron al fin de las astucias enemigas; la victoria se pronunció por los de Aragon, y la superioridad de la marina catalana sobre la francesa quedó desde entónces fuera de toda duda. ¡Lástima que Roger manchára tan magnífico triunfo con crueldades y venganzas cuya narracion causa vértigo y estremecimiento: ruda era la época, sin duda alguna, pero más rudo aún se mostró en aquella ocasion el sanguinario caudillo de los aragoneses!

»Pocos dias despues, el 5 de Octubre del mismo año, rendia en Perpiñan el último suspiro aquel rey de Francia, no sin razon llamado por los de su tiempo *el Atrevido*. Parecióle poco la corona de San Luis, y quiso tambien las de Navarra y Aragon para su familia. Entró en España soberbio y arrogante al frente de numerosa y lucida hueste; lanzó á la mar sus escuadras y dió el grito de guerra con soberbia desmedida. Pero el hambre, la peste y el hierro mermaron sus ejércitos; deshechas fueron sus armadas por armadas no ménos poderosas, y humillado su orgullo hubo de repasar el Pirineo, enfermo de cuerpo y desfallecido de ánimo, para morir en un rincon oscuro de su reino quien tuvo á su reino en poco para su codicia. ¡Leccion terrible para desapoderadas ambiciones, triste ejemplo de veleidad de fortuna!

V.

»Ya la primera parte de nuestro viaje tocaba á su término. Al anochecer del dia de Reyes, con viento bonancible del N. E., mar llana y hermoso cariz de cielo y horizontes, dejaba atras el cabo de

Creux *Las Navas de Tolosa*, entrando en el golfo de Leon, cuyas olas apénas rizadas por imperceptible brisa se dejaban dividir dócilmente, rompiéndose en espuma bajo el tajamar de la fragata. A las dos y media de la madrugada del 7 el faro de la isla Planier se avistó por la proa, y moderando la máquina continuóse desde entónces con la debida precaucion. Amaneció por fin el dia envuelto en densa niebla, que poco á poco se fué desvaneciendo á medida que el sol se levantaba, y á las diez y media dejamos caer el ancla despues de saludar á la plaza, uno de cuyos castillos contestó inmediatamente.

»Los periódicos que el práctico habia traido á bordo anunciaban que á las once y media debia llegar S. M. en el tren de París. No habia, pues, tiempo que perder: echáronse al agua los botes é inmediatamente pasó á tierra la Comision, que en los carruajes de antemano preparados por el Cónsul de España Sr. Zavala, se dirigió inmediatamente á la estacion, donde ya se encontraban esperando en el andén las primeras autoridades del Departamento, los jefes de la Comision de marina encargada de vigilar y dirigir la construccion de cañoneras para el Ebro y Bidasoa, Sres. Martinez Pery y Togores, con muchos españoles residentes en aquella ciudad, y el coronel Sr. Mendivil, de la co-

mision encargada de la compra de caballos para nuestro ejército.

VI.

» A las once y cuarenta minutos entraba el tren en la estacion, y momentos despues ponia el pié en el andén un jóven de elegante y simpática presencia, ojos vivos y penetrantes, fisonomía dulce y expresiva. Era el Rey. Acompañábanle desde la capital de Francia los Sres. Elduayen, coronel Velasco y D. Guillermo Morphy, y en el mismo tren venian tambien los Sres. Duque de Rivas, Marqueses de Vallejo y Campo Sagrado, Condes de Ezpeleta, Xiquena y Carlet, Duque de Valentinois Príncipe heredero de Monaco, y el Sr. Beramendi, hoy oficial mayor de la secretaría particular de S. M. Entre los corresponsales de la prensa extranjera sólo citarémos á los Sres. Detroyat, de *La Liberté;* Gàllenga, de *El Times;* Chavrillat, de *El Gaulois*, y Wollmöyer de la *Gaceta de Berlin.*

» El comandante militar de la division de Marsella, general Espivent de la Villeboisnet y el prefecto Mr. de Tracy, dirigieron la palabra al jóven

Monarca, quien con suma discrecion y modestia les dió las gracias expresándoles que España, al volver los ojos á su persona, lo habia hecho esencialmente al principio que representaba. Otras personas recien llegadas de Barcelona, entre ellas el brigadier Ortiz, encargado de saludar á D. Alfonso en nombre del general Martinez Campos, penetraron entónces en la estacion, y poco despues Su Majestad, con la régia comitiva se dirigia al Hotel de Marseille en medio de una multitud inmensa, ávida de conocerle y contemplarle.

VII.

»A las dos y media, despues de un espléndido almuerzo en uno de los grandes salones del Hotel, D. Alfonso, que no queria permanecer en tierra más que el tiempo puramente indispensable, dirigióse, entre las tropas que tendidas en línea le hacian los honores, al muelle, donde ya esperaban para el embarco los botes de la fragata y del vapor *Ciudad de Cádiz*, que desde el dia anterior se encontraba en el puerto. Escena inolvidable fué aquella para todos los que la presenciaron; momento

de emocion solemne, como se disfrutan pocos en la vida. Los amantes de la monarquía verdadera, los que habian vivido suspirando por el restablecimiento de la legitimidad en mal hora derribada, asistian entónces al triunfo de tan noble causa; ¡y qué triunfo!

»Marsella, situada en el fondo de un golfo azul como su cielo, alegre como el sol del Mediodía cuya lumbre se derrama sobre sus aguas en hebras de purísimos colores; Marsella, que tuvo alientos para resistir á Julio César; Aténas de las Galias, como la llama Ciceron; maestra de las ciencias, segun Plinio; ciudad famosa que en los tiempos medios adoptó por armas un leon, emblema de la fuerza, se nos presentaba aquel dia rejuvenecida por el gran acontecimiento, vestida de gala como para una fiesta, bulliciosa, espléndida y alegre, dominada por un solo sentimiento que era algo más que pueril curiosidad ó vano afan de noveleras muchedumbres.

VIII.

»Llegó el momento en que el bote se separó del muelle, cayeron al mar los remos: ¡viva el Rey!

gritó una voz unánimemente repetida por las personas todas del real acompañamiento, y el cañon de los fuertes, rompiendo entónces con formidable estruendo, mezcló sus ecos á los ecos de una aclamacion inmensa, lanzada por la multitud innumerable que ântes llenaba las calles y ahora cubria los extensos muelles. Á larga distancia todavía se apareció *Las Navas de Tolosa*, empavesada con banderas de mil diversos colores, y coronándose de humo sus costados, envió el primer saludo de la patria al jóven príncipe que contemplaba admirado y suspenso tan hermoso espectáculo. Eran las tres y cuarto cuando el bote real atracaba al costado de la fragata, en cuyo portalon aguardaba el comandante al frente de la oficialidad. ¡España por Alfonso XII! exclamó el Sr. Escobar cuando el Rey puso por vez primera el pié en aquel pedazo flotante de su reino; ¡viva el Rey! volvieron á repetir los circunstantes. Alfonso XII habia entrado ya en dominios españoles. El Marqués de Molins entregó entónces á S. M. el estandarte real que habia venido en la proa del bote, como digno de conservarse con especial esmero por la ocasion en que hubo de usarse; pero el Rey, pasándolo al Sr. Hernandez, secretario de la legacion española en París, díjole que se lo llevase de su parte á Doña Isabel. Rasgo fué este por extremo delicado,

que en los circunstantes produjo gratísima impresion. Quien se muestra tierno y cariñoso hijo, pór fuerza ha de ser verdadero padre de sus pueblos. El resto del dia se pasó sin novedad. Si se habia de llegar á Barcelona á hora conveniente, necesario era aplazar la salida para el amanecer. Á las seis y media de la mañana del 8 la fragata suspendia el ancla, y con un tiempo que ciertamente no podia esperarse en aquella estacion y en aquellos parajes, se puso en movimiento volviendo la proa hácia la costa de Cataluña.

IX.

»A las dos de la tarde del dia 9, el Ministro de Marina dirigia desde Barcelona el siguiente telégrama al Presidente del Ministerio Regencia:

« Alfonso XII, recibido en Barcelona como Rey
» por autoridades y por inmenso pueblo con el vivo
» interes que inspira su dignidad y más su persona
» y su proclamacion. Vapores salieron de Barcelona
» hasta el límite de la provincia por la costa á las
» tres de la madrugada con músicas y fuegos. Nave-
» gacion como en un lago. El Rey se ha confiado en

»su entrada al amor de los catalanes, y el éxito ha »excedido á las esperanzas de todo el mundo. La »bahía y la ciudad intransitables por llenas, indes»criptibles por entusiastas. Los corazones unáni»mes. Dios protege á Alfonso XII.»

»Este documento oficial dice más en su elocuente laconismo que todo lo que nosotros pudiéramos añadir. La última frase encierra una verdad innegable. La unanimidad del movimiento militar iniciado por Martinez Campos en Sagunto; la rapidez del éxito no manchado por una gota de sangre ni deslustrado por una lágrima; lo hermoso del tiempo con que cielo, mar y tierra de consuno favorecian el viaje del augusto Príncipe; el frenesí, que no la alegría del pueblo catalan, todo parecia, por voluntad sobrehumana, dispuesto para dar á España un dia de regocijo despues de tantos años de inquietudes, temores y zozobras. Dios protegia evidentemente al que, sin llevar en el alma más que designios nobles y generosos, volvia al seno de la patria por ella llamado con ayes de angustia y acogido con aclamaciones de férvido entusiasmo.

»El sábado 9 de Enero de 1875 no podrá borrarse nunca de la memoria de los catalanes. La entrada de D. Alfonso en la ciudad de los Wifredos y de los Berengueres fué una verdadera mar-

cha triunfal, un acontecimiento como se ven pocos en el trascurso de los siglos. La industrial y populosa Cataluña habia sufrido mucho durante los últimos años: la explosion de los sentimientos monárquicos en la inmensa mayoría de sus habitantes tenía que ser honrada y digna, pero espléndida y brillante como alborada de primavera despues de tormentosa noche.

X.

»En el muelle de la Paz verificóse el desembarco. Allí esperaban al Rey las autoridades que ya ántes habian acudido á bordo para expresarle el homenaje de sus sentimientos, y apénas puso el pié en tierra, bajo un elegante pabellon dispuesto por la municipalidad, el alcalde constitucional señor Marqués de Ciutadilla, dióle la bienvenida con enérgico acento y reposada frase, asegurándole que Barcelona no olvidaria nunca tan insigne honra, á lo que contestó S. M. en términos los más lisonjeros para la ciudad condal, cuya historia manifestó conocer con perfeccion. Seguidamente Don Alfonso, que vestia uniforme de campaña con di-

visa de Capitan General, montó á caballo, y al romper la marcha aquella alegre y solemne procesion, rompió tambien, ensordeciendo los aires, un *viva* universal que, mezclándose al sonoro clamor de las campanas, al tronar de la artillería y á los hermosos ecos de la marcha real, prolongábase á lo léjos repetido por millares de lenguas que no se daban tregua en sus aclamaciones.

»Lucido y numeroso era el acompañamiento, magnífico el golpe de vista que presentaba el hermoso paseo de la Rambla. Precedia una seccion de guardia municipal á caballo; seguian luégo todas las corporaciones y personas que ocupaban posicion oficial y muchas comisiones de los municipios de la provincia; detras, á pié y con el uniforme de Ministro, el de Marina; inmediatamente detras del Ministro, S. M.; detras de S. M. y á caballo tambien, á la cabeza de la escolta, el general Martinez Campos; á uno y otro lado de la carrera, las tropas formadas en línea; más allá, á derecha é izquierda, un pueblo inmenso compuesto de gentes de todas clases, edades, sexos y condiciones; en las casas, engalanadas con vistosas colgaduras, letreros y caprichosos adornos, multitud de señoras agitando pañuelos y abanicos; un dia de primavera en medio del invierno; la alegría en todos los semblantes; la esperanza en todos los corazones,

en todas las almas una emocion profunda y verdadera. Tal era el espectáculo que en aquellos instantes presentaba Barcelona. Quien no lo crea es porque no llegó á verlo; quien no lo haya visto, difícilmente podria figurárselo.

XI.

» A las doce y cuarenta y cinco minutos entraba el Rey en la santa basílica, donde fué recibido por el clero catedral, cantándose luégo el *Te Deum* en medio de numeroso y lucido concurso. Este admirable templo, de estilo ojival, cuya principal fachada, así como el cimborrio de la nave del medio no están aún terminados, comenzóse á construir á fines del siglo XIII, cuando el género vulgarmente llamado gótico estaba en su mayor esplendor. Ennegrecido por los años su inmenso recinto cuyas bellas líneas arquitectónicas se pierden en la escasa media luz que penetra á traves de los vidrios de colores, profusamente iluminada por multitud de bujías, cuya vacilante llama marcaba en derredor con una línea de fuego el arranque de los arcos sobre los macizos pilares, la hermosa cate-

dral inundada por oleadas de música y medio velada entre nubes de incienso, semejaba á veces cosa fantástica é ilusoria como la que finge en sueños el deséo del bien largos dias esperado. Y en verdad que tan hermosa ceremonia no era cosa rara bajo aquellas santas bóvedas; que muchos siglos pasaron desde que se alzó la casa del Señor, y sucesos memorables vinieron uno en pos de otro para añadir la poesía de los recuerdos á la poesía magnífica del arte. Allí, en 1338, dentro de la cripta que se halla debajo de la capilla mayor, fué definitivamente sepultado en una lujosa urna el cuerpo de Santa Eulalia, verificándose la traslacion de los venerables restos con tal pompa, que asistieron á ella dos reyes, tres reinas, cuatro príncipes, dos princesas, un cardenal, siete obispos, doce abades mitrados y multitud de magnates y barones catalanes; allí, en 22 de Julio de 1319, se instituyó la órden de Montesa, á la cual se unió despues la de San Jorge de Alfama, creada en 1201; allí, el dia 24 de Junio de 1461, juró los fueros catalanes aquel ilustre príncipe de Viana, hijo malogrado de D. Juan II de Aragon; allí á los pocos meses se depositó provisionalmente el cuerpo del mismo D. Cárlos para trasladarlo al monasterio de Poblet; allí, en Marzo de 1519, presidió el emperador Cárlos V el único capítulo del

Toison de Oro que se ha celebrado en España; allí se conserva la silla del coro en que tomó asiento el invicto césar, y allí, por último, el jóven D. Alfonso oia por vez primera los cánticos de júbilo con que la Iglesia celebraba su bienvenida y feliz exaltacion al trono de sus padres.

XII.

»Terminado el acto religiosoy despues de haber bajado el Rey á contemplar la tumba de la Santa Patrona, sobre la cual dejó un precioso ramo de flores que le habia sido presentado en una de las calles del tránsito, emprendióse nuevamente la marcha hácia las Casas Consistoriales, donde estaba el régio alojamiento, y al pié de cuya escalera, entre otras muchas personas de importancia por su posicion oficial, aguardaban á S. M. el Regente y magistrados de la Audiencia territorial.

»Sirvióse luégo el almuerzo, terminado el cual, S. M. salió al balcon á presenciar el desfile de las tropas, pasando despues al salon de Ciento, cuyas paredes se hallaban cubiertas de riquísimos tapices y en el cual recibió á várias comisiones que acudieron á presentarle sus respetos.

8

»Integro hemos copiado el telégrama que el señor Ministro de Marina dirigió al Gobierno; vean ahora nuestros lectores el que S. M., no repuesto aún de las primeras emociones, envió á su augusta madre: «Madre mia: el recibimiento que me ha »hecho Barcelona excede á mis esperanzas, exce»deria tus deseos. Con el corazon conmovido por la »voz del pueblo español, que por primera vez me »aclama como padre, te da las gracias y acepta tu »bendicion como la de Dios, á quien he pedido por »tí y por mis hijos los catalanes.—ALFONSO.»

XIII.

»A las nueve de la noche, despues de un gran banquete en las Casas Consistoriales, al que asistieron las autoridades y muchas personas de distincion, ocupaba S. M. el régio palco en el gran teatro del Liceo, donde se hallaba reunido todo lo que Barcelona encierra de más selecto é importante en ciencias, artes, literatura, nacimiento, saber, fortuna y posicion social.

»Este grandioso coliseo, de cuya descripcion harémos gracia á nuestros lectores, es una prueba

más de la pasmosa actividad de los catalanes. En el año de 1861 un voraz incendio redujo completamente á cenizas el que con el mismo nombre y de reciente construccion ocupaba aquel lugar. Reunióse acto contínuo la junta de propietarios para tratar de su reedificacion: al dia siguiente se cotizaban en alza las localidades; veintidos meses despues se inauguraba el actual, y cuenta que muy pocos teatros de Europa le ganarán en magnificencia, ninguno acaso en dimensiones.

» Deslumbrador verdaderamente era el aspecto de la sala, que con frenéticas aclamaciones saludó la aparicion del régio convidado, quien dadas las once se retiraba, teniendo ocasion de admirar espléndidas iluminaciones por todas partes; despues de haber visitado el Círculo del Liceo, que, como su nombre indica, se halla en el mismo edificio, y cuyos galantes socios se excedieron á sí mismos en obsequiar á todos los individuos que formaban el séquito real.

XIV.

»El siguiente dia, domingo, amaneció nublado y á intervalos lluvioso, si bien poco más tarde se se-

renó el tiempo despejándose el cielo por completo. Habíase anunciado la víspera á S. M. que una comision de obreros deseaba saludarle en nombre de muchos de sus colegas, y señalada por S. M. la hora de las ocho y media de la mañana, entraron en el salon de Ciento, conducidos por el Sr. Juliá, y despues de presentados al Rey por el Capitan General del distrito, adelantándose uno de ellos dirigió á la Real persona el siguiente discurso que trascribimos íntegro: «Señor: Los obreros aquí »reunidos, en representacion de muchos miles de »sus compañeros, tienen el honor de saludaros y de »ofreceros el testimonio de sus respetos. La clase »obrera catalana espera que S. M. no hará diferen»cias entre ricos y pobres, pues es Rey de todos los »españoles, y le suplica que en cualquiera cues»tion que pueda surgir entre el capital y el traba»jo, haga justicia á los obreros.»

»A esta breve oracion, con gran aplomo y desenvoltura, no exenta de respeto, pronunciada por aquel hombre de gallarda presencia y franca fisonomía, cuyos dedos encallecidos por el trabajo eran honrado testimonio de laboriosidad y constancia, contestó S. M. en los siguientes términos: «Me complace altamente ver agrupados á mi alre»dedor á los obreros catalanes, cuya importancia »y virtudes conozco; no duden ellos que, inspirán-

» dome en la más estricta justicia, seré siempre el » padrino de los obreros.» Adelantándose luégo al Sr. Juliá y estrechándole cariñosamente la diestra dijo: «En la imposibilidad de daros á todos la » mano, Juliá os la dará en mi nombre.» «S. M. en » este momento da la mano á la industria catala» na», dijo uno de los personajes á la sazon presentes. «¡Viva él Rey!» exclamaron los circunstantes, y quedó terminado el acto, sobre cuya importancia y trascendencia omitimos aquí consideraciones que llenarían muchas páginas y harán por sí nuestros lectores.

XV.

» A las diez, despues de haber oido misa en Santa María del Mar, preciosísima joya del arte cristiano, cuya construccion data del siglo XIV, visitó el Rey una curiosa exposicion de labores femeniles; á las once colocaba por su mano la primera piedra del nuevo Instituto; á la una y media de la tarde, despues del almuerzo, se verificaba nuevamente el embarco, y poco ántes de las tres la fragata salia del puerto entre multitud de botes cargados de gente; los vítores de la muchedumbre

que por la muralla del mar y al pié de Monjuich se extendia, y el saludo del fuerte y de los buques de guerra surtos en el fondeadero. Detras de las *Navas de Tolosa* marchaba la *Numancia* que horas ántes habia llegado procedente de Marsella; el vapor *Ciudad de Cádiz*, con el Duque de Valentinois y otras muchas personas, habia salido al amanecer.

» Hasta el límite de la provincia, por la costa, acompañó á bordo á S. M. la Diputacion provincial, que luégo se volvió en el vapor *Jaime II*, continuando el buque su marcha con excelente tiempo y hermosa mar.

« Si lograse hacer de toda España una Barcelo» na, estoy seguro de que habria convertido á mi » patria en una gran nacion.» Esto habia dicho el Rey al Presidente de la sociedad *El Fomento de la Produccion nacional*, y nadie en verdad pudiera tachar de lisonjeras sus palabras, que bien pueden los catalanes estar satisfechos de sí propios; bien puede Barcelona, por lo que es, por lo que ha sido, por lo que representa y lo que vale, aspirar á que la historia de la cultura y los progresos humanos le reserve una de sus primeras y más hermosas páginas. Por lo demas, si á gratitud pudieran atribuirse tan galantes y discretas frases, francamente debemos confesar que no faltaban al egre-

gio huésped grandes motivos para dejar la antigua colonia cartaginesa agradable y noblemente conmovido. El recibimiento que le hizo el pueblo barcelonés; la actitud de las clases todas de la poblacion; el carácter catalan respetuoso sin bajeza; altivo sin merecer censura por soberbio; franco y sincero dentro de los límites de la cortesía, por fuerza habia de despertar ecos simpáticos en un corazon jóven y predispuesto favorablemente para todo lo que es noble, digno y grande.

XVI.

»Eran las diez de la mañana del 11, cuando la fragata dejaba caer el ancla en el puerto del Grao. No pasó mucho tiempo sin que las autoridades y numerosas comisiones se presentáran en el buque con el Gobernador de la provincia, Sr. Dabán, y el Marqués de Cáceres, propagandista infatigable de la idea monárquica y por ende del restablecimiento de la dinastía legítima.

»Con su habitual afabilidad recibió á todos el Rey, que, dulcemente impresionado con las aclamaciones de que era objeto, pero sereno siempre y

dueño de sí mismo, con oportunidad y reposo respondia á las felicitaciones que se le dirigian, sin que en él se advirtiera engreimiento ni turbacion. De los primeros en presentarse á bordo fueron el comandante y oficialidad del vapor frances *Vigie*, á los cuales manifestó S. M. su gratitud al pueblo frances por la hospitalidad que le habia concedido y las simpatías que en todas ocasiones le habia demostrado.

»Al mediodia se oyó el primer cañonazo con que la fragata *Navas de Tolosa* despedia á S. M.; los vítores y las aclamaciones empezaron, y el sol, que hasta entónces se habia mantenido oculto, rompiendo de repente el denso velo de nubes que le envolvia, inundó á un tiempo en viva luz el mar, surcado por multitud de botes; los muelles, cuajados de gentío innumerable, y los corazones que unísonos palpitaban á impulsos del más puro patriotismo.

XVII.

«Muy jóven soy, decia el Rey al desembarcar »bajo un extenso pabellon preparado para recibirle,

»pero tan jóven como yo era D. Jaime I cuando su-»bió al trono. No es que yo tenga la pretension de »igualar á aquel gran monarca, pero haré lo que »pueda, y para obtener grandes resultados cuento »con dos poderosos elementos: la fe religiosa y el »amor y la union del pueblo y el trono, base de la »felicidad de las naciones.» Un ¡viva el Rey! fué la respuesta de todos los oyentes. Entónces su eminencia el Cardenal Barrios, prelado ilustre por su saber y sus virtudes, tomó la palabra á nombre de las corporaciones y el pueblo de Valencia, para saludar al Rey y decirle que la nacion, sedienta de paz y de justicia, esperaba que bajo el reinado de Alfonso XII concluirian las luchas civiles, reverdeciendo con la proteccion de María inmaculada la gloria y los laureles de Recaredo. «El primer nom-»bre que he invocado al pisar las playas de Valen-»cia, contestó S. M., ha sido el de Nuestra Señora »de los Desamparados, mi escudo y mi esperanza »durante el tiempo que me he visto huérfano de »mi querida patria.»

»Una verdadera explosion de vítores y aclamaciones acogió estas palabras por todos repetidas y comentadas con emocion profunda y verdadera. El gentío era tal, que con dificultad pudo abrirse paso al Rey hasta llegar al caballo que se le tenía dispuesto: sostúvole el estribo para montar el tenien-

te coronel Conde de Paredes de Nava, y entre multitud de coches y vehículos de todas clases literalmente cargados de gente, emprendióse la marcha hácia la ciudad del Cid.

»En Valencia no era ya un pueblo, no era una gran capital, no era una provincia de la monarquía, como en Barcelona, quien recibia y agasajaba al Rey: era España toda, la nacion entera, representada por sus hombres de más valía, por sus más ilustres y distinguidos hijos. Allí vimos á los Capitanes Generales de ejército Marqués de Sierra Bullones, Conde de Cheste y Marqués de Novaliches; allí el Sr. Mon, ex-presidente del Consejo de Ministros; allí los grandes de España Marqués de Bedmar y Sr. de Rubianes; los Generales Reina, Echevarría, Hoyos, Quesada, Fernandez San Roman y Gasset; los de marina Sres. Chacon, Pezuela, Lobo y Valcárcel; el Vizconde del Ponton, el Conde de Almodóvar y otros muchos que exigirian lista interminable.

XVIII.

»A las dos de la tarde era S. M. recibido en la catedral con la pompa que en tales ceremonias se

acostumbra, y terminado el *Te Deum* pasó el Rey al camarin de la Vírgen de los Desamparados, donde oró breve rato ante la veneranda imágen. Luce la santa efigie innumerables y riquísimas joyas ofrecidas por la piedad de los fieles, y muy señaladamente por la de nuestros monarcas, todos devotos de lo que inspira devocion al pueblo. Don Alfonso venía de la emigracion y venía pobre, pero no queria salir de allí sin dejar á la santa madre de Dios una ofrenda, siquiera no fuese la que á los sentimientos de tan cristiano príncipe correspondia: en la mano llevaba un precioso baston de mando, recuerdo del general Calonge; desprendióse, pues, de aquella insignia de autoridad, y hasta que pudiera enviar á la Vírgen otro objeto mejor, dejólo á sus piés en testimonio de sus devotos sentimientos.

»A las tres de la tarde entraba el Rey en la Capitanía General; á las tres y media se asomaba al balcon para presenciar el desfile de las tropas, y despues volvia al salon del trono, donde recibió á una comision del Círculo popular alfonsino de Madrid, presidida por el Sr. Corradi.

»Por la noche las músicas de la guarnicion ejecutaron una brillante serenata, siendo vistosas las iluminaciones de la ciudad, entre las cuales descollaban las de la Capitanía General, casas de los se-

ñores Campo, Marqués de Dos Aguas, Conde de Almodóvar, y círculos alfonsinos. Durante el siguiente dia visitó S. M. todos los edificios y establecimientos más notables que Valencia encierra, y por la noche asistió á los dos teatros, Principal y de la Princesa, leyéndose en el primero várias composiciones poéticas de no escaso mérito las más de ellas.

XIX.

»El dia 13, á las seis y media de la mañana, salia el tren real de la estacion. El trayecto hasta Aranjuez fué una serie no interrumpida de vítores y felicitaciones sin término. Todas las estaciones del tránsito se hallaban engalanadas con colgaduras, banderas, festones de flores y arcos de follaje. En Venta de la Encina esperaban las autoridades de la provincia; pero Almansa y Albacete merecen especial mencion, no porque allí el entusiasmo fuera mayor, no porque más ruidosamente manifestasen su alegría, sino porque la importancia de la una en la historia moderna, y la que la otra tiene como capital de provincia, exigen que, si-

quiera sea muy ligeramente, nos detengamos en ambas.

» Famosos para siempre serán los campos en que Felipe V sancionó su indisputable derecho á la corona de España con una gran victoria; allí el tronco de su augusta dinastía echó raíz profundísima y robusta, y un hermoso arco rematado por la columna, erigido en memoria de aquel glorioso suceso, recordóselo á D. Alfonso al penetrar el tren en la estacion. Vivas, felicitaciones, versos y flores saludaron allí, como en todas partes, al real viajero, que poco despues partia conmovido entre los gritos y las bendiciones de la multitud.

XX.

» A cien metros de la estacion de Albacete un magnífico arco, en cuya cima ondeaba la bandera nacional, se presentaba cubierto de follaje, emblemas é inscripciones alusivas al cambio político recientemente ocurrido en el país. Una inmensa explosion de vivas acogió al tren que, moderando paulatinamente su marcha, paró al fin en medio de una masa compacta de personas que se apiña-

ban gozosas alrededor del coche de S. M., quien afectuosamente saludaba al pueblo leal ávido de contemplarle unos instantes. Un cuarto de hora despues aquellas ardientes demostraciones se repetian con mayor intensidad; la poderosa locomotora se ponia nuevamente en marcha, arrastrando tras sí millares de corazones subyugados no ya sólo por una idea, no por un pensamiento, sino por simpatía profunda, espontánea y verdadera. En Alcázar de San Juan las autoridades y comisiones de la provincia se despidieron de S. M., teniendo la honra de oir de sus augustos labios palabras siempre amables é impregnadas del más noble patriotismo, y á las diez y media de la noche el Real palacio de Aranjuez abria sus puertas al régio vástago de sus antiguos dueños, que al fin se aposentaba en la morada de sus mayores.

XXI.

»A las once y cuarenta minutos de la mañana siguiente salia S. M. de Aranjuez, llegando hora y media despues á Madrid, donde le esperaban el Gobierno, el Cardenal Moreno, arzobispo de Va-

lladolid, y [illegible] recepcion que [illegible] á su legítimo [illegible] culta capital, y [illegible] blo madrileño. [illegible] esperanza se [illegible] ilustre primogénito [illegible] sienes la corona de [illegible] dias del Rey para [illegible] Alfonso XII, heredero [illegible] roes, mostrarse en breve heredero [illegible] de su fortuna, su valor, su gloria y sus virtudes.»

XXII.

Hasta aquí el Sr. Aguirre: permitásenos, por nuestra parte, añadir algunas palabras á la descripcion del recibimiento que hiciera Madrid á su legítimo Rey.

Desde las primeras horas de la mañana del 14 la animacion era extraordinaria; adornábanse con ricas ó con modestas colgaduras los balcones de todas las casas, y se terminaban con gran precipitacion los magníficos arcos levantados.

ban gozosas alrededor del coche de S. M., quien afectuosamente saludaba al pueblo leal ávido de contemplarle unos instantes. Un cuarto de hora despues aquellas ardientes demostraciones se repetian con mayor intensidad; la poderosa locomotora se ponia nuevamente en marcha, arrastrando tras sí millares de corazones subyugados no ya sólo por una idea, no por un pensamiento, sino por simpatía profunda, espontánea y verdadera. En Alcázar de San Juan las autoridades y comisiones de la provincia se despidieron de S. M., teniendo la honra de oir de sus augustos labios palabras siempre amables é impregnadas del más noble patriotismo, y á las diez y media de la noche el Real palacio de Aranjuez abria sus puertas al régio vástago de sus antiguos dueños, que al fin se aposentaba en la morada de sus mayores.

XXI.

»A las once y cuarenta minutos de la mañana siguiente salia S. M. de Aranjuez, llegando hora y media despues á Madrid, donde le esperaban el Gobierno, el Cardenal Moreno, arzobispo de Va-

lladolid, y otros muchos distinguidos sujetos. La recepcion que la primera poblacion de España hizo á su legítimo monarca fué en todo digna de tan culta capital, y el júbilo y el entusiasmo del pueblo madrileño, inmenso, indescriptible, porque la esperanza se habia trocado en realidad; porque el ilustre primogénito de doña Isabel II ceñia ya á sus sienes la corona de dos mundos. Dios prospere los dias del Rey para felicidad de la nacion, y pueda Alfonso XII, heredero del nombre de tantos héroes, mostrarse en breve heredero tambien de su fortuna, su valor, su gloria y sus virtudes.»

XXII.

Hasta aquí el Sr. Aguirre: permitásenos, por nuestra parte, añadir algunas palabras á la descripcion del recibimiento que hiciera Madrid á su legítimo Rey.

Desde las primeras horas de la mañana del 14 la animacion era extraordinaria; adornábanse con ricas ó con modestas colgaduras los balcones de todas las casas, y se terminaban con gran precipitacion los magníficos arcos levantados.

El primero de éstos, de estilo árabe, gallardo, esbelto, se alzaba en el paseo de Recoletos, frente á la casa del Sr. Campo, que habia querido demostrar con él su adhesion profunda al Monarca; el segundo, verdaderamente sorprendente por su elevacion y magnificencia, era de estilo romano, estaba coronado por una estatua ecuestre que representaba al Rey; lucia en las hornacinas heraldos con la flor de lis en la dalmática; ostentaba por todas partes trofeos militares; imitaba en su obra el pórfido ricos relieves y bellos adornos; lucia en el frontispicio esta frase: *A S. M. el Rey, la Asociacion de señoras para el socorro de los heridos del ejército*, y era, en suma, copia del arco alzado á Tito cuando volvió á Roma triunfante de Jerusalen.

En la entrada de la calle Mayor formaban otro precioso arco dos mástiles cubiertos de follaje descansando sobre pedestales adornados con los atributos de la marina, leyéndose estas inscripciones en él: *Viva Alfonso XII.—España á su Rey.* En la misma calle Mayor, frente á los Consejos, se admiraba un tercero coronado de mirto, adornado de vasos de colores y ostentando bellos tarjetones con estas frases: *Sabiduría, Magnanimidad, Virtud.—Catolicismo, Fortaleza, Patriotismo.—Madrid,* 14 *de Enero de* 1875.—*Sagunto,* 28 *de Diciembre*

de 1874.—*A nuestro augusto soberano Alfonso XII.* —*Todos los Alfonsos han sido ó sabios legisladores ó excelsos capitanes*... Y finalmente, en la plaza de la Armería el cuarto y último, era algo parecido al de la calle de Alcalá, pero de mucha ménos importancia, adornándole esta dedicatoria: *A S. M. el Rey D. Alfonso XII.*

XXIII.

Las calles por donde habia de pasar el Monarca veíanse desde las primeras horas de la mañana llenas de gente; las tropas se dirigian al compas de las bandas militares á ocupar los puestos que las estaban designados; los carruajes pululaban á centenares por todas partes, y era tal la animacion, tanto el bullicio y tan franca, tan sincera, tan expansiva la alegre curiosidad que se retrataba en todas las frentes, que parecia que Madrid, sacudiendo un letargo largo y penoso, se alzaba riente, ufano, para recibir al que nació en su seno, para ceñir á la noble sien la soberbia, majestuosa corona de Castilla, adorno digno de su valor y de su nobleza.

De pronto (eran las once y cuarenta minutos de la mañana) ensordeció los aires el estampido de un cañonazo, y un viva entusiasta retumbó en las calles y ensordeció el espacio: el Rey habia salido de Aranjuez, y la ola de gente que llenaba el Prado se conmovió primero, se agitó despues y, por último, se dirigió rápida y compacta á la estacion, espléndidamente decorada.

La una y media daba en los relojes de la nuevamente coronada villa, cuando resonaron otra vez las voces de los cañones: D. Alfonso estaba en Madrid; el Rey habia llegado á su córte.

XXIV.

Todas las autoridades, comisiones de todos los cuerpos del Estado, miembros del alto clero, de la nobleza, de la alta banca y centenares de personas de todos sexos, edades y condiciones, se hallaban en la estacion al penetrar el tren real, y todos saludaron al Rey con repetidos vivas, que hallaron eco dulce en los corazones, ardorosa respuesta en los labios.

Don Alfonso, que estaba visiblemente conmovi-

do, aunque conservando su continente digno y reposado, recibió afable las felicitaciones que se le dirigieron, y montando en un magnifico caballo blanco, se encaminó á la capital con la cabeza descubierta y con el rostro sonriente.

Los víctores no cesaron ni un punto, el entusiasmo crecia cada vez más y todos daban, radiantes de júbilo, la bienvenida al ilustre Príncipe, que por entre las filas de los soldados caminaba al trote corto de su caballo.

Oyó el Monarca en la basílica de Atocha un solemne *Te Deum*, y concluido aquél cabalgó de nuevo, continuando su marcha verdaderamente triunfal, resonando en los aires, confundidos en majestuosa armonía, los vivas de la muchedumbre, los ecos de la marcha real, las voces de las campanas y el estampido de los cañones.

Al llegar la régia persona frente al Ministerio de la Guerra un antiguo alabardero gritó con voz un tanto trémula por la emocion: «¡Viva la Reina madre!», y el Rey, conteniendo bruscamente su caballo, saludó afable á aquel súbdito fiel, cuyo viva noble y digno fué repetido calurosísimamente.

El aspecto de la carrera que siguió el Monarca era indescriptible. Los soldados, en formacion correcta, con las armas presentadas; millares de seres, descubierta la cabeza, apiñados junto á la tropa;

todas las principales damas de la córte agitando sus pañuelos en los balcones, cubiertos de seda, oro y encaje, sembrando de flores y de versos el suelo y de palomas los aires; y un sol purísimo, esplendoroso, destacándose de un cielo azul, diáfano, trasparente, sin nubes y sin celajes, cobijando con riquísimo manto de oro al pueblo y al Rey, como cobija con las alas el águila á sus hijos.

Salvó D. Alfonso la calle de Alcalá; atravesó la Puerta del Sol entre víctores y bendiciones; dejó atras la calle Mayor no ménos adornada que sus hermanas, y penetrando en la plaza de la Armería llegó á su palacio, á ese altivo gigante de granito en cuyo regazo vió la luz primera.

Honda y tierna emocion debió inundar en aquel momento el corazon del Rey al par que se agolpaban á su mente un mundo de recuerdos. Volvia á su hogar; el techo que le guareció niño le iba á guarecer hombre, y el pueblo que le bendijo Príncipe le bendecia Rey. Solemne, inolvidable dia, en el cual hasta la naturaleza parecia ufana, orgullosa y satisfecha, pues una temperatura primaveral daba mayor realce y mayor encanto á la pública general alegría.

XXV.

Durante tres dias las colgaduras flotaron en todas las casas, y por las noches lucian por doquiéra iluminaciones igualmente bellas, igualmente dignas de admiracion y aplauso, porque eran hijas de un mismo sentimiento: del amor al Rey; y la mayor ó menor esplendidez de ésta ó de aquélla, si ponian de relieve la desigualdad de las fortunas, de relieve ponian tàmbien la identidad de sentimientos, por lo que nosotros que examinamos los públicos regocijos bajo este último punto de vista, no nos metemos á hacer comparaciones que juzgamos, á más de inútiles, inoportunas.

EL REY EN EL EJÉRCITO DEL NORTE.

CAPÍTULO I.

DE MADRID Á ALHAMA.

I.

Deseoso el Rey de visitar al valiente ejército del Norte permaneció cinco dias en Madrid, y el 19, á las siete y media de la mañana, salió para la estacion del Mediodía con direccion á Zaragoza, deteniéndose á orar en la capilla de la Vírgen de la Paloma, ante una numerosa concurrencia que le recibió con aclamaciones, y llegando á la estacion, convenientemente decorada, á las ocho y cinco minutos. Allí esperaban los Directores de las armas y el Presidente del Consejo Supremo de la Guerra, los jefes de divison y de brigada, el Subsecretario del Ministerio de la Guerra, los generales Novaliches, Gasset, Urbina, Talledo Correas y otros

muchos, el Procapellan mayor de Palacio, comisiones de la Diputacion provincial y del Ayuntamiento, miembros de la alta banca, títulos de Castilla, distinguidas damas y una gran concurrencia que llenaba las avenidas de la estacion.

Una compañía de ingenieros con bandera y música hizo los honores á la régia persona, y S. M., que vestia el uniforme de capitan general en campaña, despues de saludar á todos con la afabilidad que le caracteriza, y de despedirse particularmente de los ministros y de otras personas notables, montó en el tren con los de su séquito, emprendiendo la marcha á las ocho y diez minutos, entre víctores y aplausos.

Acompañaban á S. M. á la salida de esta Córte el Ministro de la Guerra, general Jovellar; el general Primo de Rivera, jefe del cuarto militar; los brigadieres Velasco, Trillo, Moreno del Villar y Dabán; los coroneles Solá, Bernaldez, Moreno, Conde de Mirasol y Sanchiz, que eran sus ayudantes y oficiales de órdenes; el Jefe del Real patrimonio Sr. Oñate; el médico de Cámara Mar qués de San Gregorio; el justamente célebre doc tor Camison; el Marqués de Salamanca, com vice-presidente del Consejo de Administracion del ferro-carril del Mediodía, el Gobernador civil de Madrid Duque de Sesto, y el Presidente de la Di-

putacion provincial Conde de la Romera, con una Comision de diputados.

Formaban, ademas, parte de la régia comitiva los oficiales primeros del Ministerio de la Guerra señores Gamir, coronel de Estado Mayor, y Muñoz Vargas, teniente coronel de infantería; los auxiliares del mismo Ministerio D. Cárlos Andrade y don Manuel Calzada, comandantes de caballería; los ayudantes del Ministro, teniente coronel de caballería, Gutierrez, capitanes de infantería señores Santa Pau y Pargas, y el teniente D. Joaquin Jovellar y los oficiales á las órdenes: Montes, oficial primero de Administracion militar, y Rubio, teniente de infantería; los ayudantes del general Primo de Rivera, comandantes Vallarino, Cárdemas y Molins, capitan de caballería Urbina y el á las órdenes comandante de la propia arma Sr. Rivera; y finalmente los comandantes Salcedo, Aznar y Muesas; el señor Corral, hijo del Marqués de San Gregorio, y el autor de este libro.

Iban tambien en el régio tren corresponsales del *Times*, *News Telegraph*, *Liberté* y *Gaceta Provincial de Berlin;* y por los periódicos españoles el redactor de *El Tiempo*, Sr. Prida; el de *La Correspondencia*, Sr. Maestre; el del *Diario de Barcelona*, Sr. Rimon, y los conocidos dibujantes señores Padró y Sanahuja, el primero por *La Ilus-*

tracion Española y Americana, y el segundo por el Ayuntamiento de Madrid, á fin de formar un álbum de los hechos más notables para ofrecerle al Rey la citada corporacion.

Diez minutos ántes que el tren real habia salido otro con 1.200 infantes y 200 caballos, y en el real iban 200 hombres del Fijo de Ceuta con bandera y música, y una compañía del regimiento del Rey, mandada por el teniente coronel D. Adolfo de Castro.

II.

En la estacion de Vallecas comenzó esa série de ovaciones entusiastas y espontáneas, que ha alcanzado S. M. en todo este viaje, en las Castillas como en Aragon, en Navarra como en la Rioja.

Una muchedumbre inmensa, con el cura párroco á la cabeza, recibió al Rey, y los acordes de la marcha real y el estampido de los cohetes se confundian con los gritos de «¡Viva el Rey!» cien y cien veces repetidos.

III.

Continuando el tren su rápida marcha llegó á Vicálvaro, y allí el Monarca recibió á los oficiales del depósito, se despidió del Duque de Sesto, del Conde de la Romera y demas comisiones que le acompañaban desde Madrid, saludó afable y cariñoso al pueblo que le aplaudia, y prosiguió el viaje interrumpido por breves momentos para llegar á Alcalá, donde las señoras que forman la asociacion de la Cruz Roja se presentaron á impetrar perdon para un oficial condenado por desacato á la autoridad, dando con esto ocasion á que D. Alfonso demostrase sus humanitarios sentimientos en presencia de una inmensísima concurrencia que se agolpaba sobre el wagon régio para contemplar, ensalzar y bendecir al ilustre nieto de cien reyes, Rey de la nacion española por la voluntad de Dios, por la fuerza y la justicia de su derecho y por el amor de su pueblo.

IV.

A las diez y diez minutos se detenia el ilustre viajero en Guadalajara, en donde el espectáculo fué

verdaderamente admirable. La estacion estaba lujosamente adornada y la poblacion entera se precipitaba ansiosa sobre el coche régio, al mismo tiempo que los cohetes surcaban los aires y los ecos de la marcha real llenaban estos aires de armonía. No es posible dar ni una ligera idea del entusiasmo de aquel recibimiento. Los elegantes pañuelos de batista de las damas más principales, y los modestos de percal de las mujeres del pueblo, se agitaban incesantemente; los hombres levantaban sus sombreros, y con vivas ardientes saludaban al Rey, que asomado á los ventanillos del coche y con la leopoldina en la mano devolvia aquellos afectuosísimos saludos, pintándose en su noble fisonomía la grata impresion que causaba en su alma el amor de este pueblo, para cuya felicidad quiere vivir y reinar.

Atravesando aquella inmensa ola de gente llegaron á presencia del Monarca el Gobernador militar, el Gobernador civil, la Diputacion provincial, el Ayuntamiento, el Juzgado y todas las demas autoridades; los profesores de la Academia y la Junta Directiva del Círculo popular alfonsino, teniendo todos la honra de ser recibidos por S. M., á quien felicitaron por su advenimiento al trono, haciendo fervientes votos porque el Todopoderoso le otorgase un reinado próspero y feliz, é invitán-

dole á un espléndido buffet anticipadamente preparado. S. M., con esa fácil y elocuente palabra que admira á cuantos tienen la fortuna de escucharle; con ese acierto con que reviste todos sus actos, y con ese inmenso amor patrio que revela en sus menores acciones, como que és el sentimiento que embarga su alma y que ilumina su inteligencia, respondió á las felicitaciones que se le dirigieron, excusándose de aceptar el buffet por la premura del tiempo, y prometiendo á los profesores de la Academia visitarla en otra ocasion detenidamente.

Partió el tren entre las no interrumpidas aclamaciones de todas las clases sociales que poblaban el andén, y el Gobernador civil, el Vicepresidente de la Diputacion provincial y una comision de diputados acompañaron á S. M. hasta el límite de la provincia, marchando á más con el tren real el teniente coronel Sr. Martitegui, jefe del batallon provincial de Toledo, que cubria la línea, y cuyo jefe siguió hasta Terrer.

V.

En Baides y en Jadraque S. M. fué objeto de idénticas demostraciones saludándole, como en las

estaciones anteriores, el clero y las autoridades, y al partir dejó en Baides, como dejára despues en todas las poblaciones del tránsito, pruebas elocuentísimas de su ardiente caridad, siguiendo en esto las huellas que le trazára su augusta Madre, siempre dispuesta á aliviar el infortunio.

VI.

Centenares de cohetes anunciaron á los habitantes de Sigüenza, que sin distincion de clases aguardaban en la estacion al régio viajero, que el tren real llegaba, y ántes de que éste entrase en la estacion, nutridísimos vivas saludaron al Rey.

El espectáculo que ofrecia la estacion era bellísimo. Arcos de sumo gusto se alzaban esbeltos, leyéndose en ellos las inscripciones: *Al ángel de la paz, D. Alfonso XII de Borbon, el Círculo Alfonsino.—Al católico Rey D. Alfonso XII, las señoras de Sigüenza.—Al mártir del deber E. S. Marqués de Novaliches, sus consecuentes admiradores de Sigüenza.—A los generales de la restauracion, al Ejército y á la Marina;* banderas nacionales flotaban á merced del viento, ricas colgaduras

adornaban el edificio, y un pueblo entusiasta y leal, presidido por el ilustrado y respetable obispo Sr. Benavides, demostraba al Monarca su adhesion profunda.

Allí se veian, como se vieron en todo el viaje, confundidas las clases, leyéndose en los semblantes una alegría y una satisfaccion inmensas, con las que los habitantes de Sigüenza demostraban elocuentemente que las inscripciones que figuraban en los arcos, eran dictados por el corazon.

Presidiendo á todos las comisiones, como ya hemos dicho, penetró en el coche régio el virtuoso é ilustrado obispo Sr. Benavides, el cual, con voz alterada por la emocion y con los ojos humedecidos por las lágrimas, saludó al Rey con estas palabras que pudimos copiar y que á más guardó y guardará fielmente nuestra memoria:

«Señor: La honra y júbilo de saludar á V. M. personalmente desde su reciente entrada en España, dicha hasta ahora de un corto número de localidades privilegiadas, alcanza hoy á esta capital diocesana, cuyo obispo siempre hablára por sí congratulándose tiernamente en tan feliz acontecimiento; mas lleva la voz por todos sus hijos; cumple el encargo de presentar á V. M. los homenajes de amor y respeto de las diferentes Corporaciones y Tribunales de esta jurisdiccion.

»Y lo hacemos así, señor, porque estamos sedientos de paz inalterable y de justicia constante; porque el reinado de V. M. inaugura la union y prosperidad de la familia española: porque V. M. viene á ser un Rey-Providencia para la Iglesia y el Estado, pronto á procurar y complacerse en que sean bajo su cetro poderes independientes y á la vez aliados con lazo divino, base firmísima del presente y porvenir venturoso de esta nacion católica.

»Dígnese V. M. aceptar con benevolencia estos sentimientos y permitirme con el recuerdo piadoso de haber dado mi bendicion á V. M. en la cuna, la santa libertad de hacerlo ahora en su juventud florida. *Benedictio Dei*, etc.»

Bajó S. M. la cabeza con profundo recogimiento; alzó el virtuoso prelado la vista al cielo é hizo la señal de la cruz sobre la frente del Soberano. ¡Conmovedor espectáculo! Un príncipe de la Iglesia, célebre por sus virtudes y sus talentos, bendice á un Rey lleno de confianza en el auxilio de Dios, rico de fe, de patriotismo y de ardimiento, el cual inclina la frente, ceñida por una corona, con la humildad y con el respeto del que siente arder en su pecho el fuego religioso, y dice al prelado: «Señor obispo; agradezco á V. E. la felicitacion que me dirige y la bendicion con que me fortalece. Yo

vengo á cumplir mis promesas recientemente escritas, y mi anhelo más ferviente es alcanzar para esta, mi patria querida, la paz que es la fuente de la riqueza y de la ventura de los pueblos. La Iglesia, por su parte, debe tener entendido que, si bien soy Rey liberal y constitucional, el título con que más me honro es el de católico apostólico romano.»

Un viva entusiasta, prolongado, acogió las palabras del Rey, palabras que corrieron de boca en boca por entre aquella apiñada muchedumbre; y despues de felicitarle el Gobernador civil y las demas autoridades, continuó el tren avanzando en medio de inmensas aclamaciones.

VII.

En Alcuneza fué objeto el ilustre Príncipe de iguales demostraciones de afecto y simpatía por parte del pueblo y del clero, y despues de dar una espléndida limosna para los pobres, siguió el tren la marcha hasta Medinaceli, donde formado en batalla se hallaba el brillante batallon de cazadores de Segorbe, que tantos laureles ha conquistado en los campos de batalla, y que al grito de «¡Viva el

Rey!» que dió con gran vehemencia su jóven y bizarro teniente coronel Sr. Villalonga, contestó como un solo hombre con una decision y con una fe admirables.

S. M., descendiendo del coche, revistó al batallon, que repitió sus vítores, y quedando altamente satisfecho de la marcial apostura de aquellos soldados, dirigió al Jefe algunas palabras sumamente lisonjeras.

VIII.

Prosiguiendo la por breves momentos interrumpida marcha llegó á Los Arcos, cuya estacion estaba lujosa y profusamente adornada con arcos de follaje, banderas y gallardetes é invadido el andén por una numerosa concurrencia que vitoreó al Rey con la misma noble alegría con que le habian vitoreado en todos los demas puntos.

Presentáronse allí á ofrecer sus respetos al Monarca el brigadier Lasso, jefe de brigada de la division Despujols, el teniente coronel Sr. Soria Santa Cruz y otros jefes y oficiales, haciendo los honores de ordenanza cuatro compañías de Guadalajara y 150 caballos del Depósito central.

Un hombre del pueblo, atravesando por entre la apiñada multitud, llegó al coche régio, y saludando al Monarca, que de pié con la leopoldina en la mano y asomado á una de las ventanillas oia con suma complacencia los vítores con que le demostraba su fiel y valiente pueblo castellano el amor profundo que hácia él sentia; gritó con voz sonora agitando su sombrero: *Viva Alfonso XII, Rey de España y español*, significativo y elocuente viva que fué contestado con gran entusiasmo.

Despues de recibir el Rey las felicitaciones de las autoridades y del clero, silbó la locomotora y el tren partió, pisando poco tiempo despues el suelo de Aragon y llegando á Ariza, adonde el pueblo aragones habia enviado sus representantes para manifestarle el afan profundo con que le esperaban y el acendrado amor con que le recibian.

IX.

Antes de llegar á Ariza, y en el lugar donde principia la tierra aragonesa, se elevaba majestuoso un magnífico arco con esta inscripcion: *Aragon*

—*La provincia de Zaragoza á S. M. el Rey D. Alfonso XII.*

En la estacion aguardaban á S. M.: el Capitan General señor Ganch y sus ayudantes; el Gobernador civil; el Presidente de la Diputacion y ocho diputados; el Presidente de la Audiencia, el Fiscal y dos magistrados; el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y tres catedráticos; el Administrador económico de la Provincia; el Ingeniero Jefe de la Provincia, los de Montes, Obras públicas y Minas; el Presidente del casino monárquico de Zaragoza y dos socios; el Director del Instituto; y Comisiones de la Sociedad Económica Aragonesa, de la Junta de Agricultura, de la del Canal Imperial de Aragon, del Casino Mercantil, del Círculo Zaragozano, del Ilustre Colegio de Abogados, del de Notarios, del de Procuradores, del de Agrimensores, de la Academia Jurídico Práctica Aragonesa, de la de Medicina, de la de Bellas Artes, de Labradores, del Centro Hispano-Ultramarino, de la Asociacion de Católicos, de la Cruz Roja, de la Liga de Contribuyentes y de la Real Maestranza de Aragon.

Todas estas autoridades y comisiones fueron recibidas por el Rey con su acostumbrada afabilidad miéntras los cohetes, los ecos de la música y los vivas de la muchedumbre resonaban estrepitosos; y siguiendo S. M. la marcha, acompañado de las

citadas comisiones, se divisó poco despues de abandonar á Ariza una casa quemada que se elevaba, negra, tétrica, sombría, á la derecha del camino. Era la estacion de Zetina, quemada por la faccion de Villalain.

X.

¡Qué amarga, qué dolorosa impresion causó en el ánimo del jóven Monarca tan tristísimo espectáculo, y cómo se retrató en su noble y franca fisonomía amarga pena; lúgubre cuadro se destacaba ante sus ojos! Nosotros, al ver aquellas ennegrecidas paredes, aquellos techos derruidos, aquellas puertas arrancadas, no pudimos ménos de murmurar: ¡Cuándo acabará, Dios mio, esta guerra salvaje, cruel é injusta que nos destruye y nos deshonra! ¡Cuándo tu divina justicia aniquilará á los que invocando tu nombre, emblema sagrado de paz, de concordia y de caridad, siembran por todas partes la desolacion y la muerte, el estrago y el exterminio! ¡Maldito fanatismo; malditos aquellos que por miserables ambiciones sumen á todo un pueblo en un abismo de desesperacion, de luto, de llanto y de sangre! ¿Qué vale la corona

del orbe para sembrar de cadáveres la tierra, para llevar por todas partes la ruina?

. . . .

Perdióse al fin de vista aquel lugar sombrío, y á las cinco ménos diez minutos llegó S. M. á Alhama, en donde iba á pasar la noche.

Las bandas militares saludaron con la marcha real al jóven Monarca; las tropas y el pueblo le recibieron con aclamaciones; y D. Alfonso, descendiendo del tren, bajó, seguido de todo su séquito, por una preciosa escalinata cubierta con una rica alfombra, y á cuya escalinata daba paso un bellísimo arco con esta frase: *Alhama saluda á D. Alfonso XII*, siguiendo á pié la marcha por entre las filas de tropa que cubria el camino, y que presentándole armas le vitoreaban, y llegando á las Thermas de Matheu, donde tenía preparado alojamiento.

CAPÍTULO II.

DE ALHAMA Á ZARAGOZA.

I.

Por la noche tuvieron la honra de sentarse á la mesa con el Rey, á más de las personas de su séquito, los presidentes de las comisiones que llegaron de Zaragoza y los jefes de los cuerpos que se hallaban en aquel punto, y á la mañana siguiente, á las siete y veinte minutos, S. M. montó en una carretela que se habia puesto á su disposicion, dirigiéndose al baño árabe acompañado del Ministro de la Guerra, del general Primo de Rivera y del Capitan General de Aragon, miéntras las personas de su comitiva se encaminaban al tren real.

Breves momentos permaneció viendo el baño, y regresó á la estacion por entre las filas de los soldados, emprendiendo la marcha á traves de campos matizados de escarcha y con una mañana sumamente fria, á las ocho ménos cuarto.

II.

Profusamente adornada estaba la estacion de Ateca, ese bizarro pueblo que no han podido pisar las facciones, rechazadas siempre con sin igual bravura. En un bellísimo arco de triunfo se leia: *¡Viva Alfonso XII!—Libertad.— Orden.—Justicia*, y en otros dos, levantados en el centro de la estacion, veíanse estas inscripciones: *Ateca, á Su Majestad el Rey D. Alfonso XII;* miéntras se ostentaban por todas partes en preciosos escudos las armas de España, de Aragon y de aquella villa, aumentando la elegancia del decorado banderas nacionales, trofeos militares y graciosos gallardetes.

En el andén aguardaban á S. M. una concurrencia numerosísima, el clero y las autoridades, haciendo los honores, á más de la tropa allí destacada, los voluntarios que con tanto arrojo habian hecho retroceder á los carlistas; voluntarios que lucian por único distintivo la gorra encarnada, adornada hasta el dia mismo en que se proclamó la monarquía constitucional y legítima, con las iniciales R. F., República federal, que llevadas

más por costumbre que por deseo, arrancaron gustosos, como lo demostraba paladinamente el ardor con que vitoreaban al Rey, presentándole unos fusiles consagrados á pelear en nombre de la libertad y de la patria, contra los fanáticos partidarios de un pasado que no ha de volver jamas.

Dirigiéronse al Rey elocuentes felicitaciones por su feliz advenimiento al trono, ofreciéndole, para terminar la sangrienta guerra civil, la cooperacion de un pueblo que, valeroso y eminentemente liberal, estaria siempre al lado del que constitucional y católico ocupaba el trono que de derecho le pertenecia; y el Monarca, con su fácil palabra, dió las gracias y saludó cariñoso al pueblo y á la tropa que le aclamaban, siguiendo la marcha con harto sentimiento de aquellos honrados aragoneses que *no se cansaban de mirar á su Rey*, como dijo oportuna y felizmente una pobre mujer del pueblo.

III.

En Calatayud el entusiasmo fué tan espontáneo como lo habia sido en todos los pueblos por donde pasára S. M. desde que puso la planta en tierra

española. A una estacion adornada con lujo, con esplendidez, con buen gusto, sucedia otra engalanada igualmente, como si noble emulacion se hubiera despertado en todos, deseosos de demostrar al Rey el amor inmenso con que le recibian, pues él únicamente era el llamado, anhelado, respetado y querido, por aquellos que, atentos sólo al bien de la patria, desean para ésta la mayor suma de bienes y de felicidades.

Un precioso arco, construido por el afecto á don Alfonso, de aquellos honrados habitantes, lucia esta frase: *La ciudad de Calatayud á S. M. el Rey;* miéntras en elegantes escudos se leian várias veces repetidos, los vivas al Monarca, trazados sobre las armas de Calatayud, de Aragon y de España, y el pueblo y todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, le saludaron.

El silbido de la locomotora fué ahogado por los vítores de la multitud, y el tren continuó avanzando, deteniéndose breves momentos en la estacion de Paracuellos, engalanada como todas, y llegando á Mores, donde existia una desgraciada víctima de la feroz crueldad de una horda de titulados carlistas. Y decimos titulados, porque nosotros, á fuer de españoles, no concedemos, no concederémos jamás á los asesinos puésto en las filas de ningun partido. El que se bate, el que expone su

pecho á las balas, el que sufre los rigores del tiempo, los azares de la fortuna y los reveses de la guerra por una idea política, cualquiera que ella sea, tiene, en el móvil que le guia, sino una disculpa, una atenuacion de su falta; el que mata á seres indefensos, abusando de una fuerza de que aquellos carecen, es pura y simplemente un asesino, indigno de figurar al lado de los hombres honrados, y que envilece, no ya al partido con cuyo manto quiere encubrir lo perverso de su alma, sino al país en que nace.

Una gavilla de estos miserables, capitaneada... no sabemos por quién, llenó de luto una casa; mató á un hombre en la flor de sus años y redujo á una esposa á esa muerte moral, peor mil veces que la muerte física; á la locura.

El 15 de Diciembre fué inhumana y bárbaramente asesinado en Viver de la Sierra un factor de telégrafos empleado en la estacion de Mores, sin que hubiera ni razon, ni fundamento, si es que para asesinar hay fundamentos y razones. La muerte de aquel desgraciado fué tan horrible, que no descendemos á detalles por no llenar de sangre las páginas de este libro; baste saber que léjos, muy léjos del sitio donde acribillado de heridas exhaló el último suspiro, se halló su sombrero partido por un sablazo.

La noticia de aquel suceso llegó á Mores, donde residia una esposa jóven y en cinta. Hacía pocos meses que se habia unido á aquel infeliz, y cuando era dichosa en su existencia, consagrada al trabajo endulzado por la virtud, el puñal de unos infames destruye aquella felicidad, y la mujer venturosa se convierte en una pobre enajenada, que en medio de su delirio llama á su esposo de dia, de noche, á todas horas, lanzando, en los momentos lúcidos que la deja su horrible enfermedad, sordas imprecaciones, maldiciones implacables contra los autores de su desdicha, maldiciones que debieron llegar hasta el trono del Dios de las justicias.

Cuando el Rey tuvo noticia de estos acontecimientos, dispuso, con su proverbial esplendidez, que se entregase en el acto una buena suma á la desgraciada, y la señaló á más de su bolsillo particular una pension vitalicia; pero poco despues de abandonar el tren regio la estacion de Mores, exhaló el último suspiro la mísera viuda, llevando ante el augusto tribunal de Dios la representacion de sus quejas. Descanse en paz la pobre loca y el cielo tenga piedad de sus asesinos!

IV.

En la estacion de Borata el entusiasmo fué tan grande como en todas las de la línea, y en la de Ricla y Almunia el recibimiento sobrepujó á todo elogio, leyéndose en uno de los arcos esta inscripcion, que expresa mejor que nada el rápido triunfo de la restauracion: *A Alfonso XII el Deseado*, hallándose á más trazados en doce escudos los nombres de todos los Alfonsos.

Allí, como en Ateca, los voluntarios, que ostentaban la gorra encarnada, tenida por muchos como diploma de republicanismo, hicieron al Rey una acogida como la que le hacía el vecindario entero, como la que le hizo despues Épila, aclamándole sin cesar, Épila que alzó un elegante arco con la dedicatoria: *Épila al Rey D. Alfonso XII*, luciendo á más este arco en dos escudos la fecha: 30 *de Diciembre de* 1874.

V.

Breves instantes se detuvo el Rey en las dos estaciones apuntadas, y continuando la marcha,

llegó á la una y diez minutos á la heroica, á la invicta, á la por tantos títulos gloriosa ciudad de Zaragoza.

La Cæsaraugusta de Plinio, la Salduba de Pomponio Mela y de Ptolomeo; la favorita de Augusto que la embelleció, la enriqueció é hizo cabeza de un convento júrido, la que civilizára á los celtiberos marcándoles el camino que les condujo á la creencia de un Dios, la primera que abrazó el cristianismo en España, vió en sus calles á Santiago Apóstol y á la Madre del Salvador, y contó entre sus prelados á santos y á sabios; la que, valiente, se alzó contra la invasion agarena; la ciudad de los héroes y de los mártires; la que escuchando ya la voz del clarin, ya la de su propia dignidad, lleva sus estandartes á Sicilia y Grecia ó reune sus inmortales Córtes; la madre acaso de la libertad bien entendida; la cuna de los Justicias; la patria de Lanuza; la que albergára en su seno á los Reyes Católicos; la que dió vida á los hombres inmortales del 5 de Marzo; la que detuvo el paso triunfante de las huestes napoleónicas que habian recorrido el mundo de victoria en victoria; esa ciudad ilustre, noble, grande, digna, heroica, hácia la cual hemos sentido siempre un profundo afecto y un respeto casi supersticioso, se preparaba á recibir á su legítimo, á su amado, á su deseado Rey,

con un amor profundo. El noble pueblo aragones esperaba ansioso la llegada del Soberano, y al penetrar la locomotora que arrastraba el tren en la estacion de la ciudad, los vivas resonaron estrepitosos, miéntras los cañones saludaban á la real Persona.

VI.

Al apearse S. M., el alcalde, acompañado de otras autoridades y comisiones, le presentó en una bandeja de plata las llaves, diciéndole:

«Señor: La capital del antiguo reino de Aragon, la que por sus esclarecidos hechos ha merecido, entre otros títulos, los de M. H. y S. H., presenta á V. M. las llaves de sus puertas; llaves codiciadas en todas épocas por los más altos monarcas y por los más famosos conquistadores; llaves que no pudo conseguir el Capitan del siglo sino despues de haber visto perecer delante de los desnudos pechos que las defendian á más de cuarenta mil de sus mejores soldados; llaves que costaron á la Francia más lágrimas, más sangre y más muertes que la conquista de reinos enteros. Al renovar Zaragoza en obsequio de V. M. esta

antigua costumbre, ha querido corresponder de algun modo, con tan justo homenaje de respeto, á la honra que V. M. se sirve dispensarla viniendo á pisar su suelo. Si siempre ha estimado la ciudad de los mártires del cristianismo, de la lealtad y de la legitimidad, en lo mucho que valen, las visitas de sus reyes, tiene motivos especiales para estimar mucho más la que V. M. se digna hacerla. Vuestra majestad que viene á afirmar el órden en nuestra infortunada patria, asentándolo sobre las bases sólidas y duraderas de la monarquía constitucional y legítima, lleva ademas un nombre ilustre, sumamente caro para todos los zaragozanos, un nombre que por sí solo es una magnífica epopeya en nuestra historia. Esta inmortal ciudad no ha olvidado todavía que al esfuerzo del primero de los Alfonsos aragoneses, que por sus brillantes hazañas fué llamado por unos el nuevo Carlo Magno y por otros el segundo Julio César, debió el sacudir la esclavitud de cuatro siglos. Este justo recuerdo por sí solo le bastaria para considerarse obligada á V. M. que, sobre ser legítimo sucesor de aquel gran rey, lleva su preclaro nombre, y para repetir en defensa de V. M. lo que hizo por el trono de su abuelo en 1808, y lo que por su augusta madre volvió á hacer en 1838. ¡Ojalá que nada de esto vuelva á ser necesario; y que ya que

de los Alfonsos que tanto ilustraron y tanto enaltecieron este reino, el uno adquirió el renombre del *Batallador* por las muchas y muy gloriosas que ganó á los moros, y el de *Emperador* por la mucha extension que dió á sus dominios, otro el de *Benigno*, otro el de *Liberal* y el de *Sabio* por su ilustracion y de *Magnánimo* por sus hechos, quiera Dios que V. M., despues de un largo y dichoso reinado, pase á la posteridad con otro renombre, todovía más grande y más glorioso si es posible que los de sus ilustres predecesores.»

Su majestad el Rey, poniendo la mano sobre las llaves de la ciudad, se dignó contestar lo siguiente:

«Jamas he tocado con tanto gusto otras llaves como éstas, de la heroica ciudad que en todos tiempos, desde los más remotos hasta Napoleon I, ha sabido inmortalizarse con sus gloriosas hazañas.»

Las frases del Rey fueron interrumpidas con aplausos, y S. M., atravesando con gran trabajo por entre la apiñada concurrencia montó en un soberbio caballo tordo, regalo del comandante de caballeria Sr. Calabres, teniendo el estribo el brigadier Ruiz Alcalá que como jefe de los caballerizos reales formaba tambien parte de la comitiva, y se dirigió á la ciudad, dejando á su izquierda, sombrío, hediondo, lúgubre, oscuro, ennegrecido por el tiempo, ese

célebre monumento histórico con que se engalana Zaragoza, la torre de la Aljafería, en otro tiempo suntuosa morada de poderosos reyes, palacio de recreo de los valíes y de los abenhudes; castillo consagrado á la Vírgen y despues nuevamente á los reyes; una que presenció en su seno tanto festin, digno alguno de ellos de las *Mil y una noches*, y que hoy nada conserva de su pasada grandeza, pues sólo el nudo gordiano, la coyunda, las armas de Castilla y Aragon, coronadas por el murciélago y las palabras *Tanto monta* recuerdan á los Reyes Católicos que ennoblecieron y ensalzaron el hoy casi deshecho edificio, resúmen de la historia aragonesa, y que si vió nacer reyes bajo sus techos, vió tambien morir reos destrozados por el poder inquisitorial.

VII.

Del triunfo alcanzado por S. M. en Zaragoza no vamos á hacer más que una pintura pálida, porque no hay pluma que describa, y mucho ménos la nuestra, con exacto colorido el espectáculo sublime que ofrecia el valiente pueblo aragones el dia 20 de Enero á la una y diez minutos de la tarde.

Seguido el Rey de su comitiva, de su escolta, de

un coche de respeto arrastrado por seis caballos adornados con lujosos penachos, y de todas las comisiones que salieron á recibirle en el principio de la provincia, penetró por el antiguo paseo de Santa Engracia, hoy de la Independencia; por ese lugar santo venerando, en el cual áun cree la imaginacion descubrir los arroyos de sangre francesa y oir el fragor de la pelea; por ese paseo que recuerdan todavía con asombro los descendientes de las legiones napoleónicas, y allí un soberbio arco se levantaba majestuoso con estos lemas: *El ejército de Aragon á S. M. el Rey Don Alfonso XII*, miéntras á poca distancia se leia en otro árabe: *Las señoras del paseo de Santa Engracia á S. M. el Rey Don Alfonso XII.—Recuerdo á Alfonso VI de Aragon y XII de Castilla.*

Al pasar S. M. por debajo del arco, centenares de palomas salieron de dos bellísimas casetas colocadas á los lados, al par que los vivas resonaban y que las señoras agitaban los pañuelos.

Continuando la marcha triunfal del jóven Monarca por la carrera trazada de antemano y adornada con lujosos gallardetes, descubrióse bien pronto otro tercer arco frente á la Diputacion provincial, leyéndose en él: *La Diputacion y el Ayuntamiento á S. M. el Rey Don Alfonso XII.—Al Rey legítimo de España.—Á la esperanza de la*

patria. Y finalmente, en el principio de la calle de Alfonso I el Batallador se alzaba el cuarto y último, con las mismas inscripciones que el anterior.

VIII.

En las calles que recorria el Rey la concurrencia era tan extraordinaria, que puede decirse sin temor de exagerar que Zaragoza entera estaba allí. El caballo del Monarca se abria paso con notable dificultad por entre aquella ola; las flores, los versos y las coronas de laurel alfombraban el camino, y los vítores al Rey de España y español resonaban por doquiera.

S. M., descubierta la cabeza y la sonrisa en los labios, saludaba á su noble, leal y valiente pueblo, y la bizarra apostura del noble Príncipe hacía más grande, más expansivo el entusiasmo de aquellos descendientes de los héroes de 1808.

Á la puerta de la catedral del Pilar apeóse el Rey, y el Arzobispo de Zaragoza y el clero le recibieron con los honores que corresponden á su elevada jerarquía, yendo á colocarse á la izquierda del altar mayor, bajo un magnífico solio que fué incautado en otros tiempos, y que habia pedido

y obtenido para este acto la autoridad eclesiástica.

Entonóse el *Te Deum*, entre el religioso silencio de una muchedumbre inmensa que llenaba las naves de aquel suntuoso templo, fundado, segun la más generalizada creencia, en los tiempos de Santiago Apóstol, reedificado con mayores propornes en 1681, y que si bien como obra del arte barroco, tiene más capacidad que desahogo, más magnitud que belleza, es, sin embargo, notabilísimo por varios conceptos, debiendo citarse en primer término el retablo, obra admirable, adornada con siete magníficos relieves, y construida en 1509 por el valenciano Forment, y el coro, con su sillería de tres órdenes, en la que se ven trazados, con riqueza sorprendente de detalles, escenas de la vida humana, batallas de la antigüedad, hechos heroicos de la Edad Media y cuadros de costumbres populares, sillería tallada por Moreta, Lobato y el navarro Obra, en 1542. Cantóse el *Te Deum*, deciamos, y terminado, dirigióse S. M. á la capilla de la venerada Vírgen del Pilar, que es la obra más bella y más acabada de la catedral. De figura elíptica, forma en su interior dos óvalos desiguales cruzados y el fronton triangular, de donde nace una bellísima cúpula ceñida de fajas de oro; está sustentado por esbeltas columnas de jaspe, rodeando el ático ocho grandes estatuas, que repre-

sentan á los ardientes defensores de la tradicion del Pilar, los Santos Jerónimo, Isidoro, Braulio, y Julian, beato de Liébana, Tomas de Villanueva, Antonio de Florencia y Beda.

La extension del templete se ve ocupada por un panteon subterráneo, al que se desciende por escaleras con balaustradas de jaspe, y en el que descansan en sepulcros de mármol negro varios arzobispos del siglo XVIII, y el turbulento D. Juan de Austria; y en toda la capilla se admiran frescos de Velazquez y de los hermanos Bayeu, representando á la Madre del Salvador, cuya santa, adorada y respetada imágen se destaca sobre un oscuro fondo sembrado de pedrería y bajo un magnífico dosel de plata, teniendo en sus brazos al Hijo de Dios, cubierto, como la santa Vírgen, de brillantes, esmeraldas, perlas, topacios, oro y rubíes, homenaje y ofrenda de la devocion, no ya de Zaragoza, sino tambien de diversos puntos de España y del extranjero.

Tan profunda, tan grande es la veneracion que los aragoneses sienten por su santísima Patrona, que al llegar el Rey á la capilla, al desceñirse la espada y al besar con fervoroso recogimiento la mano de la Reina de los reyes y de los ángeles, un inmenso murmullo de satisfaccion resonó bajo las bóvedas del templo, y las lágrimas brillaron en

muchos ojos, siendo preciso el respeto que infunde la casa de Dios para que no prorumpieran en vivas á D. Alfonso.

S. M. regaló á la Vírgen una riquísima joya de brillantes, y abandonando la catedral volvió á montar á caballo y se dirigió al palacio arzobispal, donde tenía preparado conveniente y lujoso alojamiento.

IX.

La concurrencia era cada vez más grande y más entusiasta, sin que hubiere el más pequeño desórden, que no le hay, que no puede haberle cuando el pueblo, digno, laborioso y honrado se reune para dar rienda suelta á sus nobles y levantadas expansiones, pues los desórdenes y los atropellos son acompañantes necesarios, fatalmente necesarios á las reuniones de motin y á las manifestaciones de insensatez.

Apeóse S. M. del caballo que montaba, y atravesando por las filas de la tropa que le daba la guardia, subió una lujosa escalera que lucia magnífica alfombra y bellísimas macetas de flores, pendiendo de las paredes riquísimos tapices, entre

los que sobresalia el central, que representaba la pintura, y penetrando en un anchuroso salon, colocóse junto á un dosel convenientemente situado, recibiendo á las autoridades y á las infinitas comisiones que de Zaragoza y de los demas pueblos de aquella provincia y de los otros de Aragon acudieron á felicitarle, á las señóras más distinguidas de la ciudad, y á los caballeros de la órden de San Juan, cuyo fiscal, Dr. D. Feliciano Ximenez de Zenarbe y Biec, le dirigió las siguientes palabras :

«SEÑOR : El fiscal y caballero de la ínclita órden militar de San Juan de Jerusalen, en la Lengua de Aragon, como representante de las prerogativas maestrales que corresponden á la corona, tiene la altísima honra, por sí y á nombre de los demas caballeros, de ratificar solemnemente la entusiasta y sincera adhesion con que en todas las innumerables épocas de la gloriosa historia de esta órden, durante el transcurso de ocho siglos, han servido sus caballeros á la religion, á la humanidad, á la patria y á los monarcas españoles, señaladamente al lado de los cinco Alfonsos de Aragon y los seis últimos de Castilla, honrándose sus caballeros en conservar con cariñoso anhelo, unidas á su hospitalaria enseña, las lises de vuestra ilustre casa, desde que la majestad del señor rey don

Cárlos IV se declaró gran maestre de la órden en España, acogiendo en sus dominios é incorporando á la corona de estos reinos las Lenguas de Aragon y de Castilla, á consecuencia de la pérdida de Malta, de que se vieron despojados los caballeros por el Capitan del siglo, despues de una residencia de doscientos sesenta y ocho años, y cuya isla habia cedido á la órden á su salida de Rodas, por sus eminentes servicios, otro monarca español, el gran emperador Cárlos V.»

Hacía despues una erudita reseña de los servicios y vicisitudes de la órden, y concluia diciendo:

«Con tan esclarecido abolengo se presentan respetuosamente estos caballeros, ansiosos de seguir al lado de V. M., en bien de la monarquía y de la patria, las distinguidas huellas de sus predecesores.

»Dígnese V. M. aceptar el rendido homenaje que se complacen en tributar á su Rey y gran Maestre D. Alfonso XII, y la ferviente y calurosa aclamacion con que saludan el legítimo advenimiento de V. M. al trono de sus mayores.

»Y el cielo atienda los ruegos que estos caballeros le dirigen, á fin de que colme de ventura y conceda á V. M. un largo y próspero reinado, para la felicidad de España y esplendor de nuestro militar instituto, del que V. M. es el timbre más precia-

do y el primero y mejor de todos sus caballeros.»

Al mismo tiempo que las comisiones y autoridades, se presentaron á S. M., demandando el honor de dar la guardia á las inmediaciones de su persona, á lo que accedió gustoso, los antiguos oficiales de alabarderos, señores comandante D. Manuel Sanz; capitanes D. Manuel Villajuana, D. Benito Nuñez, D. Gabriel Hernando, D. Antonio Martinez, D. Venancio Sansalvador, D. Gabriel Silvea y el teniente de la Guardia civil, en situacion de retirado, D. Martin Miur.

Terminada la recepcion salió el Rey al balcon principal, acompañado del señor Arzobispo, del Capitan general, del Gobernador civil y de otras autoridades, para presenciar el desfile de la division Despujols y de la guarnicion de Zaragoza; y al aparecer S. M., el inmenso gentío que ocupaba por completo la plaza de La Seo, convertida entónces en hermoso jardin, prorumpió en nuevos vivas y en aclamaciones nuevas.

Las tropas mandadas por el bizarro y distinguido general Despujols desfilaron con ese aire marcial y apuesto que es el carácter distintivo de nuestros soldados, aclamando al Rey con entusiasmo incomparable, y terminado aquel acto, el general Primo de Rivera dijo: «Noble y valiente pueblo aragones, ¡viva el Rey!» viva que fué universal-

mente contestado con un placer, con un fuego imposible de describir, retirándose inmediatamente el Soberano á sus habitaciones.

A las siete se sirvió una espléndida comida costeada por el Ayuntamiento, á la que invitó S. M. á várias comisiones, al Arzobispo, á quien colocó á su derecha, al Capitan general, al Gobernador civil, al alcalde, y al presidente de la Diputacion; y durante ella una banda militar, colocada al pié de la escalera, ejecutó con precision y buen gusto escogidas piezas, miéntras en la habitacion contigua al comedor una de esas clásicas músicas del país, llamadas *rondallas*, compuesta de violines, guitarras y panderetas, tocó la jota aragonesa, cantando coplas dirigidas al Rey un hombre del pueblo que en realidad de verdad se hizo escuchar con gusto, ya por su brillante voz, ya por la oportunidad de los cantares improvisados.

X.

Al comenzar la noche empezaron á aparecer por la ciudad lucidas y brillantes iluminaciones, destacándose entre focos de luz y bajo dosel, en mu-

chas partes, el retrato de S. M. y tantas y tan bellas eran estas iluminaciones, que Zaragoza parecia una inmensa ascua de oro.

A las ocho y media de la noche montó S. M. en el coche que habian puesto á su disposicion, y se encaminó al teatro, siendo objeto durante el tránsito de elocuentísimas y vehementes pruebas de afecto y simpatía.

Lo más bello, lo más elegante, lo más escogido de la sociedad aragonesa se habia reunido en el coliseo, desplegando todas un lujo deslumbrador y luciendo muchas la clásica y elegante mantilla blanca, que parecia alrededor de algunas cabezas juveniles hermosa nube, acariciando y medio velando la frente purísima del sol.

Tal era el espectáculo que se desplegaba ante los ojos del asombrado observador que, meciéndose entónces la inteligencia en un mundo de doradas ilusiones, olvidaba la horrible catástrofe que dió vida á aquel edificio.

Nadie recordaba entónces que, destruido por un voraz incendio el teatro principal de Zaragoza, la noche que en 1778 se cantaba *La Jura de Artajerjes*, perecieron en la catástrofe más de 300 personas, entre ellas el Capitan general D. José Manso, que sucumbió por su noble deseo de aminorar las desgracias; y que un año despues se alzó el

teatro actual frente á las ruinas ennegrecidas del antiguo. ¡Cómo era posible recordar tristes sucesos en presencia de aquel público que, henchido de amor patrio y de amor al Rey, esperaba impaciente la ocasion de saludar á éste, ocasion que se presentó á las ocho y cuarenta, á cuya hora, afable y satisfecho, apareció en el palco regio, siendo saludado con aclamaciones á su régia Persona, á su augusta Madre, á la Princesa de Astúrias, á la libertad, á la reina Cristina y á la esperanza de la patria, como le apellidaban los hijos de Aragon con tanta elocuencia como justicia.

Al tomar asiento S. M., un brillante coro entonó con afinidad y buen gusto un himno al Monarca, y al concluir éste entre ruidosas muestras de aprobacion, en realidad justísimas, dió principio la funcion dramática, ejecutándose por la compañía que dirigia el conocido y notable actor Sr. Buron, la comedia de Moreto titulada *El Rico home de Alcalá*. Al caer el telon en los finales de los actos, el público prorumpia en nuevos y cada vez más entusiastas vivas al Rey; y al finalizar la comedia leyéronse bellísimas é inspiradas poesías escritas por los más distinguidos poetas aragoneses.

El Capitan general, el Gobernador, la Diputacion y el Ayuntamiento, con una actividad digna de todo elogio, se multiplicaban por ser al lado del

Rey, dignos y verdaderos intérpretes de los sentimientos de Aragon, y estas dos corporaciones ofrecieron á S. M. un lujoso refresco, y S. M., despues de aceptarle y de ver toda la funcion, salió altamente complacido, dirigiéndose á la Diputacion provincial para presenciar unos fuegos artificiales.

XI.

A pesar de lo avanzado de la hora (las doce y veinte minutos), las calles que habia de recorrer estaban cuajadas de gente, que le vitoreó cien y cien veces, y en el Coso una muchedumbre inmensa aguardaba el pirocténico espectáculo que dió comienzo al aparecer el Rey en los balcones de la Diputacion, aparicion saludada con otro ardiente viva que fué á repercutir poderoso en todos los ángulos de la ciudad.

Media hora duró el espectáculo, verdaderamente sorprendente por las caprichosas y bellísimas combinaciones de los fuegos, sobresaliendo en todas las flores de lis y concluyendo con un elegante trasparente rodeado por una deslumbradora faja de luz, en cuyo trasparente se leia: *Zaragoza. A S. M. el Rey D. Alfonso XII;* y en el acto de terminarse, S. M.

montó en el coche que desde los primeros momentos habian puesto á su disposicion, encaminándose al palacio arzobispal, donde penetró á las dos ménos cuarto; retirándose á las dos á sus habitaciones, á los acordes de la rondalla que tocaba al pié de los balcones.

XII.

El dia siguiente fué S. M. á oir la misa oficiada por el Arzobispo á ese otro hermoso templo que embellece y honra á Zaragoza, á la basílica del Salvador, llamada vulgarmente de La Seo.

La primera fundacion de esta magnífica iglesia se pierde en las brumas del pasado, y únicamente se sabe que en 1119, en que se consagró al Salvador, era ya una de las más importantes de Zaragoza, pero su verdadera belleza, su grandiosidad, su notable mérito, datan sin duda alguna del año 1686, en que se empezó á construir por Coyen, Serrano y Borbon, con arreglo al plano trazado un año ántes por Contini.

La fachada, de estilo greco-romano, y la magnífica torre de cuatro cuerpos, en los cuales resaltan elegantes y esbeltas columnas corintias, llaman

desde luégo la atencion de cuantos las contemplan, como la llamaron de S. M., admirador decidido de las bellas artes, y el vasto y hermoso edificio donde se cantaron tantas victorias, se coronaron tantos reyes y se ungieron tantos prelados ; ese edificio, tan majestuoso, tan sagrado por sus tradiciones y por su historia; ese edificio, que abarca en sí todos los estilos arquitectónicos del siglo XI al XVI, época de su completa reforma, inspira, como la fachada y como la torre, admiracion y respeto.

Lo mismo que el Pilar, La Seo tiene tambien un admirable coro, donde se ven sorprendentes trabajos de Tudelilla, y no es ménos rica que la catedral en bellezas de pintura y de escultura, ni en grandes y venerandos recuerdos históricos, pues allí yace en un ataud de madera la infanta María, hija de Jaime el Conquistador, y en suntuosos sepulcros, el arzobispo D. Juan de Aragon, hermano de Fernando V, el príncipe Baltasar Cárlos, primogénito de Felipe IV, que entregó su alma al Creador en 1646, cuando áun no contaba 17 años, leyéndose en este sepulcro unos admirables dísticos, y otros muchos hombres importantes que sería prolijo enumerar.

Oyó S. M. la misa en la capilla del Salvador, que, como la de la Vírgen en el Pilar, es de lo más

bello del edificio, siendo lo que sobre todo sorprende en ella el magnífico retablo gótico, en el cual se admiran bellas estatuas é incomparables relieves, entre los que debemos citar el martirio de San Lorenzo y la Cura del endemoniado, formando el cuerpo principal tres grandes relieves, en los que se contemplan hechos admirables del Hijo del hombre, entre ellos la Adoracion de los Reyes, la Transfiguracion y la Ascension; estando flanqueados estos cuadros por esbeltas pilastras adornadas con estatuas. Esta obra, digna del aplauso y del elogio de todos los siglos, fué costeada por el arzobispo Mur, comenzándola en 1545 el catalan Johan, al que auxiliaron Garces, Navarro y Mocet, prosiguiendo los trabajos bajo la direccion de Ans, y tomando parte en ellos Gil Morlán, Gaspar y Gombao.

Terminada la misa, recorrió S. M. el edificio, á cuyo embellecimiento contribuyeron con sus dones reyes y príncipes de la Iglesia; entre los primeros Alfonso I, Ramiro II y Alfonso VI, llamado el dueño de Zaragoza; y entre los segundos, Mur y D. Fernando de Aragon, y despues de orar ante los Reyes en el altar mayor, encaminóse á la Casa de la Misericordia, que debia tener para el Monarca, y tenía en efecto, gran atractivo, puesto que fundada en 1666 por los hermanos de la Escuela

de Cristo, con el auxilio de los fieles zaragozanos, para socorrer y recoger á unos 300 á 400 pobres, Felipe V, el fundador de la dinastía borbónica en España, tomó á su cargo la proteccion del santo edificio, siendo presidente de la junta interior, cargo que desempeñaron despues los demas reyes hasta 1742, que se le confirió esta honra al arzobispo de la ciudad, encargándose posteriormente de la direccion del benéfico asilo dos hombres eminentes, honra de Aragon y de España, Lezo Palomeque y Pignaelli, en cuyo tiempo adquirió la extension máxima de más de 3.000 palmos.

XIII.

Visitó el Rey el benéfico establecimiento; entró en la iglesia, donde se entonó un *Te Deum*; recorrió las salas de labores, el refectorio y las salas de heridos, quedando altamente satisfecho del brillante estado de la santa casa, y dejó espléndidas limosnas. Allí regalaron al Monarca unos bellísimos pañuelos bordados con admirable maestría por las desgraciadas é inocentes niñas, y S. M.

aceptó sumamente agradecido el modesto obsequio de las acogidas.

Desde la Casa de Misericordia dirigióse al Hospital militar, situado en el vasto edificio que ocuparon en otro tiempo los dominicos de San Ildefonso. Las lóbregas y sombrías habitaciones del convento han desaparecido hace muchos años, puesto que desde 1816, en que se convirtió en hospital, las reformas que ha experimentado han sido de tanta importancia que allí encuentra el enfermo salas espaciosas, ventiladas y alegres, donde, ayudado por una esmerada asistencia, halla el alivio de sus padecimientos físicos con el esparcimiento de su espíritu.

Setecientas camas se colocaron en aquel establecimiento durante los calamitosos tiempos de la pasada guerra civil; y si en los igualmente calamitosos de la presente, las camas y los heridos son en mucho menor número, verdad es que se entristece el ánimo cuando se vuelven los ojos al pasado despues de examinar con pena el presente.

Bajo los techos del espacioso asilo resonaron hace cuarenta años los ayes de españoles heridos por españoles, y hoy esos ayes se repiten para oprobio de los que hieren, para luto y deshonra de la patria, que siempre yace desgarrada por las aleves manos de sus mismos hijos, que parece se com-

placen en aniquilarla, en empobrecerla y en deshonrarla.....

S. M. dirigió á los desgraciados heridos palabras de consuelo, y despues de darles espléndida limosna, señaló á los inútiles una pension, siendo bendecido con lágrimas en los ojos por aquellos valientes que cayeron en los campos de batalla, pues si la cobardía llora ante el peligro, el valor llora ante la caridad, porque él aquilata el precio de las buenas acciones.

XIV.

...pues de recorrer el Hospital, regresó S. M. al ... donde ...bió á una comision de labrado... ...a de ... la cual le pidió proteccion y ... lo ...ió el Monarca, y á otra co... ...se... ...ntadas por el Arzobispo y ... una Vírgen del Pilar, de ...da, ...os, en 20.000 reales.

...ro... regio viajero un elegante ... poesías, el cual constaba ... ...ualmente inspiradas, y ... ...ellezas más delicadas y ... ...ublimes; otro álbum del

Círculo Alfonsino, firmado por la Junta Directiva en representacion de 600 socios; un aparato telegráfico de campaña, regalo del telegrafista señor Echenique; un elegantísimo reloj de sobremesa ofrecido por el relojéro Valero; un juego de camisas bordadas, y á más una botonadura, obsequio de la camisera doña Pilar Sanat; una elegante corona, presente de un pobre antiguo palafrenero; las obras del comandante D. Saturio Andres, tituladas: *Cartilla del soldado; El ejército: lo que ha sido y lo que debe ser*, y un romance denominado: *La Vírgen del Pilar y las glorias de Aragon*, presentadas por el Presidente de la Diputacion Provincial Sr. Valero Algora, y otros muchos regalos que no recordamos.

S. M., por su parte, á más de las cuantiosas limosnas que llevaba hechas á los asilos de beneficencia, á los heridos en campaña y otras muchas personas, entregó al Sr. Arzobispo 40.000 rs. para la prosecucion de las obras que se están llevando á cabo en la Catedral del Pilar y para beneficencia, y á la pobre viuda de un desgraciado capitan fusilado por los carlistas, ó gentes llamadas así, por el solo tremendo delito de ir á unirse á su cuerpo, la dió un socorro espléndido y la prometió atender al pronto despacho de una instancia que iba á elevar en demanda de una pension.

XV.

A la una de la tarde montó S. M. en el coche, y seguido de las autoridades y de las diversas comisiones, se dirigió al tren entre nuevos y como siempre entusiastas y prolongados vivas, montando en el acto de llegar y saliendo á la una y veinte minutos, acompañado de comisiones de la Diputacion y del Ayuntamiento; del Capitan General; del Sr. Carriquiri, que se unió en Zaragoza á la régia comitiva como miembro del Consejo de Administracion de los ferro-carriles de Barcelona á Zaragoza y de ésta á Pamplona; del Director de la Compañía del ferro-carril, Sr. Dávila; del Sr. Saavedra, secretario del Consejo de Administracion, y de otros altos empleados de la línea.

XVI.

Este fué el recibimiento hecho al Monarca. Zaragoza cumplió como buena, y deseando las autoridades y las comisiones que el recuerdo de la ré-

gia visita fuese doblemente grato á los desgraciados, dispuso el Ayuntamiento que el producto de la funcion dramática dada en honor del Rey se repartiese en 1.500 bonos de á peseta, ó más de este número si los ingresos lo permitian. Los miembros del comercio, agricultura é industria repartieron otros 1.500, y donativo igual hizo la Real Maestranza. A más, algunos reos debieron á la real piedad el perdon de sus faltas, y todo fué en aquel dia placer y dicha, por lo que los individuos de la digna Diputacion Provincial, comprendiendo lo grato que sería al amantísimo corazon de la reina Isabel el conocimiento de lo ocurrido, la dirigieron, cumpliendo como leales súbditos y como nobles caballeros, este telégrama, cuya lectura inundaria de gozo el alma de la augusta Madre: «La Diputacion provincial de Zaragoza á S. M. la reina doña Isabel II: S. M. el Rey ha entrado en esta siempre heroica ciudad en medio de una ovacion indescriptible. Al que los leales aragoneses saludaron cuando niño, han aclamado como Rey en medio del mayor entusiasmo. Felicita á V. M. enviándola la muestra más sincera de adhesion y lealtad.—El Presidente, ANGEL VALERO ALGORA.»

CAPÍTULO III.

DE ZARAGOZA Á TUDELA.

I.

Cuando el silbar de la locomotora anunció al pueblo zaragozano, reunido en el andén, en las inmediaciones de la estacion y á lo largo de la línea férrea en una extension de medio kilómetro, que el regio viajero partia, un viva inmenso resonó por todas partes, y millares de personas, agitando sus sombreros y sus pañuelos, deseaban viaje próspero y feliz al animoso Príncipe que, ufano, tranquilo y satisfecho, iba al corazon de la guerra á ponerse al frente de sus soldados, como ciento setenta y dos años ántes se pusiera Felipe V, jóven y valiente como Alfonso XII, y como Alfonso XII seguro de vencer á un D. Cárlos, obstinado rebelde, con el amor de su pueblo, con el valor de su ejército, con la fuerza de su derecho y con la soberana poderosa ayuda del Dios de las batallas.

II.

En Las Casetas, primera estacion que halló á su paso el tren régio, un pueblo leal y entusiasta aguardaba al deseado Monarca y le vitoreó con profundo ardor los breves segundos que S. M. se detuvo allí, pues continuó inmediatamente su marcha, llegando á Alagon, donde el recibimiento fué de los más brillantes de todo el viaje, si no por el lujo de los adornos, por la adhesion espontánea de los corazones.

Arcos de follaje, sencillas y elegantes colgaduras, preciosos escudos con várias inscripciones y el retrato del Monarca, colocado bajo solio y orlado de laurel, engalanaban el edificio de la estacion, en la que se agitaba y bullia el pueblo alagonense, ansioso de mirar al Rey, de saludarle, de aplaudirle y de poner patente ante sus ojos el afan con que le habian esperado, el amor con que le recibian y el placer con que saludaban su reinado.

El alcalde y el cura párroco felicitaron en sentidas frases á D. Alfonso, que contestó con su acostumbrada bondad, y varios habitantes de la villa le entregaron bellísimas poesías.

III.

Partió el tren, con harto sentimiento de aquel honrado pueblo, y poco despues llegó á Pedrola, donde tambien las colgaduras, los arcos y las inscripciones se ostentaban, leyéndose en un bonito y elegante arco: *Pedrola á D. Alfonso XII.*

La autoridad popular saludó al Rey, que contestó en breves frases, y el entusiasmo con que aquel pueblo, agrupado alrededor del wagon regio, vitoreó al Monarca, no fué ciertamente menor que el que manifestaron los alagonenses.

En Pedrola, como todos sabemos, existe el antiguo palacio de Villahermosa, donde halló noble y franco hospedaje el príncipe de los ingenios españoles, el gran Cervántes, por lo que, agradecido á las bondades que allí recibiera, colocó en Alcalá del Ebro, pequeño pueblo situado enfrente de la citada villa, y en posicion bellísima y pintoresca, su célebre ínsula Barataria, de fijo más dichosa bajo el reinado paternal del rústico Sancho que muchos países del mundo bajo el gobierno de sabios jurisconsultos y de celebérrimos hombres de Estado.

IV.

En Luceni la estacion estaba adornada igualmente; en el pueblo, que se divisaba á lo léjos, se veian flotar las colgaduras, y un gentío inmenso dió vivas al Rey con el amor con que lo habian hecho todos los restantes, con el que despues lo hicieron los habitantes de Gallur, agolpados en el andén, que lucia elegantes banderolas y arcos de follaje, en los que se leia: *¡Viva el rey Alfonso XII!—¡Viva el ejército!*

Las autoridades judicial y municipal y várias comisiones ofrecieron su adhesion al Monarca, y el cura párroco, al felicitarle, dijo, entre otras cosas, que le deseaba un reinado largo, próspero y feliz para bien de la religion y de la patria.

Siguió el tren su marcha, y poco despues penetraba en territorio navarro, aguardándole en la estacion de Córtes, adornada y engalanada con preciosos arcos con las frases: *A S. M. el rey D. Alfonso XII, la provincia de Navarra.—Órden, paz, libertad, trabajo, fueros*, muchedumbre que ansiaba probar al Rey que en Navarra no era ménos querido que en Zaragoza y en el resto de España;

y el general en jefe del ejército del Norte, D. Manuel de la Serna, acompañado del general Ruiz Dana, jefe de Estado Mayor y de todo su cuartel general, presentándose á más al Rey comisiones del ayuntamiento, del clero de Tudela, de la Audiencia y de la Diputacion de Pamplona y de los Juzgados de las dos ciudades citadas.

V.

El Presidente de la Diputacion provincial de Zaragoza, Sr. Valero Algora, dijo al Rey en el momento en que paraba el tren en la estacion y se acercaban á saludar á la régia Persona autoridades y comisiones: « Señor: La Diputacion provincial de Zaragoza, interpretando los sentimientos y las aspiraciones del pueblo aragones, ha tenido la honra de acompañar á V. M. en medio de aplausos y de flores, hijos del férvido entusiasmo de un pueblo que, amante de España y de sus reyes, ve en V. M. al representante de la legitimidad, del voto nacional y de la esperanza de la patria. En este momento, al pisar el territorio navarro, la Diputacion provincial de Zaragoza confia tranquila vuestra augusta Persona á sus

leales hermanos de Navarra. Navarros y aragoneses: ¡Viva el Rey!» Este discurso breve y elocuente fué escuchado con profunda atencion por el Soberano y por el inmenso gentío, y el viva con que el discurso finalizára contestado con gran fervor y con gran espontaneidad.

A las palabras del Sr. Valero Algora respondió el Monarca en sentidas é inspiradas frases, frenéticamente aplaudidas, agradeciendo al pueblo de Aragon la acogida que le habia dispensado, y al terminar el Rey, el asesor de la Diputacion foral y provincial de Navarra, D. Antonio Morales, pronunció este bellísimo y por más de un concepto notable discurso: «Señor: Al penetrar V. M. en el territorio de Navarra, la comision de la Diputacion foral y provincial se apresura á ofrecer á V. M. el testimonio de su acendrada adhesion y profundo respeto. Las circunstancias especiales por que atraviesa el país exigen que la Diputacion en estos instantes evoque un recuerdo, exprese un sentimiento.

» Huérfana y niña la augusta madre de V. M. al ocupar el trono de sus mayores le vió combatido por pretensiones injustas, que condenaban de consuno las leyes generales, el sentimiento y las leyes especiales de Navarra, y entónces la Diputacion foral, levantando el pendon de proclamacion de

reyes, aclamó á doña Isabel II de Borbon reina legítima de España y de Navarra.

»Ahora, como entónces, al ocupar V. M. el trono de San Fernando, que legítimamente le pertenece, lo encuentra tambien combatido por las mismas injustas pretensiones, que en el trascurso del tiempo han merecido nueva condenacion dentro y fuera de España, y ahora, como entónces, la Diputacion foral y provincial de Navarra, levantando el pendon de proclamacion de reyes, aclama como Rey legítimo á V. M. Tambien ahora la guerra civil destroza y aniquila la noble provincia navarra, y la consternacion se pinta en todos los semblantes; pero esa cónsternacion no ha de verla ya V. M. á su tránsito por esta provincia, y en su lugar ha de ver en todos los buenos navarros una radiante alegría, porque abrigan, no ya la esperanza, sino la seguridad de la pacificacion del país, y con ella la vuelta de su prosperidad perdida. Y es que V. M., al ocupar el trono sin hacer derramar una gota de sangre ni una lágrima, es la negacion de la guerra, y con sólo el advenimiento de V. M. al trono, que legítimamente le pertenece, la ha matado en principio y la matará muy pronto de hecho, prestando nuevo brío al valiente ejército español. Por eso la Diputacion, al tener la honra de recibir á V. M., le saluda dicien-

do: ¡Viva Alfonso XII, el restaurador y pacificador!»

Este viva fué ardorosamente contestado, y S. M., respondiendo, dijo: que agradecia la felicitacion y la adhesion del pueblo navarro, á quien queria por sus tradiciones y por su historia, y que, Rey constitucional y español, su único anhelo, su único afan era alcanzar, para el país que tanto amaba, la paz, indispensable á la felicidad y al desarrollo de los pueblos.

Las palabras del jóven Monarca fueron escuchadas con religioso silencio, resonando al terminarlas otro entusiasta viva, y cuando aún sonaban los ecos de este viva ardiente, el bizarro general Laserna subió al regio coche, y dijo al Rey:

«Señor: Honra muy señalada es para mí la de saludar á V. M. en nombre del ejército del Norte, cuyo mando en jefe me está confiado; y al rendir á V. M. el respetuoso homenaje de profunda subordinacion que á su alta dignidad corresponde, me es tambien en extremo satisfactorio ser fiel intérprete de los sentimientos de lealtad y adhesion hácia su real Persona, que abriga un ejército sufrido y valeroso, que defensor de las patrias libertades sólo ansía ocasiones de enalterer el naciente reinado de V. M., deseando sea tan glorioso como lo hacen esperar las relevantes cualidades que á V. M.

adornan y que son sólida garantia para la futura prosperidad de España.»

S. M., contestando al general, manifestó que amaba y admiraba al valiente ejército á cuyo frente iba á ponerse con orgullo, porque con orgullo habia vestido siempre el uniforme del soldado español, y que confiado en el apoyo de Dios, en la justicia de su causa, en el amor de su pueblo y en el valor de su ejército, llegaba á Navarra tranquilo y satisfecho.

El Presidente de la Audiencia de Pamplona felicitó tambien al Rey en elocuentísimas frases; iguales felicitaciones le dirigieron otras autoridades y comisiones, contestando el Monarca á todos con igual oportunidad y elocuencia igual, y en medio de prolongados vítores partió el tren á los acordes de la marcha real, tributando á la régia Persona los honores correspondientes las fuerzas situadas en el andén, consistentes en dos batallones y una batería mandadas por el brigadier Prendergast, y en un escuadron de húsares de la Princesa, que desde aquel momento tuvo la honra de dar la escolta á S. M.

VI.

S. M. habia dejado á su espalda el territorio aragones, llevando gratísimos recuerdos de la entusiasta acogida que le hicieron los leales y valientes aragoneses.

Lo repetimos: en vano hemos tratado de bosquejar el recibimiento entusiasta que tuvo el Rey en Aragon. Cuanto hemos dicho, cuanto podamos decir es pálido ante la verdad de los hechos, verdad que se admira pero que no se describe. ¡Cómo trasladar al papel con exacto colorido las impresiones de un pueblo, que resumiendo en un hombre sus esperanzas, su afecto, su adhesion, ensalza, aplaude, vitorea á ese hombre! ¿Basta con reseñar los públicos regocijos, los arcos de triunfo, las flores, las palomas, las poesías encomiásticas, los vítores y las aclamaciones? De ningun modo. Para formarse una idea aproximada de las ovaciones que en tierra castellana y aragonesa recibió el augusto Príncipe, era preciso, absolutamente preciso, admirar como admiramos nosotros á millares de seres de todas clases, edades y condiciones, agolpándose al paso del Rey, saludándole con los títulos

de *deseado*, *esperanza de la pàtria*, *Rey legítimo* y otros mil todos oportunos, elocuentes todos é hijos de esa inspiracion noble, que teniendo su cuna en el corazon brota radiante en la inteligencia de los pueblos honrados, leales y valerosos.

En el palacio, en la plaza pública, en el teatro, en todas partes era igual el entusiasmo, igual el frenesí é iguales las aclamaciones. Jamas Rey alguno ha vuelto á su patria con más júbilo, con más placer para la patria misma; jamas ha habido Príncipe que inaugure su reinado con más aplausos, con más vítores, con más bendiciones. A Cataluña, Valencia; á Valencia, Castilla; á Castilla, Aragon, y á Aragon, Navarra, que tambien en Navarra fué objeto el Rey de contínuas ovaciones, de aplausos y aclamaciones contínuas. Todos los pueblos, todas las ciudades han rivalizado en amor al Monarca, y por eso podemos ampliar la frase que hemos usado ántes diciendo que el Rey llevaba y conservará eternamente gratísimos recuerdos de su llegada á España y de su visita al ejército del Norte. . . . .

. . . .

. . . .

VII.

El tren seguia su rápida carrera y el Rey se iba internando en el territorio donde rebelde se alzaba altivo el estandarte del Pretendiente..... Allí, en las montañas de Navarra, flotaba al viento en señal de desafío la bandera absoluta, la que puesta en contradiccion con toda idea progresiva intenta loca detener al mundo, olvidando que *marcha y marchará eternamente, y quien quiera detenerle será aplastado;* la que hoy en el siglo de la discusion, de la ciencia, del progreso; pontífice del oscurantismo lanza el *anatema sit* sobre la frente augusta de la civilizacion, pretendiendo condensar todos los poderes y todos los derechos en un hombre; la que se llama representante de la idea religiosa, de la idea cristiana y olvida ó pretende olvidar que el cristianismo es la síntesis de la civilizacion de la libertad verdadera y del adelanto, y que desde que el reinado de la materia cayó envuelto en el blanco sudario del Salvador, y el hombre, abriendo los ojos á la luz de la verdad, tuvo conciencia de sí mismo, los poderes tiránicos autocráticos, ni tienen razon de ser ni pueden existir, porque los rechazan y los

condenan de consuno la moral evangélica y las leyes sagradas de la historia.

Esa bandera tremolaba audaz y soberbia, ¿dónde? En el territorio navarro. ¡Los navarros, defensores del absolutismo, partidarios de los derechos ilimitados de un rey y enemigos de los derechos de todo un pueblo, y decimos esto porque no debemos creer que los navarros luchen en defensa de una libertad que nadie les arrebata y en contra de otra que en nada les ofende! ¡Los navarros soldados del despotismo! ¡Con harto dolor lo vemos y con harta vergüenza lo confesamos! Antiguos vascos, ¿así renegais de vuestros antecedentes y de vuestra historia? ¿Sois vosotros los descendientes de aquellos que despreciando el poder de Roma vencen á los soldados del gran pueblo y les arrancan independientes el fuero del Lacio; los que se lanzan á la lucha contra César por defender la libertad amenazada de los habitantes de la Aquitania; los que sobreviven á Pompeyo y detienen la marcha triunfal del héroe romano, por ódio á la tiranía; los que rechazan á Ataulfo y á Leovigildo y prefieren vivir libres en tierra extraña á oprimidos en la propia!

¡Ah, nadie condena vuestra conducta más enérgicamente que vuestra historia!

El pueblo navarro, que hoy lucha en defensa del

absolutismo, nació, creció y se engrandeció á la sombra de la libertad.

Cuando la invasion agarena, los estandartes de la media luna se detienen aterrados ante una república federativa que les cierra el paso, la Navarra, y en aquel país bravo é independiente no logran sentar su planta los hijos de Agar. Despues la república se hace monarquía en la persona de García Jimenez, pero monarquía que reconoce, acata y respeta los derechos del pueblo, porque el navarro no buscaba en el rey un tirano que lo subyugára, sino un padre amante que le enseñára, le guiára y le condujera; y el pueblo monárquico ya vence á Abdemelic al mismo tiempo que Pelayo á Munuza.

Continúa la monarquía navarra su carrera de triunfos venciendo hoy al frances, mañana al árabe; hoy á Carlo-Magno, mañana á Abderraman y á Almanzor, y despues, mucho despues, en el reinado de Sancho el Fuerte ó el Retraido, el último de la casa de Navarra, á Miramamolin, alcanzando para su escudo los bravos montañeses las célebres é históricas cadenas. Y siempre luchando, casi siempre vencedor, tres ideas grandes animan á ese pueblo; la religiosa, la de independencia y la de libertad, y con ellas extiende sus dominios y lleva á todas partes sus gloriosas banderas, siendo el primero que en 1101 levanta una cruzada, y algu-

nos años despues alcanza el fuero general, reformado posteriormente en sentido de progreso y de libertad.

VIII.

Si no puede asegurarse que el reino de Pamplona, como se apellidaba entónces, era hereditario, es indudable que con ligeras excepciones siempre sucedierón los hijos á los padres, y estimaban en tanto los montañeses la sucesion directa, que si Mahomad penetró en Navarra sin que desplegasen su acostumbrado brío, se atribuye por muchos, más que á falta de un valor que siempre poseyeron en alto grado y poseen hoy, al descontento que despertó entre ellos la *inicua* exclusion que se hizo del infante D. García, hijo de Iñigo II, á cuyo rey heredó en el trono su hermano García Jimenez.

La sucesion al trono que estableciera el Sabio Alfonso, como una ley, era para ellos tan ajustada á las prescripciones del fuero y tan respetada, que á la muerte de Enrique, hermano de Teobaldo, cuya corona habia heredado *por carecer aquél de sucesion*, reunieron Córtes para proclamar reina á la niña doña Juana, nombrando por tutor á Mon-

teagudo, señor de Cascante; y si á la muerte de Luis Hutin, hijo de ésta y primero de la casa de Francia, *consintieron* en que Felipe el Luengo, apoyándose en la ley Sálica, se proclamase rey con perjuicio de doña Juana, hija de Luis; si toleraron este *desafuero*, por no aumentar los disturbios del reino, y la sucesion de Felipe por su hermano Cárlos *el Calvo*, I de Navarra y IV de Francia, á quien no prestaron juramento de fidelidad, cuando éste murió reunieron Córtes en Puente la Reina, y rechazando como reyes al de Inglaterra y al Conde de Valois, proclamaron con *mejor derecho* á doña Juana, *condenando ipso facto la ley Sálica;* y despues, ansiosos de asegurar en los sucesores de ésta con la que empezára la casa de Evreux la herencia del trono, volvieron á reunir Córtes en Larrasoaña, y arreglada la fórmula del juramento, coronaron á doña Juana y á su esposo Felipe de Evreux en Pamplona, el año 1328, siendo estos reyes los que mejoraron y perfeccionaron el Fuero con el fuero adicional.

Como no es nuestro ánimo bosquejar de la historia de Navarra más que lo que en nuestro entender pone de manifiesto la contradiccion en que incurren los que descendiendo de aquellos que, liberales, no quisieron, al someterse al poder de Fernando V, permitir que el duque de Alba les

llamase vasallos y sí súbditos, y partidarios de la sucesion que establece la ley de Partida, se opusieron con sus Córtes al planteamiento de la Sálica y tuvieron reinas ántes que los otros reinos de España; como no tenemos más ánimo que probar la contradiccion en que incurren defendiendo en los llamados Cárlos V y Cárlos VII la que atacaron en el rey de Inglaterra, en el conde de Valois y en el duque de Alba la usurpacion fundada en la ley Sálica y la tiranía apoyada en el poder real, pasamos por alto los gloriosos hechos contra los moros, las luchas interiores con Castilla, Aragon y Francia, que sostuvieron, si con vária suerte con indomable valor, y cerrando el paréntesis que hemos abierto reanudamos el hilo de nuestra narracion volviendo al principal objeto del presente libro.

IX.

A las cinco de la tarde llegó S. M. á la estacion de Tudela, adornada con lujo, y en la cual se alzaba un bellísimo arco donde se leia: *A S. M. el rey D. Alfonso XII, el Ayuntamiento de Tudela;* y al llegar el Rey, una concurrencia inmensa le aplaudió y vitoreó, saludándole con su voz los cañones

de los fuertes y con sus ecos las bandas militares.

Seguido de su comitiva y del escuadron del bizarro regimiento de Húsares de la Princesa, se dirigió S. M. á la poblacion en *landau*, y á la entrada, en la calle de Zaragoza, dos hileras de tiendas de campaña naciendo en un elegante arco alzado por el Ayuntamiento, formaban bello y militar adorno que iba á morir en otra lujosísima adornada de aprestos militares y de caprichosos escudos, donde se leian los nombres de los cuerpos de guarnicion en Túdela, estando coronada esta tienda por otro segundo arco costeado, como ella, por el ejército, y en el cual se veia escrita esta frase: *¡ Viva el Rey Alfonso XII!* A poca distancia de la tienda, formada de lienzo blanco y azul, la Comandancia de Carabineros aparecia adornada con sumo gusto, teniendo grabados en tres cartelones estas fechas, 16 de Julio 1212, 28 de Noviembre 1857, 30 de Diciembre 1874, recuerdo de tres acontecimientos notabilísimos: la batalla de las Navas, el nacimiento del Rey, y el alzamiento de Sagunto.

Várias y elegantes colgaduras pendian de balcones y ventanas, viéndose trazado en muchas de aquellas el augusto nombre del Rey, que era saludado con férvido entusiasmo por la inmensa concurrencia que se agolpaba en su camino, hasta el

punto de hacer dificilísima la marcha, y D. Alfonso, contestando á los vítores y á los aplausos con su acostumbrada afabilidad, demostraba evidentemente el placer inmenso con que recibia aquellas pruebas de amor y de adhesion.

Cruzando la plaza y atravesando calles que demuestran evidentemente la antigüedad de Tudela, cuyo orígen no puede señalarse con entera exactitud, sabiéndose únicamente que más bien que la antigua Muscaria de Ptolomeo, es de orígen romano, como parecen afirmarlo las inscripciones que por todas partes se ven; las monedas que se han hallado en la antigüa y ya destrozada calzada, construida en el término de Traslapuente, y en fin, por su mismo nombre de *Tutela;* atravesando calles, deciamos, llegó S. M. á la Catedral, donde fué recibido con todos los honores correspondientes á su elevada jerarquía, entonándose un solemne *Te Deum* que escuchó devotamente arrodillado bajo regio dosel.

X.

Más que por su mérito artístico es digna por su mucha antigüedad la Catedral de Tudela, de que

se reseñen brevemente su historia y sus vicisitudes.

En los tiempos de la Reconquista y por el año 1121, este templo contaba con prior y clérigos, á los que D. Alonso I hizo donacion de las primicias y décimas de Tudela y de los pueblos de su jurisdiccion; pero la iglesia que hoy existe puede decirse que fué construida por Sancho Garces, apellidado *el Sabio*, y consagrada en 1188, y no por Sancho *el Fuerte*, hijo de éste, como equivocadamente afirman algunos, por más que en 1135 se reedificase la antigua por D. Miguel, Obispo de Tarazona.

Casado Sancho el Sabio con doña Sancha ó doña Beocia, hija del emperador Alfonso VII de Castilla, al morir su esposa y al ser enterrada en la antigua iglesia, el monarca navarro la engrandeció y enriqueció, dando vida á la actual volviendo á consagrar su altar mayor, en 1204, el Arzobispo de Tarragona Rocaberti, el cual, aumentando los privilegios, dispuso que no pudiesen celebrar misa más que los prebendados, el capellan del Rey, oyéndola éste y los prelados. En el principio, la iglesia fué de la regla de San Agustin, y estaba gobernada por un Prior, cuya dignidad se elevó á la de Dean en 1238, obteniendo Teobaldo II, en 1257, el uso de mitra y anillo para el Dean.

Los papas Julio II y Martino V la hicieron mayores mercedes, y siguió gobernada por deanes, entre los cuales se cuenta D. Juan de Aragon, hijo del príncipe D. Cárlos de Viana, hasta que se elevó á catedral por bula de Pío VI, expedida en 27 de Marzo de 1783, tomando posesion el primer obispo Larumbe, en 20 de Agosto del año siguiente.

La catedral es de piedra, más sólida que esbelta, y consta de tres naves, llamando sobre todo la atencion el coro, que tiene una magnífica sillería tallada, obra del maestro Estéban, y terminada en 1519, y el magnífico retablo gótico.

XI.

Terminado el *Te Deum*, S. M. volvió á montar en el coche, y dirigiéndose á la casa donde tenía preparado lujoso alojamiento, apareció en el balcon para presenciar el desfile de las tropas.

Una concurrencia inmensa llenaba la ancha plaza, y jamas hemos visto más entusiasmo, más alegría, más espontaneidad para saludar y bendecir al Rey. En vano intentaron las tropas desfilar en columna de honor: fué imposible. La muche-

dumbre se apiñaba ansiosa bajo el balcon en que se hallaba el Monarca, y los vivas eran tales, tan contínuos, que puede decirse, sin pecar de exagerados, que todos eran uno solo, prolongado, inmenso, que duró desde que apareciera el Rey hasta mucho despues de retirarse á sus habitaciones.

Complacido debió quedar el Monarca del recibimiento que se le hacía por todos sus pueblos; pero ninguno, absolutamente ninguno, excedió á Tudela. Tudela, como Barcelona, como Valencia, como Madrid, como Zaragoza, como tantas otras poblaciones, demostró paladina y elocuentemente que amaba, acataba, repestaba y bendecia á su rey legítimo, á D. Alfonso XII, el *deseado,* la *esperanza de la patria*, porque veia en él la personificacion del derecho. Que enérgicamente protestaban aquellos desgraciados contra la guerra injusta y cruel, que los aniquila y que empobrece y deshonra al país.

CAPÍTULO IV.

DE TUDELA Á PERALTA.

I.

Aquella noche obsequiaron á S. M. con una serenata, apareciendo por todas partes brillantes iluminaciones, y á la mañana siguiente el Rey montó á caballo, y abandonando la ciudad entre aclamaciones se dirigió á Peralta, seguido de lucido y numeroso acompañamiento, deteniéndose media hora en Valtierra, donde fué recibido con gran entusiasmo, y continuando despues la interrumpida rapidísima marcha, hallando en todas partes pruebas elocuentísimas de adhesion y de afecto.

En Funes se unieron á la régia comitiva los generales Moriones y Terreros, revistando el Rey á la brigada Acellana, formada en columna, y en las afueras de Peralta la division mandada por el valiente é ilustrado general La Portilla tributó los honores que las ordenanzas previenen á la Real Persona.

Eran las tres de la tarde cuando S. M. entró en Peralta, adornada con colgaduras, banderas, gallardetes y arcos, en los que se leia: *La villa de Peralta á S. M. el rey D. Alfonso XII. El Ayuntamiento á S. M. el rey D. Alfonso XII.*

La ovacion era inmensa, como lo habia sido en todos los puntos del tránsito, y los leales y valientes navarros aplaudian y vitoreaban al Monarca, maldiciendo la guerra que devasta aquel hermoso suelo.

II.

Como en Peralta se estableció durante seis dias el cuartel real, creemos conveniente dar algunas, si bien ligerísimas noticias de aquella poblacion.

Peralta, llamada ántes Petralta, por su posicion topográfica, es una bonita y alegre villa, situada á la márgen derecha del Arga, que corre de Oeste á Sur.

Levantada en muy remotos tiempos sobre la cúspide de un monte, ha ido descendiendo al llano, conservando hoy en su falda la iglesia parroquial, y una pequeña parte, sin que pueda precisarse la fecha ni decir más sobre este punto, sino

que en un privilegio que les otorgára el rey García Ramirez, en el año 1144, era 1182, por los servicios que le prestáran contra el emperador de Castilla D. Alonso, les manda que repueblen la altura, prueba evidente de que ya estaba abandonada.

Cárlos III de Navarra, al fundar el principado de Viana para los primogénitos de los reyes, la unió á él (año 1423); pero en 1430 D. Juan y doña Blanca hicieron donacion de ella á Mosen Pierres de Peralta, de quien descienden los marqueses de Falces, en los cuales ha seguido vinculado el gobierno de la villa hasta sus modernos tiempos.

Peralta, que en las luchas intestinas que destrozaron el reino navarro tomó no pequeña parte, tiene una página gloriosa en la pasada guerra civil.

Zumalacárregui, el genio más brillante del partido carlista, abandonando á Sesma en són de desprecio, dirigióse á Peralta, defendida por una compañía de urbanos, el 8 de Noviembre de 1834: poderosas fuerzas llevaba á sus órdenes el cabecilla, pero los valientes de Peralta se aprestaron á la defensa, mandados por un hombre de gran prestigio en el pais, por D. Fermin Iracheta.

Zumalacárregui le intimó la rendicion; Zara-

teagui le escribió rogándole lo mismo; todo fué inútil: Iracheta contestó con bravura que el sacrificio de su vida era poco pago á las bondades de la reina Isabel, ¡ejemplo raro de lealtad y adhesion! y se aprestó al combate, rechazando á su misma mujer que le aconsejaba la entrega, y rompiendo la única escalera por donde podian llegar al fuerte los sitiadores, quienes viendo la heroica resolucion de aquel puñado de héroes, abandonaron llenos de ira y de vergüenza la heroica villa, no sin cometer horribles excesos, que fueron infinitamente mayores en Villafranca, donde descargaron crueles toda la saña inmensa que albergaban sus pechos.

Éste fué, bosquejado ligerísimamente, el hecho que tuvo lugar en el hoy derruido fuerte que se contempla á las afueras de la villa en la carretera de Tudela, hecho que levantó el espíritu de los liberales navarros é inició aquella serie de enérgicas resistencias que presentaron los urbanos, ansiosos de imitar á sus compañeros de Cenicero y de Peralta.

III.

Poco despues de llegar el Rey á la citada villa, celebróse en su alojamiento un consejo, al que

asistieron los generales Jovellar, La Serna, Moriones, Primo de Rivera, Despujols, Ruiz Dana, Terreros, Portilla y Morales de los Rios, para examinar el plan de ataque que, formado ántes que llegase á ponerse al frente del ejército del Norte el Duque de la Torre, habia de llevarse á cabo si obtenia la real aprobacion.

IV.

Para dar principio á esta parte de nuestro trabajo conviene que hagamos una declaracion importante.

Nuestro principal propósito es historiar el viaje de S. M. No vamos á escribir un libro examinando, ni mucho ménos juzgando detenidamente los acontecimientos que durante la estancia del Rey han tenido lugar en el Norte. Conocedores de nuestra insuficiencia, no pretendemos realizar una empresa superior á nosotros. Juzgar bajo el punto de vista estratégico, táctico y hasta político, las ultimas operaciones, debe ser objeto exclusivo de otro libro escrito por pluma más competente que la nuestra. No han de faltarle materiales al que pretenda alzar ese edificio, pero no es esta la ocasion

más oportuna. Sujetos algunos sucesos á las investigaciones de la justicia, envueltos otros con un velo más ó ménos denso, difícilmente podria el historiador analítico salir airoso de su empeño. Por eso, y porque, como hemos consignado ya, nuestro objeto es otro, no vamos á entrar de lleno en el fondo de la cuestion, al ménos en la presente obra. Reseñarémos lo sucedido, extendiéndonos más en aquello que S. M. tuvo ocasion de presenciar, y amantes y esclavos de la verdad, ésta resplandecerá, como resplandece en el resto de la obra. Lo que hemos presenciado lo referirémos exactamente, y lo que no tuvimos ocasion de ver lo historiarémos con arreglo á lo que arrojen los documentos oficiales. Hecha esta aclaracion, prosigamos.

V.

La desgraciada accion de Monte Muro, donde halló gloriosa muerte el bizarro y entendido Capitan General Marqués del Duero, habia hecho dueños á los carlistas de posiciones ventajosísimas á los dos lados del Arga, que cortaban la línea de defensa enemiga en Puente la Reina. Posesionados de una extension de terreno de más de 70 kilóme-

tros, apoyaban su ala izquierda en Lerga, en las montañas de Orba; su centro (prolongándose en direccion á Pamplona, hasta Salinas), en el Carrascal, llamado así por un espeso bosque que existió allí hace poco tiempo, y cuya posicion consiste en un largo collado que forman las montañas de Alaiz y del Perdon, entre las cuales corre la carretera de Tafalla á Pamplona, y su ala derecha en Estella, la ciudad sagrada del Pretendiente (1).

De Lerga, fuertemente defendido con baterías y con cortaduras, partia una formidable línea de trincheras que iban á morir en el Pueyo, pequeño pueblo que, colocado en la cúspide de una colina, es el centinela avanzado del Carrascal. Del Pueyo arrancaban otras nuevas trincheras, interrumpidas á veces por cortaduras; trincheras que, cruzando sus fuegos y dominando completamente la carretera, pasaban por los pueblos de Garinoain, Barasoain, Mendivil, centro del Carrascal, Solchaga, Aloriz, Orain, Unzué, punto de los más inexpugnables, especialmente la elevada peña de este nombre, y Bariain, corriéndose por la sierra de Alaiz. En Añorve, pequeña aldea que descansa á los piés de una colina sobre la que se eleva la ermita, que estaba poderosamente defendida con

(1) Véase el plano.

baterías y hasta con triple línea de trincheras, construidas con tal arte que hacian casi inútil el fuego de nuestros cañones, nacia otra línea de defensa en direccion Nordeste, pasando por los pueblos de Tirapu y Alcoz, defendidos con otra batería; Muruarte, tambien protegido por los cañones, y Tiebas, fuertemente fortificado. Por el Norte, la línea de defensa, apoyándose en Eneriz, Ucar y Biurrun, artillado, se prolongaba por Subiza y Artegui, hasta Salinas, y por el Oeste, tomando como punto de partida la ermita, se prolongaba, atravesando á Obanos (de donde partia otra línea que, muriendo por la izquierda en Legardá, iba á unirse por la derecha, buscando apoyo en Muruzabal y Uterga), por Subiza hasta Puente la Reina. Aquí, atravesando el Arga, buscaba nuevo poderosísimo amparo en la ermita de Santa Bárbara, el punto mejor fortificado, y en los montes de Guirgillano, continuando por Mañeru y Cirauqui, Monte Esquinza, Lorca, Arandigoyen, Villatuerta, y toda la falda de Monte Jurra hasta Arroniz, naciendo en el Esquinza otra línea más que llegaba á Oteiza.

Dueños los carlistas de este vasto campo de batalla, defendido por 32 batallones, que apoyado en las sierras de Alaiz y del Perdon, rio Arga, Montes de Guirgillano y de Esquinza, reunia admi-

rables condiciones de defensa, estaba cerrado completamente el camino de Pamplona.

VI

¿Cómo podia arrojarse al enemigo de sus posiciones? ¿Lanzando sobre el Carrascal, donde habia reunido mayor número de fuerza, 40 ó 50 batallones como una avalancha terrible? De ninguna manera. De este modo la lucha hubiera sido horrible y el sacrificio inmenso; ¿qué habia que hacer? Dividir para vencer; envolver al contrario, debilitar su línea, llamar su atencion sobre muchos puntos; en una palabra, burlar sus cálculos: ir adonde no esperase y no acudir adonde confiado en los accidentes del terreno aguardaba impaciente.

Para realizar este pensamiento se ideó el plan que vamos á exponer ligeramente. El ejército se dividiria en tres cuerpos; mandados: el primero, compuesto de 20 batallones, dos regimientos de caballería, 16 piezas de montaña y tres compañías de ingenieros, por el teniente general D. Domingo Moriones; el segundo, formado de otros 20 batallones, dos regimientos y dos escuadrones de ca-

ballería, cuatro baterías de ocho centímetros de seis piezas cada una, otra de 10 centímetros con cuatro piezas, 12 de montaña y cuatro compañías de ingenieros, por el teniente general D. Fernando Primo de Rivera, y el tercero, fuerte de 14 batallones, seis escuadrones, ocho piezas de montaña, 18 de ocho centímetros, cuatro de 10 y dos compañías de ingenieros, por el mariscal de campo D. Eulogio Despujols; componiendo todas las fuerzas que habian de operar un total de 54 batallones, cuatro regimientos y ocho escuadrones de caballería y 86 piezas de diferentes calibres y sistemas.

La formacion de este tercer cuerpo fué debida al general Jovellar, que al conocer el plan que iba á ponerse en ejecucion juzgó conveniente el aumento en el ejército con la division Despujol perteneciente al centro, formando en sustitucion de aquélla y en poquísimos dias, con los batallones de provinciales, dos brigadas, de las que se encargaron los brigadieres Goyeneche y Catalan.

VII.

Los tres cuerpos habian de llevar á cabo movimientos coincidentes envolviendo al enemigo, y pa-

ra esto el primero, marchando por Lerga sobre las líneas de Sangüesa y Lumbier, rebasando el ala izquierda del enemigo para colocarse á su retaguardia, y corriéndose por el valle de Unciti á las inmediaciones del rio Irati, se dirigiria hácia Noain y Astrain, por cuyo último punto pasa la carretera del Perdon, y finalmente hácia los montes de Guirguillano para apoyar los movimientos de los otros cuerpos.

El segundo, emprendiendo la marcha por el ventorrillo que forma el cruce de carreteras con la de Tafalla á Larraga, pasando el Arga, despues de recomponer el puente destruido por el enemigo, dirigiéndose á Oteiza por las inmediaciones de Larrága y por Muruzabal de Andion, y apoderándose de todos estos puntos y del monte Esquinza, la carretera continuaria hasta Lorca por donde pasa de Estella á Pamplona, y, si era posible, hasta Lácar y Murillo, siguiendo despues á los montes de Girguillano y ermita de Santa Bárbara.

El tercer cuerpo, desde Artajona, atacando de frente el Carrascal, despues de apoderarse de Añorve y Tirapu se dirigiria por las alturas que hay entre los pueblos de Ucar y Eneriz, y por las faldas del Perdon á envolver á Uterga y á Obanos para caer sobre Puente la Reina, procurando po-

nerse en comunicacion con el segundo cuerpo por la derecha de Artazu (1).

Examinado y estudiado este plan detenidamente obtuvo la régia aprobacion, por lo que comenzaron á adoptarse las disposiciones necesarias para llevarlo á cabo.

VIII.

Incansable el Monarca y ansioso de ver al valiente ejército, se dispuso, conforme á lo propuesto por el general Laserna, que el 23, dia de S. M., revistase Este á las tropas en las dehesas de Peralta, terreno extendido entre esta villa y Olite.

A las nueve de la mañana montó S. M. á caballo, y seguido de numerosa escolta se dirigió al lugar de la revista, donde cuarenta mil hombres de todas armas, formados en línea de masas y apoyando el ala derecha en la venta de San Miguel aguardaban la régia revista.

A las doce ménos cinco minutos S. M., que regía un magnífico caballo tordo, apareció en lo alto

(1) Véase el Apéndice.

de una pequeña meseta, existente sobre la cúspide de una colina, á cuyos piés corre la carretera de Peralta á Olite, y un espectáculo verdaderamente sublime, majestuoso é imponente se presentó á sus ojos.

Allá, léjos, á sus piés y en situacion paralela al camino, formadas las tropas, presentando las armas en las que reverberaba brillante la luz del sol; y los ecos de la marcha real y los vivas de los soldados, repercutiendo de monte en monte, y de valle en valle, llegaban hasta las plantas del Soberano con ese murmullo sordo, grato, apacible que producen las olas de un mar rizado por aromáticas brisas. Jamas habian visto en formacion correcta y en tan corta extension de terreno todos los militares allí reunidos, igual número de fuerzas, y hacía ciento sesenta y cinco años que el ejército de España no habia visto tampoco á un rey puesto á su frente en los campos de batalla; por eso la aparicion de Alfonso XII fué saludada con júbilo inmenso.

IX.

No es posible describir exactamente el momento en que el Monarca se presentó á la vista de sus sol-

dados. El entusiasmo rayó en delirio, en frenesí. Un *¡viva el Rey!* lanzado por cuarenta mil hombres curtidos por el viento de las montañas, tostados por el sol de los combates, ennegrecidos por el humo de la pólvora, retumbó poderoso, y aquella sola frase *¡viva el Rey!* se pronunciaba de tal modo, con vehemencia tal, quese venía á demostrar al hacerlo el valor inmenso de la frase en sí. *¡Viva el Rey!* estaban gritando hacía mucho tiempo en la cúspide de las montañas vascongadas y navarras, los fanáticos partidarios del Pretendiente, y á ese ¡viva! síntesis, resúmen de todas las aspiraciones de aquéllos; á ese ¡viva! que encerraba en sí un programa, una solucion, una bandera, una idea concreta, definida, nuestros valientes compañeros no podian contestar con otro que resumiera como aquel un pensamiento. Enfrente de la bandera carlista no era dable tremolar otra; ni áun quedaba el derecho de tremolar la nacional, porque la lucha era entre españoles. Por eso el soldado, valiente por temperamento, combatia y triunfaba, pero sin entusiasmo, sin fe, porque no veia detras de la victoria nada sólido, nada determinado, y sí lo indefinido por sistema, lo abstracto por principio, el cáos por término; y triste, y abatido, y macilento, aunque nunca cobarde, asaltaba las trincheras, dominaba los pueblos, regaba de sangre los montes;

mas al aparecer el Rey ufano, orgulloso con el uniforme del ejército español, la situacion cambió de aspecto; rasgóse el denso velo que ocultaba fatídico entre sus pliegues lo porvenir; abriéronse los ojos ante nuevos y más brillantes horizontes; lució un faro en la densa noche para indicar el camino, y el soldado, alzando la frente, agitando su fusil, brillando la alegría y el ardimiento en sus pupilas y en su atezado rostro, miró al campo enemigo y dijo: *¡Al fin! ¡Viva el Rey!* Y este ¡viva! era todo un poema; era la solucion; era la oposicion de lo definido á lo definido, de lo concreto á lo concreto; era más; era la victoria, porque desde aquel instante el progreso, luchando contra el retroceso, tenía por inquebrantable escudo el derecho sagrado, sancionado por la tradicion y por la historia, bendecido por Dios desde el cielo, por el vicario de Jesucristo en la tierra, y reconocido por el mundo civilizado.

Este convencimiento exacto, íntimo, penetró rápido en la inteligencia de aquellos valientes, alegrando los pensamientos que se agitaban en ella. Ya sabía el soldado por qué y para qué luchaba; ya sabía lo que iba á robustecer con sus triunfos, á engrandecer con sus victorias; ya sabía que detras del vencimiento estaba la monarquía tradicional, legítima, constitucional, liberal, cris-

tiana, que, acostumbrada á vencer en aquellos mismos campos, donde él se aprestaba al combate, alcanzaria entónces, como alcanzára en otro tiempo, el laurel del triunfo; ya sabía que el sacrificio de su vida iba á ser beneficioso al país; ya no torturaba su alma horrible duda; y por eso repetimos una vez más que la aparicion del Rey fué saludada con entusiasmo inmenso, indescriptible, y el soldado dijo al verle: «Si muero, ya sé por qué muero; si venzo, ya sé en nombre de qué principio venzo», y cobró nuevos bríos, porque la realidad fortalece tanto como abate la incertidumbre.

. . . .

X.

Á las doce ménos siete minutos dió principio la revista por la brigada Otal, perteneciente á la division Catalan, una de las del primer cuerpo, y que colocada sobre la cresta de pequeñas colinas simulaba un ataque, en el cual la servia de poderosísima reserva el resto de la fuerza.

Henchido de placer, lleno de asombro, cruzaba el Rey por delante de las brigadas, admirando el aire marcial y apuesto de aquellos soldados, que

valerosos é infatigables parecian recien salidos de los cuarteles, siendo preciso para creer que llevaban mucho tiempo de penas, de peligros y de sufrimientos, fijar la vista en sus semblantes, donde habia grabado huella profunda el ángel de las batallas.

El júbilo y la pena, grandes ambos, se disputaban en aquel instante el corazon del Rey. El júbilo, contemplando á su leal ejército; la pena, recordando la dolorosa mision que la fatalidad habia reservado á aquellos bravos.

Los que á muy poca distancia del Monarca se aprestaban á la pelea; los que organizaban sus batallones fortificando las crestas de los montes y las sinuosidades de los caminos, eran españoles tambien, eran hijos de esta pobre patria tan desgraciada, que si no tuviéramos confianza plena en la divina misericordia, creeríamos que la Providencia habia lanzado sobre su frente implacable anatema.

Allí, donde todos se aprestaban para una sangrienta lucha, sesenta y dos años ántes huian ante el indomable valor de Mina los soldados de Bonaparte. La sangre habia enrojecido el suelo; los ayes del moribundo habian retumbado en las entrañas de los montes; los hurras de los vencedores y las imprecaciones de los vencidos se

habian elevado envueltos en torbellinos de polvo y humo, y la muerte habia extendido sus negras alas; pero la victoria, al posarse sobre la bandera española, la habia cubierto de gloria arrancada á las águilas imperiales, mas ¡ay! en al batalla próxima á librarse, ¿de quién iba á ser el honor del triunfo ó el oprobio de la derrota? Cualquiera que fuese el resultado, España apareceria á un tiempo mismo vencida y vencedora, y toda la sangre que corriese, sangre sería de su noble seno, que allí iban á pelear el padre contra el hijo, el hermano contra el hermano: monstruosidad horrible, monstruosidad nefanda que llevan en sí las guerras civiles; ese crímen, el más infame que pueden cometer los pueblos.

XI.

Media hora duró el militar espectáculo, y terminado aquél, el Rey cruzó por delante de la extensa línea al galope de su caballo, siendo objeto entónces de nuevas y ardientes demostraciones de adhesion y afecto, dirigiéndose á una extensa llanura, donde se habian colocado tres lujosas mesas para el espléndido almuerzo con que la

oficialidad del ejército obsequiaba al Monarca.

Frente á la mesa dispuesta para S. M. y para las personas que se dignase invitar á ella, se alzaba un trofeo alcanzado en los campos de África por nuestros valientes soldados: la tienda de Muley-el-Abbas.

XII.

Al terminar el almuerzo, S. M. brindó por el ejército español, cuyo uniforme llevaba con orgullo, y los generales Laserna, Jovellar, Moriones, Primo de Rivera, La Portilla y otros muchos jefes y oficiales pronunciaron elocuentes y oportunos bríndis, montando D. Alfonso nuevamente á caballo á las dos y media, y dirigiéndose al galope, á la cresta de una colina, desde la que presenció diferentes maniobras de artillería, ejecutadas por la batería que mandaba el capitan Beltran de Lis, y de caballería, llevadas á cabo por un escuadron de lanceros de Lusitania, tropas que ejecutaron cuantos movimientos se dignó mandar el Monarca, con una rapidez y una precision verdaderamente admirables.

Á las cuatro tomó S. M. la vuelta de Peralta, y poco ántes de llegar á la villa tuvo ocasion de poner otra vez más de relieve lo noble, lo levantado de sus sentimientos. Tres prisioneros carlistas, conducidos por un peloton de soldados, se cruzaron con la régia comitiva en la carretera, y el Rey llamándoles les dirigió afectuosísimamente la palabra, les otorgó la libertad y les dió á más un espléndido socorro. «¡Viva el Rey!» gritaron aquellos hombres con las lágrimas en los ojos, y «¡viva!» repitieron conmovidos cuantos presenciaron el rasgo magnánimo de D. Alfonso.

XIII.

Á las nueve de la mañana siguiente S. M. oyó misa en las afueras de la villa en la carretera de Tudela, y á espaldas del fuerte, que hiciera célebre con su valor en la guerra civil pasada el capitan D. Fermin Irecheta, y los leales urbanos, segun hemos visto, y, terminada la misa, regresó á su alojamiento, donde se celebró el segundo consejo de generales bajo la régia presidencia para examinar por última vez el ya aprobado plan, cuyo Consejo duró desde las nueve de la mañana á las cinco de

la tarde, designándose en él los mandos de cada cual; nombrando al general Primo de Rivera jefe interino del segundo cuerpo, y entregándose á los generales Primo, Moriones y Despujols las instrucciones que publicamos en el apéndice para llevar á cabo la próxima operacion, á cuyo fin desde la mañana siguiente comenzaron las tropas á ejecutar movimientos preparatorios, situándose en las posiciones designadas.

XIV.

El Rey, que lamenta como el que más la lucha salvaje de hermanos contra hermanos, que siempre se halla dispuesto al perdon y que no quiere que riegue los campos de España sangre española, al llegar á Peralta dirigió su voz paternal á los navarros con este manifiesto, que es prueba clara de los elevados nobles sentimientos del augusto Príncipe, y que fué acogido con júbilo y aplausos en el país entero.

«HABITANTES DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS Y NAVARRA.

»Al volver á esta patria, hoy tan infeliz, aunque por igual querida de todos, ningun deseo se ante-

pone en mi ánimo al de la paz. Todavía más que mi forzosa y larga ausencia, me ha contristado en los últimos tiempos el ver desgarrada, empobrecida, deshonrada á España por una guerra civil tan estéril cuanto sangrienta.

»He subido al trono, como queria, sin que hubiera por mi causa corrido ni una gota de sangre. Si disputais el paso á mi ejército, fuerza será pelear; pero veré la pelea con hondo dolor. Esos valles devastados ya; esos pueblos y caseríos ya hechos cenizas; toda esa tierra que con sangre de hermanos regais ahora, la amo yo, como quien ha nacido en el suelo español, como quien ha pasado felicísimos dias de su niñez entre vosotros, como quien os ha conocido pacíficos y libres, prósperos y alegres, dignos de envidia, en suma, para propios y extraños. Á mí no me consentirian mis sentimientos de español y de verdadero Rey, ni estimular ni tolerar siquiera una guerra inútil, cual la que sosteneis ya vosotros contra todo el resto de la nacion.

» ¿Qué motivos teneis para proseguirla? Si acudísteis á las armas movidos de la fe monárquica, ved ya en mí el representante legítimo de una dinastía, á la cual juraron en otro tiempo fidelidad eterna vuestros leales pechos, y que fué con vosotros lealísima hasta su pasajera caida. Si ha sido

la fe religiosa la que ha puesto las armas en vuestras manos, en mí teneis ya un Rey católico, como sus antepasados, y en todas partes recibido por los Cardenales y los más piadosos Prelados como el reparador de las injusticias que ha experimentado hasta aquí la Iglesia, y una de sus más firmes columnas en lo porvenir. Soy, á la verdad, tambien, y seré siempre un Rey constitucional; pero vosotros, que tan grande amor teneis á vuestras libertades venerandas, ¿podeis abrigar el mal deseo de privar de sus legítimas, y ya acostumbradas libertades, á los demas españoles? No lo concibo ni espero.

»Todo, pues, me persuade, á un tiempo, de que no está lejano el dia en que solteis de las manos las armas que hoy esgrimiriais ya contra el derecho monárquico que jurasteis, contra la Iglesia misma, representada por sus Príncipes y Prelados, y contra la patria.

»Soltadlas, y me evitaréis el dolor de ver derramar en uno y otro campo sangre española. Soltadlas, y ayudaréis así eficacísimamente á que recobre la opulencia, de que tanto participásteis siempre, la fiel isla de Cuba. Soltadlas, y volveréis inmediatamente á disfrutar las ventajas todas de que, durante más de treinta años, gozasteis bajo el cetro de mi Madre, y como por encanto rena-

cerán la prosperidad y la alegría en vuestras montañas. Los hijos volverán instantáneamente al seno de sus padres; los frutos de vuestros sudores serán de nuevo sagrados; y, en vez del estampido del cañon con que se os convida ahora, oiréis por vuestros campos resonar el silbido de las locomotoras, que no há mucho os brindaban constantemente con la riqueza y con todos los dones espléndidos de la civilizacion. Antes de desplegar en las batallas mi bandera, quiero presentarme á vosotros con un ramo de oliva en las manos. No desoigais esta voz amiga, que es la de vuestro legítimo Rey

»ALFONSO DE BORBON Y BORBON.

»*Peralta*, 22 *de Enero de* 1875.»

XV.

Como los reyes se deben al país en que nacen al pueblo que rigen, al derecho que representan, á la idea que personifican y nunca á sí propios, tienen altos y á veces penosos deberes que cumplir. Estos deberes exigian al Monarca que luchase, si era preciso luchar, en defensa de su causa, que es la de su pueblo, la de la libertad, la del progreso; y D. Alfonso, que por su particular inte-

-res no hubiera derramado jamas una gota de sangre, tuvo á pesar suyo que pensar en la pelea si á ella le arrastraban rebeldes y mal aconsejados sus súbditos, sin tener en cuenta, hijos ingratos, que al combatir desgarran sin piedad el seno de la madre patria. Por eso dirigió tambien su autorizada voz al valiente, leal y sufrido ejército, en estos términos:

«SOLDADOS DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

»No os pido hoy abnegacion y sufrimiento ni mañana os pediré vuestra sangre, por ambicion ó juvenil amor á la gloria. No; todos esos sacrificios los quiero para conquistar la paz.

»He seguido con admiracion, desde léjos, vuestras penosas campañas, en las cuales habeis cumplidamente demostrado que sois sucesores dignos de vuestros padres. Ahora vengo á vuestras filas con el deseo de hacerme tambien yo digno de los gloriosos Alfonsos, mis antepasados; y espero, si hallo ocasion, demostrar que lo soy. Pero esos que teneis en frente son españoles al cabo, y ántes de que á mi voz se empeñen nuevas batallas, les he dirigido—ya lo sabeis—palabras de afecto y concordia. ¡Caiga la responsabilidad de toda la inocente sangre que se vierta aún sobre los que no han querido escucharlas!

»Al desoirlas, empeñándose en prolongar esta funesta guerra sin motivo ya ni pretextos siquiera, parecen desdeñar los fraternales lazos que con vosotros los unen tantos siglos há, y tener en poco vuestro valor.

»¡Nobles hijos de las antiguas Coronas de Castilla y Aragon! ¡Valientes vascongados y navarros, fieles, como debeis, á la patria! Llegada es la hora de probar con las armas, á los que tal piensen, su indigno error. Desde esas cumbres en que vuestros contrarios se abrigan, á un tiempo os llaman el deber de soldados y el honor de españoles á decisivo combate. Empeñémosle, pues, y venzamos.

»Dios protegerá, sin duda, á los que pelean por la paz y por vivir pacíficos y libres en sus campos y hogares, no á los que esgrimen voluntariamente sus armas contra los derechos de su Soberano legítimo, contra los intereses de todas las otras provincias de la Monarquía y la libertad de los demas españoles, y, en suma, contra la patria.

»Seguid confiados vuestras banderas; que ellas, como tantas veces, os conducirán á la victoria: y puesto que sois todos veteranos ya, tócaos á vosotros mismos enseñar á combatir y vencer á vuestro Rey

»ALFONSO DE BORBON Y BORBON.

»*Peralta*, 22 *de Enero de* 1875.»

XVI.

Antes de dar principio á las operaciones era preciso municionar y abastecer al ejército, por lo que S. M. juzgó conveniente fijar en Peralta su residencia hasta tanto que le fuera posible saciar su ardiente deseo de ponerse á la cabeza de los soldados; pero como la actividad es en D. Alfonso una segunda naturaleza, dedicó estos dias de forzada relativa quietud á excursiones á los alrededores de la villa.

El dia 25 se dirigió á Falces, distante una legua de Peralta, donde estaba acantonada la division Fajardo. Nadie tenía noticia de la régia visita, así que al llegar S. M., siendo acogido con el júbilo que en todas partes, los soldados discurrian por las calles, y el general Fajardo y los brigadieres Barges y Viergol no tuvieron tiempo ni de montar á caballo para recibirle á la cabeza de las tropas; pero habiendo indicado el Rey que queria ver maniobrar á una brigada, el Sr. Barges formó en el acto la suya, que á tan desgraciada suerte estaba destinada en un próximo porvenir, y durante una hora tuvo lugar un ejercicio, en el que

tomaron parte los húsares de la Princesa, dando dos brillantísimas cargas que realzaron el mérito y la belleza del improvisado simulacro.

Concluido el ejercicio, D. Alfonso revistó á la brigada Viergol, formada en columna al otro extremo de la poblacion, encaminándose despues á Peralta altamente satisfecho, y de regreso ya, el Ministro de la Guerra telegrafió al general Loma para que comenzase desde luégo las operaciones en su distrito, á fin de favorecer más los movimientos que iban á llevarse á cabo en Navarra.

XVII.

Aun está presente en la memoria de todos la horrible catástrofe que sumió en un mar de lágrimas y de duelo á un pueblo de Navarra.

Azagra, pequeña villa, que lleva en el territorio navarro la bandera de la libertad, que no tiene ni un solo hombre en la faccion, y que por el contrario, ha formado un peloton de gente armada que ha sabido detener el paso de los carlistas diferentes veces, está construida en la falda de un monte, de terreno arcilloso y al pié de este mismo monte; descendiéndose al pueblo, al ir á él

desde Peralta, por una cuesta, cuya pendiente y cuyos precipicios causan espanto.

El dia 21 de Julio de 1874, á las tres de la tarde, una detonacion inmensa, horrible, aterró á los habitantes de la desgraciada villa, y una enorme peña que estaba suspendida sobre sus cabezas como horrorosa amenaza, rodó, arrastrando en la caida más de cien casas, y una multitud de infortunados hallaron terrible tumba, bajo los techos de sus mismas moradas. El recuerdo de aquel aciago dia vivirá grabado eternamente en la memoria de los azagreses. Al ruido producido por la desprendida mole sucedió otro más aterrador. El moribundo llamando al cielo; la madre buscando al hijo; el hermano al hermano; el esposo á la esposa; el amigo al amigo, lanzaban lastimeros ayes, que al confundirse con el lúgubre crujir de los techos al abrirse, y con el sordo estrépito de las paredes al desplomarse, formaban conjunto horrible y producian aterrador estrépito.

Á este desgraciado pueblo se encaminó el Monarca el dia 26, y al llegar á él, el espectáculo que se ofreció á sus ojos era tan lúgubre como impoponente. Hacía seis meses que tuvo lugar la espantosa catástrofe, y aún se veian allí claras y distintas sus profundas huellas. Entre montones de escombros aparecia deshecha una casa, y en las

calles y en las laderas de la montaña divisábanse todavía piedras enormes arrastradas por el desprendimiento.

La vista de Azagra aterra: aquel pueblo sucumbirá segun nuestra creencia: ¡ojalá sea equivocada! víctima de otra catástrofe mucho mayor que la que reseñamos, catástrofe que, en nuestro sentir, no está lejana. La colina á cuyos piés descansa la villa es de terreno arcilloso, ya lo hemos dicho, y toda ella amenaza desplomarse. El dia en que una lluvia torrencial inunde el pueblo será tal vez el último de su vida, y está tan arraigada en nosotros esta conviccion que creemos á los gobiernos en el ineludible sagrado deber de examinar el mal y de evitarlo á tiempo, ya que aquellos honrados vecinos prefieren morir á abandonar el suelo en que nacieron, como nos confesaron ingenuamente.

Un pobre cardador de lino vivia en una casa medio destruida por la desgajada mole, y al preguntarle nosotros, verdaderamente asombrados, que si dormia tranquilo entre aquellos montones de escombros y al pié de una colina llena de profundas amenazadoras grietas, nos contestó con la mayor ingenuidad y con el mayor aplomo que sí. «Pero ¿usted no ve, le replicamos, que la muerte se está cerniendo sobre su cabeza?—Sí, lo veo—Esa mon-

taña se desprenderá un dia.—Es probable—Y entónces?...—Entónces, replicó con estoica calma, sucederá lo que Dios quiera. Aquí he nacido y aquí moriré. Si existe el peligro, que le remedie quien pueda; yo no puedo ni remediarlo ni huir de él, porque este pedazo de casa que me dejó la caritativa peña, es mi patrimonio.» Un rumor lejano llegó hasta nosotros, alzamos la cabeza, aplicamos el oido, y percibimos claros y distintos los repetidos vivas con que saludaban los vecinos de Azagra á D. Alfonso, que abandonaba en aquel momento la villa, penetrando al trote largo en la carretera de Calahorra; al verle cortamos bruscamente la conversacion, y clavando las espuelas á nuestro caballo, partimos al galope á unirnos á la régia comitiva, no sin alzar diferentes veces la cabeza para contemplar á la montaña con terror y al pueblo con pena.

XVIII.

Seguido de la mayor parte de los habitantes de Azagra, todos vestidos de luto, llegó el Rey á la orilla del Ebro; se detuvo un momento, y torciendo la rienda á su caballo tomó la vuelta de Peralta, por otro camino situado á la derecha de Azagra; y deteniéndose otra vez breves instantes

á las inmediaciones del pueblo, que le habia recibido con un júbilo inmenso y propio de sus sentimientos liberales, llegó á las cinco de la tarde á la citada villa.

En este dia recibió S. M. un afectuosísimo telégrama de los diputados generales de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, felicitándole por su advenimiento al trono, deseándole un reinado venturoso y lamentando que las circunstancias no les permitieran ofrecerle personalmente el homenaje de adhesion profunda que sentian; á cuyo telégrama contestó en nombre de S. M. el Ministro de la Guerra, quien momentos despues recibia otro de S. M. la reina doña Isabel II, interesándole como madre cariñosa y buena española, que le diera frecuentes noticias de su augusto hijo, lo que hacía diariamente el general Laserna, y el señor Jovellar respondió á S. M. agradeciendo profundamente la confianza y la mision honrosa que le dispensaba, y prometiendo cumplir fielmente lo que la ilustre Señora apetecia.

XIX.

Los movimientos preparatorios comenzaron el 25, y el 27 por la mañana el general La Portilla

salió con su division de Peralta dirigiéndose á Tafalla, reemplazándole en el primero de dichos puntos una brigada de la division Fajardo; y S. M., despues de presenciar la marcha de la brigada Acellana, se encaminó á pié al inmediato pueblo de Marcilla, deseoso de visitar el colegio de Agustinos Recoletos y el histórico palacio de los Marqueses de Falces.

Áun cuando no habia existido prévio aviso, la religiosa comunidad estaba dispuesta para recibir al régio visitante, habiendo adornado el altar mayor, alfombrado el presbiterio y colocado en él un sillon y un cojin para el Rey. Al aparecer D. Alfonso á la vista del colegio, el padre rector Fray Íñigo Narro tocó á capítulo, para que toda la comunidad acudiese á la puerta de la iglesia, y dispuso se echáran á vuelo las campanas de la torre.

Al llegar el Monarca á la plaza del colegio viéronse á la puerta á los reverendos Agustinos divididos en dos coros, y el más antiguo, revestido con alba y capa pluvial acompañado de cuatro religiosos, que llevaban la cruz procesional, dió á adorar al Rey, hincando en tierra la rodilla, un relicario que contenia un *lignum crucis*, una reliquia del gran doctor de la iglesia San Agustin, otra de San Nicolas de Tolentino, el célebre taumaturgo del siglo XIV, tutor y protector de las

misiones filipinas de los Agustinos Recoletos, otra de Santa Rita de Casia y otra de San Gabino. Postrado en tierra el Soberano, adoró con fervoroso recogimiento los santos objetos, y concluido este acto se encaminó al presbiterio, donde se entonó el *Te Deum*, pronunciando despues el Preste las oraciones *pro rege*.

Terminados los actos religiosos, el Rector felicitó al Monarca en sentidas frases (quien contestó enalteciendo la grandeza del Apostolado católico, y la sublime obra de las misiones), invitándole despues á visitar el colegio y los jardines, lo que hizo S. M. de buen grado, causándole íntima profunda satisfaccion el brillante estado de la noble casa, que era á un tiempo mismo objeto de veneracion y de cariño para D. Alfonso; de veneracion por sus misiones, y de cariño por su historia.

XX.

El orígen de aquel colegio, por lo que respecta á su destino á las misiones de Filipinas, se debe á los piadosos sentimientos y al celo religioso de doña Isabel II. Aumentando notablemente las necesidades de la religion en el Archipiélago fili-

pino, la Reina dispuso en 1864 que los colegios de misioneros ó ampliasen sus casas ó creasen otro nuevo para enviar allende los mares mayor número de santos obreros que alzáran más grandioso el alcázar de la verdad y de la fe. Vistos estos nobles santos deseos de la augusta Señora, la provincia de Agustinos Recoletos de Filipinas, deseando coadyuvar al logro de la cristiana empresa, compró al poseedor el monasterio de Bernardos exclaustrados de Marcilla, y obtenida la aprobacion real y la sancion pontificia, hechas las obras de reparacion necesarias, le erigió canónica y legalmente como colegio de misioneros el 17 de Diciembre de 1865, y á él fueron los que, en el de Monteagudo, fundado en tiempo de Fernando VII, habian cursado filosofía y física, para estudiar teología y estudios mayores, cuya costumbre quedó establecida desde entónces.

Si el colegio de Monteagudo ha sido respetado siempre hasta el extremo de excluirle nominalmente de la ley de exclaustracion general, publicada en 1836, el de Marcilla no ha sido ménos afortunado. Grave riesgo corrió de desaparecer cuando el decreto de Octubre de 1868; pero el señor Ayala, ministro de Ultramar entónces, como ahora, le defendió con energía, fundándose en que no era de nueva creacion; en la importancia de la

mision que desempeñan en Filipinas los misioneros, conveniente al par á los intereses de la religion y de la patria, y finalmente, en que el Ministro de Gracia y Justicia no podia legislar sobre un colegio que no estaba en el círculo de su jurisdiccion, y triunfante el Sr. Ayala; salió á salvo de aquel naufragio religioso el colegio que nos ocupa, quedando eterna y grata memoria del Ministro poeta entre todos los misioneros que hoy como entónces le ensalzan y le bendicen.

Los religiosos visten capilla y hábito de paño negro, ceñido por una correa, y ajustan su vida á la regla de San Agustin, modificada el siglo XVI, gracias á los esfuerzos de Fray Luis de Leon y de Orozco. El mobiliario de las celdas es pobre; el número de hermanos es en la actualidad el de cuarenta, porque hace poco tiempo marcharon otros cuarenta á Filipinas, adonde tienen que ir todos al terminar sus estudios; y el edificio, bajo el punto de vista arquitectónico, ofrece poco de notable. Construido á fines del siglo XVIII, es de ladrillo, estando ornamentado todo su exterior por basamentos y pilastras de órden toscano; y la iglesia, dedicada á Nuestra Señora de la Blanca, imágen antiquísima que se cree fué llevada allí desde Toledo en el siglo VII, es de órden compuesto, bastante capaz, con hermoso crucero y airosa cúpula

de bóveda y de una sola nave, pero con capillas en el fondo.

XXI.

Desde la iglesia dirigióse el Monarca al histórico castillo de los Marqueses de Falces, que áun se conserva en perfecto estado. Señores los de Falces de Peralta tenian su palacio en Marcilla, y ennegrecidos por el tiempo y matizados de musgo, vense aún sus fosos, sus murallas y sus aspilleras, miéntras en el interior y en vastos lujosos salones se admiran el retrato de Mossen Pierres y de sus descendientes.

Este castillo, bella y sólida obra, estaba incluido en la órden de demolicion dictada por Cisneros; pero doña Ana de Velasco, marquesa de Falces, alzó el puente ante el paso de los enviados del Cardenal, y el castillo, dispuesto á defenderse, quedó en pié y vive hoy como recuerdo de pasados dias y de poderes pasados. Don Alfonso, despues de recorrerle demostrando profundo conocimiento de su historia, tomó la vuelta de Peralta, habiendo sido objeto en Marcilla de entusiastas aclamaciones y habiendo recibido allí una noticia satisfactoria.

A la salida del convento supo por el general Terrero, que el Pueyo y Artajona habian caido en poder del valiente general Despujols, despues de una breve y débil resistencia de pequeñas fuerzas carlistas. Hé aquí lo sucedido. A las ocho de aquella mañana salió de Tafalla el tercer cuerpo, dirigiéndose la brigada Lasso con una seccion de artillería Plasencia y un escuadron de caballería al Pueyo, donde quedó establecida á las once y media, sin más que un ligero tiroteo con la partida Rozas, que no produjo ninguna baja á nuestras tropas, y dueño del Pueyo, el general marchó con la brigada Pino, la media brigada Bernabeu, seis piezas Plasencia y el regimiento caballería de la Reina á Artajona, ocupado por la partida Chispas, que huyó tambien á la vista de nuestros soldados, limitándose á hacer fuego á unas guerrillas, durante cuyo fuego, y ya entrada la noche, se unió al general Despujols la brigada Argenti, procedente de Miranda de Arga, quedando el tercer cuerpo posesionado de dos puntos que eran, si se nos permite la frase, el nacimiento de las trincheras del Carrascal.

CAPÍTULO V.

DE PERALTA Á TAFALLA.

I.

A las ocho y cinco minutos de la mañana del 27 montó S. M. á caballo, tomando al trote largo el camino de Tafalla, y á la una y media el cañon de Santa Lucía, fuerte que domina á la ciudad, anunció á liberales y á carlistas que el Rey legítimo de España se aproximaba al corazon de la guerra.

Al divisar á Olite, la antigua Ologito, fundada por Suintila como castigo impuesto á una sublevacion de los vascos; la córte de los reyes de Navarra; la ciudad cuya construccion revela su orígen godo; la que fué en la guerra de Agramonteses y Beaumonteses el centro del poder agramontes; la que áun conserva en ruinas tapizadas de jaramago los restos de su antigua belleza, de su poder pasado; la que muestra enhiestos y ennegrecidos por

cibió de lo que pasaba; clavó las espuelas á su montura; llegó al galope al lugar donde se hallaban los que iban á morir, y al verles, trémulo de emocion y de alegría, les dijo: Os perdono la vida, la falta ha sido grave; pero no quiero que mi reinado se inaugure derramando sangre. ¡Harto lamento que la tenacidad de súbditos rebeldes la haga correr, siendo tan preciosa y tan querida para mí!»

Un viva nutrido, prolongado, indescriptible acogió las frases del Monarca; los reos besaron de hinojos los reales piés y las mujeres le bendijeron con lágrimas en los ojos. El espectáculo era verdaderamente sublime y conmovedor. ¡Hermosa, envidiable prerogativa la del perdon! Dos hombres iban á morir, y á la señal de su Rey, los hombres viven; la tumba abierta se cierra; el nublado horizonte se despeja; el ángel de la muerte huye vencido. ¡Ah, señor! vuestro reinado será dichoso y grande. Habeis comenzado perdonando y muchos seres os ensalzan; pero desde el dia en que volvisteis á la vida á dos desgraciados, la bendicion santa de dos madres flota sobre vuestra frente, y ella será el augusto manto que os cobije y que os defienda. Con extender la mano, con pronunciar una palabra hicisteis dichosas á dos mujeres; las entregasteis los hijos que ya habian perdido. Esas

mujeres rezarán por vos, y al solio del Eterno llegan siempre las preces de las madres, porque la madre es el sér más santo de todos los seres; su amor el más puro de los amores; su ruego el más ferviente de todos los ruegos. ¡Maldito sea el que haga llorar á una madre; Dios y los hombres ensalcen y bendigan al que la haga dichosa, al que mitigue sus penas y sus dolores....!.

. . . .

III.

Aun resonaban los vítores y las aclamaciones cuando D. Alfonso abandonó á Olite continuando á Tafalla, en cuya ciudad entró á las dos y cuarto de la tarde.

El recibimiento hecho por Tafalla á su Rey no fué ménos sincero, ménos entusiasta que los demas. Bellísimos arcos, elegantes gallardates, preciosas banderolas y lujosas colgaduras adornaban las calles, por las que discurria alegre, satisfecha y ufana numerosísima concurrencia. *¡Viva el Rey don Alfonso XII! ¡Viva la esperanza de la patria! ¡Viva la paz!* se leia por doquiera, miéntras se destacaba en las fachadas de algunas casas el retrato de

D. Alfonso, colocado bajo rico dosel, siendo digno de admiracion y elogio el aspecto lleno de animacion y vida que presentaba la ciudad.

IV.

Pero ántes de proseguir, detengámonos un momento á contemplar la poblacion que iba á tener la altísima honra de alojar en su seno, durante cuatro dias, al soberano de España; y examinemos el orígen y las vicisitudes de esa ciudad, elevada á este rango por Felipe IV.

Tafalla, segun unos Tabalica ó Tubalica; segun otros, entre ellos Ptolomeo, Gabalæca ó Gabaloca, de los antiguos bárdulos; está situada en la falda oriental de una colina, y es, á no dudar, una de las ciudades primitivas, como lo revela su aspecto que acusa notable antigüedad; pero precisar ésta; decir de un modo terminante que fué fundada por Túbal ó en época anterior, no es empresa fácil, toda vez que no se ha escrito aún la última palabra sobre la exactitud de su orígen, por más que el castillo con tres torreones (á cuya puerta se ve á Túbal que la sirve de armas) nos demuestre que la creencia de que aquél fuera el fundador estaba muy generalizada.

La vez primera que aparece en la historia el nombre de Tafalla es en el año 1043, en el cual fué sitiada por Ramiro I, que se coaligó con los reyes moros de Zaragoza, Huesca y Tudela, y quiso apoderarse de ella aprovechando la estancia en Roma del rey García II. Sancho el del Peñalen otorgó á la villa los primeros fueros, que confirmaron y aumentaron despues Sancho el Sabio y otros reyes; y Sancho Ramirez aumentó notablemente su poblacion, siendo Cárlos III el Noble el que más cariño la demostrára, puesto que la llamó la buena villa, y pensó fijar allí su residencia, para lo que mandó edificar un lujoso castillo que intentaba unir por medio de un pórtico con el de Olite, y ¡ suerte desgraciada la de las obras de Cárlos el Noble! El castillo de Olite es abrasado por Mina; el de Tafalla es destruido por completo en la guerra civil presente para fortificar algunos puntos y librarla de la saña de otro Cárlos.

En aquella villa murió decapitado, por alzarse contra sus reyes, el baron de Ansoain; espiró á manos de Mosen Pierres de Peralta el obispo de Pamplona, Echavarri; reunió córtes la Condesa de Fox, que murió al cabo allí, pobre, abandonada y sola; gimió en lóbrego calabozo el príncipe Cárlos de Viana, preso por D. Alonso, hijo natural del rey D. Juan; ardió la guerra de Beaumonteses

y Agramonteses; se agitaron las luchas intestinas; lidiaron contra el poder de Fernando V el capitan Goñi y el príncipe de Viana Juan de Labrit, siendo vencidos; sucumbió ante el valor de Mina el ejército frances; duermen el sueño de la muerte reinas, príncipes y prelados, y ha vivido, por último, durante cuatro dias, Alfonso XII.

Espesa muralla circunvalaba á Tafalla en otro tiempo, y Cisneros la demolió; sólidas fortificaciones la protegieron posteriormente, y las deshizo Mina; y hoy no es más que una poblacion abierta, defendida débilmente por algunos puntos y amparada por dos castillos alzados por nuestros ingenieros militares, y denominados: el uno, de Santa Lucía, y el otro, de San José.

Elévase el primero en la cúspide de la colina á cuya falda la ciudad se asienta, y constà de cuatro baterías con cañonera, guarneciéndole 150 hombres; y el segundo, de muchas ménos proporciones, defiende la estacion del ferro-carril, carece de baterías y forman su guarnicion escaso número de soldados.

V.

Una numerosa concurrencia esperaba al Rey; su marcha fué un triunfo; versos, flores y palomas

arrojáronse al paso del régio Alfonso, y vítores y aclamaciones le saludaron. Llegó el Monarca á la plaza de la ciudad, cruzó por debajo de elegante bóveda formada con guirnaldas de mirto y rosas, y se apeó en las Casas Consistoriales, cuyo lujoso militar decorado era admirable. Rica alfombra cubria la escalera; tambores, fusiles, bayonetas, granadas, cañones y morteros, colocados con artística simetría, engalanaban el vestíbulo; y caprichosísima araña, formada de baquetas, bayonetas y tapones de fusil pendia del techo, grabándose su sombra en el nacimiento de la escalera.

Alegre y satisfecho llegó el Rey á sus habitaciones, donde fué sorprendido agradablemente, como amante hijo, con el retrato de su augusta Madre que pendia de las paredes y recibió en el acto á todas las autoridades y á comisiones del clero y de las fuerzas que guarnecian la ciudad, oyendo de labios de todos frases de sincero afecto y de adhesion ferviente, á las que contestó con su benevolencia acostumbrada.

Terminada la recepcion dirigióse S. M. á la iglesia de Santa María, donde se entonó un solemne *Te Deum*. Reedificada esta iglesia, cuyo primitivo orígen no es conocido, por el obispo D. Pedro Roda, en 1084, consta de una soberbia nave, con un crucero y seis capillas, llamando extraordinaria-

mente la atencion el magnífico retablo mandado construir por Felipe II, segun la general creencia, y que consta de más de veinte tableros representando episodios de la santa vida de Jesus y de María. En medio del retablo se destaca un Cristo triunfante con la cruz, y en la parte más elevada la Ascension, apareciendo al final la Crucifixion y várias bellas estatuas, todo de relieve.

El antiguo tabernáculo, de dos cuerpos, dórico y jónico, con cúpula de figura octógona y con bajos relieves, representando uno de ellos al Señor exprimiéndose la llaga del costado, subsiste todavía; y es, como se ve por esta pálida sucinta reseña, digna de admiracion y exámen la iglesia de Santa María.

A la vuelta del santo templo presentáronse á S. M. dos oficiales carlistas, jefe de estado mayor de la division riojana el uno, y comandante del 5.º batallon navarro el otro, á los cuales acogió afable concediéndoles en el acto, no sólo el indulto, si que tambien los empleos que disfrutaban en el ejército al partir y la antigüedad que entónces tenian. Estos oficiales, pertenecientes el uno al arma de caballería y á la de infantería el otro, abandonaron las filas el año 1872, y cuando tuvieron noticia de la proclamacion del Rey legítimo se presentaron

en San Sebastian á los valientes y entendidos generales Loma y Blanco, quienes los mandaron á presencia de S. M.

VI.

A la mañana siguiente visitó S. M. los fuertes de Santa Lucía y San José, ya mencionados, quedando altamente satisfecho de la fortificacion, almacenes y dotacion, y viendo desde el primero de dichos fuertes una gran parte de las formidables defensas construidas por el enemigo en el Carrascal.

Cuando regresó de esta visita celebróse nuevo consejo de generales, para tratar por última vez de las operaciones que iban á dar principio al dia siguiente, y terminado el consejo recibió un telégrama del presidente del Consejo de Ministros participándole el reconocimiento de la Rusia, que habíase apresurado á dar público y terminante mentís á los que la juzgaban más ó ménos inclinada en favor de la causa carlista que tiene la fortuna de no hallar simpatías ni en España ni en el resto del mundo, y que, sin embargo, lucha despiadada y tenaz, segura hasta la evidencia de que no ha

de conseguir el triunfo que tanto ansía, porque no puede la raza humana resucitar cadáveres, matar civilizaciones, hundir progresos, cambiar la faz de un país y dejarle que, aislado y solo, viva á su modo y manera como esos hidalgüelos de aldea que, envueltos en recuerdos del pasado y enterrados en su modesto vetusto albergue, dejan que el mundo camine con rapidez vertiginosa hácia el adelanto y la civilizacion posibles, miéntras ellos, partidarios del *statu quo*, viven á su modo y manera rumiando siglos y costumbres muertos ya sin importárseles un ardite la raza humana.

VII.

El dia 30 visitó S. M. los hospitales establecidos en las casas del Conde de Guendulain y de Arribas, y en los almacenes del ferro-carril, quedando altamente satisfecho del estado de los benéficos establecimientos, dirigiendo á enfermos y heridos palabras de consuelo y dándoles espléndidas limosnas. En Tafalla la caridad ha hecho prodigios: habitaciones desmanteladas, de detestables condiciones higiénicas, vense convertidas en salas cómodas y perfectamente decoradas, propias para el santo y triste objeto á que por desgracia se les

dedica, y una sociedad de distinguidas señoras y señoritas, apellidada *La Humanitaria*, trabaja con cristiano celo, sin escasear sacrificios, supliendo á la falta de recursos con que á veces se ve la sobra de abnegacion que atesora.

Es verdaderamente conmovedor y admirable el espectáculo que en estos calamitosos tiempos está dando al mundo la mujer española! En Madrid y en provincias, en ciudades y en aldeas, la noble dama y la humilde mujer del pueblo, unidas por el estrecho sacratísimo lazo de la caridad, trabajan incesantemente para aliviar la suerte del desgraciado que cae herido en esta infame fatricida lucha. Donde se exhala un suspiro, se lanza un ¡ay! ó se derrama una lágrima, allí está la mujer española, ángel de consuelo que gira alrededor del paciente, con la sonrisa de la bondad en los labios, con el amor de la caridad en el pecho y en los ojos. Donde el hambre, la muerte y la amargura quiere sentar su solio aparece ella radiante, sublime, rodeada su frente de brillante aureola, y ante su vista se detienen con vergüenza y terror la muerte, el hambre y la pena, porque ella es el íris de purísimos colores que marca en el cielo de los desgraciados el término de los pesares.

¡Ah! tú, mujer, que comprendes lo elevado de tu mision en la tierra; tú, que despreciando las

mundanas pompas, gastas en socorrer al desvalido lo que habias de gastar en sedas y en encajes; tú, la que pasas las noches en vela al lado de los que sufren pidiendo al Dios de las misericordias alivio para el desgraciado y perdon para la patria; tú, la que recorres las salas de los hospitales con la medicina en las manos y la esperanza en los labios... ¡Bendita seas, cómo te admiro! ¡Qué bella apareces entónces vestida modestamente! Nunca brillan tus encantos con mayor fuérza; tu belleza es entónces tan santa, tan casta, tan pura, que pareces trasunto de ángel más que terrenal criatura. Tú no sabes la diferencia, la inmensa diferencia que existe entre la belleza que brilla en tu frente cuando á la luz de cien bujías, cubierta de brillantes y de galas, pisas alfombras al compás bullicioso de los bailes: y la que ilumina tu rostro en esas horas en que dulcemente inclinada ante el pobre herido, le animas y le fortaleces... La primera es terrenal, y como terrenal, de lodo... La segunda, celestial, sublime. ¡Quién al verte no te respeta, no te admira! No hay hombre de conciencia honrada que contemplándote no piense en su madre, no vea á su madre, y cuando la mujer hace pensar en la madre, el sér más puro de todos los seres, la mujer está santificada, la mujer lleva en su espíritu el espíritu de Dios!

VIII.

Terminada la visita de hospitales, dirigióse el Rey á su alojamiento, donde se celebró un corto consejo de generales, adoptándose las últimas disposiciones á fin de realizar el plan que aquella misma noche comenzaba á poner en práctica el primer cuerpo, dirigido y mandado por el valiente y entendido general Moriones.

Para que el primer cuerpo marchára por la carretera de Sangüesa á Lumbier, sin ser molestado por el enemigo, era preciso apoderarse de las trincheras que éste tenía construidas en los altos de Lerga enfilando la carretera, y á conseguir esto destinóse al señor general La Portilla, cuya reputacion militar y cuyas altas dotes militares son conocidas de todo el ejército.

La noche era lóbrega, lluviosa, fria, y silbaba huracanado el viento, cuando el general La Portilla formó sus tropas y se encaminó á Lerga con las debidas precauciones. Antes que rompiera el dia la division cayó sobre las trincheras enemigas, llenando de asombro á unas cuantas compañías car-

listas que habia en ellas, y que como no esperaban aquel nocturno ataque abandonaron precipitadamente tan ventajosísimas posiciones, perfectamente fortificadas con el único objeto de impedir el paso de la carretera.

Aquel mismo dia el general Moriones, con diez batallones de su cuerpo de ejército, el regimiento caballeria de Lusitania, diez piezas Plasencia y el parque móvil, pernoctó en San Martin de Unx, en donde tuvo noticias de que el cabecilla Pérula, con algunos batallones, estaba dispuesto á impedirle el paso, y la mañana del 31, dueño ya La Portilla de las trincheras de la izquierda de la carretera, y el comandante Mendía, con cuatro compañías de la brigada Mariné, de las de la derecha, emprendió el camino en direccion á Eslaba, adonde llegó sin que se le hiciera resistencia, aunque con algun retraso, por lo accidentado del terreno que habia de recorrer, sembrado de desfiladeros y de cortaduras hechas por el enemigo.

Con el fin de proteger tambien la marcha del general Moriones, la division Fajardo, mandada por el general Primo de Rivera, salió á las siete y media de la mañana de Tafalla, y encaminándose por la izquierda de la carretera de Sangüesa, tomó posesion de las últimas alturas que, descendiendo de la sierra de Orba van á parar á la derecha de la

carretera de Pamplona, frente al Pueyo, y dominan á Sansoain, Oloriz y Barasoain.

A las nueve S. M., despues de oir misa, montó á caballo en la puerta del templo, y precedido por el general en jefe y acompañado por el Ministro de la Guerra y por toda la régia comitiva, salió en busca de la division Fajardo, á la que alcanzó á las once, subiendo á pié, por no permitirlo de otro modo lo accidentado del terreno, á la altura donde estaban los batallones con sus guerrillas avanzadas y formados en columna cerrada. Era esta altura una de las últimas derivaciones del monte Orba, y desde ella se descubria en anfiteatro; por la derecha, las montañas de Orba é Higa, de Monreal; al frente, la peña de Unzué y la sierra de Alaix, y á la izquierda, en direccion de N. á S., la sierra del Perdon en primer término, y mucho más lejana la de Andía, apareciendo despues el monte Esquinza, y por último, Monte-Muro y Monte-Jurra, entre los cuales se halla Estella.

Salvada la dificultad del paso, dueño la Portilla de las fortificaciones de Lerga y caminando Moriones en direccion de Monreal, la mision de las fuerzas del segundo cuerpo habia terminado, por lo que S. M. regresó á las tres á Tafalla, y á las cinco ménos cinco minutos lo hizo La Portilla,

oyendo este general de labios del Rey frases de merecido elogio por el tino, rapidez y acierto con que habia llevado á cabo una operacion de indisputable verdadera importancia.

CAPTÍULO VI.

OPERACIONES DEL EJÉRCITO.

I.

El dia 1.º de Febrero era el designado para que el segundo cuerpo comenzase á desempeñar su importantísimo cometido, y desde las primeras horas de la mañana empezaron á salir tropas, emprendiendo S. M. la marcha á la una de la tarde entre los entusiastas vivas del pueblo y del ejército.

A las afueras de la ciudad detuvo el Monarca su caballo para dejar libre el paso á la brigada Acellana y colocado en una pequeña eminencia, á la derecha de la carretera, presenció el desfile de aquellos bravos, llenándole de satisfaccion y orgullo el brillantísimo estado de la brigada. Verdaderamente era inconcebible lo que veia. Los batallones desfilaron por delante de la Real Persona con tal marcialidad, con tal órden, que no era posible

adivinar que aquellos hombres contaban mucho tiempo de esa ruda campaña que se lleva á cabo en el Norte, donde lo accidentado del terreno y las condiciones especiales de la pelea hacen penosísimo é insoportable el trabajo.

Más que soldados curtidos en la guerra, parecian salidos en aquel momento de cómodos cuarteles, donde vivian la descansada vida de guarnicion, y así caminaban alegres á un combate que se esperaba fuese rudo y sangriento.

Continuó S. M. la marcha; pasó por las inmediaciones de Larraga, siendo vitoreado con gran entusiasmo por la division La Portilla, y unos tres kilómetros ántes de llegar á Artajona, ocupada, como hemos dicho, por Despujol, oyóse vivo fuego de cañon y de fusil al otro lado de la villa. En aquel momento el teniente coronel Salcedo, que se habia adelantado para llenar su cometido de aposentador del cuartel real, llegó al galope á participar á S. M. que se habia trabado un combate entre las fuerzas de Despujol y el enemigo, y pocos instantes despues el Sr. Oñate, que ya estaba cerca de Artajona, mandó un ordenanza con igual noticia.

II.

Artajona está á la entrada del Carrascal; el Carrascal era el centro de resistencia del enemigo, y la lucha no se sabía la importancia que podia tener; pero á pesar de todo el Rey puso su caballo al galope y se dirigió á la villa, cesando el fuego cuando ya estaba dentro de ella.

Lo ocurrido no tenía verdadera importancia. Una de las misiones del general en jefe del tercer cuerpo era llamar la atencion del enemigo haciéndole creer que el verdadero poderoso ataque se iba á dar por el centro de su línea; y para esto Despujol, que practicaba contínuos alardes de fuerzas, salió el 27 á efectuar un reconocimiento, retirándose sin que le molestasen; pero aquel dia al repetir igual movimiento avanzando bastante más, al replegarse á Artajona, cuatro batallones carlistas, abandonando sus trincheras, comenzaron á atacar á las guerrillas que protegian la retirada.

Nuestras tropas no podian ni debian aceptar el reto, porque esto hubiera comprometido el plan general y las hubiera hecho apartarse de las instrucciones terminantísimas que tenian, por lo que

Despujol se contentó con hacer algunos disparos de cañon y reforzar las guerrillas, continuando en órden perfecto la retirada, causándonos el enemigo, que se mantenia à cierta distancia, las bajas de un sargento muerto en las mismas puertas de la villa cuando presenciaba la escaramuza, en que no estaba llamado á tomar parte, y un capitan y cinco soldados heridos leves. Las pérdidas del contrario fueron mucho mayores, toda vez que se le vió recoger cuatro muertos ; y cuando nuestros soldados penetraron en la villa, se retiró á sus trincheras.

III.

Aquella noche durmió S. M. en Artajona, á tiro de fusil de las trincheras enemigas y de vez en cuando el estampido de un tiro y el silbar de una bala venian á turbar, con el acompasado «¡quién vive!» de los centinelas, el silencio absoluto que reinaba. A la mañana siguiente, á las tres de ella, y con una temperatura sumamente fria, abandonó el Rey la villa, dirigiéndose á Oteiza para unirse al segundo cuerpo, con el que habia resuelto marchar durante las operaciones.

Tenía mucho de extraño é imponente á un tiempo el paso por la carretera de D. Alfonso y de su comitiva. Aun era de noche; luces encendidas aquí y acullá dejaban divisar confusamente á los caballos que aguardaban en las afueras de la villa á la Régia Persona, y al emprender la marcha veíanse por ambos lados del camino soldados de caballería é infantería como escuchas y flanqueadores. Un frio glacial haciase sentir; soplaba el viento y era la marcha incómoda y penosa; pero D. Alfonso, despreciando las inclemencias del tiempo, seguia por la carretera, descubriendo bien pronto, á la incierta luz del crepúsculo matutino, á las tropas del segundo cuerpo vivaqueando á las inmediaciones del rio y casi á los piés de Larraga. La tienda del general en jefe, los capotes de los soldados y las crines de los caballos, matizados de escarcha; las hogueras encendidas en diversos puntos y los carros, colocados en esta y en aquella direccion, formaban ese conjunto extraño, singular, pero de indisputable belleza, que tienen los campamentos.

Al aparecer el Rey, las tropas, formadas ya para emprender la marcha, presentaron las armas y le saludaron con vivas entusiastas; descubriendo don Alfonso al proseguir la marcha el puente que, cortado por el enemigo, estaban recomponiendo los ingenieros, puente que retrasó bastante la marcha

del segundo cuerpo, y le hizo en un principio encaminarse á desempeñar el arduo y difícil cometido que le fué confiado, sin el auxilio poderoso de la artillería.

IV.

Comenzaba á aparecer el sol cuando S. M. llegó á Larraga, patria del cabecilla Mendiri, situada en la falda de una colina y dominada por un fuerte perfectamente construido.

Es Larraga un pueblo pequeño, de calles estrechas, pendientes y tortuosas y de casas que acusan la antigüedad y el orígen de esa que se cree sea la antigua Tarraga de Tolomeo, citada por Plinio como confederada de los romanos y del convento jurídico de Zaragoza, y por Hordimiro como antiguo municipio. Aquella villa, teatro de luchas y de contiendas en la guerra civil pasada, presenció un acto de verdadero é inconcebible arrojo de Zaratiegui Encargado este cabecilla del mando de las fuerzas rebeldes de navarros por enfermedad de García, resuelve apoderarse de Larraga, defendida por dos fuertes, el uno llamado de la Corona, co-

locado en la colina que domina á la villa, y el otro protegiendo el puente sobre el Arga. Para llevar á cabo este pensamiento audaz se dirige con un batallon á Andioa, distante tres cuartos de legua de la villa; escoge allí cuarenta hombres, vecinos de Larraga, y les revela su pensamiento. Bravos eran los elegidos; pero el asombro les embarga y juzgan imposible la empresa; mas Zaratiegui les anima con sus palabras; y ellos, mandados por un alférez llamado Goñi, se dirigen al fuerte y le toman por asalto, haciendo prisionera á la guarnicion; pero como Iribarren estaba cerca, la posicion era insostenible y lo abandonaron bien pronto.

Larraga, como la mayor parte de los pueblos de Navarra, ha dado forzosa ó voluntariamente su contingente á la faccion, así que allí comenzó á notarse la falta de hombres, que se notó despues en todas partes; pero las mujeres recibieron al Rey con vivas y aplausos, pidiendo al cielo la conclusion de la guerra, deseo natural y justo en las que se ven hace tiempo privadas de sus padres, de sus hijos y de sus esposos y viven solas sufriendo muchas veces amargas privaciones y temiendo que la noticia de una muerte trágica las suma en mayor pena y en abandono mayor. La mujer navarra, salvo lamentables excepciones, conoce ya que la lucha no le ha de proporcionar más que lágrimas

y sinsabores, y anhela la paz, por lo que saludaba á D. Alfonso con alegría, abriendo sus ojos enrojecidos por el llanto á la luz de la esperanza.

V.

Apeóse el Rey del caballo que montaba y se dirigió á oir misa á una casa particular, habilitada al efecto por haber tenido que fortificar y dedicar á almacen de víveres y municiones la santa iglesia, impulsados los generales españolès á este doloroso extremo por las imperiosísimas necesidades del momento.

Terminado el santo sacrificio, se encaminó el Monarca al fuerte, examinándole detenidamente y dirigiendo su anteojo de campaña al monte Esquinza, que se divisaba á lo léjos. En la ermita de San Cristóbal veíase confusamente una masa de tropas que se creyeron enemigos porque no se habia oido fuego, y estando el monte cubierto de trincheras y siendo inmensamente difícil la subida, no podia creerse ni presumirse siquiera lo que era un hecho; que nuestros soldados estaban posesionados ya de aquellas importantísimas posiciones.

A pesar de no tener noticia de este suceso, el Rey montó á caballo y se dirigió á Oteiza, que era tambien del enemigo; pero poco ántes de llegar á la villa vió que las tropas eran, no sólo dueñas de ella, si que tambien de monte Esquinza y de la ermita de San Cristóbal.

¿Cómo habia ocurrido esto sin que se oyera fuego, sin que precediese una lucha sangrienta y tenaz? ¿Cómo se habian conquistado aquellos dos puntos importantísimos, cuando era generalizada creencia el dia anterior que se sostendria una ruda batalla por espacio de muchas horas y se subiria á la cúspide del monte y á la plaza del pueblo regando de sangre el camino? Merced al acierto, á la pericia, á la actividad del general en jefe Sr. La Serna, del general comandante del segundo cuerpo Sr. Primo de Rivera, de los generales de division y de los jefes de las brigadas, secundados todos por valientes jefes, oficiales y soldados.

VI.

El dia anterior dijo el general Primo de Rivera á las fuerzas de su mando: «Necesito quinientos

hombres con sus jefes y oficiales respectivos, voluntarios todos, para llevar á cabo una peligrosa operacion», y en el acto se reunieron muchos más del número pedido. ¿De qué se trataba? Ni lo sabian ni les importaba saberlo. Jamas ha preguntado el soldado español adónde va cuando se le llama al peligro, y nuestros bravos de hoy son descendientes de aquellos que á las puertas de Amiens se ofrecieron como un solo hombre á Portocarrero que pedia cuarenta hombres de valor para una empresa arriesgada.

Formóse el batallon, otorgóse la altísima honra de mandarle al brigadier Pino, justo premio á su bravura y á sus altas dotes, y se encaminaron al monte Esquinza, ántes de romper el dia, en esta forma: desplegóse por el brigadier en guerrilla una parte de su fuerza, flanqueóse con el resto el lado izquierdo del monte, y se avanzó hácia la cúspide, apoyados por la brigada de cazadores que mandaba en propiedad dicho brigadier y que caminaba por escalones, y por la brigada Acellana, llevando el mando de todas estas fuerzas el general La Portilla, miéntras la division Fajardo flanqueaba algo despues las alturas de la misma izquierda. Engañado el enemigo por la presencia del Rey en Artajona la noche anterior y por los alardes de fuerza que con arreglo á las instrucciones recibidas habia

hecho hácia aquel lado el general Despujol, creyó que el ataque serio, formal y rudo iba á darse por el Carrascal, centro de su línea de defensa, y no por sus alas, y de aquí que tuviese un tanto descuidada la ermita que en nuestro poder podia ser y es hoy un enemigo terrible de Estella.

Algunas compañías carlistas custodiaban la ermita, é Iturmendi, con las fuerzas de su mando, estaba tranquilo en Lorca, á los piés del monte, bien ajeno de que le molestasen nuestros soldados. Con rapidez, con decision, con bravura, avanzó la columna de ataque; presas de indecible sorpresa, la vieron aparecer los contrarios, y haciendo una descarga que no nos causó baja alguna, huyeron á Lorca, de donde salió precipitadamente Iturmendi dejando á nuestros valientes soldados dueños del terreno. Comenzaba á brillar la luz del dia, cuando se elevó sobre la cúspide del Esquinza la llama de una hoguera para anunciar al general Despujol el triunfo conseguido de un modo tan honroso para generales, jefes, oficiales y soldados.

Es preciso conocer el monte para apreciar en todo su valor la importancia del movimiento llevado á cabo por el segundo cuerpo. El Esquinza, cubierto de elevados y espesos pinos, se alza á la derecha de la carretera de Estella á Puente la Reina. Toda la falda del monte estaba cubierta de trinche-

ras que cruzaban sus fuegos entre sí: la subida es penosa, rápida la pendiente y elevada la cúspide, sobre que descansa la ermita, desde la cual se dominan la carretera y el nacimiento de la montaña, bastando unas cuantas compañías para hacer que retrocedan cuatro ó cinco batallones. Un batallon, apoderado del Esquinza, situado en sus diversas múltiples trincheras y dispuesto á defenderse, cierra el paso, no ya á una division, sino á un cuerpo de ejército, y el general que á sangre y fuego llegue á la altura se ha de haber dejado á su espalda algunos miles de hombres tendidos en tierra. Si las compañías alavesas no se sobrecogen al verse sorprendidas é intentan la defensa, la division Portilla hubiera subido; porque el valor es superior á todo, pero hubiera subido con grandes pérdidas. Esto creemos nosotros; generales muy bravos y muy ilustrados han consignado en algunas cartas otra opinion distinta: han afirmado que no habrian podido subir sin llevar mayor número de fuerzas. Y sin embargo, llegaron sin disparar un tiro, sin perder un hombre, sin derramar una gota de sangre, abriendo plaza á los cañones que hoy mandan sus granadas á la *sagrada* Estella. Está fuera de toda duda que el movimiento fué importantísimo y la gloria alcanzada por los generales y los soldados inmensa, pero tambien es indudable que no se ha

estimado el hecho en su verdadero valor, porque generalmente se aprecia en este país la importancia de las empresas militares en razon de la sangre que se derrama. ¿Se han perdido quinientos hombres al apoderarse de un monte escueto que se eleva por un capricho de la naturaleza en medio de otros montes y que bajo ningun aspecto es importante porque su posicion no responde á ningúna necesidad? El hecho es grande y las trompetas de la fama atruenan el aire con sus acentos. ¿Se conquista sin disparar un tiro una posicion importantísima, de absoluta necesidad para llegar á la realizacion de planes en que va envuelta la suerte de un ejército entero? La cosa no vale la pena de mencionarse. ¡Cuántas veces viendo el modo de juzgar *à posteriori* muchos sucesos nos acordamos de la anécdota de Colon!

VII.

La rotura del puente sobre el Arga imposibilitó mucho la marcha de las fuerzas, como ya hemos dicho, y por eso la division Tassara, que tenía el encargo de apoderarse de Oteiza, no llegó á dicho punto hasta las doce y media del dia, pero á las

once y media el general La Serna, no pudiendo contenerse más tiempo, se dirige á la villa, guarnecida con caballería carlista, á la cabeza de su escolta, y entra en ella haciendo huir al enemigo, que se contentó con desplegar una guerrilla en un olivar á 200 metros del pueblo, alejándose precipitadamente al ver en el Esquinza al general Primo de Rivera.

A las dos penetró S. M. en Oteiza completamente abandonado por sus moradores, y breves momentos permaneció allí, continuando la marcha para el Esquinza, seguido de fuerzas de la division y del General en Jefe.

En el momento de abandonar el pueblo, vióse de una trinchera, abierta en la falda de una colina, á tiro de fusil de la villa, salir á los carlistas que la guarnecian, desapareciendo por el lado opuesto, que es donde está situada Villatuerta, quedando únicamente en observacion de los movimientos de nuestro ejército dos ó tres parejas de caballería.

Miéntras el Monarca se encaminaba al monte, artillería carlista desfilaba por la carretera de Puente á Estella, y al llegar á la altura de Arandigoyen, descubriendo á D. Alfonso que, puesto á la cabeza de su comitiva presenciaba los movimientos del enemigo, desde la meseta de un pequeño

cerro, comenzó á hacer disparos sobre la Real Persona. Al tercer cañonazo todos oimos clara y distintamente el silbar de la granada que pasó por encima de nuestras cabezas, y al ver la tropa que el Rey, alegre y sonriente, soportaba impávido el fuego de los cañones, grandes aplausos y entusiastas vivas retumbaron.

Ocho ó diez granadas dirigió el enemigo al lugar en que D. Alfonso estaba, sin que éste, á pesar de las respetuosas observaciones que se le hicieron, se separase de aquel punto, y al llegar á tal número de disparos, los cañones enmudecieron, el enemigo continuó su marcha hácia Villatuerta, y el Rey, torciendo la rienda á su caballo, tomó al trote la direccion del Esquinza, internándose en el bosque solo completamente, puesto que marchaba siempre ocho ó diez cuerpos de caballo delante de su comitiva.

La division Acellana, que vivaqueaba allí, quedóse muda de asombro al ver aparecer al Rey, que se hallaba en aquel momento en medio del ejército carlista dueño de Mañeru, Cirauqui, Allox, Murillo, Arandigoyen y Villatuerta, pueblos situados alrededor de la ermita de San Cristóbal, y á distancia de tiro de cañon el más lejano, y comenzaba á anochecer, cuando entre los ardientes vivas de la tropa se apeaba S. M. á la puerta de la er-

mita, presentándosele poco tiempo despues el general La Portilla, jefe de la division que habia tomado el monte y que entónces le guarnecia.

VIII.

Instalado el Rey, el Ministro de la Guerra con sus ayudantes y oficiales de secretaría dirigióse á recorrer el monte y á colocar en posiciones avanzadas sobre Villatuerta, al batallon cazadores de la Habana, perteneciente á la brigada Moltó. Apercibido el contrario de la marcha del general, comenzó á hacer fuego con sus cañones, tratando inútilmente de impedir la colocacion de los cazadores, pero poniendo las granadas tan cerca de ellos, del señor Jovellar y de los que le seguian, que el Ministro á su regreso presentó á D. Alfonso un casco de una que reventó á su lado, saliendo todos milagrosamente ilesos.

Aquella noche, una de las que hemos visto al Rey más expuesto y más alegre, convidó á cenar á los jefes y oficiales de las brigadas, pronunciándose entusiastas bríndis, y concluida la cena, D. Alfonso se retiró á su extraño alojamiento,

consistente en un destrozado cuarto de la derruida torre, miéntras los de la comitiva, rebozados en nuestros capotes, tomábamos posesion de la sacristía y de la nave de la ermita.

IX.

Comenzaba á despuntar el alba cuando se oyó fuego de fusilería á muy corta distancía, y el Rey, que se habia levantado ya, salió á la placeta para enterarse de lo que ocurria, desoyendo las observaciones y hasta los ruegos. «¿Qué pasa?» dijo al comandante del regimiento de Castilla, señor Torrijos. «Fuerzas salidas de Cirauqui, contestó el citado jefe, nos atacan; voy con el permiso de Vuestra Majestad á reforzar aquellas trincheras con dos compañías», y al pronunciar estas palabras cayó herido á los mismos piés de D. Alfonso, quien, acudiendo á él con solícito afan, le dijo: «Animo, señor teniente coronel», otorgándole en el acto tal empleo. «Gracias, Señor», murmuró el comandante con voz desfallecida, y su frase fué ahogada por un penetrante grito de dolor lanzado á nuestra espalda. Un desgraciado músico caia atravesado por un balazo. El peligro era inminente; las balas sil-

baban alrededor del Rey, al comandante y al músico siguieron cuatro ó cinco víctimas más, cayendo todos en la misma placeta, y el caballo del ayudante de S. M., general Espina, murió de un balazo en la cabeza.

Temiendo una catástrofe horrible, rodeamos todos al Monarca, suplicándole que entrase en la ermita, pero D. Alfonso, sonriendo con admirable tranquilidad, nos dijo: «No tengan ustedes cuidado por mí; que se cure en el acto á esos heridos, que se coloque en mi lecho de campaña al comandante»; y siguió presenciando el combate, cuando en ocasion en que formábamos un grupo, S. M., el coronel Moreno, su ayudante de órdenes, y el que escribe estas páginas, una bala que cayó entre el Rey y nosotros levantó una gruesa piedra, que dando en el hombro derecho del coronel le lastimó bastante. Nuevamente rogamos á S. M. que se retirase, y nuevamente se negó á hacerlo. «Un rey, nos dijo, no debe ocultarse cuando silban las balas á su alrededor», y permaneció tranquilo, impávido y hasta satisfecho en aquel punto peligrosísimo, rodeado de todos los que formábamos el elemento militar de su escolta, del capitan de estado mayor del ejército frances, Sr. Contenson, que se unió á la régia comitiva en Peralta, y de los señores Marqués de San Gregorio y Oñate, que despreciaban

tambien el inminente riesgo por amor al Soberano.

Cesó el combate; retiróse el enemigo, dejando cuatro muertos á nuestra vista; condujéronse á la ermita á los once heridos que nos causaron, y entónces esas dos eminencias de la ciencia médica, el Marqués de San Gregorio y el doctor Camison, ayudados por los médicos de la brigada y por el personal sanitario, comenzaron á desempeñar su difícil y santo cometido, en presencia del Monarca, que dirigia á los heridos palabras de consuelo, al par que les otorgaba recompensas. Entre éstos cinco eran gravísimos, pero la ciencia lo dominó todo. ¡Honor inmenso para los distinguidísimos profesores: de los once heridos ninguno ha muerto!

X.

A las dos S. M. se dirigió al cerro de Muniain, una de las derivaciones del Esquinza, para observar desde allí los movimientos del enemigo, que sorprendido ante el combinado ataque de los tres cuerpos, tuvo que abandonar sus formidables trincheras del Carrascal, sierras de Alaiz y del

Perdon, y huyendo de los generales Moriones y Despujol, pasaba á cada instante y á la vista del Rey con direccion á Estella en columnas de batallones.

Desde Muniain se descubre completamente todo el actual campo carlista; vense Santa Bárbara y los montes de Guirgillano, Mañeru, Cirauqui, Allox, Murillo, Abarzuza, Arandigoyen, Villatuerta, Monte Muro, Estella y toda la falda del monte Jurra, y distinguíanse entónces perfectamente los batallones enemigos, que con un silencio sepulcral desfilaban, apareciendo á poco Cirauqui, Allox, Murillo, Arandigoyen y Villatuerta llenos de tropas, miéntras por la carretera de Estella á Puente la Reina, y á las inmediaciones de estas dos últimas villas se divisaba alguna caballería, desplegándose delante de la alameda inmediata á Villatuerta una guerrilla de dicha arma, sobre la que se hicieron desde Muniain varios disparos de cañon, que debieron causarla bajas, porque algunas granadas reventaron al lado de ella; pero que no la obligaron á abandonar el camino.

Hora y media permaneció S. M. en el cerro, y á las tres y media descendió de él tomando á campo atraviesa el camino de Oteiza, sin más escolta que el escuadron de húsares y la compañía del regimiento del Rey.

XI.

Comenzaba á anochecer cuando se oyó nutrido fuego de fusil en el cerro de Muniain; la division Tassara, que se hallaba en Oteiza, redobló sus precauciones, y nosotros salimos al camino llevados por natural curiosidad. El fuego era nutrido; brillaban como fosforescentes relámpagos los fogonazos de las descargas, y todo el monte se veia envuelto por corona fatídica de fuego, percibiéndose confuso y lejano ese rumor siniestro de los combates. Cesó el fuego durante un cuarto de hora; —será un alarde de guerrillas,—dijimos abandonando nuestro punto de observacion, cuando volvieron á brillar aquellos relámpagos sombríos que se agitaban incesantemente como los fuegos fatuos en los cementerios, y retumbó de nuevo con más fuerza, con más intensidad la voz de los fusiles. La oscuridad era densa; la calma de la naturaleza, perfecta; el azul del cielo, sombrío, opaco, triste. Ni uno de esos murmullos de la noche que revelan la existencia del mundo, se percibia; el silencio era interrumpido únicamente por las des-

cargas. Parecia que el corazon del mundo habia cesado de latir; que la naturaleza, muda, petrificada de asombro, contemplaba algo de tan horrible monstruosidad, que la hacía permanecer inerte y contenido el poderoso aliento.

De pronto apareció por el lado del camino un grupo informe: «¡quién vive!», gritó un centinela. «Heridos de Cáceres», contestó una voz, y avanzó el grupo, y oimos el lastimero ¡ay! de un desgraciado. Sintióse á poco el galopar de un caballo; un jinete envuelto entre las sombras avanzaba, «¿qué ocurre? preguntamos.—Lácar en poder de los carlistas, Lorca y el monte Esquinza atacado por ellos», nos respondió, al par que nuevos grupos conduciendo heridos llegaban á la villa. Entre éstos venía uno compuesto de cuatro soldados de Cáceres. «¿Qué pasa», preguntamos por segunda vez, y un soldado jóven, casi niño, con el rostro ennegrecido por la pólvora, con los ojos chispeantes de ira nos dijo: «Los miserables nos han atacado á traicion, pero no se apoderarán del reducto miéntras uno de nosotros quede con vida. Venimos por municiones.» Tendimos la mano á aquel valiente, y nos dirigimos á la casa donde estaba alojado S. M. El general en jefe dispuso, de acuerdo con el Ministro de la Guerra, al tener conocimiento de lo que ocurria, que el coronel Polavieja

acudiese con el resto de su regimiento á proteger á los del reducto atacado, quedando únicamente en Oteiza un batallon de la reserva Logroño, número 5, el batallon cazadores de la Habana, á quien habia relevado aquel dia el de Cáceres; siete baterías y algunos escuadrones, aumentándose estas fuerzas durante la noche con dos compañías de la Princesa, que conducian un convoy procedente de Lárraga.

Las noticias más alarmantes, más absurdas y más contradictorias comenzaron á correr, llegando algunas hasta los oidos del Rey, que conservó su perfecta calma. Habia indudablemente motivo de inquietud, de curiosidad y hasta de cierta alarma, pero no de temor. Las precauciones y las disposiciones precisas se habian tomado de antemano; Oteiza se hallaba á cubierto de cualquier ataque; el Esquinza se encontraba perfectamente defendido, y generales de altas y relevantes dotes estaban á la cabeza de las tropas.

XII.

Pasaban horas: á las once cesó el fuego; quedó envuelto en la oscuridad Muniain y comenzó á rei-

nar por todas partes un silencio sombrío: ¿qué había pasado? Nadie lo sabía; pero todos estábamos seguros de que la victoria era nuestra.

A la una y media oyóse muy cercana una detonacion y el silbar de la bala al hender los aires; el general Jovellar dispuso que un ayudante suyo fuese á enterarse de lo que ocurria, y poco despues un niño de diez á once años entró y dijo, agitando una pequeña carta: «¿quién es el general Laserna?» El general avanzó, tomándola de manos del niño, que estaba agitado y pálido, y la abrió el general Jovellar en medio de un profundo silencio. Estaba escrita con lápiz y decia así: «Querido D. Manuel: Un engaño ha hecho á los carlistas dueños de Lácar. Barges, herido; Fajardo, admirable en Lorca. Tomo mis posiciones para la batalla de mañana; raciones y municiones temprano. —Primo de Rivera.» Esta carta venía á despojar á las noticias anteriores de casi toda su gravedad; ¿pero sería del general? Tal duda asaltó á algunos, y el general Laserna y el brigadier Moreno del Villar, que conocian más que otros la letra del Sr. Primo de Rivera, la examinaron detenidamente, convenciéndose de que era de él.

El Ministro de la Guerra y el general en jefe fueron á poner en conocimiento de S. M. lo que ocurria, y los demas comenzamos á interrogar al

infantil mensajero. «¿De dónde vienes, le preguntamos?— De las tapias de Lorca. Nadie queria traer esta carta y yo la he traido. He atravesado todo el campo sin ver por dónde andaba; al llegar á aquí, un centinela me hizo fuego y la bala pasó junto á mi cabeza (esta fué la detonacion que oimos), por lo que he estado rodeando el pueblo hasta encontrar el medio de cumplir el encargo que me dió un señor general.» Así contestó el niño, ignorando seguramente la importancia del servicio desempeñado y la gravedad del riesgo corrido.

A las dos de la mañana, un oficial de caballería de Lusitania llegó, enviado por el general Moriones, á participar que éste habia entrado en Pamplona el dia anterior, y que aquella noche dormia en Puente la Reina; y momentos despues otro oficial de la Reina anunciaba que Despujol habia atravesado el Carrascal y se encontraba tambien en Puente la Reina.

Al amanecer del dia siguiente, 4 de Febrero, S. M. montó á caballo y se dirigió al Esquinza, en donde iba á presenciar un espectáculo de terrible grandiosidad, si se nos permite la frase... Pero ántes de proseguir relatemos lo que habia ocurrido el dia anterior.

XIII.

Estamos en la parte más ardua de nuestro trabajo, porque sujetos al fallo de un consejo de guerra los sucesos de Lácar, es imposible tratar este asunto con la libertad indispensable al historiador, puesto que no podemos prejuzgar cuestiones sometidas al exámen y á las investigaciones de la justicia: dirémos, sin embargo, lo que ocurrió, sin ser más que meros narradores de los acontecimientos principales.

Es Lácar una pequeña antigua villa que, situada al pié de las derivaciones de monte Esquinza y de Guirguillano y dominada al frente por pequeñas colinas, consta de sólo tres calles, dos á la derecha de la carretera de Estella á Abárzuza, y una formada por la carretera misma. Un ramal, partiendo de Lorca, llega á Lácar, distante de aquel punto poco más de dos kilómetros, y corta allí la citada carretera. A la izquierda de Lácar, en posicion dominante y á unos setecientos metros, se descubre la ermita de Murillo; y por el frente, distante mil quinientos metros, está Allox, hallándose á media distancia la iglesia que pertenece por

igual á los dos pueblos y que se ve dominada por Lácar, Allox y ermita de Murillo, elevándose al frente de la primera de estas dos villas una colina de más altura que las demas.

Como Lácar era uno de los puntos de que habia de apoderarse el segundo cuerpo, el general Primo de Rivera, en cumplimiento de su deber, dispuso el dia 2 que el general Fajardo se situase allí con la brigada Barges, compuesta de los regimientos de Astúrias y de Valencia, fuertes de unos 2.500 hombres, por haber dado 200 para el batallon de voluntarios, de una seccion de ingenieros y de dos escuadrones de húsares de Pavía, quedándose él como comandante general del cuerpo, al frente de la division La Portilla, en Lorca y monte Esquinza.

A las nueve de la mañana salió Fajardo de Lácar para Lorca, donde fué llamado, dejando construidas alqunas barricadas y perfectamente cubierto el servicio, y poco despues la caballería marchó tambien á Lorca de órden superior. Barges, solo ya, dispuso, puesto que en Allox no habia fuerzas nuestras, que una compañía de Astúrias fuese á colocarse en la iglesia; y todas las órdenes estaban dadas, tanto para una defensa como para una retirada, que se haria precisa en el caso de proceder al ataque de Guirguillano. Para defenderse, los soldados se encerrarian en las ca-

sas, y para retirarse dejarian cerradas éstas, quedando al efecto uno encargado de tal mision, y el cual saldria despues por las ventanas.

El regimiento de Astúrias ocupaba la parte del pueblo que mira á Allox; y como á las once se viéran descender por las laderas de Guirguillano fuerzas enemigas, Barges, que no contaba con artillería, dispuso que dos compañías de este regimiento se situasen en una altura á la derecha del pueblo y en direccion de Allox, para molestar á los contrarios, lo que probablemente no conseguiria por marchar aquéllos á demasiada distancia; y poco despues, y en reemplazo de la ausente caballería, llegaron cuatro piezas Plasencia mandadas por el comandante Castillejos y capitan Ontiveros; pero ya no se divisaba al enemigo.

La distribucion de las fuerzas en Lácar era ésta: Astúrias, donde hemos dicho; el regimiento de Valencia, en la parte del pueblo que da á Lorca; los ingenieros, en el alojamiento del general Fajardo, y la artillería en la ermita, teniendo los sirvientes de una pieza, de reten, al par que la infantería ocupaba con guardias y retenes diversos puntos.

Eran las tres y media de la tarde; la música de Valencia tocaba en la plaza chica, y Barges paseaba en una de las eras del pueblo con el capitan On-

tiveros y su ayudante el teniente coronel Margallo, cuando vió descender por las faldas de Guirguillano un grupo que al pronto parecian acémilas, pero que examinado detenidamente se vió que era una batería. Entónces dispuso el brigadier que fuese á la citada era la pieza de servicio é hiciese fuego. Poco despues divisó grandes masas de gente armada descender como una avalancha, y ordenó, por conducto de sus ayudantes, que acudiesen las otras tres piezas; que una compañía fuese á reforzar la guarnicion de la iglesia y el resto de la fuerza se encerrase en las casas aprestándose á la defensa, para lo cual se tocó atencion general y generala y despues atencion y fuego.

El teniente Molins, ayudante del brigadier, partió á dar cuenta al general Fajardo de lo que ocurria, y entre tanto las masas avanzaban en perfecta formacion, agitando pañuelos blancos y gritando que eran tropas de Moriones. La duda comenzó á germinar en la mayor parte; pero el brigadier, diciendo que más queria matar á doscientos de los nuestros, bajo la responsabilidad del jefe que no le avisaba, que caer desprevenido en poder del contrario, mandó hacer fuego. El capitan Ontiveros obedeció la órden; la granada partió silbando y fué á estallar en medio de los que avanzaban. «No tireis» gritaron éstos, continuando la marcha

sin disparar un tiro. La duda fué ya para muchos certidumbre. «Son tropas de Moriones», se gritaba por todas partes, miéntras Barges daba órdenes para que hiciesen fuego las piezas y la infantería, y que fuerza de esta arma protegiesen los cañones, amparados ya por dos compañías de Astúrias, acudiendo en virtud de aquella órden otras de Valencia.

Generalizóse el fuego en el frente de ataque: los soldados disparaban desde ventanas, puertas y tejados, y la artillería enviaba las granadas á los que iban aproximándose. El fuego se hacía con bravura; la batería estaba mandada por dos valientes; valientes eran los jefes de Valencia y Astúrias, los coroneles Delgado y Gregori; la brigada tenía una brillantísima historia; se habia cubierto de gloria en cien combates y recientemente en Irun, y su jefe era reconocido por todos como prototipo de valor, de actividad y de inteligencia; pero si el fuego se hacía con valentía, no se hacía, fuerza es confesarlo, con entusiasmo. Creian la mayor parte que estaban asesinando á sus hermanos; de aquí que reinára cierta confusion; que de la fuerza que se mandó á reforzar á la que guarnecia la iglesia llegáran sólo algunos individuos, y que no se cumplieran con la necesaria prontitud algunas disposiciones dadas por los jefes todos. Los que avan-

zaban se detuvieron un instante y trataron de evitar los efectos del fuego, pero continuaban en pertinaz silencio dirigiéndose al pueblo con un batàllon desplegado en guerrilla y los demas en columnas.

Las distancias se iban estrechando; algunos comenzaron á distinguir la boina á pesar de la media luz de la tarde, y cuando la resistencia se disponia á ser más vigorosa, oyóse el toque de alto el fuego, repetido en el acto por todas las cornetas de la brigada. El enemigo, pues enemigo era, hizo, aprovechando aquel instante, una descarga, y avanzó á la carrera. Barges y los jefes y oficiales, trataron de que continuase la pelea, pero fué inútil : un soldado de poca energía huyó, á éste le siguió otro, despues otro y despues centenares, sin que bastasen á contenerles el brigadier, los coroneles y los jefes y oficiales; aumentando el desórden la aparicion por Murillo de ocho ó nueve batallones que querian cortar la retirada.

Al apercibirse Barges de lo ocurrido, dió órden al teniente coronel de Astúrias, Morales, que murió despues, que se defendiese á todo trance con unas compañías que habian podido reunir, y se dirigió á contener á los fugitivos miéntras el teniente coronel Aguirre, con algunas fuerzas de Valencia, se encaminaba al lugar del combate. Ya era tarde, la confusion llegó á su colmo; la artillería se vió

sola y quiso retirarse, pero muerto como un héroe el teniente Navazo, muertos ó heridos 35 artilleros, 22 mulas y cuatro caballos, únicamente pudo salvarse una pieza, dos ruedas, diez cajas de municiones y dos de respetos.

El bravo brigadier volvió á la plaza, dispuesto á luchar, y cuando llegó á ella, estaba ocupada por los carlistas, pero á la aparicion de Barges se ocultaron ó retrocedieron, creyendo que le seguian soldados: iba solo; apercibidos de esto, cargaron sobre él y le rodearon, intimándole la rendicion, La espada del brigadier brilló; hirió á diestro y siniestro, y revolviendo el caballo, salió de allí atravesando grupos de carlistas con la espada rota, herido de bala en un muslo y herido de bayoneta el caballo. El coronel Gregori partió de Lácar herido tambien, despues de hacer grandes esfuerzos para organizar la defensa; el coronel Delgado abandonó la villa luchando por reunir algunos hombres, y entre tanto en ella tenian lugar escenas heroicas y horribles.

El bizarro teniente coronel Requena cae muerto al querer abrirse paso por entre los enemigos, dueños ya del pueblo, y con él mueren brillantísimos jéfes y oficiales, al mismo tiempo que en várias casas la resistencia sigue enérgica, sostenida por jefes, oficiales y hasta cabos y soldados. El cabo

de Astúrias Rodrigo se hace fuerte con once hombres; le rodean por todas partes y no se rinde; coloca en la escalera cuatro bravos que rechazan á los asaltantes, y al fin, solo, casi toda su gente muerta ó herida, oye prometer cuartel y se entrega, mas al salir á la calle, le acometen á bayonetazos, le matan los tres soldados que le acompañaban, y á él le infieren cuatro heridas, salvándole desangrado y desnudo la intervencion de un oficial.

Los tenientes coroneles agregados á Astúrias, Sres. Santos y Cerbela, se defienden tambien con algunos oficiales y soldados, capitulando al fin, y no sabemos si hubo otros ejemplos de defensa.

Hasta aquí lo heróico; veamos lo horrible.

El alférez de Astúrias, D. Miguel Franco Gonzalez, al salir con su compañía á tomar posiciones para la lucha, cae herido y queda abandonado algun tiempo. Llega un gastador de Valencia, le recoge, se encamina con él á Lácar, y al ir á penetrar en la villa, un peloton de carlistas, con un oficial á la cabeza, les cierra el paso. El prisionero es respetado siempre, el herido más, pero aquellos hombres, llenos de *religioso* y *caritativo* sentimiento, entendieron la cosa de otra manera y cerraron con él y con el gastador á cuchilladas y golpes. De un sablazo en la cabeza cayó Gonzalez y perdió el conocimiento.

El frio de la noche le despertó : miró á su alrededor, cerca de él habia un cadáver acribillado de bayonetazos; era el infeliz gastador, completamente desnudo. Apartó con horror y lástima la vista de aquel cuerpo inerte y se contempló á sí mismo : estaba desnudo tambien y tenía otras heridas más : una en el costado derecho, otra en una pierna y otra en la espalda, que con una navaja le habian cortado la camiseta interior, rasgándole la piel. La pérdida de sangre era horrible, flotaba casi sobre un rojo lago; espantosos dolores le enloquecian, y la sed y la fiebre le abrasaban..... Alzó con gran trabajo la cabeza, miró anhelante, aplicó el oido... nada... un silencio de muerte reinaba por todas partes. Dejó caer el desgraciado la frente, cerró los ojos y se dispuso á morir, cuando oyó inmediato un ligero ruido; pidió socorro y acudieron varios hombres : eran carlistas. «Amparadme, murmuró.—¿Quién eres? le preguntaron,—Un oficial de Astúrias...» Los insultos y los golpes cayeron sobre él, y ya estaba decretada su muerte, cuando llegó al galope un carlista, valiente, digno, humanitario, caballero. Era el comandante del primero de Alava, D. Segundino Rubio Bermejo, y al estampar su nombre lo hacemos con íntima satisfaccion. Apercibióse de lo que pasaba, revolvió el caballo sobre aquella manada de lobos,

defendió al herido, le alzó del suelo, le cubrió con su capote, le condujo á Lâcar, dispuso que se le hiciera la primera cura y se encaminó con él á Estella.

No habian concluido todavía los peligros para el desgraciado alférez. En la ciudad *santa*, la *santa* turba se amotinó, y como habia matado ántes á un infeliz soldado que llevaban en camilla, quiso matarle á él; pero su salvador, siempre grande, caballero siempre, contuvo á la plebe, asegurando que el herido era de su batallon, y gracias á esto pudieron conducirle á Irache, donde fué atendido con esmero; despues á Logroño, por influencias de su familia, y finalmente á la córte, donde en la actualidad se encuentra.

Hemos reseñado este triste episodio por rendir un justo tributo de alabanza y de admiracion al jefe carlista que tan bien conoce los deberes del caballero y del valiente, y para entregar su nombre al aplauso de las gentes honradas, como entregaríamos, si los supiéramos, al despresio y á la execracion de todo el mundo los de aquellos que así deshonraban la causa de la humanidad. Reciba el Sr. Rubio Bermejo la felicitacion que desde las páginas de este libro le dirige un hombre que, separado de él por un abismo, admira siempre las buenas acciones, y teniendo por norma y por re-

gla de conducta la justicia estricta, aplaude lo que debe aplaudirse y censura lo que debe censurarse, recaiga sobre quien recaiga el aplauso ó la censura.

XIV.

Como ya hemos dicho, el general Fajardo salió de Lácar á las nueve de la mañana del 3, llamado por el general Primo de Rivera, y al subir éste al Esquinza á conferenciar con el general en jefe, quedóse Fajardo en Lorca á esperar órdenes, decidiendo pernoctar en Lácar aquella noche, como participó al brigadier Barges.

En Lorca estaba la primera brigada de la division, mandada por el brigadier Viergol, y compuesta de los regimientos de Gerona y Leon, de una seccion de ingenieros, de los otros dos escuadrones de húsares de Pavía y de dos piezas, por haber marchado las otras cuatro á Lácar.

La mañana del 3, el regimiento de Leon relevó al de Gerona con fuerzas de su primer batallon, en las alturas que existen á la salida de Lorca, en direccion á Lácar, y en su lado izquierdo, y cuando Fajardo supo, por el teniente Molins, lo que

ocurria en Lácar, dispuso que reforzára con todo el primer batallon dichas alturas, quedando el segundo con el brigadier Viergol en Lorca, y marchando él con el regimiento de Gerona en direccion á Lácar, situándose alguna fuerza de este regimiento en dos alturas que hay á las afueras de Lorca y que forman una garganta, por la que se desliza el camino que une á los dos pueblos.

El coronel de Pavía, Loresecha, en cumplimiento de las órdenes recibidas, se habia dirigido á la ermita de San Cristóbal para encaminarse á Larraga; pero ordenándole el general Primo de Rivera que regresase á su puesto, tomó el descenso del monte, y al llegar á Lorca, el brigadier Viergol le dijo lo que ocurria y que cargase á los carlistas que avanzaban. Segunda vez dióse la triste noticia á Loresecha, y éste, dirigiéndose á un capitan, gritó: «Espiáu, á caballo», y montó el regimiento y salió en busca de Fajardo para ponerse á sus órdenes.

Unos trescientos metros llevaria andados el general, cuando vió aproximarse en desórden á la brigada Barges..... Los húsares quisieron contener á los fugitivos, y contuvieron á los carlistas, sufriendo aquellos bravos jinetes un mortífero fuego con valor sublime; y el general, pié á tierra, hacía heroicos esfuerzos tambien para contener, pero si

algunos se detuvieron y se pusieron á su lado, la mayor parte continuó hácia Lorca. Entre tanto, los húsares caian ante el plomo enemigo, y la situacion era crítica. Fajardo volvió la cabeza buscando tropas: estaba solo, la dispersion se generalizó, hallábanse abandonadas las alturas y el enemigo le envolvia. Llegó Barges herido y rota la espada, y se puso al lado del general, quien, viendo que arrojaba sangre en abundancia, le mandó retirar miéntras él, seguido de unos pocos, se encaminaba al pueblo, que estaba solo tambien, segun le participó el capitan de ingenieros á sus órdenes, Sr. Pando. La artillería, mandada por el teniente Santa María, 28 soldados de diversos cuerpos y 18 ingenieros, que habian podido reunirse en él, avanzaron únicamente, y Santa María hizo fuego, conteniendo un momento al enemigo, pero era preciso salvar las piezas, y Fajardo le ordenó que se retirase, lo que efectuó protegido por los soldados referidos, quienes con su heroica actitud detuvieron al enemigo; retirándose tambien por órden del general y en perfecta formacion la caballería, oyéndose entre las filas las voces de un bizarro oficial, cuyo nombre sentimos desconocer, que, puesta la mano en el pecho para contener la sangre que arrojaba por una ancha herida, queria volver á luchar para morir con gloria.

Retiradas ya las piezas, Fajardo, rodeado de unos 40 hombres entre jefes, oficiales y soldados de toda la division, encerróse en algunas casas dispuesto á defenderse con indómita bravura, y comenzó la lucha.

XV.

El comandante en jefe de aquel cuerpo de ejército, señor Primo de Rivera, que habia salido de Esquinza para estudiar detenidamente las avenidas del monte, para ponerse de acuerdo con el general en jefe respecto á lo que se decidia del ataque á Guirguillano, y para, como centro de su campo de operaciones, examinar sus posiciones y las del contrario; en ocasion en que hacía pruebas de distancia con la artillería sobre Villatuerta y Cirauqui, oyó fuego hácia Lácar. Dirigióse el general á la ermita, con el objeto de descender del monte, y allí supo lo que ocurria. Entónces, á pié, seguido de su cuartel general, baja y comienza á contener á los fugitivos, miéntras se encamina en búsca de fuerzas para proteger á Lorca. Encuentra á tres compañías de cazadores de Ciudad-Rodrigo,

pertenecientes á la division de La Portilla; las arenga; contesta la tropa con ardimiento y se dirigen al peligro precipitadamente, mandados por su bizarro teniente coronel Floran. Ya en el pueblo, Primo de Rivera encarga á Floran diga al general Fajardo que va á llevarle más refuerzos; sube al monte, donde valerosa, unida y compacta está á pié firme la division La Portilla, que contiene por todos los medios á los dispersos, y se dirige al batallon de voluntarios tambien de la division. Habla el general, contesta la tropa como contestára Ciudad-Rodrigo, y caminando decididos marchan hácia Lácar.

La oscuridad era profunda; los carlistas, que habian establecido un cordon de centinelas, dan el quién vive á los que avanzan, que continúan impávidos, y llegan á las eras que se encuentran en las tapias del pueblo, muriendo allí asesinado por los contrarios, y á dos pasos de Primo de Rivera, el guía que le acompañaba.

Los «quién vive» se repetian; hácia la parte izquierda del monte oíase fuego; Fajardo, dispuesto á defenderse, estaba en mejor situácion, porque á los primeros valientes se unieron despues ótros de las dos brigadas; luégo las tres compañías de Ciudad-Rodrigo; y el coronel de Valencia, Delgado, que reunió algunos centenares

de hombres de su regimiento, acudiendo al lugar del combate, donde permaneció toda la noche, y Primo, en vista de esto, situó sus escalones, apoyando en las tapias del pueblo al batallon de voluntarios; colocó á la derecha del monte al regimiento de Castilla; reforzó el lado izquierdo con el regimiento de la Reina, ambos de la brigada Acellana, escalonó, junto con el general La Portilla la brigada de cazadores, tomando posiciones, ya para acudir en socorro de Lorca, ya para proteger una retirada, ya para emprender una batalla si retaba el enemigo, y la division La Portilla, que tuvo no pocas bajas en aquella aciaga noche, permaneció en su puesto valerosa, uniéndosela voluntariamente algunas fuerzas de la otra division y organizando á los dispersos, de los cuales la brigada Barges fué por órden superior á reorganizarse á la ermita de San Cristóbal.

Esta es la verdad de lo ocurrido, segun nuestros autorizadísimos informes, puesto que no lo presenciamos.

¿Se adoptaron todas las disposiciones para defender á Lácar? ¿Se trasmitieron y cumplieron las órdenes dadas? ¿Por qué aquel desastre? ¿Por qué la compañía que habia de reforzar á los de la iglesia no llega entera á su destino? ¿Quién mandó tocar alto el fuego? ¿Por qué los fugitivos de

Lácar no encuentran apoyo en Lorca? ¿Por qué el enemigo se apoderó de las alturas que hay á la entrada de esta villa? ¿Por qué se retiró la brigada Viergol? Si es cierto que jefes, oficiales y soldados de las dos brigadas, no sólo cumplieron con su deber sino que se excedieron de lo que el deber les imponia, ¿es cierto tambien que algunos no cumplieran con este deber? ¿Sobre quién ó quiénes debe recaer la responsabilidad de la catástrofe? . . . .

La contestacion á estas preguntas la dará en su dia el tribunal que entiende en el asunto: á nosotros únicamente nos cumple declarar que, segun nuestro juicio, el toque de alto el fuego fué la causa de la desgracia, porque la brigada Barges tenía, como hemos consignado ya, una brillante historia y un valor probado. Y ahora que hemos escrito la última palabra sobre este triste asunto, digamos con Pelletan en su *Profesion de fe del siglo* XIX, aunque por distintos motivos y razones: «Respiro al fin», y encaminémonos adonde las voces de los fusiles estén llamando al historiador.

XVI.

Ceso la reseña de los desastres, puesto que vamos á narrar sucesos dignos de una epopeya; sucesos que llenaron de gloria á un puñado de bravos, al ejército entero y á la España liberal.

En una corta derivacion del Esquinza nace el cerro de Muniain, sobre cuya cúspide habian construido los carlistas un reducto. Mide éste unos ciento cuerenta metros de largo por ciento veinte de ancho, y estaba defendido con trincheras por tres de sus lados, encontrándose sin género alguno de defensa el lado derecho mirando á Villatuerta y la mitad del que da frente á dicha villa. El reducto, por el citado frente y por el que mira á la ermita de San Cristóbal, está mucho más elevado que los demas, teniendo en el centro una hondonada, que hace de él una superficie gaucha, y le guarnecian, el dia 3, un batallon de Cáceres, quintos todos, cuatro compañías de la Princesa, una seccion de ingenieros y una batería.

Comenzaba á anochecer cuando por la gola del fuerte vieron aproximarse algunos grupos de gente armada: «¡Quién vive! gritó un centinela.—

Dispersos de Moriones.—¡Viva Alfonso XII! le contestaron.—Pero el teniente coronel Mediavilla, que habia presenciado desde aquella altura lo de Lácar, gritó con fiero y noble arranque: «Si son nuestros, por qué huyen, y si contrarios, por qué atacan. ¡Fuego!» Cumplióse la órden; silbaron las balas, respondieron á la descarga los que subian, sonó el toque de ataque en las faldas del cerro, y dominando el fragor de la comenzada lucha, gritaron várias voces con indómita fiereza: ¡Arriba! Aquí están los guías!

Dos minutos despues los carlistas coronaban el reducto, haciendo una espantosa descarga, que no causó baja alguna á los asaltados, porque las balas fueron á estrellarse en la hondonada matando de veinte y siete balazos el caballo del teniente coronel; de diez y ocho el del comandante D. Epifanio Alday, y de otra multitud los demas caballos y las acémilas. Los valientes de Mediavilla que coronaban el lado del fuerte que mira al Esquinza, contestaron á la descarga de los asaltantes, con otra que les hizo innumerables bajas, porque destacándose ellos en el horizonte, presentaban mucho blanco á nuestros proyectiles, y despues de tan mortífero fuego, Mediavilla organizó su fuerza en dos columnas, disponiendo que la una avanzase mandada por él, y á la bayoneta, por el lado dere-

cho, y la otra, con el comandante D. Epifanio Alday, á descargas cerradas, por la izquierda, uniéndose á ésta la seccion de ingenieros, cuyo bravo capitan Hernandez pidió permiso para cargar. Encontraronse las dos fuerzas; el choque fué horrible, espantoso, titánica la lucha é indomable el valor de los combatientes.

Por el espacio que mediaba entre las dos columnas penetró un carlista; mató á dos soldados y al comandante Alday, é hirió de un bayonetazo en el cuello á Mediavilla, que cayó al suelo, y cuando ya se disponia á rematarlo, un gastador de Cáceres, que murió aquella noche, mató aquel hombre de valor y de audacia increible que tal estrago habia causado á su paso.

Alzóse del suelo derramando sangre Mediavilla y alentó á sus soldados: «Llegó la hora de morir con honra.—¡Viva Alfonso XII! gritó con voz potente.—¡Viva! contestaron aquellos bravos. «Adelante», y adelantan; y como el huracan troncha, arrebata, deshace encinas y montañas seculares, así ellos arrollaron á los que acometian, y se quedaron dueños del reducto, tinto de sangre. Un silencio de muerte reinó en el monte; pasó un cuarto de hora, y otra vez los carlistas asaltaron el fuerte, trabándose una lucha más horrible, más feroz, más aterradora que la primera. Se lidió

brazo á brazo; las descargas se hacian apoyando el fusil en el pecho de los contrarios, los ayes, las imprecaciones, los gritos de «*¡á ellos, á ellos!*» resonaban sin cesar, y una espesa niebla envolvia el campo de batalla, niebla sobre la que flotaba implacable la maldicion de Dios.

Media hora duró el combate; nadie se daba un punto de reposo; los hombres caian acribillados de heridas; se peleaba á tiros, á bayonetazos, á culatazos, de todos modos; asaltantes y asaltados, agresores y agredidos tropezaban á cada instante con cuerpos, inertes unos, revolviéndose en brazos de espantosa agonía otros, y los piés se posaban sobre cráneos deshechos, sobre pechos hundidos, sobre arroyos de sangre, y sin embargo..... ¡parece increible! en medio de aquella escena horrible, algunos infames se dedicaban al merodeo, como lo probaron el cadáver de Alday, y de algunos otros que quedaron completamente desnudos.

Quintos eran los de Cáceres; poco ménos que quintos los de la Princesa; diez y seis los ingenieros; aguerridos en la lucha los contrarios; navarros, que es lo mismo que decir valientes; guias, esto es lo más escogido del ejército carlista; pero á pesar de todo, los nuestros les vencieron y ellos dejaron en el reducto muertos á muchos de sus compañeros, y á un titulado teniente coronel, y

prisionero á otro que se denominaba oficial de Administracion Militar.

La desesperacion animaba á los soldados del Pretendiente; acaso habia algun juramento empeñado; ello es lo cierto que, lejos de desistir, comenzaron á hacer fuego por todo el rededor del fuerte, para distraer al teniente coronel Mediavilla, lo que no consiguieron, é intentaron un tercer asalto. Esta vez no lograron poner la planta en el reducto, y se retiraron á poca distancia, debiendo ser sus bajas espantosas, pues sólo en poder nuestro quedaron cerca de sesenta muertos, apiñados y confundidos con los nuestros.

En el intermedio del primero al segundo ataque el comandante Sr. Vallarino y el capitan Carabia, ayudante el primero del general Primo de Rivera y oficial á las órdenes del general La Portilla el segundo, atravesando las filas de los carlistas, salvando zanjas y trepando montes, llegaron al reducto donde se defendia heroico Mediavilla y le preguntaron de parte de sus generales respectivos si contaba con bastantes fuerzas para defenderse y para rechazar el ataque. Sensibles bajas habian sufrido los defensores de Muniain; el comandante Alday, voluntario en el asalto de La Guardia, voluntario en todas las empresas de peligro, jefe de aquel puñado de miqueletes que el año 73 se de-

fendieron contra los batallones carlistas en Begoña con indómito arrojo, aquel militar bravo y pundonoroso habia muerto; el capitan de ingenieros Hernandez estaba en tierra con tres balazos, que pocos dias despues le llevaron al sepulcro, perdiendo con la muerte de estos dos hombres el ejército dos brillantes oficiales; el país dos buenos hijos; la dinastía dos entusiastas defensores; otros bizarros oficiales se revolcaban en lagos de su misma sangre, y un respetable número de soldados se hallaban ó muertos ó heridos; pèro Mediavilla no vió nada de esto: los héroes se enardecen con la pelea, se crecen con el peligro; así que contestó á los dos ayudantes: «Con mi gente me basta (no sabía el número de los que atacaban); municiones acaso me falten, mas cuando este caso llegue, recurriré al arma blanca, y miéntras yo viva respondo del reducto.» Los oficiales partieron y despues tuvieron lugar aquellos terribles asaltos que hemos descrito pálidamente y cuyo resultado hemos visto.

Poco despues del tercero y último ataque llegó á Muniain el coronel Polavieja con el resto de su regimiento (la Princesa), y tomó, como el jefe de más graduacion, el mando del fuerte; pero los carlistas no volvieron á atacar, limitándose á permanecer cerca de la cúspide del monte toda la noche,

haciendo fuego, al que nuestros soldados no contestaron, porque no querian malgastar sus municiones.

Las pérdidas de aquel dia fueron sensibles, si bien no tan numerosas como debia esperarse. En Lácar, Lorca y faldas del Esquinza hubo unas seiscientas bajas entre muertos, heridos y extraviados, y en Muniain 20 muertos y 42 heridos, demostrando la enormidad de la cifra de los primeros, comparada con la de los segundos, lo sangriento y lo rudo del combate. Hubo hombre que murió cubierto materialmente de heridas, y al hospital de Tafalla llegó un sargento primero de Cáceres con once bayonetazos, si bien todos tan leves que ni siquiera tuvo que guardar cama. Este sargento vió llegar al borde de la parte de trinchera que defendia á un *capitan* carlista: «Entrégate», le gritó: el *capitan*, con gran arrojo, salvó la trinchera, penetró en el reducto y dijo á los suyos que le seguian: «Matad á ese *guiri*.» Arrojáronse sobre él, se trabó una lucha horrible, murieron algunos de los que le atacaban y él cayó, en fin, estenuado por la pérdida de sangre.

XVII.

Desde el general Primo de Rivera hasta el último soldado, todos aguardaban que amaneciese el dia para librar una batalla, que debia ser sangrienta. El dia amaneció: á la luz del crepúsculo matutino miraron todos y vieron que el enemigo se habia retirado, no ya del Esquinza y de las inmediaciones de Lorca, si que tambien de todos los pueblos de alrededor, distinguiéndose únicamente sobre la falda de Muniain y á las inmediaciones de Lorca algunos cadáveres que no habia podido recoger. Esta retirada prueba mejor que nada la enormidad de las pérdidas que tuvo en aquella noche, pérdidas que, segun de voz pública se decia, hicieron necesaria la disolucion de uno de los batallones que atacaron al reducto.

D. Cárlos abandonó á Puente la Reina la noche del 2, hablando de traicion y de traidores; los carlistas estaban irritados al ver ocupadas todas sus trincheras con tanta facilidad por nuestras tropas, y dícese que no faltaron *brigadieres* que obligaron á que se luchase. Se luchó: el ejército carlista del Norte es valiente, está bien organiza-

do, conoce perfectamente el país y sabe batirse; negar esto sería una locura ó una falta de buena fe. Treinta y dos batallones de tales condiciones que se retiran iracundos y avergonzados arrollan en su retirada cualquier obstáculo que encuentren, y sin embargo, no arrollaron á nadie.

Para apoderarse de Lácar, defendido por cuatro batallones incompletos, pues se habia sacado de ellos, como ya hemos dicho, fuerza para el de voluntarios que tomó el Esquinza, se reunen 22 batallones; se apela al engaño; se organizan las columnas de ataque sigilosamente; mas al llegar á Lorca, 40 hombres los detienen, y al subir á Muniain el batallon de Guías y ocho batallones más, un batallon de quintos, cuatro compañías de otro y 16 ingenieros les arrojan con indómita bravura, á pesar de la heroica decision con que atacaron, de la ira y de la desesperacion que les alentaba.

Triste fué lo de Lácar, no lo negamos, pero ¿no fué glorioso lo de Muniain? ¿Qué ventajas alcanzó sobre el segundo cuerpo el ejército carlista en peso? Ocupó durante algun tiempo un pequeño pueblo, y á las altas horas de la mañana del 4 tocó atencion general y retirada, encaminándose á Estella, con sus filas mermadas y con su línea perdida, derrotado á un tiempo por la inteligencia y por el valor.

XVIII.

Al llegar el Rey al reducto de Muniain, hoy de Cáceres, un cuadro lúgubre y grandioso al par apareció á sus ojos. Las vainas metálicas de nuestros Remington y de los Berdan contrarios, veíanse apiñadas en gruesas pilas; nuestros muertos y los muertos carlistas estaban amontonados, sin que ni uno de los de ambos campos apareciese herido por la espalda; la sangre, fresca aún, enrojecia el suelo y veíanse por todas partes tristes despojos de muerte y de matanza.

Al aparecer S. M., los soldados gritaron: «¡Viva el Rey!» y el teniente coronel Mediavilla, acercándose al Monarca, le dió cuenta con notable modestia de lo ocurrido y le presentó la espada de un titulado teniente coronel carlista, espada en cuya hoja se leia: «Dios, Patria y Rey», resaltando en la empuñadura las iniciales: «C 7», enlazadas, y á más dos chapas de cinturon, una de oficial y de soldado la otra, notables por su bien trabajado esmalte.

«Señor, dijo Mediavilla al Rey, ruego á Vuestra Majestad acepte la espada de un titulado teniente

coronel carlista, que ha muerto en el reducto como un valiente, y estas chapas que he recogido tambien.» Y S. M. aceptó con sumo agradecimiento el preciado obsequio del brillantísimo jefe, á quien elogió por su bizarra conducta, otorgándole el empleo de coronel y diciéndole que hiciese presente al batallon el placer y el orgullo con que admiraba su heroica bravura.

Acto seguido dirigióse á recorrer el reducto, y nosotros seguimos al teniente coronel, guiados por dos sentimientos: el cariño y la admiracion. Muchos de los soldados de Cáceres habian servido con nosotros en otro cuerpo; algunos habian sido de nuestra misma compañía, y bastante número de oficiales fueron tambien compañeros nuestros, lo mismo que los soldados. El teniente coronel dijo á la tropa lo que le habia dicho á él el Rey, y dió un viva á Alfonso XII, que fué contestado con entusiasmo indescriptible. «¡Vivan los valientes defensores del reducto!» gritamos nosotros, y despues comenzamos á llamar á los oficiales y soldados que conociamos; muchos acudieron, otros estaban tendidos en el reducto.

Despues de estrechar la mano de aquellos valientes, la mayor parte casi niños, nos unimos á la régia comitiva y comenzamos á examinar el glorioso campo de batalla. Los carlistas muertos ves-

tian garibaldina azul, pantalon grancé, polainas color baqueta, leopoldina blanca y alpargatas; y algunos parecian dormidos más que muertos, estando los cadáveres de los soldados, desnudos muchos de ellos, confundidos con los contrarios. ¡Qué de amargas reflexiones se agolparon entónces á la imaginacion del Monarca y de todos los que teniamos el honor de acompañarle!

Retiróse D. Alfonso de donde se hallaban hacinados los cadáveres y comenzó á recorrer el fuerte. Al frente de unos cuantos ingenieros ennegrecidos por la pólvora, estaba un alférez agregado á dicho cuerpo, el Sr. Gil de Avalle, que contaria apénas dieciocho años, y que segun voz general luchó aquella noche con incomparable brío, por lo que le felicitó el Monarca, y el Ministro de la Guerra le dijo en nombre de S. M. que cuando se formalizase la propuesta se considerára teniente, y miéntras esto sucedia, algunos oficiales de la régia comitiva se aproximaron á un cabo de Cáceres que tenía la bayoneta doblada y le dijeron: «Os habeis conducido como unos héroes.—Eso dicen», contestó con la mayor sencillez y bajando la vista el cabo.

XIX.

Abandonando S. M. el reducto, se dirigió á la ermita de San Cristóbal, encontrando poco ántes de llegar á ella al brigadier Viergol, que conversó algunos instantes con el Rey y el Ministro acerca de lo ocurrido en Lácar y Lorca, y al llegar S. M. á la ermita halló allí al general Primo de Rivera con su cuartel general y al coronel Loresecha con sus bravos húsares, é inmediatamente, despues de felicitar á la caballería, descendió por la falda del Esquinza para revistar y felicitar tambien á la division La Portilla y al batallon de voluntarios.

Formadas estaban las tropas, que recibieron al Monarca con entusiastas vítores, y éste, despues de revistarlas y de estrechar la mano del general La Portilla, de los brigadieres Pino y Acellana y de algunos otros jefes y oficiales, volvió á subir á la ermita, encaminándose á campo atraviesa á Larraga, adonde llegó á las seis de la tarde.

XX.

Hé aquí descritos, con la palidez con que desgraciadamente sabe hacerlo nuestra pluma, los acon-

tecimientos que tuvieron lugar en el segundo cuerpo del ejército del Norte, y que prescindiendo de un incidente desgraciado, fueron gloriosos para jefes, oficiales y soldados.

Dice Mendiri en su *Parte detallado de la accion de Lácar*..... «Treinta batallones al mando de Moriones (ya sabemos que eran veinte) rebasaron la línea por Cáseda y San Martin, 30 kilómetros más á la izquierda de su prolongacion, sin que me fuese posible oponerles una séria resistencia.

»Mi primer pensamiento fué abandonar la línea atrincherada y caer sobre esta columna, pero las malas condiciones con que tenía que dar la batalla y la consideracion de que dejaba casi abandonada y á gran distancia esta ciudad de Estella, en cuya conservacion está interesado el honor de nuestras armas, me hizo desistir de esta idea. El enemigo penetró en Pamplona en la tarde del 2, situándose Moriones con la mayoría de sus tropas en la posicion estratégica de Tiebas. (Moriones no ocupó tal posicion porque su cuerpo de ejército marchaba por puntos alejados de aquel.) Este caso, que empeoraba mi situacion, pero que no la hacía desesperada, lo tenía previsto (no entendemos esto de que un general prevea que le van á poner en casi desesperada situacion y no haga por evitarlo), y me obligó á operar un cambio de fren-

te oblícuo apoyado en la posicion del pueblo de Añorve y de establecer una segunda línea en la Sierra del Perdon, distante dos leguas de la primera, quedando las fuerzas enemigas situadas en esta forma: el cuerpo de Moriones, donde dejo hecha mencion (ménos en Tiebas); otro cuerpo, fuerte de 20.000 hombres, en Tafalla, con una brigada en la posicion del Pueyo, y el tercero en Artajona, de 15 batallones (14), formando los tres cuerpos un triángulo equilátero; pero el cuerpo situado en Tafalla vino á acampar en la tarde del dia 1.° una legua al sur de Artajona, cuyo movimiento no me llamó la atencion, suponiendo lo hacía con el objeto de apoyar á dicha villa, pues que habiéndose adelantado á efectuar su reconocimiento sobre Añorve, fué tan rudamente atacado por el brigadier Pérula, que le obligó á retroceder al punto de partida en completo desórden y con pérdidas de alguna consideracion. (Un sargento muerto, 10 soldados heridos y seis contusos.) Pero no era aquella la causa, pues por un movimiento rápido, ejecutado durante la noche, vino á situarse en los pueblos de Oteiza, Lorca y Lácar. Desde este momento la situacion del ejército real en Puente la Reina y valle de Ilzarbe se hizo insostenible, y determiné levantar la línea, enviando al comandante general de Navarra con 10 batallo-

nes á ocupar las posiciones de Estella para poner á cubierto esta plaza, y yo con el resto del ejército marché á situarme en Cirauqui y Mañeru.»

XXI.

Copiamos estos párrafos del parte de Mendiri, no para examinar ni refutar las inexactitudes en que incurre, como las de la posicion de Tiebas, ocupada por Moriones, la dispersion y el desórden de Despujol y la originalidad de un *general* que titula á un parte, donde da cuenta de haber *tenido que levantar su línea*, pronunciándose en retirada: *Parte detallado de la accion de Lácar*, accion que no hubo y pueblo que no tenía ni tiene importancia alguna; hemos copiado algo de este parte, donde se calla *inadvertidamente* lo del monte de Muniain, no para examinarlo y refutarlo, sino para que se aprecie perfectamente la situacion del segundo cuerpo. Colocado cerca de Estella, la *ciudad santa*, ocupaba los puntos por donde habia de retirarse el contrario, y con efecto, Mendiri, abandonando sus líneas defensivas del Carrascal, vino á situarse con todo su ejército enfrente de las tropas

que mandaba Primo de Rivera, siendo desde aquel momento muy desigual la lucha; pero á pesar de todo, el segundo cuerpo, posesionado de una extensa línea que partia de Oteiza é iba á morir en el monte Esquinza y Lorca y Lácar, no sólo se sostiene, sino que rechaza valeroso el formidable ataque del enemigo; y á no haber tenido lugar el desgraciado suceso de Lácar, que hemos dado á conocer con arreglo á lo que sabemos y creemos, las posiciones todas se hubieran conservado.

Se perdió Lácar; ¿pero Lácar tenía importancia para nosotros en todos los casos? No. De realizarse el ataque á los montes de Guirgillano, tal vez era preciso el pueblo, como uno de los puntos de partida para el movimiento envolvente; y esta idea creemos que presidiria en los que formaron y examinaron el plan general al disponer que fuese uno de los pueblos que habian de ocuparse; pero como posicion estratégica, como punto de apoyo de nuestra línea, ¿qué importancia podia tener un pequeño pueblo cuya situacion topográfica conocemos ya? Ninguna, y prueba de ello es que, perdido él y abandonado Lorca, que por razones idénticas no era necesario, rechazóse al contrario en tales términos que no pensó en repetir el ataque; y el monte Esquinza, posicion importantísima, del ejército es y arroja sus granadas á la *Sion* carlista.

XXII.

Miéntras tenian lugar estos acontecimientos en el segundo cuerpo, ¿qué hacian, qué habian hecho el primero y el tercero, mandados respectivamente por los dos bizarros generales Moriones y Despujol? No podemos, con harto sentimiento nuestro, extendernos tanto al dar cuenta de las operaciones de esta parte del ejército, como nos hemos extendido al reseñar lo que se refiere á aquella otra con la que marchaba el Rey: nos lo impiden consideraciones apuntadas ya y la circunstancia de no haber sido testigo presencial, por cuya razon nos atendrémos á lo que consignan los partes oficiales dados por cada general y que publicamos en el apéndice, debidamente autorizados, buscando mayores datos en las correspondencias del ilustrado corresponsal del periódico *El Imparcial*, señor Araus, y en las noticias particulares que hemos podido adquirir.

Despues de los dos alardes de fuerza que conocemos, practicados por las tropas de Despujol para proteger la marcha de Moriones y los movimientos del segundo cuerpo, haciendo creer al ene-

migo que por el corazon del Carrascal iba á darse el ataque rudo, lo que se consiguió, segun confiesa paladinamente Mendiri en los párrafos del parte que hemos copiado; despues de estos alardes, el general Despujol salió de Artajona (donde habia establecido el depósito de municiones de boca y guerra necesarios para abastecer á sus soldados y á los del general Moriones) el dia 2, á fin de emprender el ataque decisivo sobre la ermita y el pueblo de Añorve.

El general encaminóse á su objetivo por la izquierda de la carretera; salvó el quebradísimo terreno denominado de las Nequias, y se dirigió con sus fuerzas, desplegadas en columnas de medio batallon, á coronar las alturas que dan frente á Añorve.

Eran las doce del dia cuando la artillería comenzaba á ascender por la elevada falda de las colinas, y entónces el coronel graduado comandante de artillería, Sr. Piñeras, que la mandaba, hizo presente al general que no podia subir, y que en el caso de conseguirlo, haciendo un esfuerzo supremo, sería imposible salvarla si tenía que ordenarse la retirada. El general Despujol, como valiente, ilustrado y perito en asuntos de guerra, oyó las observaciones del jefe de las piezas; estudió detenidamente la cuestion; examinó de un

modo profundo el terreno en que se movia, y comprendiendo que el Sr. Piñeras tenía sobrada razon, dispuso que todas las piezas Krupp y las de á 10 se retirasen á Artajona, quedándose únicamente con ocho del sistema Plasencia.

XXIII.

Ya lo hemos dicho y lo repetimos de nuevo: la ermita y el pueblo de Añorve eran unos de los puntos mejor fortificados, mejor defendidos y de más difícil ocupacion por la situacion topográfica; y el general, con esa prudencia hija del verdadero mérito, de los conocimientos perfectos del arte de la guerra y del primero ó acaso el único valor; sereno, reflexivo, comprendió que no debia en aquella tarde empeñar un ataque sin resultado, y se limitó á acentuar más ante el contrario sus movimientos de amenaza, obligándole á estar en perpétua alarma y á poner de manifiesto un considerable número de batallones, lo que satisfacia por completo á Despujol, que veia de este modo desembarazadas las dos alas y en buenas condiciones para ejecutar sus movimientos envolventes al primero y al segundo cuerpo.

Toda la tarde permaneció en posiciones el tercer cuerpo, contestando con fuego de guerrillas á las guerrillas contrarias, á las que causó cinco bajas, entre ellas un oficial, sin sufrir nada nuestros soldados, y al anochecer se retiró á Artajona sin que nadie le molestase.

Al siguiente dia (el 23) salió por la carretera el general Despujol, á la cabeza de sus tropas, dispuesto á emprender resueltamente el ataque del pueblo y de la ermita, y cuando esperaba que su aparicion fuese saludada con un nutrido fuego, vió con asombro que nadie molestaba á sus flanqueadores, dueños de las alturas inmediatas á Añorve. El general entónces avanzó rápidamente sobre la villa con dos brigadas, sin esperar á la artillería, y la ocupó, así como la ermita, á las dos de la tarde, no hallando ni la más pequeña resistencia ni un solo enemigo.

Dejóse allí un batallon de guarnicion; dispuso que la brigada Calleja aguardase á la artillería y prosiguió avanzando con arreglo á las instrucciones recibidas, hasta llegar á Puente la Reina, donde se hallaba ya el general Moriones; y al pasar por las alturas de Ucar y Eneriz, abandonadas tambien, oyó nutrido fuego de fusil y cañon hácia su izquierda, porque en aquellos momentos tenian lugar los tristes sucesos de Lácar y Lorca.

XXIV.

Ya era nuestro el Carrascal, y con esto basta y sobra para que se aplaudan las operaciones llevadas á cabo sobre el ejército carlista el mes de Febrero de 1875. El dia 1.º la empresa parecia difícil á muchos de los que siguen paso á paso las peripecias de esta lucha infame; dos dias despues Despujol se hallaba en Puente la Reina; Despujol habia conseguido su objeto, engañando primero al contrario, apoderándose despues de sus innumerables trincheras y dando el primer paso con direccion á Pamplona, sin tener más que diez ó doce bajas, que es la mayor gloria de un general; y si este hecho lo llevó él á cabo y honra alcanzó al llevarle, como el resultado se debia, aparte de las altas dotes del comandante en jefe del tercer cuerpo, al plan general, honra hay tambien para el Rey, que le aprueba; para el general en jefe, que le somete á su régia aprobacion, y para los generales, que lo examinan y lo realizan con tanto acierto.

¿Por qué se habia retirado el ejército carlista del Carrascal? porque supo con sorpresa profunda que Primo de Rivera ocupaba el Esquinza y Lorca y

Lácar, es decir, estaba cerca de Estella, y acudió precipitadamente en auxilio de la ciudad, que juzgaba en peligro.

Aquellas defensas construidas con tanto arte; aquellas redes de trincheras; aquellas alturas, escogidas con espacio y tiempo, cayeron en nuestro poder. Dos dias ántes se hablaba en todas partes de la batalla del Carrascal, y ni los más optimistas esperaban que se ocupase sin gran resistencia, sin combate rudo y sin pérdidas sensibles. Y esta creencia era justa; es preciso ver aquella especie de desfiladero que corre entre Alaix y el Perdon; aquellas laderas de montes; aquellas cúspides; aquellos valles, para apreciar en toda su importancia el movimiento llevado á cabo por el bizarro ge[illegible] Despujol..... pero ¿á qué volver más sobre [illegible]sunto, cu[illegible] un detenido exámen del plano [illegible]blicam[illegible] más, mucho más que nosotros [illegible]mos de[illegible]

[illegible]XXV.

[illegible]mientos ejecutados por los [illegible]ro, veamos qué hizo por

su parte el primero, á cuya cabeza, como se sabe ya, marchaba el general Moriones, cuya actividad, cuyo valor y cuyo profundo conocimiento del país navarro le colocan á tanta altura.

La brigada volante, del primer cuerpo, mandada por el coronel Navascues, se apoderó con la debida anticipacion de Cáseda y de su puente, puestos importantísimos que facilitaron una entrada á retaguardia del enemigo, aunque léjos de sus líneas defensivas, y reforzada esta fuerza por la brigada Cortijo y el regimiento de caballería del Rey, el dia 30 tomó el mando el bravo general Catalan, jefe de la segunda division, miéntras el general Moriones, con las fuerzas de que ya hemos hecho mencion, pernoctaba en San Martin de Unx.

Al amanecer del dia siguiente, las tropas mandadas por Catalan atravesaron rápidamente por el puente de Cáseda el rio Aragon, ocupando á Sada, situado á espaldas del monte de Andua, en posicion dominante con respecto á la carretera que habia de recorrer esta parte del ejército; y el comandante general del primer cuerpo, abandonando á San Martin de Unx, emprendió el camino con direccion á Lerga, salvando el difícil paso, gracias á la precision del movimiento llevado á cabo por el general La Portilla

Dominada la posicion de Lerga, quedaba franca

á nuestras tropas la carretera hasta Sada, así que llegaron á este punto sin más contratiempo que el nacido de las cortaduras hechas por el enemigo y del paso de dos desfiladeros, todo lo cual atrasó algun tanto la rapidez de la triunfante marcha. Al llegar á Sada, la vanguardia, ó sea la tropa á cuyo frente iba Catalan, estaba ya posesionada del pueblo, el cual abandonó, prosiguiendo su movimiento de avance al convencerse de que el general Moriones no habia encontrado dificultad alguna en su camino, puesto que no merece siquiera mencionarse el ligero tiroteo que al pasar por Lerga sostuvo con los contrarios, sin pérdidas ningunas por nuestra parte.

El objeto del general Catalan era llevar á cabo un reconocimiento sobre los montes de Izco y Abinzano, conforme le habia ordenado el comandante en jefe, y en estos puntos y en esta operacion, el enemigo, aprovechando las ventajas del terreno y lo múltiple de sus defensas, hizo frente y comenzó la lucha, quedando por nosotros la victoria, gracias á la pericia de los generales y á la bravura de todos; pero sufriendo la brigada pérdidas, si no numerosas, sensibles. Cuando se trata de combatir, el general Catalan, cuya bravura es harto conocida, se coloca él primero; y de aquí que le matasen el caballo, hiriéndole cuatro hombres, mién-

tras al coronel Navascues, que marchaba á vanguardia de esta division, le mataron un capitan de tiradores del Norte y tres soldados, haciéndole 15 heridos.

Las trincheras eran, como todas, formidables; bastante numeroso el enemigo y escabrosísimo el terreno, pero como el valor lo vence todo, Navascues ocupó las primeras posiciones, acampando al pié de los atrincheramientos hasta que el general Moriones, que habia llenado ya su objeto, dispuso que se retirase á Aibar y Catalan á Leache, pueblo de la naturaleza del comandante en jefe, y en el cual durmió éste aquella noche, miéntras el resto de sus fuerzas pernoctaba en Sada.

XXVI.

Al amanecer del dia 1.º encaminóse el primer cuerpo á la cúspide de la cordillera que domina á Monreal, saliendo Navascues de Aibar y dirigiéndose á la extrema derecha, ocupando el centro el general Colomo, quien llevaba separadas con-

venientemente sus brigadas, de las cuales la de Prendergast apoyaba á la de Navascues, y la de Mariné iba por el centro de la línea con el general Moriones y marchando Catalan, con las brigadas Cortijo y Otal, por la izquierda.

A las doce del dia todo el primer cuerpo ocupaba la meseta de Laudel, encontrándose en las posiciones más elevadas de los montes de Abinzano y Leache, miéntras las guerrillas coronaban los atrincheramientos contrarios, sin que el enemigo, aturdido y asombrado con el triple combinado ataque, los defendiese á pesar de ser importantísimos para él. Examinadas entónces las trincheras desde las cuales el dia anterior habian hecho frente los carlistas á la brigada volante; viéronse éstas ennegrecidas por el humo de la pólvora, hallando en una de ellas los soldados del batallón de infantería de Marina, dos fusiles Remignton, morrales y otros efectos.

Disponíase el general Moriones á continuar la marcha para pernoctar en los pueblos de Monreal, Salinas é Irocin, cuando supo que siete batallones carlistas se habian reconcentrado en la línea de Leox; Salinas y Monreal, dejando dos en el portillo de Laite, que era la extrema derecha del primer cuerpo, diciendo los jefes contrarios á sus batallones, que si Moriones dormia en Monreal, ellos

se irian hasta Estella; y en vista de estas noticias, dispuso acampar sobre las posiciones en que el ejército se encontraba.

XXVII.

La marcha del primer cuerpo no podia ser más afortunada. Dueño de aquellas alturas, podia descender á la carretera, y si los carlistas intentaban defenderse en Irocin y en Monreal, Moriones sabria vencerles; pero no se veia un solo enemigo, y las tropas, que estuvieron maniobrando hasta las tres y media de la tarde, acamparon en la altura del Soldado.

Desde la meseta del monte, un extenso y bello panorama se descubria. Al N., los Pirineos cubiertos de nieve. Al N. E., los puertos de Hecho y Ansó; al N. O., las sierras de Andía, del Perdon y de Alaix. Al E., los picos de San Juan de la Peña y el pueblo de Berdun, y al S., la sierra de Orba, la Peña de Unzué y la Higa de Monreal, que, elevándose más de mil trescientos metros sobre el nivel del mar, domina á media Navarra.

Para acampar estableciöse á retaguardia de la extrema izquierda la brigada Otal y el regimiento de caballería del Rey, miéntras las demas tropas formaban en semicírculo, dentro del cual se estableció el parque móvil.

La nieve tapizaba el monte y la intensidad del frio estremecia los miembros de 20.000 hombres establecidos en aquellas alturas..... pero dejemos las descripciones de tal noche á la bien cortada pluma del Sr. Araus. «La vista del campamento, dice el ilustrado corresponsal de *El Imparcial*, vista desde nuestra *Paridera*, esto es, casi desde el centro del semicírculo, es bellísima. Al N. se ofrece una línea curva compuesta de más de quinientas hogueras. Al E. otras cuarenta á cincuenta iluminan las cajas del parque móvil y unas cuatrocientas acémilas que devoran el puñado de pienso que se les ha reservado para esta noche. Al S. tenemos las hogueras del regimiento de caballería número 1.° y las del de Sevilla. Por último, al S. E. veuse brillar en el horizonte unas luces, que á veces parecen estrellas de sorprendente luz, las cuales, sin embargo, no son otra cosa que las hogueras del punto más distante que tenemos á retaguardia. El alerta del centinela que se oye, desvaneciéndose poco á poco como las últimas notas de *Aida;* el chisporroteo del verde boj que se que-

ma en las hogueras próximas, y el ténue silbido del aire helador que hace estremecer á nuestro cuerpo, son los únicos sonidos que turban el silencio de esta noche imponente, durante la cual la preocupacion de la probable batalla de mañana es poca cosa para privar del sueño al que ni áun tostando su epidérmis en la hoguera logra dar calor á su cuerpo.»

XXVIII.

A las cinco de la mañana del 2 comenzaron los movimientos para descender al valle, disponiendo que la brigada Navascues, reforzada con dos batallones, se extendiera por la derecha, á fin de dominarle más, y encargándose de la direccion de este movimiento el bizarro y activo general Terrero, jefe de Estado Mayor del primer cuerpo. El general Catalan quedóse con la brigada Cortijo en las alturas para proteger el flanco izquierdo; y el general Moriones, con otra brigada marchó por el centro, ejecutándose una conversion á la izquierda, sirviendo de eje la brigada Cortijo, y caminando en cabeza la de Navascues, que con gran prontitud se apoderó de la sierra de Izaga.

La bajada era difícil y peligrosa; pero todo se

superó, y los flanqueadores evitaron que algunos batallones carlistas ocultos en Loite tratáran de impedir el paso á las tropas que el general Terrero dirigia. El brigadier Mariné con su brigada ocupó el pueblo de Lecame, y el brigadier Otal el de Irocin, miéntras el general Colomo, con la brigada Prendergast, protegia el movimiento.

A las once el ejército marchaba por la carretera de Monreal á Pamplona, sin más incidentes que algunas descargas que le hicieron pequeñas fuerzas de caballería é infantería, y á las dos de la tarde entraban en Noain, adonde llegó poco despues la brigada Cortijo. En este punto supo el general Moriones, por lo que le mandó á decir el general Andia desde Pamplona, con otras noticias que adquirió, y por lo que se observaba, que muchas fuerzas contrarias ocupaban toda la línea del Perdon y atrincheramientos del Carrascal, teniendo cuatro escuadrones de caballería sobre el pueblo de Astrain; en su consecuencia, y no habiéndose oido en todo el dia fuego, dispuso reconcentrar las fuerzas para marchar sobre Pamplona, dejando en Noain alojada la brigada Cortijo, en Tajonar y Cordovilla la de Prendergast, entrando él despues de una jornada de seis leguas en la capital de Navarra, al frente del resto de su cuerpo de ejército, á las seis de la tarde.

Pamplona, hacía cuatro meses incomunicada con el resto de España, recibió con indecible entusiasmo, y á los gritos de «¡viva Alfonso XII! ¡viva el ejército! ¡viva el general Moriones!» á las tropas del primer cuerpo, y éstas, despues de racionarse, salieron el 3 emprendiendo la marcha por las alturas del Perdon, fuertemente fortificadas y atrincheradas; pero sabiendo por el vigía de la torre de Pamplona que no se divisaban fuerzas carlistas en dichos puntos, dando parte el coronel Navascues de que sus guerrillas estaban ya en los reductos, sin haber encontrado la más pequeña resistencia, y que, segun noticias que tenía, las facciones marchaban sobre Puente la Reina, el ejército encaminóse á dicho punto, marchando la brigada volante por la cumbre de la sierra que domina á Belascoain y Legarda, y el comandante en jefe con las restantes por la carretera, llegando á la ciudad á las tres de la tarde.

XXIX.

Como se ve por la ligera reseña que antecede, la empresa realizada por el primer cuerpo fué

penosa y difícil, demostrando el brillante resultado de ella las excelencias del combinado plan, puesto que así como Primo de Rivera se habia apoderado del formidable Esquinza, y Despujol del casi inexpugnable Carrascal, Moriones, poniendo de manifiesto sus altas dotes y su perfecto conocimento del país, habia salvado sin ninguna resistencia los montes de Izco y Abinzano, las elevadas alturas de Monreal y la sierra del Perdon, cubiertos todos estos puntos de trincheras, cortaduras y reductos, y habia arrojado al enemigo del territorio que le daba recursos suficientes al abastecimiento de su ejército.

XXX.

Una hora despues de llegar á Puente la Reina Moriones, el coronel Navascues, desde sus posiciones dominantes, cañoneaba al pueblo de Artazu, abandonando el enemigo por este cañoneo y por el ataque que se le dió por el puente, sus primeras trincheras, y colocada en posicion la brigada Cortijo al otro lado de este puente, y marchando el coronel comandante de Estado Mayor, D. Adolfo

Rodriguez, con tres compañías, á practicar un reconocimiento hácia Santa Bárbara, llegó el general Despujol, coincidiendo con su llegada la noticia de que fuerzas enemigas escondidas en las trincheras de Santa Bárbara, Santa Cruz y Artazu, esperaban el avance de las tropas para caer sobre ellos por sorpresa, lo que hizo que Moriones ordenase la retirada del coronel.

El dia 4, establecida ya al otro lado del puente la brigada Cortijo, y dadas por escrito las órdenes para atacar á Santa Bárbara, Artazu y Guirguillano, recibió el general Despujol un parte del general en jefe dándole cuenta de los sucesos de Lácar, y pidiéndole que acudiese á unirse al segundo cuerpo. El general puso este parte en conocimiento de Moriones, y dejándole á éste toda la artillería rodada, una compañía de ingenieros y el regimiento de caballería de la Reina, que consideraba necesarios para emprender por sí sólo el ataque de Santa Bárbara, dirigiéndose á Oteiza por Artajona y Lárraga, á fin de reforzar al segundo cuerpo que se encontraba aislado, y con todo el ejército enemigo enfrente, segun declaracion de Mendiri en su parte; pero no fué necesario, como ya hemos visto, el auxilio de las valientes tropas de Despujol, el cual, encontrándose en Lárraga á S. M., al Ministro de la Guerra y al General en

jefe, regresó á Artajona, despues de haberse acordado, en una conferencia presidida por S. M., que éste regresase á Madrid, marchando por Puente la Reina y Pamplona, marcha que protegió Despujol, como protegió despues el regreso á Tafalla.

XXXI.

La operacion estaba terminada, Pamplona abastecida y libre del largo rigoroso bloqueo, y la línea del Arga nuestra. Atacado el ejército carlista por el centro y por las alas, tuvo que retirarse vencido por el valor y por la inteligencia, dejando en poder de nuestras tropas su extensa línea, y más de cien pueblos, la mayor parte fortificados. Los que ocupaban el ala izquierda se encaminaron, esquivando el combate con Moriones, por Izco, Monreal y Tiebas, uniéndose en la Venta de las Campanas á los que defendian el Carrascal, y que procedentes de Mendiri y Solchaga tomaron la direccion de Puente la Reina, Mañeru y Cirauqui, donde se vieron precisados por la situacion del segundo cuerpo á abandonar la carretera, dirigiéndose á la derecha para caer por la espalda de

Allox y Murillo, y otras fuerzas con la artillería de grueso calibre se retiraron á Estella, por Legarda, Astrain, Muru-Astrain, Paternain, Ibero, cuyo puente pasaron; Echauri, Salinas de Oro, Irujo, Muex, Arizala y Murugarren.

CAPÍTULO VII.

DE LÁRRAGA Á PAMPLONA.

I.

A la mañana siguiente S. M. visitó los hospitales provisionales establecidos en Lárraga, otorgando generosas recompensas á los desgraciados heridos, y terminada esta humanitaria visita, regresó á su alojamiento, adonde llegaron poco despues los generales Laserna y Despujol, celebrándose la conferencia de que hemos hablado, terminada la cual, á las tres de la tarde, montó don Alfonso á caballo, tomando la direccion de Artajona, y encontrándose, al llegar á la carretera de Tafalla, á varios heridos, entre otros al brigadier Barges, á quien con solícito afan preguntó por el estado de su herida.

Aquella noche durmió S. M. en Artajona, encaminándose á las ocho de la mañana del corriente dia á Puente la Reina. La jornada fué penosa. Por

caminos intransitables, por escarpados montes, por tortuosas sendas caminaba el Rey, y era á su paso saludado con entusiasmo y con júbilo.

El primer pueblo que halló fué el de Añorve, cuyas innumerables trincheras estaban destruyendo los habitantes por disposicion de nuestros generales. El cura párroco y las autoridades se apresuraron á saludar al Monarca, seguidos de las mujeres y de los pocos que habian quedado en la poblacion, los cuales revelaron con sus vítores la favorable reaccion que de una manera evidente y manifiesta se iba operando en el país. Todos rodearon ansiosos el caballo del Rey, y todos al saludarle pedian al cielo que terminase pronto aquella guerra horrible.

II.

Siguió S. M. el camino, y, como en Añorve, fué objeto en Enerix y Obános de pruebas evidentes y manifiestas de ardiente simpatía, siendo los sacerdotes y las autoridades locales los primeros que acudiendo á su paso le felicitaban, deseándole un reinado próspero y feliz, al par que elevaban preces al cielo por la anhelada paz.

Era triste, muy triste el aspecto de aquellos pueblos: mujeres abatidas, llorosas, vistiendo muchas trajes de luto, veíanse acompañadas á lo sumo por una docena de hombres, la mayor parte inútiles para el servicio de la campaña y para los trabajos agrícolas. ¿Dónde estaban los restantes? ¿Qué era de aquéllos brazos tan indispensables al sostenimiento de centenares de familias? Se hallaban en las filas de la rebelion, desgarrando el corazon de la patria, miéntras aquellos campos, secos, agostados, estériles, no daban ni un triste remedio á las urgentes necesidades de las madres, de las hijas y de las esposas. ¡Por qué abandonar tan inhumanamente á seres débiles, á seres queridos que lloraban en amarga ausencia! Criminales... pero no; para que exista el crímen es necesaria la libre voluntad del que lo comete, y ¿cuántos de aquéllos desgraciados, que léjos del hogar en que nacieron arrostraban peligros, trabajos y amarguras; cuántos de aquéllos estarian voluntariamente en las filas del Pretendiente? La mayor parte eran arrancados de los brazos de las familias por órdenes despóticas, como lo probaba paladinamente la honda tristeza retratada en el rostro de las víctimas verdaderas, de las mujeres abandonadas. «Paz, paz», pedian éstas con triste acento, porque en la paz veian con razon sobrada

el término de sus amargos duelos, de sus contínuos lloros, de sus sobresaltos constantes.

III.

A la una y media de la tarde descubrió el Rey á Puente la Reina; la antigua Puente de Arga, á esa ciudad que, sentada en una llanura envuelta por montes, lamida por las aguas del Arga, ha sido durante tanto tiempo la morada de D. Cárlos, habiendo sentado allí, por estas y otras razones en que entra por mucho el interes comercial, el ciego fanatismo su férreo sólio, refiriéndose como prueba de esto tales hechos, que por sus circunstancias especiales se acercan tanto al terreno de lo demente ó de lo imposible que no queremos hacernos cargo de ellos.

El dia 2 estaba en Puente alojado en la casa de Azcona el Pretendiente, cuando la noticia de que las formidables defensas de sus *soldados* se hallaban en poder del ejército le hizo abandonar precipitadamente la villa, á las once de la noche, dirigiéndose en coche á Ciranqui, desde donde tomó por la espalda de Murillo y de Allox el camino de Estella.

Cuatro dias despues, el Rey legítimo de España entraba en Puente la Reina, ocupado por sus tropas, y se hospedaba donde D. Cárlos se hospedó. Ántes de llegar á la villa, el general en jefe, acompañado del general Moriones y los respectivos Estados Mayores, salió á recibir al Rey, á quien felicitaron todos, así como dos sacerdotes en representacion del clero de la villa, al mismo tiempo que las tropas del primer cuerpo vitoreaban á D. Alfonso, tributándole los honores correspondientes, á presencia de los carlistas que guarnecian la ermita de Santa Bárbara, y las trincheras que hacen formidable su defensa.

Entró el Monarca en la villa medio desierta, y dirigióse á su alojamiento, entre las aclamaciones de los soldados y de gente del pueblo, celebrando allí una conferencia con el Ministro de la Guerra y los generales Laserna, Moriones, Ruiz Dana y Terrero, en la cual se acordó en definitiva, por pluralidad de pareceres, que se suspendiesen las operaciones hasta fortificar perfectamente los importantes puntos ocupados, y en su virtud que D. Alfonso regresase á su córte, donde con voz imperiosa le reclamaban altos intereses. La lucha terminaba por entónces; un Rey tiene múltiples y variados asuntos en que entender, todos igualmente importantes para los intereses generales

del país, y por eso el Monarca, que era completamente feliz entre su valiente ejército, que cada dia le daba mayores pruebas de entusiasta, leal y cariñosa adhesion, tuvo á pesar suyo que abandonar el campo de la guerra, adonde no le llevó en un principio otro objeto que el de revistar á las tropas, por más que sus instintos y sus deseos le hubieran retenido allí hasta lograr que se alzase el asedio puesto á Pamplona, hallándose muchas veces expuesto á morir en el campo de batalla, adonde le arrastraba su bravura y su amor á la patria y al ejército que la defiende y que la hará salir triunfante de esta dura prueba.

IV.

A las nueve y cuarto de la mañana del 7, S. M., resuelto el regreso á Madrid, se dirigió á Pamplona, abandonando á Puente la Reina, que tan importante papel ha desempeñado en las dos guerras civiles, siendo en la primera heroicamente defendida contra Eraso por un puñado de bravos, por unos mil hombres, que hicieron retirarse á los batallones carlistas, llevando á cabo várias salidas y apoderándose de los cañones.

A las once y media descubrió S. M. desde lo alto de la carretera, enfilada por formidables trincheras, un hermoso valle matizado de pueblos de tal blancura, que parecian á lo léjos palomas posadas sobre campos de esmeralda. En medio de estos pueblos se destacaba otro mucho mayor, era Pamplona; Pamplona, que saludó alegre con sus cañones al Alfonso que era para ella Alfonso el libertador.

Hacía cinco meses que estaba bloqueada por los carlistas: ella, la ciudad ilustre, la ciudad independiente, brava y altiva; la antigua Pampelone de Estrabon, reedificada ó alzada por Pompeyo, no sabemos si ántes ó despues de sus luchas con Sertorio; la ciudad de los navarros, como la denominaban Eghinardo y el poeta Laxon; la que en su larga y gloriosa historia ha protestado siempre contra la servidumbre, rechazando las invasiones, sacudiendo el yugo de los conquistadores, llámense Eurico, Childelberto, Teudis, Abderramen, Carlo Magno, Ludovico, Eblo, Aznar, Fox...; la que se agitó entre los brazos de agramonteses y beaumonteses; la que aparece en el siglo XI, no como una ciudad, sino como tres ciudades rivales que, defendidas por muros y por gentes de armas, luchan entre sí con ruda saña, sin tregua ni descanso; hasta que en el siglo XV, gracias á Cár-

los III *el Noble*, llamado el segundo Salomon, ve terminada aquella lucha infame, y por el privilegio de la Union es otra vez una ciudad sola, cayendo para su ventura todos los muros y todos los fuertes interiores, quedando únicamente los necesarios á la defensa comun, y alzándose entónces el castillo que despues, al ser atacada la ciudad por Fox, señor de Asparrot, al frente del ejército frances, tuvo por defensor á un capitan de los tercios de Fernando V, á Iñigo ó Ignacio de Loyola, que cayó á los primeros tiros herido en el foso, recogiéndole el contrario y siendo aquella herida la puerta por donde descubrió las grandezas de lo infinito, los inefables placeres de la virtud y las glorias supremas de la bienaventuranza, consiguiendo que por su ejemplar cristiana vida la iglesia le colocára en el número de sus santos, y en el lugar que regó con su sangre se alzára la basílica de San Ignacio. Sí, aquella ciudad era Pamplona, la favorita de los reyes, que desde Sancho I, el primero que asienta su córte allí, hasta Fernando V, la han concedido mercedes, honores y privilegios; la que ahora se veia bloqueada por los navarros, siendo ella la única que se conservaba fiel á las costumbres y á la historia de Navarra.

V.

Situada Pamplona en terreno llano, excepcion hecha de su parte Norte, coronada por los montes de Ezcaba, San Miguel, Miravelles, el Perdon y Laricie, que forman su cuenca, el ejército carlista, al pretender y llevar á cabo el bloqueo, se hizo dueño de Huarte, Ansoain, Villava, Burlada, Mutilvas, Zizures y Berrios, que formaban la línea bloqueadora. Cinco compañías del 10.° navarro, cinco secciones de caballería y el escuadron de Jesus, distribuidos en Villava, Huarte, Zizures y Berrios; cinco compañías del 5.° navarro, en Tiebas; otras cinco del 10.°, en Unzué, y várias fuerzas hácia Echaurri, eran las que bloqueaban á la capital de Navarra.

En Agosto guarnecian á Pamplona un batallon de forales, el de la reserva de Pamplona, 300 carabineros, 150 guardias civiles é igual número de artilleros. El movimiento llevado á cabo por el general Moriones en el citado mes para socorrer á la ciudad terminó felizmente, y al retirarse el comandante en jefe del primer cuerpo, llevóse consigo á los forales y á la reserva, dejando en cambio

cuatro compañías de la de Cádiz para guarnecer la ciudadela, siendo estas fuerzas y las citadas ya las que quedaron dentro de la plaza, aumentándose con un batallon de voluntarios organizado en brevísimo espacio de tiempo por el mariscal de campo D. Manuel Andía, gobernador militar de la plaza.

Desde los últimos dias de Agosto corrió el rumor entre los pamploneses de que iban á ser víctimas de rigoroso bloqueo, y el 3 de Setiembre se convencieron evidentemente, sabiendo con indignacion el 13 que los carlistas habian cambiado en Subiza el curso de las aguas, impidiendo el abastecimiento de la ciudad. Esta triste noticia fué puesta en conocimiento del público por medio de pregon y un hecho sin ejemplo en la pasada guerra, y que no tenía más objeto que molestar, puesto que corriendo el Arga á los piés de Pamplona nunca podria privárseles de agua; un hecho de tal naturaleza, repetimos, exasperó los ánimos de todos.

El 21 de Setiembre el general Moriones, conduciendo un convoy de 136 carros, volvió á entrar en Pamplona al frente de la division Catalan y dejando en la ciudad sitiada 25 artilleros con dos oficiales, 1.000 proyectiles entre bombas y granadas y otras dos compañías de la reserva de Cádiz, con las cuales quedaba completo el batallon, tomó la

vuelta de Tafalla la mañana del 22, siendo atacado por el enemigo junto á Biurrun y Barasoain, donde tanta gloria obtuvo, derrotando á un contrario tenaz y numeroso.

Las aguas, que habian corrido de nuevo miéntras las tropas del primer cuerpo permanecieron en la capital de la Navarra, volvieron á ser cortadas al desaparecer éstas, y las necesidades tomaron aumento y fué preciso pensar en ponerlas pronto remedio.

VI.

Avecindado en Pamplona vive el conocido ingeniero Sr. Pinaquy, quien desde que tuvo conocimiento del acto incalificable llevado á cabo por los facciosos, tal vez por los del escuadron de Jesus, resolvió atender en el acto á la apremiante necesidad, y puesto de acuerdo con las autoridades comenzó á hacer excavaciones en un cascajo situado en medio del rio y cerca de su establecimiento, dando por resultado el descubrimiento de un manantial. Desde aquel dia comenzaron los trabajos para subir las aguas á la ciudad, y se llevó á cabo, á pesar del fuego que desde la orilla opuesta del rio

hacian los carlistas á los trabajadores. El 6 de Noviembre la obra quedó terminada y celebróse con tal motivo una fiesta, retrato fiel del carácter de nuestro pueblo, fiesta en la que apareció sobre la fuente de la plaza de la Constitucion esta inspirada frase del alcalde constitucional: *La libertad hermanada con la ciencia, á pesar de los carlistas.* El aparato construido por el Sr. Pinaquy era tan conveniente como sencillo. Una turbina, movida por un salto de agua, trasmitia su movimiento á cuatro bombas aspirantes é impelentes, las que tomando el agua del filtro la conducian por una tubería de 470 metros de longitud, al acueducto que existe en el foso entre la puerta de la Tejería y San Nicolás, distribuyéndose desde allí á todas las fuentes.

Otra de las necesidades del bloqueo fué reglamentar el precio de los artículos de primera necesidad y talar las magníficas alamedas que embellecian á la capital de Navarra, llevándose á cabo esta operacion entre contínuas escaramuzas y viéndose muchas veces los leñadores obligados á dejar el hacha para empuñar el fusil. Más de treinta mil árboles rodaron por tierra, y era tal la necesidad del combustible, que la ciudad entera acogió con grandes aplausos la órden del general Andía para proceder á la tala.

VII.

Todos los dias los centinelas de la plaza, las patrullas que dos horas despues de romper el alba hacian la descubierta, las tropas que acompañaban á los leñadores y los cañones que defendian el recinto, trababan con los bloqueadores refriegas de mayor ó menor importancia, y el dia 13 de Octubre, momentos ántes de comenzar una de estas escaramuzas, apareció en la cúspide del monte de San Cristóbal, ocupado por el enemigo, una cruz de dimenisones colosales. ¿Qué representaba allí el signo de la Redencion? ¿Era una burla sacrílega ó un alarde de religion? Si lo primero, la enunciacion del hecho es su castigo; si lo segundo, mal se aviene la cruz del que enseña á morir y no á matar; del que espira entre dos ladrones por amor á la especie humana; mal se aviene ese símbolo de paz, de caridad y de fraternidad con la conducta de los partidarios del Pretendiente. El sagrado madero únicamente puede alzarse sobre la cúspide del Gólgota ó en el Campo de la Caridad, pero allí donde zumba la voz de los fusiles,

jamas. Parapetarse detras de la cruz de Jesucristo para matar, es la impiedad, es la profanacion llevada al último extremo.

VIII.

Avanzaba el tiempo; crecian los rigores del bloqueo y las necesidades iban tomando proporciones alarmantes, viniendo á aumentar el conflicto la presencia del tífus, que comenzó á hacer grandes estragos. En estos dias los carlistas dieron órden al capellan del cementerio y á los enterradores que abandonasen el edificio, bajo la pena de muerte, pena que hubiera sufrido el contraventor, como lo demostraban la puerta y la ventana de la casa del capellan, que se vieron acribilladas de balazos.

Esta órden salvaje fué forzoso cumplirla, porque situado el cementerio á las afueras de la ciudad y á cubierto de los fuegos de ésta, era imposible de todo punto protegerle; pero las autoridades no se aterraron ante tan inicuo mandato, y trabajando con incansable actividad establecieron otro cementerio provisional junto á la puerta de Fran-

cia; mas pasados tres dias, el cabecilla Ortigosa escribió una carta diciendo que podian seguir enterrando sin temor, porque no hacía la guerra á los muertos; pero como ni daba garantías ni devolvió el caballo del coche fúnebre, que habian juzgado conveniente llevarse con arreos y atalajes, dejóse sin contestacion su carta y siguieron enterrando en el cementerio provisional.

El bloqueo se convirtió en cerco; los rigores aumentaron y las necesidades y los atropellos tambien. Los carlistas cogen á un desgraciado anciano de 74 años, que regresaba á Pamplona, le dejan en ropas menores, y con una noche de lluvia torrencial le ponen de centinela, llevándole de vez en cuando á secarse al calor de una hoguera para volver al suplicio; á otro, que con dos hijos enfermos volvia á la ciudad donde habia espirado su padre, lo tienen una noche lluviosa y fria á la intemperie sobre la cúspide de un cerro, y á los tres dias de entrar el desgraciado en Pamplona mueren los hijos. Estos sucesos los de la plaza los conocen y carlistas hay dentro de ella, pero los nobles y dignos pamploneses les respetan y hasta les amparan.

IX.

Se hizo preciso, vista la carencia de elementos, el disponer que salieran de la ciudad algunas familias, y dióse para ello un plazo de ocho dias; pero una fuerte nevada impidió la salida, y en las otras dos ordenadas posteriormente apénas si salieron 400 personas de todas clases y condiciones, y miéntras la ciudad leal y brava era víctima de tantas penalidades, se proclamaba Rey de hecho de la nacion española á D. Alfonso XII, que lo era de derecho. Esta fausta nueva llegó á Pamplona el 21 de Enero, siendo recibida con inmensísima alegría y haciéndose la proclamacion oficial del Soberano con las formalidades de ordenanza, apresurándose el Gobernador militar, el Ayuntamiento y la Diputacion á publicar, con tal motivo, sentidas y elocuentes alocuciones.

X.

Corria el 2 de Febrero, cuando á las dos de la tarde el vigía situado en la torre de San Saturni-

no hizo la señal de alarma, y precipitándose las tropas á sus puntos comenzó un nutrido fuego de fusil y cañon sobre masas que avanzaban por el soto de Mutilvas, miéntras la partida volante de Caricaluchi, formada durante el bloqueo y que prestó grandes servicios, se batia con los carlistas que guarnecian los Berrios, al par que los de Huarte y Villava se movian como para tomar parte en la lucha. Todos los pamploneses creyeron que la faccion en masa venía sobre ellos, porque no podian concebir que llegasen á aquella poblacion nuestras tropas sin haber librado una sangrienta batalla, la que no podia haber tenido lugar, porque nadie habia oido fuego los dias anteriores; pero el engaño, pues engaño era, duró poco tiempo. «Son tropas nuestras», gritó una voz al ver que el vigía tremolaba la bandera nacional, y la noticia corrió con vertiginosa rapidez y enmudecieron los cañones que habian estado disparando sobre el primer cuerpo, sin que afortunadamente le hiciesen bajas.

A las dos de la tarde la situacion cambió de aspecto; sucedió á la desesperacion más profunda la alegría más expansiva; abrazábanse unos á otros vitoreando á D. Alfonso y á nuestro valiente ejército, y poco tiempo despues entró en Pamplona el general Moriones, siendo objeto de una entusiasta y ardiente ovacion.

Se habia levantado el bloqueo; Pamplona estaba salvada: ya era tiempo. El hambre comenzaba á hacerse sentir, y los comestibles habian tomado un precio exorbitante, vendiéndose la carne de ternera, cabra ú oveja á 20 reales el kilógramo; la de caballo y burro, á 12; el tocino, á 22; el vino, á 40 el cántaro; las gallinas, capones ó gallos, á 60; los pichones, á 20; los huevos, á una peseta uno; los corderos, á 9 duros; el bacalao, á 22 rs. el kilógramo; las patatas, á 20 la arroba; la leche, á 3 pinta; el carbon, á 40 arroba, y el petróleo á 22 litro, sin que á pesar de tales precios se halláran la mayor parte de estos artículos.

XI.

Hé aquí reseñados brevísimamente y á grandes rasgos los acontecimientos que tuvieron lugar durante el bloqueo, en el cual desplegó tanta actividad, tanto celo y tanta inteligencia el gobernador militar Sr. Andía, que obtuvo, como merecido premio, la altísima honra de que le nombrasen hijo adoptivo de la ciudad. La conducta de todas las autoridades en ese calamitoso y crítico período fué

superior á todo elogio; la tropa y los voluntarios se excedieron á sí propios; los jefes y oficiales de la guarnicion permanecieron, lo mismo que su general, cerca de cinco meses sin desnudarse una noche, y los habitantes de la plaza han dado tales pruebas de honradez, de sensatez y de cordura, que son merecedores del aplauso de todos. Salude la España liberal, con el placer con que lo hacemos nosotros, á esa ciudad heroica, leal y noble, que, enclavada en el territorio donde se ha alzado dos veces el negro estandarte del absolutismo, ha mantenido enhiesta y triunfante la bandera de la civilizacion, guardando en el noble pecho, como en bendito santuario, el fuego sagrado de la libertad, de la lealtad y del derecho.

XII.

A las doce del dia entró S. M. en Pamplona, y mucho ántes de llegar á la ciudad, las autoridades civil y municipal le ofrecieron sus respetos pronunciándose elocuentes discursos, á los que S. M. contestó con la elocuencia y el acierto de siempre, prosiguiendo la marcha para ser objeto de una de las más entusiastas y espontáneas ovaciones.

Ya hemos visto, por la pálida sucinta reseña hecha del bloqueo, las penalidades á que habia estado sujeta la ciudad leal entre las leales, así que la aparicion del Monarca, que era para ellos el término de los sufrimientos, tenía que ser, y fué, saludada con ardientes demostraciones de adhesion y de afecto.

En la puerta de la Taconera, abriéndose paso por entre una apiñada muchedumbre que atronaba el espacio con sus vivas, se presentaron á felicitar á Alfonso XII de Castilla y I de Navarra, la Audiencia, la Diputacion, el Instituto, el Juez de primera instancia, el Gobernador eclesiástico, el Presidente del Cabildo y el bizarro Gobernador militar, que en un elocuente y breve discurso presentó al Soberano las llaves tan codiciadas por los soldados del despotismo; y S. M., contestando al general, dijo que aceptaba satisfecho y orgulloso las llaves de una ciudad siempre valiente y siempre fiel á sus legítimos reyes; así como al responder á las felicitaciones del fiscal de la Audiencia y del Juez de primera instancia, exclamó: «Acepto con gusto la felicitacion que los magistrados de la justicia me dirigen. A que ésta impere en todas las esferas consagraré mis dias, porque la justicia es la más sólida base de los tronos y el más seguro amparo de los pueblos.» «¡Viva D. Alfonso el li-

bertador!» gritó una voz: «¡viva!» repitieron millares de seres. «¡Viva la esperanza de la patria!» exclamó otro, y los vivas continuaron prolongados, nutridos, ardientes, continuando el Monarca su marcha por el paseo de Valencia y en direccion á la catedral.

Los rigores del bloqueo y las penalidades sufridas habian alejado de Pamplona á muchos habitantes, y esta falta se hacía notar; pero á pesar de todo la marcha fué un triunfo inmenso. Flores, versos, palomas, arcos de follaje, ricas colgaduras, bellos gallardetes y elegantes escudos luciendo las armas de Pamplona y de España adornaban la carrera, siendo su más preciado adorno la apiñada concurrencia que llenaba las calles, que ocupaba las puertas y los balcones. ¡Qué alegría tan grande, tan inefable, se retrataba en los rostros de los pamploneses; qué amor al Rey se revelaba en los menores actos de aquellos bravos, leales á la reina Isabel y al rey Alfonso!

«¡Viva Alfonso XII, viva el libertador de Pamplona, viva la esperanza de la patria!» se leia y se gritaba por todas partes, y á los acordes de la marcha real y de las clásicas músicas del país, y por entre las filas de la tropa, llegó S. M. al santo templo.

Fundada la catedral como principal en los tiem-

pos de San Fermin, primer obispo de Pamplona, fué destruida por Mahomed, trasladándose por los fieles á Leyre la imágen de Nuestra Señora de la Asuncion ó de la Blanca, cuya antigüedad remontan algunos á los tiempos apostólicos é imágen que permaneció allí por espacio de doscientos años. Siendo obispo Roda, el rey Sancho Ramirez empezó á restaurar la iglesia, dando á los canónigos la regla de San Agustin, terminando la restauracion en 1101, bajo el reinado de Pedro I, y consagrándola en 1124 el obispo D. Sancho, con asistencia de Alonso *el Batallador*.

En 1.° de Julio de 1300 arruinóse la obra, y don Cárlos *el Noble* comenzó á alzarla de nuevo, concluyéndola treinta años despues la reina doña Blanca.

De estilo gótico puro es el interior del templo, compuesto de cinco naves, que forman una cruz latina, siendo la nave central la más elevada.

El altar mayor, notable por más de un concepto, se hace admirar desde luégo, entre otras cosas, por ser lo único de gusto greco-romano que existe dentro de la catedral. Hecho á expensas del obispo Zapata, es de madera dorada y consta de cinco cuerpos, hallándose en el primero la mesa de altar, cuyo frontal es de plata labrada; en el segundo, el Tabernáculo, con cuatro estatuas; en el tercero, la

Asuncion de la Vírgen, en alto relieve; en el cuarto, cuatro estatuas, y en el quinto, un Crucifijo, á cuyos piés se descubren á la Vírgen y á San Juan, concluyendo todo con un fronton triangular.

El coro, construido en el centro de la nave mayor, tiene dos magníficos órdenes de sillas, hechas de roble traido de Inglaterra, y adornadas con incrustaciones de boj, llevando á cabo esta obra Ancheta, cuyas cenizas reposan en los claustros, y en medio de este coro se admira el sepulcro de Cárlos *el Noble* y de doña Leonor su esposa. Dos estatuas yacentes, de alabastro blanco, representan á los reyes, con corona y cetro, cuyas cabezas descansan en almohadones, donde se lee dos veces repetidas la palabra «*Bone Say*», y cuyos piés reposan sobre un leon los del rey, y sobre dos lebreles los de la reina. Hay tambien en el ángulo izquierdo de este coro una pequeña imágen de la Asuncion, colocada allí como límite á la obra de Cárlos *el Noble*, y principio á la de doña Blanca, y rodea toda la obra una verja de hierro, hecha con las cadenas arrancadas de la tienda de Miramamolin por Sancho el Fuerte, cadenas que sirvieron tambien para la verja de la capilla de la Cruz y de algunos cláustros.

Rica en recuerdos la catedral, donde se ungieron los reyes, luce las armas de Cárlos *el Noble* y de

Fernando V; el nombre de doña Blanca; los sepulcros de D. Leonel de Navarra, del Conde de Goges, de la princesa Magdalena, del obispo Arinaiz, del maestro Frago, que tuvo por discípulos á San Francisco Javier y á San Ignacio de Loyola; de muchos cardenales, obispos y arcedianos que contribuyeran á la terminacion del templo, y del célebre Espoz y Mina.

En la capilla de la Barbazana, una de las más notables, construida en el siglo XVI, se conservan dos espinas de la corona del Salvador, mandadas por el rey de Francia á Teobaldo I y á Teobaldo II, y un fragmento de la cruz divina, regalado por Manuel Paleagolo, emperador de Constantinopla, á Cárlos *el Noble*, y bellas estatuas, pinturas, magníficos relieves y soberbios sepulcros embellecen el santo templo, dentro del cual existe la sala llamada *Preciosa*, en la que se celebraban las Córtes de Navarra y prestaban juramentos los obispos, y á la que da paso la puerta más magnífica de la catedral.

Si bello es, como hemos visto, el interior del templo, más bella y más notable es la fachada de estilo greco-romano, y construida á fines del siglo XVII por Ochandátegui, con arreglo al plano de D. Ventura Aguilera y en sustitucion de la que se habia derruido en el trascurso de setecientos

años. Forma el centro de esta fachada un magnífico pórtico corintio-díptero, con intercolumnios adornados por elegante fronton. Una cruz de piedra, con dos ángeles orando al pié, adorna la fachada más y más, y vese en uno de estos ángeles la huella profunda que dejára un rayo. El atrio que circunda la fachada es espacioso y bello, y el interior del pórtico tiene la misma grandiosidad, admirándose un escudo de mármol blanco que representa la Asuncion de Nuestra Señora; y las tres puertas principales, de rica caoba, con clavos dorados, realzando la fachada dos torres, en una de las cuales existe una campana poco menor que la de Toledo, construida en 15 de Setiembre de 1584 y subida en 27 de Octubre en ménos de tres horas.

XIII.

Terminado el *Te Deum*, montó S. M. nuevamente á caballo, y por las calles de la Curia, Chapitela y plaza de la Constitucion, se dirigió entre apiñada muchedumbre y entre calurosísimos vivas á la Diputacion Provincial, donde tenía preparado un lujosísimo alojamiento.

El palacio de la Diputacion es, sin disputa, una de las más magníficas obras de este género y uno de los más bellos modelos del gusto del Renacimiento. Construido en 1860, su soberbia fachada, su magnífica escalera, sus elegantes corredores, sorprenden y admiran; pero el salon principal, apellidado regio, dirigido por el arquitecto provincial Sr. Hijon, es de tal magnificencia, de tal riqueza, de tal suntuosidad, que no podemos resistir á la tentacion de publicar parte de la descripcion que hace de él un escritor anónimo.

Dice así:

«Este elegante salon ocupa en la planta principal del edificio el pabellon central de su principal fachada, en donde tiene salida á un extenso y corridó balcon con vistas al paseo de Valencia, confluyendo al ante-salon de su ingreso dos anchurosas escaleras. Sus proporciones están en armónica relacion con el desahogado palacio de que forma parte, y su decoracion, aplazada al construir el edificio, fué confiada al arquitecto D. Maximiano Hijon á poco de tomar posesion de su cargo de Director de caminos del departamento del Sur de la provincia, y aprobados los planos, se procedió á la ejecución de los trabajos á mediados del año 1860.

»El ornato que en él prevalece matiza en sus delicados detalles el arte de la Edad Media en el

mejor período de su renacimiento, por ser el más notable de la historia del país, habiendo precedido al pensamiento de composicion el que aparezcan allí representados los recuerdos históricos más notables del antiguo reino de Navarra.

»En tres cuerpos está dividida la decoracion de sus paños verticales.

»El primero lo constituye un empilastrado que se apoya sobre un bien motivado zócalo de mármoles, dejando francos y esbeltos vanos de puertas y balcones, y lo corona una rica cornisa modillonada.

»El segundo lo forma una galería de esbeltas archivoltas interpoladas por lunetos que se originan sobre el zócalo superior de la cornisa principal, y tambien es coronada por una ligera y adecuada cornisa denticulada.

»El tercero, en forma de esquilfe, que une los lienzos verticales con el techo, es adornado con agrupaciones de medallones.

»El techo, plano, airosamente compartido por delicados aristones decorados, deja los senos suficientes para las pinturas de las alegorías que paso á describir.

»En la central, de forma ovalada y de gran extension, se ostenta un correcto dibujo: *Navarra*, representada por una bella y robusta matrona, que

con la vista fija en el templo de la sabiduría, y apoyada en sus armas y sus fueros, lanza palmas al progreso. La circuyen cuatro recuadros, en que están representadas las virtudes cardinales, *Prudencia*, *Justicia*, *Fortaleza* y *Templanza*, ligadas con la central por las memorables cadenas ganadas por D. Sancho *el Fuerte* en la batalla de las Navas de Tolosa, y en los cuatro senos que quedan libres en el techo se hallan cuatro bien estudiados bajo-relieves de atributos de *Ciencias*, *Artes*, *Armas* y *Agricultura*. Esta pintura fué ejecutada por D. Martin Miguel Azparren.

»Los diez medallones del esquilfe se hallan sostenidos por genios, unidos entre sí por medio de guirnaldas, en que se apoyan las armas de las ciudades y villas más notables del antiguo reino, por su antigüedad y su historia, y son: Pamplona, Olite, Tudela, Tafalla, Estella, Sangüesa, Puente la Reina, Aoiz, Viana, Lumbier, Cascante, Corella, Monreal y Los Arcos.

»Los diez medallones ostentan los bustos en relieve de hombres esclarecidos en la provincia por su santidad, piedad ó su saber en las ciencias, las artes ó en las armas, como son: San Fermin, San Francisco Javier, el Cardenal Obispo de Pamplona D. Martin de Zalba, el Obispo D. Joaquin Javier Uriz, el P. D. José Moret, analista de Navar-

ra; el doctor Azpilicueta, el Príncipe de Viana, el escultor Miguel Ancheta, constructor de la magnífica sillería del coro de la catedral de esta ciudad, y de otras obras primorosas, el arquitecto, Martin Perez de Desteila, director de las obras reales en 1339, y el mariscal D. Pedro de Navarra, jefe del partido agramontés, muerto en 1471, dentro de Pamplona, en la entrada que hizo por la puerta llamada de la *Traicion*.

»En el cuerpo segundo, ó sea el ático, y en el seno que dejan las diez agrupaciones de las archivoltas, se hallan representados los retratos de cuerpo entero, y con los trajes propios de la época, de los reyes de Navarra, desde su orígen hasta D. Cárlos III *el Noble;* cada seno de estos grupos, franqueados por heraldos de armas de relieve, deja lugar al aplazamiento de los lunetos ricamente decorados, y á dos cuadros dispuestos en los testeros del salon, que con artísticos y valientes rasgos representan dos hechos de los más memorables de la historia de Navarra. El uno pintado por D. Joaquin Espalter, que es el del testero de la parte del Norte, recuerda el alzamiento sobre el paves, de D. García Jimenez, primer rey de los navarros; y el otro, pintado por D. Francisco Aznar, colocado en el testero del Sur, hace conmemoracion de la célebre batalla de las Navas, en que D. Sancho *el*

Fuerte, atacando con sus valientes el palanque de cadenas que cercaba y defendia la tienda del Miramamolin Mahomet, se apoderó de ellas, y las tomó desde entónces como blason de las armas de Navarra.»

En el atrio se admiran los retratos de todos los reyes de Navarra, desde García Jimenez, proclamado en 716, hasta Cárlos el Noble, que subió al sólio en 1387, y en la cornisa se ven en elegantes medallones las armas de los pueblos y cendeas de Navarra que tenian voto en Córtes, ostentándose sobre el entrepilastrado varios recuerdos representando los hechos más importantes de la historia de Navarra, como el descubrimiento del cuerpo de San Gervasio; la libertad de Cárlos el Malo; la batalla de Roncesvalles; la concesion del privilegio de la Union, por Cárlos el Noble; la batalla de Olan ganada á Abderramen; la entrega del tributo á Sancho el de Peñalen, por el rey moro de Zaragoza; la representacion de unas Córtes, y el reparto del reino hecho por Sancho IV entre sus hijos.

XIV.

En este edificio regio, suntuoso, penetró D. Alfonso seguido de autoridades, comisiones y comitiva, presentándose momentos despues al balcon principal para presenciar el desfile de la escasa guarnicion.

Con un viva entusiasta y ardiente fué saludado el Monarca por la numerosísima concurrencia que llenaba por completo la plaza de la Constitucion y el paseo de Valencia, y terminado el militar espectáculo, retiróse á sus habitaciones entre nuevos nutridos vivas, teniendo lugar en el acto una brillante recepcion, á la que acudieron todas las autoridades y comisiones y lo más escogido de la sociedad pamplonense.

A las tres de la tarde S. M., montando en el coche que habian puesto á su disposicion, comenzó á visitar los establecimientos públicos más notables, dando principio por el Instituto, construido hácia el año 1842. S. M., demostrando profundos conocimientos, recorrió el notable edificio, examinó los instrumentos de geodesia, los mapas murales y de relieve, el gabinete de física, el laboratorio

de química, las completas colecciones zoológicas y mineralógicas, y el precioso reducido jardin botánico, haciendo profundas observaciones sobre los adelantos de la ciencia, y diciendo al Director del Establecimiento, que le saludó con oportunidad y elocuencia, que le felicitaba por el buen estado del Establecimiento, porque la instruccion era la base del bienestar y del adelanto de los pueblos, y por eso él en su reinado atenderia preferentemente al desarrollo de los estudios universitarios.

XV.

Desde el Instituto, dirigióse S. M. entre aclamaciones á la magnífica y justamente celebrada ciudadela de Pamplona. Hecha á imitacion de la de Ambéres, pertenece al sistema italiano puro, y comenzada á construirse en 1523, fué terminada en 1574. La forma es un pentágono regular, de unas 350 varas por frente, y consta de cinco baluartes, que unidos por cortinas vienen á formar los lados de aquél, llamándose estos fuertes respectivamente Santiago, Santa María, Real, San Antonio y la Victoria. Entre los baluartes de

la Victoria y San Antonio está la puerta que comunica con la plaza, y entre Santa María y Santiago la del Socorro, habiendo á más tres poternas junto á los baluartes del Real, Santiago y Victoria para pasar á los fosos y caminos cubiertos. Baterías á barbeta, con cañonera y giratorias defienden á la fortificacion, que si de poca importancia hoy, dados los adelantos de la ciencia, es susceptible de reformas bastantes á neutralizar los fuegos, que en empeñados sitios, y con los formidables trenes de batir conocidos en la actualidad, pudieran hacérsela desde las colinas que la dominan. Sesenta son las piezas de dotacion, y 42 solamente tiene en la actualidad, hallándose en sus fortificaciones y en las particulares de la plaza 90 piezas en batería en vez de las 150 con que debieran contar.

Dentro de los muros se encierran tres cómodos cuarteles para infantería y uno para caballería, un buen polvorin, un desahogado edificio para almacen de artillería, y algunas casas para alojamiento de los jefes y oficiales que sirven allí.

Seguido del comandante de ingenieros y de toda la comitiva, recorrió S. M. el extenso fuerte, apreciando con su elevado criterio las noticias, las observaciones y los proyectos de reforma expuestos por el ingeniero, y despues de conceder la libertad

á unos cuantos soldados presos por delitos leves, abandonó la ciudadela entre aplausos y bendiciones, encaminándose al Arga para ver y admirar la obra de que hemos hablado ya, llevada á cabo por el conocido ingeniero Sr. Pinaquy.

La activa inteligencia del Sr. Pinaquy y la importancia del servicio prestado merecen plácemes y elogios, y no fué avaro de ellos el ilustrado Monarca, quien tomando despues de recorrerlo todo detenidamente el camino de la ciudad, se dirigió á la casa de la Misericordia, construida á fines del siglo XVII y principios del XVIII, con todas las comodidades tan indispensables en establecimientos de este género. Todo lo examinó el Rey, aplaudiendo la limpieza y el órden que se admiraba, y despues de saludar cariñoso á una niña que le presentaron, la cual, por haber nacido el mismo dia que D. Alfonso, obtuvo del Ayuntamiento de Pamplona una plaza pensionada, abandonó el establecimiento.

XVI.

Eran las seis de la tarde cuando S. M. regresó al palacio de la Diputacion, y á las siete se sentó

á la mesa, acompañado de autoridades y comisiones, en el magnífico salon de remates preparado al efecto con tanto gusto como oportunidad. En el centro se alzaba la mesa, espléndidamente adornada, y de las paredes pendian los retratos de todos los reyes de la casa de Borbon, desde Felipe V hasta Alfonso XII, colocado bajo dosel, presidiendo la comida dos estatuas de mármol negro que representaban á Céres y á Baco.

A las nueve de la noche la plaza, el paseo de Valencia y las calles adyacentes estaban cuajadas de gente, y al aparecer el Rey en el balcon para presenciar los fuegos artificiales dispuestos, vítores y aplausos le saludaron.

De los fuegos artificiales de Pamplona dirémos lo que de los de Zaragoza, que eran notables por más de un concepto, y que terminados á las once, D. Alfonso se retiró á sus habitaciones, y á las nueve de la mañana del siguiente dia, precedido por el gobernador militar de la plaza, Sr. Andía, salió de Pamplona con direccion á Tafalla, por la puerta del Socorro, con harto sentimiento de los pamploneses que le acompañaron hasta bastante léjos de las murallas; miéntras el general en jefe, que habia llegado á la ciudad el dia anterior, despues de recibir las órdenes del ilustre Príncipe, se encaminaba de nuevo á Puente la Reina.

CAPÍTULO VIII.

DE PAMPLONA Á LOGROÑO.

I.

Tomando el Monarca al trote el camino de Tafalla atravesó el Carrascal, apreciando, en vista de las formidables defensas del enemigo y de la situacion topográfica del terreno, el movimiento importantísimo llevado á cabo por nuestro ejército, y durante esta marcha, las tropas del general Despujol y de la brigada Navascues defendian la carretera, estando tomadas con tal acierto y con tal precision todas las alturas, que el Rey elogió al general y al coronel que mandaba las fuerzas.

Los sacerdotes y las autoridades de los pueblos á cuyas inmediaciones pasaba el ilustre viajero salian á felicitarle acompañados del vencindario, que le saludaba con vítores, siendo, segun hemos consignado ya, tan grande como visible la reaccion

favorable que se iba operando en el territorio navarro. En el meson de Mendíbil se detuvo S. M. á almorzar, conferenciando despues con los generales Despujol, Moriones y Terrero, que habian llegado allí de Puente la Reina y siguiendo la marcha al terminar esta conferencia acompañado de los generales citados, exceptuando el Sr. Terrero, que regresó á Puente.

II.

Comenzaba á declinar la tarde cuando S. M. entró en Tafalla; y si entusiasta habia sido el primer recibimiento, no lo fué ménos el segundo. Hacía ocho dias que D. Alfonso abandonó la ciudad para dar principio á las operaciones, y ya estaba de regreso dejando libre á Pamplona, limpio de enemigos el Carrascal, ocupados por nuestras tropas Puente la Reina y el Esquinza, y reducido el contrario á la ribera derecha del Arga. El movimiento no podia haber sido más importante ni el éxito más feliz, y de aquí que se le aplaudiera y vitoreara con entusiasmo ardiente como á la esperanza de la patria, como al libertador de Pamplona,

agolpándose á su paso, ansiosa de contemplarle, la ciudad entera.

Aquella noche durmió S. M. en Tafalla, y á la mañana siguiente se encaminó á la estacion del ferro-carril para tomar el camino de Logroño. Numerosa concurrencia invadia el andén y las avenidas de la estacion, y grandes vítores le saludaron al aparecer, exclamando el general Moriones en el momento en que el tren partia: «¡Viva nuestro rey Alfonso XII!», viva que fué contestado con gran entusiasmo y que duró por espacio de algunos segundos.

III.

En la estacion de Castejon, á la orilla izquierda del rio Ebro, esperaba el Ministro de Marina, acompañado de su secretario particular el oficial de dicho Ministerio Sr. Aguirre, al regio viajero, que, seguido de su comitiva, atravesó el rio en una barca por estar roto aún el magnífico puente destrozado por una avenida, encontrando á los Sres. Alonso Martinez, vicepresidente del Consejo de Administracion del ferro-carril del Norte, Pirel, director de la compañía, Polack, y otros altos

empleados de la línea, cuyos nombres sentimos no recordar.

Dos horas se detuvó S. M. en Castejon, y continuando la marcha en el tren regio que puso á su disposicion la Compañía del ferro-carril del Norte, vió con honda tristeza, á su paso, estaciones ó quemadas ó fortificadas; es decir, ó reducidas á pavesas ó á la defensiva contra los soldados de el llamado Cárlos VII, representante hoy del soñado derecho de esa rama que tantas lágrimas, tanta sangre y tanto oro cuesta al mísero país.

IV.

En Alfaro un elegante arco adornaba la vía ferrea y leíase en él: *La provincia de Logroño á S. M. el rey D. Alfonso XII.* Detuvo su marcha el tren regio, y el Gobernador civil de Logroño y Comisiones de la Diputacion y de otras corporaciones y del Ayuntamiento del pueblo, se presentaron á felicitar al Rey por su advenimiento al trono de sus mayores y por sus triunfos en el Norte, dando, finalmente, las gracias, en nombre de laRioja entera, por el alto honor que con visitarles les dispensaba.

Agradeciendo las felicitaciones contestó el Monarca, y el tren prosiguió en direccion á Logroño, deteniéndose en Rincon de Soto y Calahorra para que D. Alfonso saludase afable al pueblo que, lleno de júbilo y de amor á la persona de su deseado Rey, le vitoreaba con tal entusiasmo, con tal vehemencia, que es empresa superior á nuestras fuerzas describrir con exacto colorido la brillantez de aquellas ovaciones.

V.

Adornada de banderas, gallardates y arcos, en donde se leian *vivas al Rey*, estaba la estacion de Calahorra cuajada de entusiasta muchedumbre. «Señor, dijo el alcalde atravesando por entre la apiñada concurrencia: el alcalde de Calahorra, en nombre del Ayuntamiento y del vecindario, tiene la honra de felicitar á V. M. por su providencial advenimiento al trono, y le ofrece, con la lealtad propia de pechos castellanos, su adhesion profunda, rogando al Todopoderoso que conceda á V. M. la gloria de alcanzar la paz tan deseada y un reinado próspero y feliz.» S. M. se dignó contestar en estos términos: «Agradezco la felicitacion que us-

ted me dirige en nombre de esta noble ciudad. Yo siempre he confiado en la lealtad castellana: amo á Castilla como se merece, y espero en Dios que las victorias alcanzadas en el Norte sean el feliz presagio de esa paz que tanto anhelo para bien de mi patria, pues soy y quiero ser el Rey de todos los españoles.»

Entre aplausos y vivas terminó S. M., quien contestó con la misma elocuencia á las felicitaciones que le dirigieron el clero, la autoridad judicial de Calahorra y de Estella, y las municipales de los pueblos inmediatos.

VI.

Continuó la marcha; y en esa noble competencia de adhesion y amor al noble Príncipe, no se vieron vencidos ciertamente por los demas los pueblos de Alcanadre y de Retajo, cuyas estaciones veíanse quemadas como la de Calahorra, que sólo sangre, llanto, escombros y ruinas dejan en pos de su paso los enemigos del sosiego público y de la prosperidad de la patria. Formados y á caballo en la segunda de estas estaciones, adorna-

da, como la primera, con arcos y banderas nacionales, estaban los voluntarios de Argoncillo, que tantos servicios han prestado á la causa de la libertad, y que, imitando á la numerosa concurrencia, vitoreaban al Rey.

VII.

Silbó la locomotora, partió el tren y poco despues llegó á los oidos del Monarca un rumor que, apénas perceptible al principio, tomó cuerpo despues, haciéndose por último claro y distinto. Eran entusiastas vítores; eran alegres voces de campanas, zumbidos de cañones y estampidos de cohetes que surcaban los aires... Paró el tren, y un «¡Viva á Alfonso XII, viva el libertador de Pamplona!» resonó nutrido y prepotente, miéntras banderas nacionales, brillantes colgaduras, preciosos gallardetes y elegantes guirnaldas adornaban un edificio, junto al cual agitábase alegre y entusiasta una concurrencia numerosa, representacion de todas las clases sociales. El edificio engalanado era la estacion de Logroño. El Rey estaba en la capital de la Rioja.

La capital de esos autrigo-verones, de esos cán-

tabros que lucharon contra Sertorio, que fueron los pretorianos de Pompeyo, de César y de Tiberio; de esos que combatian contra el árabe, contra el navarro, contra el aragones... La antigua Lucronion que, oscurecida en los tiempos de romanos y árabes por Calahorra y Nájera, brilla poderosa al incorporarse á Castilla; la protegida de Alfonfo VI; la codiciada por tantos reyes, que hoy se ve sujeta al poder de Alfonso de Aragon *el Batallador;* mañana de Alonso VII de Castilla; despues de Sancho VII de Navarra; luégo de Alfonso VIII de Castilla; más tarde de D. Enrique de Trastamara; de Cárlos II de Navarra apellidado *el Malo;* del Pontífice Urbano V; de Enrique de Trastamara ya rey de Castilla; de doña Blanca I de Navarra; de Juan II de Aragon y de Enrique IV; la ciudad que obtuviera fueros y privilegios de Alfonso VI, de Alfonso X, de Fernando IV, de Juan II; la que admiró dentro de sus muros á dos Cides, á Rodrigo Diaz de Vivar y á Rui Diaz Gaona, que con sólo tres hombres detiene el paso del ejército navarro mandado por Gaston, señor de Fox; la que hoy ve descansar tranquilo, al arrullo de sus recuerdos de gloria, al héroe de Mendigorría, al vencedor de Orduña y de Unzá; al bravo soldado de Arlaban; al héroe de Luchana; al salvador de Bilbao; al entendido capitan de Ro-

bledo de Peñacerrada, de Ramales, de Segura, de Castellote, de Morella...; al Duque de la Victoria; al pacificador de España; aquella ciudad, llamada M. N. y L., por Juan II, se disponia, contenta y orgullosa de su suerte, á recibir á Alfonso XII.

VIII.

Descendió el Monarca del wagon regio á los acordes de la marcha real, y hollando rica y elegante alfombra, penetró en una de las salas de descanso, adornada convenientemente. Allí le felicitaron el clero, el ayuntamiento, comisiones de corporaciones diversas, y el gobernador militar de la plaza, que le presentó en bandeja de plata las llaves de la ciudad, ofreciéndole en su nombre, en el del ejército y en el del señor Duque de la Victoria y príncipe de Vergara un mensaje de profunda adhesion. El Sr. Suarez hizo presente á Don Alfonso, en nombre del general Espartero, que éste sentia infinito que el estado delicado de su salud no le permitiera apresurarse á ofrecerle el tributo de su respeto, pero que desde el fondo de su casa, donde le retenian el dolor y los años, saludaba

con orgullo al Rey que sabía ser á un tiempo caritativo, afable, valiente y caballero. El Monarca, agradeciendo al gobernador militar las frases que le habia dirigido, dijo que iria á visitar al Príncipe, y montando á caballo se dirigió á la ciudad seguido de las autoridades y comisiones que salieron á recibirle, de su comitiva y de numerosísima concurrencia.

A poco trecho de la estacion un magnífico arco del gusto del Renacimiento se alzaba espléndido y gallardo, viéndose en él varios voluntarios vestidos de gala y con las armas presentadas; nueve hombres del pueblo, con banderas, representando los partidos judiciales de la provincia, y cuatro heraldos vestidos de damasco y oro que anunciaron á los habitantes de Logroño la llegada del Soberano. A poca distancia del primer arco se admiraba otro, costeado por el general Espartero, por el gobernador militar y por los cuerpos é institutos del ejército, y veíase, finalmente, un tercero, de follaje, leyéndose respectivamente en cada uno de ellos: *La provincia de Logroño, á S. M. el Rey D. Alfonso XII.—El Príncipe de Vergara, el Gobernador militar de la plaza, los Cuerpos é Institutos de guarnicion en Logroño, á S. M. el Rey D. Alfonso XII.—La ciudad de Logroño, á S. M. el Rey D. Alfonso XII.*

IX.

Al aparecer D. Alfonso en las calles de la ciudad, fué tanto y tal el general contento, que no ha habido ni ciudad ni pueblo en toda España que supere á Logroño en la esplendidez del recibimiento. Aquello más que entusiasmo era delirio, frenesí. Ricas colgaduras pendian de balcones y ventanas, y en éstos y en las calles admirábanse millares de seres que, movidos por un mismo sentimiento, grande, profundo, gritaban incesantemente «¡Viva el Rey, viva la esperanza de la patria, viva el libertador de Pamplona, viva la Reina madre, viva la Princesa de Astúrias!» Ricas mantillas blancas lucian las distinguidas señoras de la poblacion, que unidas por la identidad de aspiraciones y de deseos con las hijas del pueblo, arrojaban al Rey versos, flores, palomas, coronas... Aquello no era recibir á un Rey; era más, mucho más; era recibir al hijo ausente; al padre que se juzgaba muerto, al bienhechor que se creia perdido para siempre; al salvador que llevaba el codiciado, el anhelado amparo. El exceso de amor y de entusiasmo salvó á veces

las lindes del respeto á la autoridad régia, y apiñada, compacta, la muchedumbre, detenia el caballo de D. Alfonso, rompiendo las filas que cubriendo la carrera formaba la tropa, y dirigia al Rey vítores, felicitaciones, frases tan saturadas de amor, de júbilo, de admiracion, de entusiasmo, que el Rey, conmovido visiblemente, y con la cabeza descubierta, se contemplaba dichoso presenciando aquel espéctáculo incomparable.

Conforme á su piadosa costumbre, dirigióse Su Majestad á la Colegiata ó iglesia de la Redonda, la que no tiene de particular más que su fachada y dos torres de gusto churrigueresco, siendo la nave de la iglesia construida en el siglo XVII, y más moderna la fachada.

X.

Terminado el *Te Deum*, S. M. montó nuevamente á caballo, encaminándose á la morada del general Espartero.

En una pequeña plazuela, frente por frente de un antiguo convento, existe en Logroño una casa de aspecto solemne, grave, en la cual vive hace tiempo D. Baldomero Espartero, capitan general

de los ejércitos nacionales, Príncipe de Vergara, Duque de la Victoria, Conde de Luchana.....

Llegó el Monarca á la puerta del venerado albergue, y apeándose del caballo, subió por una espaciosa escalera, siguiéndole algunos de la comitiva. En uno de los descansos, vestida de negro, luciendo la banda de damas nobles de María Luisa, apareció la ilustre esposa del ilustre caudillo, é inclinándose delante del noble Príncipe: «Señor, le dijo, perdone V. M. al Príncipe de Vergara si, detenido por sus años y por sus achaques, no ha podido cumplir su ardiente deseo de saludar á V. M. en los límites de la provincia. V. M., benigno y bondadoso, honra hoy con su presencia la casa del antiguo soldado. Indigna es de V. M., pero supla lo que á ella le falte la adhesion leal y profunda de sus moradores.»

Con sentida é inspirada frase contestó D. Alfonso á la Princesa, y encaminóse con impaciencia visible á la habitacion donde estaba el héroe de cien combates, el vencedor de Luchana.

En espacioso gabinete, decorado con cierto lujo grave, se hallaba sentado en un sofá y á las inmediaciones de una chimenea, donde chisporroteaba alegre llama, un anciano de cuerpo pequeño y enjuto, de cara demacrada y pálida y de mirada viva, penetrante é inteligente. Era Espartero, y nos-

otros, que no le habíamos visto jamas, le contemplamos con curiosidad, con admiracion y con respeto, porque aquel hombre, vestido sencillamente de negro y próximo al final de su carrera, era el defensor de las libertades patrias; el que alzó sobre la punta de su triunfante espada, con el auxilio de la España liberal, el trono augusto de Isabel II; el que cerró las heridas del país con el abrazo de Vergara; porque aquel hombre era un valiente, y lo que es aún más grande, era un leal.

Al aparecer el Rey, el Príncipe, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó y D. Alfonso corrió á su encuentro, le tendió cariñoso ambas manos y le obligó á que se sentára. Tomaron asiento el Rey y el General, permaneciendo de pié la Princesa, el Ministro de Marina, el Sr. Montesinos, sobrino de los duques, y los que formábamos la régia comitiva; y despues de un instante de silencio, durante el cual Espartero contemplaba fijamente á D. Alfonso, comenzó aquél con reposado acento á felicitar al Monarca por su advenimiento al trono, por sus victorias en el ejército del Norte, por las ovaciones de que estaba siendo objeto en todas partes y por las relevantes prendas que le adornaban.

Espartero hablaba despacio, se detenia á veces, y alzando los ojos al cielo agitaba su mano derecha, miéntras sus labios se movian pronunciando

palabras ininteligibles. Acaso en aquel momento el ilustre anciano, volviendo los ojos á lo pasado, veia desfilar por delante de sí á los ejércitos liberales que caminaban á la victoria, oia el fragor de la pelea y dictaba en su alucinacion órdenes para cargar el centro carlista, para envolver un ala, para subir á un monte ó para atravesar un pueblo; acaso el anciano se creia entónces jóven, vigoroso, rigiendo su caballo en los campos de batalla... La mano caia inerte, los labios quedaban inmóviles y los ojos del caudillo, bajándose, se posaban con profunda mirada en el Monarca. Espartero veia en él á la ilustre, á la noble, á la generosa niña á quien defendió con bravura é inteligencia en el campo de la lealtad.

Con atencion profunda oia y contemplaba al Duque de la Victoria D. Alfonso, y cuando aquél cesó de hablar, le dijo que eran para él gratísimas las felicitaciones que le dirigia un general ilustre por tantos conceptos; que al ocupar el trono de España se habia jurado á sí propio consagrar su vida entera á la felicidad de una patria tan desgraciada, y que cumpliria su juramento. Entónces el Sr. Marqués de Molins, Ministro de Marina, dirigiéndose al Rey le dijo: «Que puesto que era por derecho propio jefe de la insigne militar Orden de San Fernando y se habia hecho acree-

dor por su bravura á lucir en el pecho la banda de tan ínclita Orden, le rogaba, en nombre del Gobierno, que la luciese desde aquel momento.—No soy todavía digno de honor tan alto, repuso con gran modestia don Alfonso.—Señor, exclamó el general Jovellar, en nombre del ejército que ha admirado el valor de V. M. en los campos de batalla, uno mis ruegos á los de mi compañero el señor Ministro de Marina.» Negóse segunda véz el Rey; y entónces el Duque de la Victoria, con cierto arranque lleno de nobleza y de majestad, exclamó: «Señor, un veterano que sabe cómo ha procedido V. M. en el Norte y cómo se ganan las cruces en los combates, suplica á V. M. que use esa cruz; V. M. ha sido el primer rey de España que, desde Felipe V hasta la fecha, se ha colocado á la cabeza de sus ejércitos; V. M., que será un gran Rey porque es un caballero y un valiente, tiene derecho sobrado á lucir la gran cruz de San Fernando, y yo le ruego que me otorgue el alto honor de aceptar y usar la que conquisté defendiendo los legítimos derechos de doña Isabel II y he llevado en los campos de batalla... Vengan mi banda y mi cruz.» El Sr. Montesinos cumplió en el acto la órden de Espartero, y el Rey le dijo:

«No puedo, bajo ningun concepto, rechazar lo

que venga de manos de un general que tanto vale y á quien tanto estimo.» Alzóse con gran trabajo el Príncipe de Vergara; bajó el Rey la cabeza, y la temblorosa mano del general colocó en el pecho del Monarca la banda roja y la cruz de cuatro aspas.

El cuadro era sublime y conmovedor; el campeon de la Madre en la guerra civil pasada, otorgando con harta razon el diploma de valiente al Hijo, que veia combatido su trono por otra guerra... La frente del anciano y del jóven se confundian; era el abrazo de la tarde y de la aurora de la vida; la union del pasado y del presente para hacer frente al absolutismo. Espartero, con el pié en el sepulcro, al colocar la banda de San Fernando en el pecho de D. Alfonso, con la planta en los umbrales de la vida, le decia: «Adios, tú vienes y yo me voy; yo vencí entónces, tú vencerás ahora; la España que me ayudó á triunfar me espera en las regiones de lo eterno, ceñida de laureles; otra España brava como aquella rodea tu trono; triunfa como yo triunfé; el Dios de las batallas y de las justicias te ampare; hasta la vista. Rey legítimo; triunfador magnánimo y grande, vivirás en el tiempo y en la historia. En el templo de la inmortalidad te aguardo; largo y tortuoso es el camino, pero un corazon valiente, una concien-

cia recta y un alma honrada le andan sin trabajo; que Dios te guie.»

. . . .

«Hé aquí una escena digna del principio de un gran reinado», dijo con inspirada frase el general Jovellar; y el Monarca, quitándose la placa de Cárlos III, única que habia usado desde que puso el pié en tierra española, dijo á Espartero que la aceptase como un recuerdo de afecto. Agradecido recibió el Duque el presente de su Rey, y entónces todos nos retiramos de aquella estancia, dejando solos á D. Alfonso y al General.

XI.

Un cuarto de hora despues, S. M. abandonó la casa de Espartero, y al aparecer en la puerta con la banda roja en el pecho, la inmensa concurrencia que llenaba la plazuela y las calles afluentes, gritó con férvido entusiasmo: «¡Viva el Rey!» cuyo viva fué repitiéndose poderoso de calle en calle.

Montó D. Alfonso á caballo, y siendo objeto de pruebas más ardientes, si cabe, de adhesion y

amor, encaminóse á la casa Ayuntamiento, donde habia resuelto alojarse.

Al llegar S. M. asomóse al balcon á presenciar el desfile de la guarnicion, el cual no pudo hacerse en columna de honor y se realizó marchando de flanco, porque la muchedumbre que se agolpaba al pié de los balcones interceptaba el camino, miéntras embellecia más aquel lugar un bellísimo y caprichoso arco alzado por el cuerpo de artillería y formado con granadas, escobillones, fusiles, bayonetas... luciendo en dos escudos los venerandos nombres de Daoiz y Velarde, y en la parte superior este lema: *El cuerpo de artillería á S. M. el Rey D. Alfonso XII.* Terminado el acto militar, S. M. recibió á las autoridades y comisiones de Logroño y de su provincia, á las damas más distinguidas de la ciudad y á las comisiones de los ayuntamientos y diputaciones de Valladolid y Búrgos, que fueron á rogarle les honrase con su presencia, lo que prometió hacer.

Rodeado de las autoridades y comisiones, del Ministro de Marina, que el de la Guerra se encaminó á Madrid aquella tarde, y de las personas de su comitiva, sentóse S. M. á la mesa á las siete de la tarde, y al finalizar la comida, el Marqués de Molins, fijando la vista en el retrato de doña Isabel II, que pendia de una de las paredes del come-

dor, dijo: «En nombre de S. M. la Reina Madre, brindo por el nuevo caballero de San Fernando y porque su reinado sea próspero, digno y grande; como su ánimo valiente, como es digna la nacion que hà de regir; como es grande la historia que le aguarda.» Todos alzaron las copas entre alegres vivas; y S. M. brindó por el batallon de Cáceres, por las cuatro compañías de la Princesa y por la seccion de ingenieros, que habian defendido el reducto de Muniain, y por la brigada Acellana, con la que vivaqueó en el Esquinza, terminando los bríndis un caballero de Calatrava, que alzó el suyo por el Rey y por los generales restauradores.

Terminada la cena, S. M. apareció en el balcon para presenciar unos bellísimos fuegos artificiales, siendo su aparicion saludada con grandes aclamaciones; y terminado el notable pirotécnico espectáculo, durante el cual dos bandas militares tocaban escogidas piezas delante de las Casas Consistoriales, se retiró á sus habitaciones.

XII.

Al siguiente dia, á las nueve de la mañana, se encaminó S. M. á la estacion entre las filas de los

soldados y las olas de numerosa concurrencia, y siendo objeto de nuevas demostraciones de afecto y simpatía en las calles del tránsito y en la estacion, partió con direccion á Búrgos, acompañado del Gobernador civil y de comisiones de la Diputacion, del Ayuntamiento y de otras corporaciones, llevando eterno gratísimo recuerdo de la brillantísima acogida que le dispensó la noble ciudad de Logroño, que habia sabido poner de relieve sus sentimientos monárquicos y dinásticos, y dejando gratos recuerdos en ella; donde el Ayuntamiento, la Diputacion y otras corporaciones habian dispuesto y repartido espléndidas limosnas para celebrar la régia visita.

CAPÍTULO IX.

DE LOGROÑO Á VALLADOLID.

I.

Pasando por la estacion de Fuen-Mayor, quemada tambien como tantas otras, y entónces llena de concurrencia que le aplaudió y vitoreó entusiasta y leal, llegó S. M. á la de Cenicero, engalanada con arcos donde se leia: *¡Loor y gloria al Rey legítimo de España!* Dominando las ardientes aclamaciones, felicitó el Alcalde á S. M. y le presentó á dos ancianos de venerable rostro, que eran recuerdo vivo de un hecho heróico de aquel bizarro pueblo. Dos veteranos de aquellos que tan alto pusieron el honor de las armas liberales en la pasada guerra civil.

Orgulloso Zumalacárregui con el triunfo obtenido en Fuen-Mayor y en las inmediaciones de Logroño, logrando apresar un convoy de 2.000 fusiles, se dirige á Cenicero dispuesto á apoderarse de

la ciudad, y careciendo ésta de fuerza y estando guarnecida únicamente por voluntarios, éstos, vista la imposibilidad de impedir la entrada de los carlistas y resueltos á no entregar las armas que la Reina les habia confiado para que defendieran el derecho legítimo que representaba, se encierran en la torre y juran morir primero que rendirse. Apercibido Zumalacárregui, comienza á hacer fuego sobre la torre, y viendo que no podia conseguir la rendicion de aquel puñado de bravos, apela al salvaje extremo de incendiarles las casas. Los voluntarios las ven arder, pero léjos de aterrarse, se enardecen más y más, cosa propia de pechos esforzados, y exclaman que no se entregarán jamas á incendiarios, y sigue la lucha hasta que, convencido de que eran inútiles las amenazas, acude el jefe carlista al ruego, que es inútil tambien, y exasperado al cabo hasta el delirio prende fuego á la torre. El humo ahoga á los defensores, las llamas comienzan á envolverles y las paredes empiezan á desplomarse, pero no se rinden y siguen combatiendo con indomable bravura.

Han pasado veintisiete horas; una columna liberal puede llegar de un momento á otro en auxilio de la ciudad, y el cabecilla carlista no cree prudente correr este riesgo, por lo que abandona á los de Cenicero devorando su vergüenza y su der-

rota, miéntras ellos escriben una página gloriosa en la historia de aquel pueblo y en la de la España entera que les aplaudió y les admiró como les aplaude y les admira hoy.

Los hombres que habian llevado á cabo tal hazaña no podian ménos de ser recibidos con íntima satisfaccion por un Monarca tan amante de las glorias patrias como D. Alfonso, y así lo fueron; todos le saludaron con lágrimas en los ojos, exclamando uno de ellos, con entrecortado acento: «Señor: en defensa de la augusta madre de Vuestra Majestad derramamos orgullosos nuestra sangre. Viejos y en las puertas del sepulcro estamos hoy, pero si el trono de Alfonso XII necesita de nuestra vida, hable V. M., que los que fueron leales á la madre, leales serán al hijo.»

«Señores, respondió el Rey, os agradezco desde lo íntimo de mi alma vuestro leal ofrecimiento. Vuestra heroica hazaña la perpetuará ensus páginas la historia española, porque ella vino á ceñir un laurel más á la augusta frente de mi patria, y en la memoria y en el corazon de mi augusta madre vivirá eternamente ese recuerdo de gloria, así como en mi corazon y en mi memoria vivirá tambien unido á otro igualmente grato: al de vuestra lealtad á mi persona.»

«¡Viva el Rey!» exclamó un veterano: «¡Viva!»

repitió la muchedumbre, y momentos despues prosiguió el tren la interrumpida marcha llegando á Haro, donde los ecos de las músicas, el crujir de los cohetes, las voces de las campanas y los vivas de los habitantes recibieron al Monarca, que se detuvo un instante en la engalanada estacion. El comandante militar, Sr. Delgado Sanchez, le felicitó y concluyó diciendo: «Fiel fuí á vuestra augusta madre, fiel seré á V. M.»; el Ayuntamiento, el Juzgado, las comisiones de la guarnicion le felicitaron tambien, y el Rey contestó á todos con su acostumbrada benevolencia.

II.

Pasó el tren por Briones, en cuyo pueblo, desde tiempo inmemorial, se dice todos los viérnes una misa por los reyes muertos, sin que pudiera desterrar esta piadosa costumbre el reinado revolucionario, y saludado el Rey con grandes vítores llegó á Miranda.

Los cañones del fuerte, los vivas de los mirandeses y l osacordes de la música saludaron al re-

gio Viajero, despidiéndose allí las comisiones que le habian acompañado desde Logroño, y ofreciéndole sus respetos el Capitan General y el Gobernador y la Diputacion de Búrgos, el Juzgado, Ayuntamiento y Gobernador militar de Miranda, el presidente de la *Asociacion de la Cruz Roja* establecida en Madrid, y las señoras de la establecida en Miranda, comisiones de la guarnicion y otras muchas personas.

Grande é inmenso fué el entusiasmo del recibimiento hecho en una estacion engalanada, donde resonaron contínuos y estrepitosos vivas y aplausos; y el Monarca, despues de saludar afectuoso á todos, continuó el viaje, siendo objeto de otras nuevas demostraciones de afecto en Pancorbo, Briviesca y Santa Olalla, saludándole en estos puntos los voluntarios, la tropa, los Ayuntamientos, los Juzgados, el clero y las entusiastas muchedumbres.

III.

Eran las dos y cuarto cuando el regio Viajero llegó á Búrgos; la ciudad que, alzada á orillas del Arlanzon, debió su existencia al Conde Porcellos,

por encargo de Alfonso III *el Magno*, acrecentándose en poder y en importancia desde que el conde D. Diego Rodriguez se estableció en ella; la que se rigió por el fuero del Albedrío ó de las Fazañas; la de los condes y de los jueces; la base de la independencia castellana; la cuna de esos dos héroes de la historia y de la leyenda, Fernan-Gonzalez y Rodrigo Diaz de Vivar; la que en lucha con navarros, leoneses y árabes, vence, y de cabeza de un condado se convierte en capital de un reino, arrancando el dictado de reina á los reyes de Leon; la de los Concilios y las Córtes; la primera que establece el rito romano; la que ve á un rey en su seno jurar ante un vasallo que está inocente del crímen de fratricidio; la que contempla á otro empeñando el gaban para comer; la que proclama por rey á Enrique de Trastamara y es víctima de la venganza de Pedro I, aunque éste le alzára el homenaje; la que firma treguas con Portugal, ve hundirse en el polvo á D. Álvaro de Luna, morir á Felipe *el Hermoso*, enloquecer á doña Juana y llegar á Fernando V; la que responde al grito de los Comuneros y recibe en su seno á Cárlos V; la que hospeda á la mujer de Felipe V, á la reina doña María Luisa de Saboya, miéntras D. Cárlos entra en Madrid; la que aloja á Murat, á Napoleon, á José Bonaparte y á Wellington, y oye el

grito de guerra del cura Merino; la que saluda con vítores y aplausos á la reina doña Isabel II y finalmente á D. Alfonso XII.

IV.

Lujosa y profusamente decorada estaba la estacion, donde se agitaban mecidas por el viento banderas nacionales y elegantes gallardetes, y una salva de veintiun cañonazos anunció á los burgaleses que el Rey de España llegaba á la ciudad, cuyo anuncio fué acogido con aplausos y vivas.

Por debajo de un arco de follaje y hiedra costeado por el Ayuntamiento, y en cuyo arco se leia: *A S. M. el Rey D. Alfonso XII.—Al Ejército español.—A la victoria.—A la paz*, deslizóse el tren real, y al llegar á la estacion y al descender el Rey, penetrando en una de las salas de descanso lujosamente halajada, las autoridades y comisiones se apresuraron á felicitarle por su advenimiento al trono, deseándole, como le habian deseado tantos otros y como le desea la España entera, un reinado digno por su grandeza del noble pueblo que está llamado á regir. El Gobernador civil, en un fácil y elocuente discurso le saludó, terminando con es-

tas palabras: «Que Dios bendiga los pasos de Vuestra Majestad! ¡Que Dios le inspire para que, reasumiendo en sí todo lo grande, todo lo imperecedero de sus augustos progenitores, al resplandor que la paz irradie, se vivifiquen y desarrollen los elementos de riqueza con que la divina Providencia ha dotado á nuestra amada patria»; y acto seguido el Alcalde dijo: «Señor: La ciudad de Búrgos se apresura en estos solemnes momentos á saludar á V. M., en quien ve personificada la esperanza de pacificacion de la patria, hondamente perturbada por las civiles discordias. Bien venido seais al país castellano, á la ciudad de los Condes, que ostenta como el timbre más glorioso de su historia la lealtad á sus reyes. Dignaos penetrar en su recinto á fin de que el Rey y el pueblo se confundan en un solo sentimiento, que sea el símbolo de la futura felicidad de la patria.» S. M. contestó elocuente á las dos autoridades, y montando en un lujoso *landau* encaminóse á Búrgos.

La concurrencia era numerosísima estaban engalanadas con gallardetes, banderas y colgaduras las calles del tránsito, y no cesaban ni un solo momento los aplausos, los vivas, las bendiciones, cubriéndose de flores y versos el coche que conducia al Monarca, quien afable y contento recibia las pruebas de adhesion de los burgaleses.

En el paseo de San Pablo otro soberbio arco de gusto bizantino se alzaba, leyéndose en él: *A Alfonso XII el Animoso.—Al libertador de Pamplona.—A la esperanza de la patria.—A la libertad del pueblo español*; y al pasar el Rey por debajo de este arco, verdaderamente notable; los vivas resonaron estrepitosos, los versos y las flores cayeron á millares al paso del régio Viajero, miéntras hendian los aires centenares de palomas que, segun dijo oportunamente el gobernador señor Frances, se asustaban tímidas ante tanto y tanto viva, ante tanta y tanta aclamacion.

Encaminóse S. M. por el histórico arco de Santa María, alzado por Búrgos para recibir al emperador Cárlos V, vencedor de Villalar, á la suntuosa catedral, penetrando en ella por la puerta del Perdon y siendo recibido con los honores debidos á su alto rango.

V.

Brevísimas, como cumple á nuestro propósito, han sido las reseñas, si así pueden llamarse, que hemos hecho de los templos y establecimientos que durante su viaje ha visitado el Rey; pero más

breve áun ha de ser la que á Búrgos se refiera, porque su catedral, su Cartuja, su monasterio de las Huelgas y tantas otras joyas visitadas por don Alfonso, han de describirse siempre de un modo digno de la grandeza que encierran. Esto no es posible ni por nuestra insuficiencia ni por la índole de este libro, así que no harémos más que detenernos un pnnto, porque nunca debe pasarse por delante de los templos de la religion y del arte sin descubrirse la cabeza en señal de respeto y de admiracion, saludando en Búrgos á las grandezas de Dios y al poder de la inteligencia humana.

Alfonso VI ordena trasladar el obispado de Oca á Búrgos, y para levantar un santo templo cede el palacio de sus padres. La catedral, pequeña, pobre, nace, y en ella se enlazan San Fernando y doña Beatriz; pero la iglesia no corresponde á las necesidades religiosas, y reinando ya San Fernando, el obispo D. Mauricio alza la soberbia catedral, que tanto admira hoy y admirará siempre, en el año 1221, terminando la obra colosal en su parte más necesaria, y mejorándola en el reinado de Alfonso XI, con ayuda de los pontífices, de los reyes y de los prelados, siendo el primer arquitecto que trabajó en ella el maestro Enrique, siguiéndole despues Juan Perez y Martin Fernandez.

La fachada principal, llamada de Santa María,

situada al O., la embellecen y adornan dos magníficas torres con más de 300 piés de elevacion, que concluyen con dos soberbias pirámides, divididas como la torre en tres zonas. Sobre los machones del arco central se descubren las estatuas de Asterio y de D. Mauricio, obispos de Oca y Búrgos, y de D. Alfonso VI y Fernando III el Santo, y en todas estas zonas apuntadas se admiran bellos frontones, imágenes de la Vírgen, preciosos rosetones, esbeltos ajimeces, retratos de guerreros y hermosa cristería, donde se ostenta la marquesina de la Vírgen..

Si esta fachada es notable, tambien lo son la de la Coronería y la bellísima portada de la Pellejería, del gusto del Renacimiento, en cuyo ingreso aparecen estatuas de santos, é imágenes de Jesus y de María; la de la capilla octógona del Condestable, dividida en cuatro cuerpos, y la del Sarmental.

La catedral en su interior afecta la forma de una cruz latina, y consta de tres naves paralelas atravesadas por la del crucero, encerrando en sí diez y seis capillas, de las cuales las mejores, como obra de arte, son la del Condestable, la de Santa Ana y la Mayor.

De estilo ojival florido es la primera, y termina su ingreso frente al retablo del altar mayor de la

catedral, en cono semicircular, cerrando esta preciosa magnífica verja de hierro, dividida en dos cuerpos y del gusto del Renacimiento.

El altar mayor de esta capilla, que tiene ábside de tres paños y dos capillas colaterales, es del mismo gusto arquitectónico que la verja, componiéndose todo él de basamentos de dos cuerpos y de un atrio; y los tableros de relieve, de Juriz; las estatuas de los cuatro Evangelistas; la Purificacion, la Vírgen titular de esta capilla; las figuguras de la Pasion, y otras muchas esculturas del siglo XVI son, sin disputa, de lo más bello y acabado que la catedral encierra. El Condestable de Castilla D. Pedro Hernandez de Velasco, virey de Búrgos por los Reyes Católicos, y muerto en 1492, reposa allí al lado de su esposa doña María de Mendoza en sepulcro de mármol, y dos estatuas yacentes de Carrara representan á los ilustres Condes fundadores de la capilla, los cuales tienen á sus piés un lebrel. Otros ilustres vástagos de la casa de Haro descansan tambien allí, y es la obra que nos ocupa, rica como ninguna en pinturas, esculturas y artísticos adornos, admirando entre éstos un altar portátil con incrustaciones de marfil, que se cree era el de campaña del Condestable; el retrato de la fundadora y del Duque de Frias, y la Vírgen de Pórfido, que aparece en el altar mayor.

La capilla de Santa Ana, obra magnífica del siglo xv, tiene su más preciado adorno en un sepulcro de estilo gótico puro, y lo más bello de Búrgos segun Bosarte, cuya magnificencia es superior á todo elogio, y en el cual, duerme el sueño eterno el arcediano Diaz de Fuente, miéntras en otro sepulcro, notable tambien, pero inferior al primero, yace el obispo Acuña, fundador de esta capilla y padre del célebre obispo de Zamora, del indomable comunero. Y no son estos sepulcros lo único digno de admiracion y elogio que la obra de que tratamos encierra; su retablo, de estilo ojival, es admirable, y soberbias pinturas arroban, asombran y extasian.

La capilla mayor, en la cual oyó devotamente Don Alfonso XII el solemne *Te Deum*, fué comenzada en 1577 por los diseños de los hermanos Rodrigo y Martin Naya, y concluida en 1593 por el obispo D. Cristóbal Vela, perteneciendo el género de ella al de la restauracion de las artes. De tres cuerpos con su coronacion es el tallado retablo de nogal, y de estos cuerpos es el primero dórico, el segundo jónico y corintio el tercero, dividiéndose cada uno de los tres en seis tableros, teniendo todos el tablero central, y á más del retablo es notable tambien el Sagrario del gusto de las obras de Villafañe. Santa María la Mayor represéntase

por una efigie de plata de tamaño natural, y teniendo en su regazo al hijo de Dios, descansa en una silla, cuyos brazos tallados figuran cabezas de serafines.

Hemos dicho y volvemos á decir que estas capillas son las más dignas de admiracion y estudio, pero áun hay algo dentro de la suntuosa catedral que les supere á todas: nos referimos á la magnífica torre del crucero, levantada sobre el punto de comun interseccion entre las cuatro naves de la iglesia. Su figura es la de un octógono del gusto greco-romano, rodeado de diademas, y en todo él se admiran infinidad de preciosos adornos, escudos de armas, imágenes de santos, estatuas colosales de patriarcas, profetas y doctores, figuguras de serafines, y finalmente esta inscripcion en una bellísima arandela: «Acabóse año 1567: *opera fabricæ*», cerrándose esta nave de la iglesia con verjas de hierro, regalo del obispo Navarrete.

VI.

Terminado el *Te Deum*, S. M. tomó el camino del Ayuntamiento, siendo aplaudido con entusiasmo inmenso; y despues de penetrar en él, apareció

en el balcon, siendo saludado con aplausos; de presenciar el desfile de las tropas y de recibir á autoridades, comisiones y personas notables de la sociedad burgalesa, quiso, entusiasta admirador de las bellas artes, visitar de nuevo la catedral, y encaminóse allí, seguido de autoridades y comitivas y de la comision nombrada al efecto, á cuya cabeza marchaba el Sr. Bession, autor de la obra notable *Antigüedades de Búrgos*, obra de la que regaló un ejemplar al Rey y á la que remitimos á aquellos de nuestros lectores que quieran conocer todo lo que de notable encierra la antigua capital de Castilla.

Bellos sepulcros, ricas sillerías, como la del coro; magníficas pinturas, venerandos objetos artísticos é históricos encierra el admirable templo; y S. M., que lo recorrió todo, que examinó sus diez y seis capillas, que reveló sus extraordinarios y múltiples conocimientos, permaneció allí cerca de una hora; contempló el crucifijo, y cuando ya se etiraba, dijo: «Aquí debe existir el histórico cofre del Cid.» La Comision habia olvidado enseñar á S. M. este objeto, encerrado en la sala capitular; y el Rey, retrocediendo de nuevo, fué á verle.

Pendiente de una de las paredes y cubierto de polvo está este cofre, de grandes dimensiones y que tiene la misma forma de los actuales, contán-

dose de él diversas cosas. Quién afirma que encierra papeles de gran importancia, relativos á la catedral; quién que la espada del Cid rota; quién que arena, de la que le dejó lleno al tomar de los judíos el dinero necesario para marchar á la conquista de Valencia.... nosotros no sabemos más sino que está más deteriorado de lo que desearíamos, dada la tradicion que le acompaña.

VII.

Terminada esta visita tomó S. M. el camino de la Cartuja de Miraflores, otro de los famosos templos de la ciudad. En el lugar en que hoy se admira el templo alzó Enrique III un palacio; le convirtió en iglesia Juan II; la reedificó Isabel la Católica, construyendo en ella los sepulcros de sus padres y del infante D. Alonso, y la reformó y mejoró Felipe II, hasta cuyo tiempo no terminaron realmente las obras.

La Cartuja en el exterior y en el interior lleva escritas su historia y sus vicisitudes sobre páginas de piedra. El estilo tudesco, aunque no en su pureza; el denominado plateresco; el gótico florido;

el ojival, decayendo el de Berruguete, y el gusto del siglo XVII se observan por todas partes, porque la Cartuja abarca en sí, como la catedral de Zaragoza y tantas otras, los gustos y los órdenes arquitectónicos de muchos siglos.

En aquella Cartuja está grabada profunda y sangrienta la huella del ejército frances, vencedor en Gamonal. En el retablo del altar mayor, comenzado á construir en 1496 por Diego de la Cruz y Gil de Silva; en los sepulcros de D. Juan II y de su segunda esposa doña Isabel de Portugal; en el del infante D. Alonso y en otros muchos lugares del santo templo, se ve la mano destructora de los invasores. Las estatuas de los santos, los magníficos adornos que embellecen el sepulcro del Infante, alzado en una hornacina en la pared, representándose al muerto de rodillas ante un libro abierto; los adornos del sepulcro de los padres de Isabel I, las estatuas yacentes que representan á éstos, despojada de corona y cetro y de una mano, la del rey; los cuadros que engalanaban el altar mayor y las joyas que enriquecian la iglesia, entre ellas el oratorio del rey D. Juan II, que le habia recibido del papa Martino V, todo desapareció en aquella época aciaga, para duelo nuestro y oprobio de los que lo arrebataron; mas á pesar de esto, áun conserva en sí la histórica Cartuja bellezas bastantes

para sorprender y admirar, como admiró y sorprendió al Monarca, quien, despues de recorrerlo todo detenidamente y de recordar, ante el San Bruno de Pereira, la histórica frase : «No habla porque es cartujo», tomó la vuelta de la ciudad, dirigiéndose á la antigua casa de Ayuntamiento, donde practicaban justicia Lain Calvo y Nuño Rasura, conservándose perfectamente la silla en que se colocaban, y que, de forma un tanto parecida á los asientos de coro, nada tiene de notable más que su tradicion. En la misma sala en que la silla está se hallaban provisionalmente y dentro de una urna los huesos del Cid y de doña Jimena, y pendientes de las paredes los retratos de aquél y del Conde Fernan-Gonzalez.

VIII.

Cuando D. Alfonso regresó á su alojamiento, ya comenzaban á aparecer brillantes iluminaciones; y el Monarca, despues de comer, acompañado de comisiones y autoridades, se retiró á sus habitaciones, dirigiéndose á las nueve de la mañana del siguiente dia á las Huelgas reales, donde habia

dispuesto oir misa para encaminarse despues á Valladolid.

Vencedor en las Navas Alfonso VIII, alza por sus propios cristianos deseos, y por sugestiones de su esposa doña Leonor y de sus hijas doña Berenguela y doña Urraca, este monasterio, el más notable de Búrgos bajo el punto de vista histórico, comenzándose su obra en 1180, un año ántes de la derrota de Alarcos, y estableciéndose en 1187 las primeras monjas de la órden del Císter, bajo el gobierno de doña Sol, abadesa del convento de Tulebras de Navarra, de donde fué trasladada. Ocho obispos, nueve ricos hombres y un notario canciller del Rey confirmaron la escritura de fundacion; y Gregorio IX la confirmó tambien en 1232, siendo San Fernando el que comenzó á conceder al monasterio honores y privilegios alzando la iglesia actual, consagrada en 1279 por el obispo de Albarracin, D. Miguel Sanchez, quien consagró tambien el sepulcro del fundador, los de los reyes é infantes, el cementerio de las monjas y los altares.

Jamas ha habido en el orbe católico abadesas de tanto poderío como las de las Huelgas; ellas acumularon grandes riquezas; siendo señoras de cincuenta y una villas y lugares con mero y mixto imperio y conocimiento privativo en lo civil y en

lo criminal; ellas nombraban alcaldes ordinarios; ellas obligaban á los justicias de Búrgos á penetrar en el recinto santo, ó dejando á la puerta la vara, enseña de la autoridad, ó abatiéndola humildemente; ellas, por concesion de Fernando *el Santo*, confirmada por Inocencio IV en 1246, ejercieron jurisdiccion civil y criminal en la plazuela de la Llana, dentro del mismo Búrgos; ellas poseyeron la jurisdiccion canónica cuasi episcopal en once conventos y en los lugares y villas citados, formando una diócesis más dilatada que la de muchos obispos, y teniendo en ella autoridad tan omnímoda que ni los prelados ni los generales de las órdenes podian ponerla coto en virtud de rescriptos pontificios y de una cédula de Cárlos V; ellas, en fin, como expresa Felipe V en una cédula expedida en el Pardo en 22 de Enero de 1728, conocian privativamente en primera instancia de todo género de causas beneficiales, civiles y criminales, mixtas, voluntarias y contenciosas; daban licencia para profesar á las monjas ó para quedar en libertad á las novicias; las autorizaban para disponer de sus bienes ó renunciarlos; concedian títulos para celebrar, predicar, confesar y ejercer la cura de almas; nombraban abadesas de los otros conventos; nombraban notarios y fiscales para los juzgados, y tenian otra multitud de privilegios confirmados ú otorga-

dos por varios pontífices, entre ellos Leon X y Urbano VIII.

Considerado del Real patrimonio, los reyes ensalzaban y engrandecian sin medida este monasterio, en donde estaban llamadas á vivir las infantas que quisiesen abrazar la vida monástica y las que, sin hacer votos, deseáran pasar allí apartadas el resto de sus dias. Seis infantas de Castilla y de Leon, tres de Aragon, una de Navarra, otra de Portugal y otra de Austria profesaron allí; y la autoridad de las abadesas estuvo intervenida por estas señoras, teniendo tambien igual dominio la infanta doña Leonor, hija de Alfonso XI, la cual fué desairada por su futuro esposo el infante don Jaime de Aragon, que renunció al enlace y á la sucesion á la corona haciéndose franciscano; infanta desgraciada que, abandonando despues el convento para casarse con Alfonso IV de Aragon, fué mandada degollar por su sobrino D. Pedro I de Castilla, en Castrojeriz, y yacen en el monasterio sus restos.

Ricas en joyas eran las Huelgas; ricas lo son todavía, pero tambien allí se cebaron los franceses, arrancando el arca de oro macizo sobre cuatro leones y adornada con diamantes y piedras preciosas de todo género, donde guardaban los árabes el Koran y que fué adquirida por Alfonso VIII al vencerles

en las Navas; así como lo fué tambien el soberbio admirable estandarte de Miramamolin, que hoy presta sombra al sepulcro del monarca fundador.

Hemos dicho que bajo el punto de vista histórico es notabilísimo el monasterio que nos ocupa, y con efecto, allí se armó caballero San Fernando; allí dió Alfonso *el Sabio* el espaldarazo al príncipe Eduardo, hijo primogénito del rey de Inglaterra; allí se coronó con inusitada pompa Alfonso XI calzándose con tal motivo la espuela muchos ricos-hombres é hijodalgos, y allí se ciñeron la corona Enrique II y Juan I, conservándose aún la imágen en cuya presencia se armaban los caballeros y que, bajo el punto de vista artístico, no tiene nada de notable.

Por todas las naves de la iglesia aparecen ricos sepulcros, donde descansan los abuelos y padres de los fundadores; los hijos y nietos de éstos; una hija de San Fernando; el rey Alfonso *el Sabio*... y en suma, duermen en el monasterio el sueño eterno diez reyes y reinas, desde Alfonso VII á Alfonso X y desde doña Berenguela, hija del fundador, hasta doña Leonor de Aragon, nieta del mismo; trece infantas, desde doña Berenguela, hija de San Fernando, hasta doña María de Aragon, tia de Cárlos V, habiendo desempeñado tres de estas infantas el cargo de abadesas y sido monjas

cinco; y finalmente, siete infantes, desde D. Fernando á D. Fernando de la Cerda, hijo el primero y biznieto el segundo de Alfonso VIII; siendo de todos los sepulcros de este templo, compuesto de los gustos bizantino, árabe, proto-cristiano y churrigueresco, el más notable el de los fundadores, alzado en el fondo de la nave, rodeado por verja de hierro y cobijadas las estatuas yacentes de los reyes por el riquísimo pendon de seda y oro que hemos mencionado ya.

IX.

Al entrar D. Alfonso en el monasterio recibióle la junta de patronos y la comunidad con toda pompa, pronunciando la abadesa la frase: «Como á dueño y señor os entregamos las llaves de esta casa»; y seguido de su comitiva y de otras personas que le acompañaban, depositó en el sepulcro de Alfonso VIII una preciosa corona, que le habia regalado una bellísima burgalesa, diciendo: «Nadie tan digno de ella como tú, vencedor ilustre de las Navas.»

Con cristiano recogimiento oyó S. M. la misa,

visitando despues todo el convento y aceptando un refresco que le ofreció la comunidad; terminado el cual salió de la santa casa, encaminándose al hospital del Rey, fundado por Alfonso VIII para recoger á los peregrinos de Francia y Alemania y atender á los necesitados, y que reune en su parte exterior é interior los gustos del siglo XIII, en cuya época se construyó la puerta principal, y el del Renacimiento, que tambien aparece en otra de las puertas.

Caballeros de Calatrava, llamados freires, atendian á los enfermos, siendo señoras del benéfico establecimiento las abadesas de las Huelgas nombradas por el fundador y confirmadas por Gregorio IX, cuyo señorío las disputaba el Maestre de la órden, dando lugar á agrias cuestiones que quiso evitar Alfonso XI, quien dispuso que los freires ostentasen un castillo de oro bordado en el escapulario, correspondiente al órden cisterciense, escudo sustituido posteriormente por la cruz que les otorgára como enseña Benedicto XIII, siendo extinguida esta comunidad como tantas otras en 1836, si bien en 1844 se dispuso por Real órden que volviese á cumplir el fin que al nacer se propusieron, no otorgándole el cabildo de comendadores.

Recibido el Monarca en la puerta del Hospital

por la Junta de patronos que se habia adelantado desde el monasterio de las Huelgas, recorrió las salas de heridos y enfermos, otorgando á los primeros recompensas y limosnas á los segundos; penetró en la iglesia, que tiene poco de notable, oró breves momentos, y abandonando el benéfico asilo se dirigió á la estacion, donde le aguardaban casi todos los habitantes de la ciudad, siendo saludado en el tránsito con lealtad y acendrado afecto, y dejando cuantiosas limosnas para los conventos y establecimientos benéficos, así como el Ayuntamiento dió una limosna á todos los pobres de la poblacion y la Diputacion estableció veinte lotes de á 1.000 rs. para otras tantas personas pobres de la provincia, dió 2 rs. de plata á los presidiarios y un extraordinario á los acogidos de la Casa de Beneficencia.

X.

Acompañado del Capitan General interino, del Gobernador civil, de comisiones de la Diputacion y del Ayuntamiento, y de otras personas notables, salió S. M. de Búrgos, altamente complacido del

entusiasta recibimiento que obtuvo, á la una y tres cuartos de la tarde.

En Villodrigo le aguardaba impaciente numeroso pueblo, que le saludó entusiasta, demostrando con sus vítores y con los adornos que ostentaba la estacion el amor que le profesaban; y en Venta de Baños, los ecos de las músicas, los vivas nutridos y el silbar de los cohetes era tambien prueba evidente de adhesion al Rey. Con lujo y con oportunidad y buen gusto estaba decorada la estacion, distinguiéndose el retrato de D. Alfonso, y al detenerse el tren regio, el Capitan General de Valladolid, el Gobernador civil, el Presidente de la Audiencia con una comision de magistrados, el de la Diputacion con otra de diputados, el Alcalde, el director del periódico *La Crónica Mercantil*, una comision de la juventud vallisoletana y las autoridades de Palencia, que se habian apresurado á saludarle en Villodrigo, le hicieron presente el homenaje de adhesion ferviente que sentian sus pechos, ofreciéndole las autoridades de Palencia una magnífica corona, símbolo de la victoria, esperando que pronto le ofrecerian otra como símbolo de la paz. «Esa será la corona más preciada para mí», exclamó el Soberano con patriótico arranque: «¡Viva el Rey!» gritó una voz: «¡Viva, viva!» respondieron por todas partes, y el tren continuó

avanzando, despidiéndose ántes del regio Viajero las autoridades de Palencia y las autoridades y comisiones que le acompañaron desde Búrgos.

XI.

El alegre repicar de las campanas, las salvas de los cañones, los vítores de la muchedumbre y los ecos de la marcha real, saludaron al Rey, que honraba con su presencia á la noble Valladolid, á la antigua Pintia, á la Valle-Ulite, fundada, segun algunos, por el moro Olite, á la que sólo en el siglo XI aparece en la historia con el nombre actual al tratar Sancho II de un convenio con doña Urraca, en el cual proponia cambiar el Infantazgo desde Villalpando á Valladolid.

Villa por villa, Valladolid en Castilla, se dijo un dia al elogiar á esa perla castellana, y nada más justo que este elogio, pues Valladolid resume en sí todas las bellezas, descollando sobre todas las históricas.

El súbdito fiel de Alfonso VI; el caballeresco conde Pedro Ansurez; el que es leal en la desgracia á su rey y en la ingratitud á su reina doña Ur-

raca; el que al verse perseguido, maltratado por ésta, busca refugio en Aragon, pero cuando Alfonso *el Batallador*, divorciado con ella, se apresta á la lucha, devuelve á su reina injusta los castillos y villas que de ella tenía y va despues á poner su cabeza á los piés del aragonés, que le admira y le perdona; ese hombre ilustre y leal, que inspiró estos versos, más oportunos cada dia:

. . . .
Por tales somos tornados,
Que el mentar los enterrados
Es ultraje á los vivientes;

es el primero que ejerce el cargo de Señor de Valladolid y que comienza á engrandecer á la modesta villa, siguiendo vinculado en su cuna tal señorío, hasta que, muerto Armengol III, lo repartió entre el Papa Inocencio III y su hija Aurembiax, testamento que, ó por la fuerza ó por las concesiones, rasgó Alfonso VIII, haciéndose dueño de la ciudad, otorgándosela á su hija doña Berenguela, hermana y tutora de Enrique I, y uniéndola desde entónces á la corona castellana.

Con tanta ó con mayor razon que á Búrgos podemos llamar á Valladolid la de los Concilios y la de las Córtes, puesto que para mejorar la disciplina de la iglesia, para unir á los desavenidos reyes de Portugal y Castilla, para deponer á un Obispo,

para poner coto á los albigenses y á ciertos abusos de una parte del clero, para llevar la guerra á Tierra Santa, para acallar los disturbios, se reunen los primeros en la villa desde los tiempos de Pedro Ansurez á los de Alfonso XI; miéntras éstas, para ocuparse de la conducta del de Lara, tutor en tiempo de Enrique I; para establecer leyes que reglamentáran el vestir y el comer; para exigir servicios á los prelados y ricos-hombres; para rechazar la proposicion hecha por el infante don Enrique de entregar Tarifa á los moros; para hacer importantísimas leyes y examinar los privilegios de las iglesias; para declarar exentos de todo pecho á los vallisoletanos; para confirmar las prerogativas que los ricos-hombres é hijodalgos gozaban desde las Córtes de Aragon; constituir las behetrías y casas solariegas; establecer ciertas contribuciones y amortizar ciertos bienes; para escuchar los dolorosos lamentos de Juan II derrotado en Aljubarrota y la voz de las comunes necesidades y establecer reglas fijas sobre derechos, atribuciones y deberes de eclesiásticos y seglares; para devolver la obediencia á Benedicto XIII, Papa de Aviñon; para oir y desestimar el Rey las peticiones de los procuradores; para jurar los nobles no apoderarse por ningun pretexto de las rentas reales prestando apoyo á los recaudadores, juramento

que hizo nacer la célebre pragmática *Sobre la toma de rentas reales;* para dar providencias sobre los tributos de ciertos pueblos y sobre las behetrías; para exigir de Cárlos V que no proveyese los empleos en los extranjeros, otorgándole al mismo tiempo 900 cuentos de maravedis y haciendo diversas leyes, y finalmente, para atender á los intereses del Estado, poner un dique á la autoridad real y velar por los derechos del pueblo, miéntras éstàs, repetimos, se reunen tambien desde los tiempos de doña Berenguela á los del Emperador Cárlos V.

XII.

Retrato fiel de las épocas y de las costumbres caballerescas y turbulentas de la tierra castèllana es la ciudad que nos ocupa; la favorita de esas dos grandes figuras de la historia, de Pedro Ansurez y de doña María de Molina y patria de San Francisco Regalado, de Felipe II y de otros muchos, honor y gloria de la tierra española.

En ella lucha doña Berenguela contra la soberbia del de Lara y se corona rey Fernando, hijo de ésta; en ella contrae matrimonio Alfonso *el Sabio*,

que comienza allí su célebre código de las *Siete Partidas;* en ella reclama la corona Sancho *el Bravo*, y es detenida ante las cerradas puertas la ilustre doña María de Molina, la mujer de Sancho IV, madre de Fernando IV y abuela de Alfonso XI; la bienhechora de la ciudad, la de ánimo esforzado y varonil, de acrisolada virtud, de superior inteligencia, que contiene durante el reinado de su marido y de su hijo y en la minoría de su nieto, los ímpetus de la díscola nobleza y del levantisco populacho, legando á la historia un nombre venerando é ilustre, honra del trono español; en ella se resolvieron las dificultades habidas entre los infantes D. Juan y D. Pedro y las pretensiones del de la Cerda; en ella se encargó del reino á la edad de 15 años Alfonso XI, alzándose despues el estandarte de la rebelion contra el Gobierno por las sugestiones del judío Juseph y en contrario del conde Alvar Osorio, al que tuvo que despedir el Monarca para hallar franco el paso; en ella se unió Pedro I de Castilla con doña Blanca de Borbon, y vió, como su padre viera, desconocida su autoridad, no pudiendo castigar á los rebeldes por haberse apoderado de la villa su hermano D. Enrique; en ella hizo los preparativos para llevar la guerra á los ingleses, D. Juan II; ante ella llegaron en són de amenaza contra el Monarca, el ar-

zobispo de Toledo, el maestre de Alcántara y otros nobles, logrando evitar la lucha doña Leonor de Navarra; en ella permaneció encerrado y oculto durante seis años el rey D. Juan II; nació Enrique IV, nombrado heredero del trono, y nació la conjuracion que despues de tres intentonas y de tres paces concertadas, decapitó al poderoso valido de Juan II, á D. Alvaro de Luna, muriendo un año despues y dentro de la misma ciudad el soberano, subiendo al sólio D. Enrique, que se habia desposado allí y que vivió despojado de ella por algun tiempo, merced á la conjuracion fraguada en Búrgos y á cuya cabeza se puso el Almirante de Castilla; en ella se desposaron los Reyes Católicos, miéntras el rey luchaba contra los moros y los vallisoletanos se alzaban imponentes contra los descendientes de los judíos; en ella, reyes ya, moraron algun tiempo D. Fernando y doña Isabel, saliendo despues para la lucha; se creó la Santa Hermandad y se estableció el Tribunal de la Inquisicion, decretado en Medina del Campo el 27 de Setiembre de 1470 y establecido definitivamente en Valladolid el 1500, asistiendo la Reina al primer auto de fe; en ella murió el hombre más grande que registra la historia, Cristóbal Colon; en ella permaneció Felipe *el Hermoso* con doña Juana, á quien propuso encerrar por loca, rechazando la

proposicion las Córtes; en ella juró Fernando V la liga de Cambray y se publicó con gran aparato la excomunion lanzada por Julio II contra Luis de Francia; en ella se alzó la protesta contra los ejércitos permanentes que pensaba formar el gran Cisnéros, quien, enérgico y decidido llevó á cabo su pensamiento, á despecho de oposiciones y contrariedades; en ella entró el Emperador el 18 de Noviembre de 1517, con gran regocijo de los castellanos, quienes despues, al dirigirse éste á Galicia para celebrar Córtes, se amotinaron y quisieron cerrarle el paso, siendo bien pronto vencidos y castigados; en ella nació el fuego de las comunidades á la llama de los incendios de Medina, atizados por Fonseca, poniéndose á la cabeza de los comuneros D. Juan de Granada, hermano de Boabdil y convertido al cristianismo, siendo durante este amargo período teatro de desórdenes, de luchas, de conmociones, la perla castellana, hasta que se hundieron las comunidades en la sangrienta rota de Villalar, al amanecer del 23 de Abril de 1521, rota en que los comuneros murieron sin luchar, y Padilla, Bravo y Maldonado subieron valerosos al cadalso; en ella nació ese gran rey, acaso el primero de la española monarquía, Felipe II (miéntras Clemente VII caia prisionero en Roma por las fuerzas imperiales), en cuyo reinado fué elevada al

rango de ciudad, trasladándose en 1601 la córte á allí, donde se juró y ratificó por el rey la paz de Vervins, despojándosela de esta dignidad en 18 de Agosto de 1606, que volvió la córte á Madrid; en ella nació Felipe IV y contrajo matrimonio Cárlos II; en ella juró Felipe V, en 1710, restablecer la córte, despues del desastre de Zaragoza; en ella se estableció Dupont, general en jefe del 2.º Cuerpo del ejército frances, en 1808, y despues Napoleon, que quiso vengar asesinatos aislados cometidos en los soldados invasores; en ella penetró Zariátegui en la guerra civil pasada, y en ella, finalmente, ha permanecido un dia el Rey D. Alfonso XII.

XIII.

La Diputacion provincial y el Ayuntamiento en pleno, Comisiones del Cabildo y párrocos, Audiencia, Juzgados, Colegio de abogados, Universidad, Instituto, Academia de Medicina, ingenieros de caminos, minas y montes, Academia de Bellas Artes, Círculo Conservador, guarnicion, gentiles hombres, Ayuntamiento de Rioseco y otros que sería prolijo enumerar, cubrian el andén y saludaron con un ar-

diente viva, contestado fervorosamente por la apiñadísima numerosa concurrencia, al egregio Monarca, quien montando á caballo encaminóse á la ciudad seguido de dichas Comisiones y de su comitiva particular.

¿Qué podemos decir del recibimento hecho por Valladolid á S. M.? Que es imposible trasladar al papel, con verdad de colorido, las impresiones del pueblo castellano el dia 11 de Febrero de 1875.

A la entrada de la calle de Santiago alzábase un arco monumental, de estilo árabe, costeado por la Diputacion y embellecido con este lema: *La provincia de Valladolid á S. M. el Rey D. Alfonso XII.* Las flores y los versos alfombraban el suelo; las palomas hendian los aires y los vivas poblaban el espacio. Llegó S. M. á la calle de la Lencería, y otro arco de capricho, costeado por el Ayuntamiento, con las fechas 30 de Diciembre y 11 de Febrero (recuerdo la primera del alzamiento restaurador, y la segunda de la entrada del Rey en Valladolid) se descubria.

Por entre la numerosa y alegre concurrencia avanzaba con bastante trabajo S. M., teniendo la honra de darle la escolta el brillantísimo escuadron de caballeros cadetes, y llegando al fin á la santa iglesia catedral, donde iba á entonarse el *Te Deum.*

XIV.

Fundado este templo como colegiata por Pedro Ansurez, cuyo sepulcro yace junto al Evangelio, descubriéndose su estatua, recostada sobre la urna, su espada y una inscripcion que reseña la vida y hechos del Conde, de cuya inscripcion hemos sacado los versos apuntados ántes; en tiempo de Felipe II y por bula de Clemente VIII pasó á catedral, trazándola entónces, en obsequio á la Vírgen de la Asuncion, conforme á los planos de Herrera, quien no pudo acabar de construirla por encargarse de la obra admirable del Escorial, sustituyéndole, con notable perjuicio del comenzado edificio, Churriguera, cuyo gusto ha puesto el sello á la obra, que es sólida y de buenas proporciones, pero que anunciaba ser una de las joyas del orbe católico. La fachada, compuesta de dos cuerpos, es de órden dórico, descubriéndose en ella las estatuas de San Pedro y San Pablo, estando en el arco principal de la misma la imágen de la Santa Vírgen; y el interior, compuesto de tres naves, es de órden corintio, admirándose en el coro la sillería, cuyo di-

seño se atribuye á Herrera y que fué costeada por el duque de Lerma, siendo lo más admirable de la catedral la magnífica custodia, de cuatro cuerpos, regalada por Arfe y construida por Villafañe.

Bajo regio dosel arrodillóse D. Alfonso en el altar mayor, bastante sencillo, adornándole una magnífica Asuncion de Zacarías Velazquez, escuchó con devota atencion el santo *Te Deum*, ante numerosa concurrencia que llenaba las sagradas naves; y terminado el acto religioso, montó nuevamente á caballo, dirigiéndose al palacio de Justicia, donde tenía preparado alojamiento, palacio engrandecido por Felipe III, con unas casas compradas al Duque de Lerma, palacio que luce en las galerías de sus patios los talentos de Berruguete; que es majestuoso, grave y esbelto en su forma; que desde Felipe II se ha visto como vivienda de los reyes y bajo cuyos techos vino al mundo el desgraciado príncipe D. Cárlos, hijo del gran Rey.

XV.

Para presenciar el desfile de las tropas asomóse S. M. al balcon, y el espectáculo que presentaban

la ancha plaza y las calles afluentes era grandioso. Millares de seres formando una masa compacta se agitaban vitoreando al Monarca cien y cien veces, saludándole y denominándole la esperanza de la patria, el libertador de Pamplona. Valladolid entero estaba allí, no bastando calles y plazas á contener la inmensa ola; y á pesar de todo, ni un desórden, ni un incidente desagradable, nada; los vallisoletanos, fijas las miradas en el Rey, que desde el balcon les contemplaba ufano, no pensaban más que en dar rienda suelta á sus sentimientos monárquicos y dinásticos; y cuando al desfilar las compañías de flanco, porque en columna de honor era imposible, saludaban al Rey gritando: «¡Viva Alfonso XII!», «¡Viva!» contestaban ellos, y el eco del viva se prolongaba mucho tiempo.

Terminado el militar espectáculo, retiróse don Alfonso del balcon, siendo saludado nuevamente; quedó en la plaza la misma concurrencia, y el Rey, despues de recibir á las Autoridades y Comisiones citadas, montó en un lujoso carruaje puesto á su disposicion y se dirigió á la Academia de Caballería.

XVI.

Lujoso y elegantemente adornado estaba el militar establecimiento. Un templete de ramaje y banderas conducia á la calle de árboles que da entrada á la Academia; trofeos de armas adornaban, envueltas entre laurel y mirto, las ventanas, y encima de la puerta se leia: *Plus ultra*, destacando sobre fondo de banderas, luciendo á más los balcones nueve trasparentes, con las armas de la Casa de Borbon sobre manto real el del centro, y los demas con las insignias de las órdenes militares y con bellísimas é inspiradas poesías alusivas al objeto.

Adornados como la fachada estaban los patios interiores, y brillante de limpieza y admirable de simetría se hallaba todo el local, luciendo en cuarenta ventanas colgaduras azules con flores de lis de oro.

Eran las cuatro y media cuando S. M. entró en la Academia; nadie le aguardaba; en el palacio de Justicia estaban los jefes y oficiales, y los caballeros cadetes que no daban el servicio de escolta discurrian por la capital; pero apénas corrió la no-

ticia de que D. Alfonso iba á la Academia, todos acudieron á sus puestos.

Al deslizarse el coche que conducia al Monarca por debajo del templete de que hemos hablado, se abrió un globo que pendia de la bóveda, dando libertad á centenares de palomas que llevaban al cuello cintas de colores con esta inscripcion en letras de oro: *La Academia Militar de Caballería á S. M. D. Alfonso XII.*

Todo el establecimiento le recorrió el Monarca con suma complacencia, viendo en el salon de exámenes un retrato de su augusta madre, dirigiendo palabras de felicitacion y aplauso al Director y á todos los jefes y oficiales por el brillantísimo estado del establecimiento, y recibiendo varios obsequios que le hicieron, entre ellos un trabajo del capitan profesor Sr. Sousa y un ejemplar lujoso del álbum de notabilísimas poesías dirigidas á D. Alfonso por oficiales y caballeros cadetes.

XVII.

Finalizada la visita, S. M. volvió al Palacio de Justicia, y terminada la comida, á que fueron invi-

tadas autoridades y comisiones, dirigióse al magnífico teatro de Calderon. Eran las nueve de la noche; las calles se veian llenas de gente, y brillantísimas iluminaciones arrojaban torrentes de luz sobre el alegre y leal pueblo vallisoletano. «¡Viva el Rey!» gritó un hombre del pueblo al ver á este encaminándose al teatro: «¡Viva!» exclamaron millares de voces, y al grato murmullo de estos vivas penetró S. M. en el teatro, que presentaba un espectáculo admirable. Lo más escogido, lo más selecto de la sociedad vallisoletana estaba allí, y al aparecer en su palco D. Alfonso, todos se pusieron en pié, batió la orquesta marcha real, agitaron las señoras los pañuelos y los hombres sus sombreros, y los gritos de «¡Viva el Rey, ¡viva la Reina madre, ¡viva la Princesa de Astúrias!» resonaron bajo los techos, cantándose en el acto un himno alusivo al objeto, y dando despues principio la funcion dramática, leyéndose en uno de los entreactos inspiradas poesías á S. M.

Éste, despues de aceptar un espléndido refresco, se dirigió al teatro de Lope, donde obtuvo igual recibimiento y se leyeron bellísimas poesías, y terminada la funcion dramática se encaminó á la plaza, iluminada profusa y elegantemente á la veneciana, donde presenció unos sorprendentes fuegos artificiales, siendo saludada su aparicion en los

balcones de la Casa Capitular con repetidos vítores. Terminado el pirotécnico espectáculo, fué obsequiado el Monarca con un refresco espléndido, y acto seguido se retiró á su alojamiento por entre las olas de adicta concurrencia que le saludaba con acendrado amor.

XVIII.

A las diez de la mañana siguiente encaminóse D. Alfonso á la Universidad, trasladada desde Palencia, donde la habia fundado Alfonso VIII, por Fernando III *el Santo*, y que luce hoy, como justo homenaje de afecto y de gratitud, las estatuas de Alfonso VIII, verdadero fundador; de Alfonso XI, que la concedió 20.000 maravedises; de Juan I, que eximió de pechos y tributos á los maestros auxiliares y bachilleres, y de Enrique III, que la hizo tambien espléndidas donaciones. Bajo el punto de vista arquitectónico ofrece poco de notable este edificio, sobre todo en su parte exterior, exageradamente churrigueresca, puesto que en el interior tiene el magnífico salon de claustros, adornado con los retratos de los reyes de la casa de Borbon, desde Fernando VI hasta Isabel II.

Inmensa concurrencia aguardaba á S. M. en la

puerta del establecimiento, y los vítores y los aplausos retumbaron cuando apareció á la vista de los que impacientes le aguardaban, y cuando descendiendo del coche penetró en la Universidad, á la que otorgó el derecho de cubrirse ante la autoridad real, como lo hace la de Salamanca.

Al frente del claustro de profesores saludó á Su Majestad en un fácil, breve y elocuentísimo discurso, el Sr. Rector, y al terminar éste S. M. respondió: «Agradezco á la Universidad de Valladolid la adhesion que me ofrece y la felicitacion que me dirige, las cuales estimo en cuanto valen. Los centros de enseñanza me han inspirado siempre veneracion y amor, y jamas les desatenderé, porque creo que el saber y la ciencia labran la felicidad de los pueblos y de las sociedades y sobreviven á todos los cataclismos; así es que el poder de Cárlos V ha muerto y la lengua que entre vosotros hablaron Pinciano y Felipe II y escribió Cervántes vive todavía.....» La concurrencia era numerosísima, el salon estaba materialmente cuajado de gente, lo mismo que la escalera y las habitaciones inmediatas, y todos acudian á contemplar al Rey, y todos gritaron movidos por poderoso impulso, cuando S. M. cesó de hablar: «¡Viva Alfonso XII! ¡Viva el Rey ilustrado! ¡Viva la esperanza de la patria!»

XIX.

De la Universidad se dirigió el Monarca al Manicomio, fundado por el oidor Velazquez de Cuéllar en 1489, y trasladado para darle mayores proporciones en 1847 al palacio que füé de D. Alvaro de Luna (¡leyes misteriosas del destino!), y visitando D. Alfonso el establecimiento donde los dementes son atendidos con el mayor esmero, se encaminó á la estacion, siendo saludado con grandes y entusiastas aclamaciones.

Seguido del Capitan General, del Gobernador civil, de comisiones del Ayuntamiento y de la Diputacion, montó el Rey en el tren entre los acordes de la marcha real, los estampidos de los cañones y los vítores de la ciudad entera agolpada en la estacion, y el tren partió llevándose el Rey grato imperecedero recuerdo de los vallisoletanos, y quedando allí eterna dulce memoria del coronado Príncipe.

Allí tambien vió el desvalido mitigadas sus penas y aminoradas sus privaciones por la largueza del Rey, que otorgó cuantiosas limosnas, y por las corporaciones y comisiones, que se apresuraron á

secundar tan filantrópicos sentimientos. Los profesores de la Universidad resolvieron dar treinta y ocho premios á los alumnos más aventajados ; los del Instituto costear los derechos del grado de bachiller á seis que fueran pobres ; la presidenta de la Asociacion de socorros para los heridos en campaña, distribuyó una respetable cantidad en metálico entre los soldados enfermos y heridos ; las señoras de la Cruz Roja repartieron 4.000 reales entre los mismos y 6.000 entre los soldados hijos de la provincia que han quedado inútiles en la presente guerra ; el colegio de Notarios distribuyó 200 varas de lienzo entre las niñas que concurren á las escuelas públicas ; la junta directiva del Círculo del Recreo costeó cuarenta trajes para los alumnos de las escuelas públicas y de la Academia de Bellas Artes ; los jefes y oficiales de la Academia de caballería repartieron una respetable cantidad entre el Asilo de pobres y la parroquia de San Ildefonso ; la Audiencia dió una comida extraordinaria á los presos ; la Intendencia militar dió otra á los del Asilo y un abundante socorro á los desvalidos de la parroquia de San Martin ; la Diputacion dió una limosna á las esposas de los vallisoletanos casados y sin familia pertenecientes al batallon sedentario, y 1.000 reales á cada uno de los diez hijos de la provincia que resultáran heri-

dos en la primera accion que libró el ejército en presencia de S. M., y el Ayuntamiento suministró durante tres dias 3.000 raciones bien condimentadas á los pobres de la poblacion.

CAPÍTULO X.

DE VALLADOLID Á MADRID.

I.

Al arrullo de vítores y aplausos S. M. abandonó á la perla castellana, tomando el camino de Avila y siendo objeto en todas partes de grandes ovaciones.

En Medina del Campo, ennoblecida con la estancia de los Reyes Católicos y con la muerte de la gran Isabel I, la estacion estaba lujosamente engalanada, y apiñada concurrencia discurria por el andén aguardando la llegada de D. Alfonso. Al aparecer el tren que le conducia: «¡Viva el libertador de Pamplona, viva la esperanza de la patria, viva Alfonso XII!» gritaron los medinenses y el tren detuvo su marcha, al mismo tiempo que ecos de músicas y estampidos de cohetes retumbaban.

El Alcalde felicitó al Rey con fácil y elocuente palabra, deseándole un reinado grande como el

de Isabel I y haciendo votos al cielo porque como aquella reina ilustre devolviese al agitado país la apetecida paz ; y S. M., agradeciendo la felicitacion, repuso que jóven como él era la reina, que nunca podria igualarla en gloria, pero que amando á su pueblo como la Reina Católica le amaba y admirando en la conquistadora de Granada las relevantes virtudes que el mundo admira tambien, tendria siempre presentes aquellos hechos, y tomando como guía y como norma á la ilustre señora, sólo por el país y para bien del país reinaria.

En todas partes las frases de Alfonso XII habian sido escuchadas con profundo silencio y saludada su terminacion con grandes aplausos y nutridos vivas, y lo que en los demas puntos ocurriera ocurrió tambien en Medina del Campo, donde se despidieron de la real Persona todas las autoridades y comisiones que le acompañaron de Valladolid, exceptuando el Capitan General, que prosiguió la marcha, y el Gobernador civil de Avila y comisiones de la Diputacion y del Ayuntamiento de dicha ciudad le ofrecieron sus respetos, dándole las gracias en nombre de los avilenses porque se dignaba penetrar en la ciudad, y el Rey contestó con su acostumbrada oportunidad y resonaron varios vivas, contestados con gran fervor por los medinenses, y silbó la locomotora y el tren partió.

II.

Entre el humo denso que arrojaba de su seno la poderosa máquina, divisáronse bien pronto colgaduras y gallardetes, oyéndose despues entusiastas vivas al mismo tiempo que el tren se detenia: eran las dos de la tarde y D. Alfonso estaba en Avila.

A Avila, cuyos célebres toros parecidos á los de Guisando, atestiguaban su remoto orígen; á esa, encerrada en un círculo de murallas alzadas en el siglo XI; á la que se la cree fundada en los tiempos semihíticos; á la que han considerado unos historiadores patria ó asiento de cuarenta y dos Hércules y fundacion de Alcídes; otros, de orígen finicio; otros, obra del Hércules Egipcio, 1.600 años ántes de la venida de Jesucristo, y otros, finalmente, alzada por Nabucodonosor II, rey de los caldeos, dándole el nombre que actualmente tiene, ó en recuerdo de otra ciudad perdida, ó por su situacion topográfica; á Avila llegó D. Alfonso leyendo en sus almenas, en sus arcos, en sus calles, en sus campos, toda una historia de bravura

y de lealtad, y entró en la ciudad con satisfaccion íntima, porque Avila, célebre é ilustre por tantos títulos, tiene unida su historia á la historia de los Alfonsos y á las glorias de los castellanos.

La patria de Santa Teresa de Jesus y de Sancho Dávila; la que cuenta entre sus obispos á Presciliano el Apóstata y al Tostado, siguiendo en los tiempos de romanos y cartagineses las vicisitudes de la España entera; elevada á colonia por los primeros y adscrita al convento jurídico emeritano; vió caer sus antiguas murallas á una señal de Tarik, que clava allí el estandarte de la media luna, abatido despues por Alonso *el Católico*, flotando el lábaro santo sobre ella, hasta que un dia cae á su vez al golpe de la cimitarra de Abderraman-Aben-Meruan.

Ya en poder del cristiano, ya del árabe, ya sublevándose con el Walí de Toledo contra el Emir de Córdoba; ya cayendo en poder de Alfonso III, de Ramiro II de Leon, de Almanzor que la destruyó, de Garci Fernandez y de Almudafar, vive en contínuo sangriento combate, hasta que el reinado de Alfonso VI la concede un instante de reposo. Repoblada por el conde D. Roman, luchas intestinas de los bandos de San Juan y San Vicente la conmueven, la peste y el hambre la azotan, sus adalides y sus escuderos la llenan de

gloria en los combates, y un dia, que el árabe altivo y orgulloso con sus triunfos, marcha sobre ella para dominarla, una mujer aparece en las murallas, Ximena Blazquez, y conserva cristiana y castellana á la que habia de ser refugio y amparo del emperador Alfonso VII y de Alfonso VIII (al lado de cuyo rey combatió su concejo en las Navas de Tolosa), de Alfonso XI y de Juan II.

Gobernada por los fueros de Castilla, Fernando III *el Santo* y Alfonso X se los otorgaron mayores; Alonso X tuvo en ella Córtes; Sancho *el Fuerte* se tituló rey y celebró las honras de su difunto padre; Fernando *el Emplazado* y la reina doña María vivieron allí por algun tiempo; el obispo D. Sancho defendió á Alfonso XI contra los Laras y los Castros; D. Enrique *el Bastardo* la vió unirse á su partido; Juan I pasó por ella para ir á luchar en Aljubarrota; Juan II dió su mano á doña María de Aragon, y halló en los avilenses defensa contra los enemigos del Condestable y contra el infante D. Enrique, los cuales en la ciudad misma se unieron para volver la privanza al de Luna y la libertad al Monarca, que salió de allí, donde habia sido nombrado D. Alvaro maestre de Santiago, con la enfermedad que le arrastró al sepulcro; tuvo Córtes Enrique IV, y sublevadas contra él, se vió con asombro el célebre y conocido *desacato de Avi-*

la, arrancando corona, manto y cetro á una estatua, que al final rodó por tierra y que representaba al Rey, proclamando rey al infante D. Alonso, que murió al poco tiempo, y ofreciendo la corona á doña Isabel, que la rechazó; los comuneros crearon su célebre Junta, que despues se trasladó á Tordesillas, comenzando á formar allí Juan Padilla las huestes de Villalar; en la guerra de la independencia, D. Camilo Gomez se lanzó á combatir al sácrosanto grito de «atras el extranjero», y en la guerra civil los avilenses, valientes y leales como lo habian sido siempre á sus reyes, excepcion hecha de Pedro I, por lo que se dijo *de Avila los leales*, se ponen al lado de la reina doña Isabel II. Y esta historia, que recorremos rápidamente, fija en la mente del Rey, le hacía, como ya hemos dicho, llegar satisfecho á la ciudad de los *cantos y de los santos.*

III.

Bombas, voladores, repiques de campanas y ardientes vivas saludaron á Alfonso XII cuando descendió del tren en la engalanada estacion, don-

de le aguardaban la Diputacion provincial, el Ayuntamiento, el cabildo catedral, el Director del Instituto provincial, el Decano del Ilustre Colegio de Abogados y una comision de éstos, las sociedades de *Amigos del País* y de la *Amistad*, el Comité Alfonsino, el Círculo de Recreo y numerosísima concurrencia.

Adornada con escudos que lucian las armas de España, de Avila y de la casa de Borbon estaba la estacion, así como el camino que conducia á la ciudad, y S. M., montado en un carruaje preparado al efecto, se encaminó á Avila, oyendo vítores y aplausos calurosísimos.

Dos arcos habian alzado los avilenses en honor del ilustre viajero y en prueba de acendrada adhesion. El primero, rebajado y revestido de follaje, á las inmediaciones de la estacion; el segundo, de medio punto, en la calle de San Segundo, y escudos y banderas adornaban al primero, y en el último, de mucha más grandiosidad, se leia: *Libertad.— Orden.— Moralidad.— Justicia.—Paz.— Economía.— Trabajo.— Agricultura.—Industria — Comercio* y *Artes*, inscripciones grabadas en elegantes trasparentes. En el friso del cornisamento y en la parte correspondiente á los estribos se descubrian las fechas que recordaban el nacimiento del Rey, su proclamacion, su entrada en

Pamplona y su llegada á Avila; y en la parte de este mismo friso, correspondiente al verdadero arco, se veian: por uno de los frentes, *¡Viva Alfonso XII!* y por el otro *La Diputacion*, terminando el arco dos tarjetones con los nombres *Pamplona* y *Sagunto*, y adornándole más y más banderas, gallardetes y escudos con las armas de la ciudad y de sus cinco partidos judiciales.

En el arco de los Leales, el Síndico del Ayuntamiento, avanzando, dijo al Monarca, presentando en una bandeja de plata las llaves de la ciudad: «Señor: como Síndico de la municipalidad de Avila y siguiendo una tradicional costumbre, presento á V. M. las llaves de esta noble y leal ciudad, que se felicita y siente indecible entusiasmo al recibir dentro de sus históricas murallas al Rey D. Alfonso XII.» El Rey repuso: «Agradezco y estimo el presente que Avila me hace, porque esta ciudad, siempre protectora de los Alfonsos, me será fiel á mí como lo ha sido á todos sus reyes.» Concluidas estas palabras entre grandes aplausos, y con objeto de escuchar el solemne *Te Deum* dispuesto, dirigióse S. M. á la por tantos títulos notable Catedral; á la que alzó á Alfonso VII á la vista de Alfonso V de Aragon; á la que amparó á Alfonso XI; á la que presenció los desposorios de Juan II y las investiduras de grandes maestres de

Santiago y Calatrava de D. Alvaro de Luna y de D. Pedro Giron; á la que guarda bajo sus bóvedas los sepulcros del obispo Madrigal, tan universalmente conocido por el nombre del Tostado, de San Segundo y de tantos otros; á la que se ha visto enriquecida y llena de honores por pontífices, reyes, príncipes y prelados.

Segun Arix, se construyó en 10 años, desde 1097 á 1107, por el maestro Estella, y segun otros, comenzó á levantarse en el siglo XII, terminándola á últimos del XIV ó primeros del XV, siendo uno de los artífices Eruchel, á quien enriqueció Alfonso VIII, pareciendo de las dos opiniones sobre la fundacion de la iglesia la más verosímil la de los que la juzgan comenzada á alzar ó por Garci-Fernandez, como recuerdo de la batalla de Simáncas, ó por el conde Raimundo, padre de Alfonso el Emperador; aunque acaso las dos creencias sean exactas, por ser dos las iglesias: una la antigua de Estella y la otra de Garci-Fernandez ó de don Raimundo, lo que parece cierto por lo consignado en la primera carta de dotacion que obtuvo el templo en tiempo de Alonso el Emperador, y en la cual se expresa que trescientos sesenta años ántes de restaurarla su padre (el conde Raimundo) carecia de pastor y ovejas. Pudo pues existir una catedral deshecha por el tiempo, y pudo nacer de entre

las ruinas de la primera la Catedral actual, pues es de todo punto imposible la construccion en la época y forma que expone Arix. Y es imposible, porque interior y exteriormente el templo que nos ocupa encierra el gusto arquitectónico de varios siglos y no hay en esa Catedral, tan notable por varios conceptos, la homogeneidad que revela la existencia de un solo autor, puesto que en ella se admiran el gusto gótico, el bizantino, el barroco y el churrigueresco, siendo notables sus portadas y las dos torres, una de ellas sin terminar, que se creen construidas en el siglo XIV, á cuyos fines, ó todo lo más á principios del XV, debió estar terminada, como hemos dicho, pues en una bula de Eugenio IV se habla de conservacion, pero no de nuevas construcciones.

S. M. penetró en el majestuoso, grave, triste, opaco templo, más por el color de sus sillares que por la falta de luces, y de cuyas naves la más elevada es la central, afectando el magnífico crucero alzado en el siglo XIV, en la interseccion con la nave central la figura de una estrella, iluminándole magníficos ajimeces de estilo gótico, siendo tal su belleza y su solidez, que Cianca la denomina hermosa y fuerte fábrica y la cree obra del obispo Blasco Jimeno, cuyas armas luce; S. M., deciamos, penetró en el templo, se dirigió al altar mayor, cu-

yo retablo fué comenzado á pintar á últimos del siglo XV por Santos Cruz y Pedro Berruguete, padre del famoso escultor, y concluido en el siglo XVI por Juan de Borgoña; oyó el *Te Deum*, contempló un instante el sepulcro del Tostado, cuya efigie se ve sentada vestida de pontifical y escribiendo una de sus numerosas admirables obras, leyéndose en versos nada notables el elogio del gran obispo; examinó la sillería del coro, comenzada por Juan Rodrigo y concluida por Cornielis de Holanda, el churrigueresco sepulcro de San Segundo, cuyos restos se trasladaron allí, en 1594, por Marruguin, desde la parroquia de San Sebastian, y la custodia de Arfe, una de las primeras obras de arte; y abandonando el santo templo, se encaminó alAyuntamiento, entre los vítores y aplausos de los avilenses; recibió á diversas comisiones y á las personas más notables de la ciudad, y á las cuatro de la tarde encaminóse á visitar la basílica de San Vicente, la iglesia de Santo Tomás, el convento de San José, llamado de las Madres, y el de Carmelitas Calzadas.

IV.

La visita á los templos dió principio por la basílica, alzada en el sitio en que los santos mártires

Vicente, Sabina y Cristeta sufrieron el martirio; basílica á la que otorgaron dones los reyes, contribuyendo á alzarla y á terminarla, entre ellos, Fernando III, Alfonso X y Fernando IV, dominando en esta obra admirable el gusto bizantino, exceptuando el crucero, que es gótico, y siendo soberbia la fachada principal.

S. M. penetró en la basílica, cuya antigüedad la remontan algunos hasta lo increible, afirmando fué la misma alzada por aquel judío de la leyenda que, al insultar á los cadáveres de aquellos santos, víctimas de la persecucion de Daciano, una enorme serpiente que les defendia se arrojó sobre él y sólo salvó la vida jurando hacerse cristiano y construir aquel templo, que debió elevarse durante la paz de Constantino, lo cual es completamente imposible, ya por los muchos años que tendria de existencia, ya por las vicisitudes por que pasó la ciudad, ya porque en el templo resalta más que nada el gusto del siglo XIII.

El Rey, con esa aficion á las bellas artes que tanto le distingue, examinó las soberbias naves de la admirable basílica, grave, majestuosa y sombría, y se dirigió, finalmente, á contemplar el aislado mausoleo de los mártires.

Este sepulcro, objeto de temor y de superticion durante la Edad Media, y ante el cual se dirimian

las cuestiones apelando al juicio de Dios, hasta que lo prohibieron los Reyes Católicos; este sepulcro, que no sabemos si guarda ó no los restos de los Santos, puesto que fueron sacados de Avila por García, abad de Arlanza, á fines del siglo XI y nada hablan de la restitucion los escritores del siglo XIII, refiriéndose, por otra parte, que en tiempo de Enrique IV nada pudo descubrir tampoco, aunque lo intentó, el obispo Vilches; este sepulcro se alza sobre un arco de piedra sostenido por doce arcos lobulados, en cuyo asiento aparece la urna, adornada de preciosos relieves, apareciendo en la parte de la cabecera el Salvador, sentado, y en la parte correspondiente á los piés la Adoracion de los Reyes, engalanando más y más la obra afiligranados doseletes.

Dentro de los cinco compartimientos de la Epístola se admiran episodios de la vida de los santos: la presentacion al Juez, los tormentos, la muerte, la defensa por la serpiente, y sepultura; y por el lado opuesto, reyes, guerreros, magos, caballeros. Formando dosel al sepulcro se alzó sobre un cuadrilongo, del que arrancan cuatro columnas orladas con sus capiteles, macizo pabellon, en cuyos frentes se ven las armas reales y las de los señores y obispos que contribuyeron á construir el mausoleo, elevándose en la parte supe-

rior una figurita que acaso representa al Santo.

Examinado el templo, descendió el Monarca á la cripta labrada bajo los tres ábsides y donde se halla una vírgen llamada de la Soterraña, que afirman fué descubierta allí en el siglo XI y era muy adorada por San Fernando, y contemplando esta imágen permaneció algun tiempo.

VI.

Terminada la visita á San Vicente tomó el Rey el camino de Santo Tomás, fundado por la viuda de D. Fernando Acuña, virey de Sicilia, y elevado á la plenitud de su desarrollo y de su belleza por el célebre Torquemada, en los años de 1482 á 1493, con los bienes confiscados á herejes y á judíos, cediendo este templo á los religiosos los Reyes Católicos en Medina del Campo el 23 de Marzo de 1494, erigiendo éstos allí una universidad, que confirmó despues Enrique IV.

S. M. penetró en el templo, en cuya portada se ve el escudo soberano, y cruzando la majestuosa nave fué á examinar un sepulcro notable colocado en el lugar donde regularmente se ven los altares mayores, y cuyo sepulcro encierra una esperanza de

los Reyes Católicos, al Infante D. Juan, hijo único de éstos, muerto en Salamanca y enterrado en aquel templo en 1494. Revelando, como revelaba á cada paso, sus profundos conocimientos arquitectónicos y su buen gusto, el Rey contempló el sepulcro sobre el cual aparece la estatua del Infante con diadema, envuelto en los pliegues de su manto con la espada á un lado y tirados los guantes; estatua mandada construir por su esposa Margarita de Austria, como contempló tambien despues el de los *amos del príncipe*, segun dice el epitafio, no tan notable como el anterior; y subiendo al coro, examinó la notabilísima sillería, llamándole con razon sobrada extraordinariamente la atencion las primeras sillas, llamadas *de los reyes*, y que lucian el nudo gordiano y el haz de flechas.

Como el tiempo avanzaba, abandonó el Monarca aquel templo, en cuya sacristía afirman que yace, bajo sencilla losa, Torquemada; y fué á visitar los conventos de las Carmelitas calzadas y de San José.

VII.

Poco de notable, bajo el punto de vista arquitectónico, y mucho bajo el histórico, tienen estos

templos. En el primero de ellos tomó el hábito esa mujer ilustre, esa doctora sapientísima, esa reformadora infatigable que, víctima de la envidia y de la calumnia, vivió en perpétua lucha, arrojada á veces de venerandos asilos, adonde la volvia despues la fuerza poderosa de la justicia; esa célebre escritora, cuyas obras enriquecen y honran las bibliotecas de todos los pueblos civilizados y los gabinetes de estudios de todos los sabios; esa, que *enemiguísima* primero de ser monja; jovial, alegre, comenzó su vida escribiendo un libro de caballería; y ve despues á Jesus que se le aparece y á un ángel que con un dardo de oro, en cuya punta brilla una llama, abrasa su corazon en amor de Dios; vision mística que hoy se celebra con el nombre de la Trasverberacion; esa, en fin, que el mundo católico conoce con el nombre de Santa Teresa de Jesus, y que, nacida en Avila el año 1515, es la gloria más grande de la ciudad.

En las Carmelitas, donde tantos años permaneció la Santa; donde tuvo lugar la Trasverberacion; donde ejerció el cargo de priora, visitó S. M. el lugar de la vision divina, y las que fueron habitaciones de la Doctora; colocó en la mano de una imágen de ésta una corona que le habian regalado los avilenses; visitó las ermitas del jardin, recordando entónces la otra visita que siendo niño hizo acom-

pañado de S. M. la Reina; y en San José, fundado por. Santa Teresa una de las veces que tuvo que abandonar las Carmelitas calzadas, y reconstruido por Francisco Mora en 1608, vió el pequeño cuarto donde la Santa dormia, el reducido poyo donde sentada en el suelo escribió muchas de sus obras admirables, y el pedazo de tosco leño donde reposaba aquella cabeza privilegiada, retirándose despues al Ayuntamiento.

VIII.

Terminada la comida, á la que asistieron el señor obispo, el Capitan General de Castilla la Vieja, el Gobernador civil de Avila, el Alcalde y otras Autoridades y Comisiones, S. M. se asomó al balcon principal, para presenciar unos notables fuegos artificiales, siendo saludado al aparecer y durante ellos con nutridísimos vivas, y retirándose á las doce á sus habitaciones, despues de dar limosnas para los establecimientos benéticos, lo que habian hecho por su parte tambien las Autoridades, corporaciones y Comisiones avilenses.

IX.

S. M. habia dispuesto emprender la marcha á las siete de la mañana siguiente con direccion á Madrid; pero una ligera indisposicion que le molestó desde las tres de la mañana hasta las nueve hizo preciso retrasar la salida, que no tuvo lugar hasta las once y tres cuartos, á cuya hora las campanas de las iglesias y los cohetes anunciaban á los avilenses que el Rey partia, y todos se apresuraron á acudir á la estacion y á poblar las calles del tránsito para darle con nutridos vivas pruebas nuevas de adhesion, cariño y respeto.

Hasta Navalperal acompañaron á D. Alfonso el reverendo é ilustrado señor Obispo, el Capitan General de Valladolid, el Gobernador civil y Comisiones de la Diputacion y del Ayuntamiento de Avila, y allí detuvo el tren su marcha; despidiéronse del regio Viajero los que le acompañaban; saludóle con fervor el pueblo y prosiguió la marcha llegando al Escorial, en cuya estacion, lujosamente engalanada con arcos, banderas y gallardetes, aguardaban el clero del pueblo, los empleados del Real patrimonio, el Ayuntamiento, el pueblo entero, el Capitan General de Castilla la Nue-

va, el Gobernador civil de Madrid y Comisiones de la Diputacion y del Ayuntamiento. La ovacion fué inmensa, indescriptible, entusiasta, superior á cuanto podemos reseñar, y el tren partió al eco de los vivas y de los aplausos, llegando á la estacion del Norte, en la capital de España, el 13 de Febrero á las dos de la tarde.

El decorado de la estacion era espléndido, numerosa y escogida la concurrencia. Los Ministros, Capitanes generales de ejército presentes en Madrid; Oficiales generales con mando y muchos en situacion de cuartel; Comisiones de todos los centros y corporaciones oficiales y millares de seres de todas edades, clases, sexos y condiciones esperaban en el andén al Monarca; y miéntras las bandas militares batian marcha real y los cañones con sus lenguas de bronce saludaban al Rey, todos le vitoreaban con inmensísimo entusiasmo, siendo esta ovacion digno remate de tantas y tantas como obtuvo en su dichoso próspero viaje.

X.

Montó S. M. á caballo y se encaminó, seguido de numeroso brillante séquito, á su palacio, vito-

reándole durante el tránsito numerosa concurrencia, y en la Real capilla entonóse un *Te Deum*, teniendo lugar despues brillante recepcion, concluida la cual se retiró á sus habitaciones, asistiendo aquella tarde á una solemne Salve en Atocha y siendo en las calles objeto de entusiasta ovacion.

CONCLUSION.

I.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo. Tranquilos en nuestra conciencia, sometemos la obra presente al juicio de nuestros lectores. Acaso en algunas cuestiones no hallen éstos lo que deseaban ó esperaban, pero no es culpa nuestra y sí de las circunstancias. Lo hemos dicho al tratar de las operaciones del ejército, y lo repetimos ahora, refiriéndonos á todo lo que el libro encierra; no es esta la ocasion más oportuna para examinar y juzgar ciertos hechos, ni lo consentia tampoco la índole especiabilísima de nuestro trabajo. Reseñar á grandes rasgos nos propusimos, y la reseña hecha está.

Hemos visto á la Restauracion alzarse poderosa, incontrarestable, salvadora, volviendo por derechos escarnecidos, borrando injusticias cometidas, hundiendo en el polvo ingratitudes manifiestas. Vueltos los ojos á lo pasado, hemos contemplado con amargura á la patria en brazos de una re-

volucion, caminar, sin órden ni concierto, de desgracia en desgracia y de conmocion en conmocion hácia un abismo, de donde la apartó valiente un general ayudado por el esfuerzo poderoso del derecho y de la opinion; hemos admirado al Monarca, niño expatriado, ausente de la tierra en que nació, dedicando sus años al estudio, á la meditacion, como obedeciendo á una intuicion del futuro ó á una voz sagrada que le dirigia, miéntras una mano poderosa alzaba ante sus ojos el velo que ocultaba lo porvenir, y le hemos visto, finalmente, llegar á su patria, volver al solitario hogar, sin que en su camino, sembrado de flores y tapizado de alfombras, una lágrima ó una gota de sangre marchitasen la hermosura de esas flores arrojadas á su paso por el entusiasmo popular, grande, vivísimo, espontáneo, ardiente, poderoso, indescriptible; le hemos visto aplaudido por todas partes y por todas partes bendecido llegar á su córte, hollar el pavimento del alcázar de sus mayores á los acordes de la marcha real, al estampido de los cañones, á los ecos de las campanas, á los vivas ardientes de los españoles, y despues marchar al Norte, atravesar las líneas enemigas, contemplar los combates en las guerrillas, alzar el bloqueo puesto á una ciudad por tantos títulos ilustre, conquistar la extensa línea fortificada por

el enemigo y herir de muerte á ese horrible monstruo que se llama la guerra civil y que, miserable vampiro, se alimenta implacable de tanta sangre generosa; y hemos visto más aún, hemos visto á la encarnacion de ese soñado derecho que el Pretendiente ostenta para azote de la patria, acudir al lado del Príncipe augusto, que representa la legitimidad, despojando con este paso noble, oportuno, desinteresado, hijo de una conviccion profunda y de muchos años de estudio y de análisis de los hombres y de las cosas, despojando con este paso, repetimos, á esa guerra de su último asomo (si alguno llegó á tener) de razon y de autoridad.

Un dia el telégrafo anunció á Europa que Cabrera, el bravo guerrillero tortosino, el caudillo de la pasada guerra civil, recuerdo vivo de la antigua lucha titánica, habia reconocido como Rey de España á D. Alfonso XII. El hecho era cierto, y poco despues Cabrera, alzando su voz autorizada, se dirigió á su partido y al mundo en esta forma:

«AL PARTIDO CARLISTA.

»Debo y deseo explicar á mi partido el acto voluntario, espontáneo y patriótico que he llevado á

cabo, reconociendo á D. Alfonso XII como Rey de España, y á fuer de soldado que tiene acreditada su lealtad, voy á hacerlo con entera franqueza.

»Ofenderia á mis amigos de siempre, á mis compañeros, á mis hermanos, y me ofenderia á mí mismo, si protestase de la rectitud de mis intenciones y de la nobleza de mis sentimientos.

»*Dios*, *Patria* y *Rey*, dice nuestra bandera: *Dios* primero, luégo la *Patria*, despues el *Rey*. Olvidar á Dios y destruir la patria por un rey es romper en jirones nuestra bandera. No haré yo tal: como católico, como español, no puedo hacerlo. Y porque la religion y la patria reclaman imperiosamente la paz, y porque la Providencia en sus altos designios así lo quiere; sobre el deber de una consecuencia estéril está el deber de una abnegacion fecunda.

»Yo cumplo este deber con profunda conviccion; y al aceptar un hecho, al reconocer como rey á don Alfonso XII, pongo en sus manos, para que la guarde y la honre, la bandera que siempre he defendido, en donde están escritos los santos principios de nuestra causa.

»No formularé aquí un capítulo de culpas; no responderé á los insultos, á las calumnias y á las indignidades de que he sido blanco, con censuras acerbas y ni siquiera con acusaciones razonadas:

veo en todo lo que pasa una gran desdicha, y mi corazon es demasiado noble para no respetar la desgracia de mi partido.

»Las mismas causas que en 1839 y en 1848 destruyeron nuestros esfuerzos, han retoñado en 1875. ¿Hemos de sostener siempre esta lucha sorda, este gérmen de discordia, que condena á un eterno martirio á nuestra patria? ¿Hemos de predicar sobre cadáveres la caridad, hemos de levantar el órden sobre la perturbacion, hemos de practicar nuestros principios sobre las ruinas de un pueblo?

»Nuestra causa ha tenido siempre soldados heroicos, mártires sublimes, sacrificios admirables. ¿Por qué no hemos triunfado?

»Permitidme que guarde respetuoso silencio; pero creedme bajo mi palabra de caballero y de soldado, yo conozco los motivos; y porque los conozco y amo á mi patria, doy este paso con el intento de salvar los principios que siempre he defendido, que seguiré defendiendo y que espero me ayudaréis á defender, en un terreno noble, generoso, fecundo; donde yo estaré á vuestro lado, y donde moriré, si Dios oye mis ruegos, habiendo alcanzado para vosotros la admiracion de vuestros mismos enemigos.

»Es necesario para saber lo que valeis, haber

vivido entre vosotros, conocer vuestras necesidades, vuestras aspiraciones; en una palabra, saber que lo que defendeis son los principios fundamentales de toda sociedad honrada. Pues bien, yo quiero consagrar el resto de mi vida á influir, con la energía propia de mi carácter, para que el soberano á quien deseo confiar nuestra causa, haga justicia á vuestras aspiraciones, para que los gobiernos hagan ménos política y más administracion, piensen ménos en la ciudad y más en el campo; para que atiendan á vuestros sentimientos, á vuestra educacion, á vuestro bienestar; y vosotros podeis ayudarme en esta empresa, con la cual quiero terminar mi vida, robusteciendo el principio de autoridad y estimulándole con vuestra fuerza y vuestro ejemplo á hacer justicia á todos.

»Si yo creyera que por el camino que seguis, podiais ir al triunfo, mi sangre regaria ese camino. Para vosotros nací, con vosotros he vivido; ¡qué mayor gloria que morir por vosotros!

»Siempre he estado dispuesto á acudir á vuestro lado y á daros cuanto soy: no han querido ni mis consejos ni mi persona. Léjos de vosotros, en mi retiro, os he seguido paso á paso, os he visto sacrificar, y el alma se me iba tras de vosotros. Acatando la voluntad de Dios, lamentaba la ceguedad que malograba vuestros esfuerzos.

»Yo hubiera deseado que la Providencia nos hubiese favorecido. Por mi parte he cumplido mi deber en todo tiempo, anunciando los peligros, dando los consejos que mi edad y mi historia me obligaban á dar.

»La sangre generosa de los soldados se malgasta en gloriosos pero estériles combates; el país ha visto su valor y pericia, pero espera en vano conocer la política de sus hombres de gobierno. Tenemos á la Europa liberal enfrente, y nada se ha hecho por asociar á nuestra causa los elementos afines que en ella contamos; somos católicos, y sin embargo, no hemos logrado que el Jefe de la Iglesia nos bendiga siquiera. En esta situacion, la guerra podrá prolongarse muchos años, pero al fin y al cabo, áun dado el triunfo, colocaríamos nuestra bandera sobre un monton de ruinas.

»Es dolorosa esta verdad; pero es una verdad.

»D. Alfonso, que por circunstancias providenciales, y sin ser responsable, por su edad, de errores funestos, ha sido colocado en el trono, ha sentido un deseo que le engrandece: ¡la paz! Sus partidarios le han secundado. Uno y otros, admirando vuestras virtudes, reconociendo vuestra lealtad, han creido que era preciso terminar la lucha con una gran abnegacion y un gran espíritu de justicia. Me han hecho saber estos nobles propósi-

tos ; y yo, que podia haber abandonado á los que en el abandono me han tenido, he querido, con un gran sacrificio, dar á todos ejemplo.

»Creo que, despues de oirme, habrá en el partido carlista la discrecion y el respeto debidos para juzgar mi conducta; porque si hasta hoy he sabido sufrir ataques y calumnias, ejercitando mi abnegacion, deberes más imperiosos que los de la prudencia me obligarian á hacer manifestaciones, que es mejor para bien de la historia que se pierdan en un olvido generoso.

»Hablo á vuestra razon y á vuestro sentimiento; os expongo lealmente mi resolucion. Si la imitais, haréis una gran cosa obedeciendo á la voz del patriotismo, que pide sobre todo la paz. Si no, quedará rota nuestra bandera : ¡vosotros os quedaréis con *Rey;* yo llevaré conmigo *Dios* y *Patria!*

»París, 11 de Marzo de 1875.—RAMON CABRERA.»

II.

¿Qué podemos decir nosotros en condenacion de esa guerra infame, sanguinaria é injusta, despues

de lo que tan elocuentemente dice el General Cabrera? Dios y la patria la maldicen; por Dios y por la patria es necesario que concluya.

Vosotros, los que ofuscada la razon luchais en contra de la libertad, de la justicia y del derecho; vosotros, los que manteneis al país en continua alarma; los que tremolais altivos el estandarte de la rebelion, volved en vosotros... Vuestro lema *Dios*, *Patria* y *Rey* está escrito en la bandera bajo cuyos pliegues se cobija Alfonso XII, bandera que no es un insulto á la civilizacion, que une en estrecho abrazo al catolicismo y á la libertad bien entendida, porque siendo el catolicismo regenerador y salvador, es necesario, absolutamente necesario que no se divorcie de los siglos; que siga al mundo en su marcha; y así, y sólo así, podrá detenerle cuando camine al precipicio; alentarle cuando desfallezca; darle vigor, entereza y brío cuando su ánimo decaiga, porque así y sólo así podrá cumplir su sacratísima mision. Caminando á la cabeza del mundo, agitando en su mano la antorcha sagrada de la fe; iluminará el camino que el mundo siga. Colocado á su espalda. ¿Para qué servirá esa luz radiante? Para hacer más densa la oscuridad de los que avancen y para derramar sus olas sobre los sepulcros de hombres y de generaciones hacinados en la ciudad de los muertos; y no es ésa,

y no puede ser ésa la mision de la doctrina predicada por Dios encarnado.

Del labio augusto del Hijo del hombre brotó, como de manantial fecundo é inagotable, la verdad cristiana; verdad eterna y que como tal ha de presidir siempre al mundo, ha de caminar á su frente, porque es preciso que el cristianismo sea el guía que conduzca á la raza humana, á esa Sion veneranda donde reposa majestuoso y grande el Dios de todos los hombres y de todas las edades.

III.

Hubo un tiempo en que los delirios ó las aberraciones no respetaron como debieron á esa religion augusta que profesa la mayoría inmensísima del país; pero hoy no es posible, no, que el catolicismo sufra porque ocupa el trono un príncipe católico, porque la nacion, á quien han servido de escuela sucesos pasados, volverá por los fueros de la verdad y hará que se respeten las creencias católicas que alimenta; cese pues esa lucha, que en nombre de la religion es un sacrilegio horrible, y en nombre de la patria un crímen infame.

Coronado de espinas, agobiado de golpes y de insultos y cargado con pesada cruz subió triunfante á la cúspide del Gólgota el anunciado por los profetas. Considerando á todos los hombres sus hermanos, porque todos eran hijos de su *Padre Celestial*, el que pudo á una señal de su diestra, á un rayo de su mirada pulverizar al mundo, convertir los mares en espumosa catarata, poblar los espacios de fuego, murió perdonando y bendiciendo; y de sus cenizas sagradas salió brillante el nacarado fénix de la verdad. Sus hijos, sus apóstoles, sus creyentes enrojecieron las arenas del circo romano, los campos de Europa y Asia, y se hundieron los dioses del panteon, y rodaron en el polvo los ídolos impuros del paganismo, y acabó para siempre el reinado de la materia, elevándose sobre su tumba esplendoroso y grande el reinado del espíritu.

Tres siglos de combate rudo, de titánica lucha sostuvo la verdad contra el error, y á los tres siglos la cruz del Gólgota proyectó su sombra sobre la frente del Capitolio. En aquellos trescientos años la sangre se derramó á torrentes, pero ni una gota fué vertida por mano de cristianos. ¡Si la verdad para sostenerse necesitase apelar al crímen, al exterminio, la verdad estaria empañada y desde tal momento perderia su principal condicion, su más preciado atributo...!

Dos religiones se han repartido principalmente el imperio de las conciencias : la una la del alma, la otra la del cuerpo ; celestial, espiritual la primera; terrenal y material la segunda: estas religiones son el cristianismo y el mahometismo. Los apóstoles de la primera para convencer mueren; los sectarios de la segunda para dominar matan. *Id á donde os reciban*, dice el Evangelio; *Exterminad al que no os escuche*, grita el Koran; y el Evangelio es el libro de Dios, y el Koran es la soberbia de un hombre. Matar á un hombre, sembrar el llanto, el dolor, la amargura, la desgracia en nombre de la religion del Crucificado, es una impiedad infame, y Dios maldecirá á los que á tal extremo lleguen, porque Dios, al tomar forma humana, enseñó á morir y no á matar, y porque el árbol plantado en el Gólgota por Cristo no necesita riegos de sangre para crecer.

Ya os lo hemos dicho; la religion Católica Apostólica Romana, única verdadera, ésa en la que nosotros hemos nacido y morirémos, no puede ser, no ya insultada y atropellada, sino ni desatendida; pero en el caso imposible de serlo, nadie que de católico blasone tiene el derecho de lanzar el grito de guerra en defensa de èlla. Déjese el terror para el triunfo efímero de la mentira: la verdad vence sólo con aparecer que si un dia la luz *resplandeció en*

las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron, bien pronto iluminó con sus sagrados deslumbrantes rayos la faz del mundo.

Caridad, fraternidad clama y enseña el cristianismo; y si no podeis llevar la desolacion á los combates en su nombre, ¿podeis llevarla en nombre de la patria? Tampoco. El seno de España está desgarrado; la en un tiempo señora de dos mundos; la que vió siempre al sol besando sumiso los pliegues de su bandera, muere agobiada bajo el peso de esos infortunios que vosotros la proporcionais, y con vuestra inconsciente ayuda allende los mares, gavillas de ingratos reniegan de ella que les ha dado lo que tienen y les ha hecho lo que son; y una lucha titánica y criminal se sostiene allí para arrebatarla el más bello floron de su corona. Vuestro valor, que somos los primeros en reconocer, no sólo estéril, sino perjudicialísimo aquí, sería salvador allá. Terminada esta guerra que nos devora, aquélla moriria tambien. ¿Y qué esperais con proseguirla? ¿Triunfar? Vosotros sabeis que no es posible; vosotros sabeis que la conciencia pública os rechaza, porque vosotros, con muchos miles de hombres cuando la patria estaba al borde del precipicio no habiais podido vencer, como no venceréis jamas.

Oid la voz de la patria que, como toda madre,

es generosa siempre, y deponed las armas; si no lo haceis, el valor de nuestro ejército os las arrancará de las manos y sobre vuestra tumba, que en el primer caso se alzarian palabras de olvido y de perdon, caerán en el segundo, como asolador torrente, justísimas y terribles imprecaciones.

Conoceis vuestra impotencia; sabeis lo que sois y lo que podeis ser; os llamais defensores de la religion, y el jefe de la Iglesia no os bendice y llama rey al que lo es, á Alfonso XII; y el episcopado y el clero español se apresuran á saludar al Monarca, á bendecirle, á desearle felicidades sin cuento; os llamais representantes del derecho, y la Europa os lo niega con su actitud, como os lo niega con sus leyes la historia; os apellidais patriotas, y la patria sufre por vuestra conducta desatentada y os maldice muchas veces, al verse abatida, pobre, desgarrada... ¿Qué sois, pues? ¿qué representais, no representando ni á la religion, ni al derecho, ni á la patria? Lo repetimos otra vez más: deponed esas armas homicidas, puesto que no podeis vencer. Si desoís nuestros consejos, si os reís de ellos, peor para vosotros; el partido liberal, unido como un solo hombre alrededor de Alfonso XII, su única solucion, su salvacion única, os exterminará, sin que tengais derecho á impetrar misericordia ni de Dios ni de los hombres; la patria entera os com-

batirá, porque sois la negacion de todo progreso, de toda civilizacion, de todo adelanto; porque sois lo absurdo en armas, y si algunos de los que en las filas liberales militan no oyesen la voz del país y con acciones insensatas tratáran de entorpecer la marcha triunfadora de la España entera, sucumbirian lo mismo, y sobre las cabezas de esos hombres caerian tambien las maldiciones de Dios, de la patria y de la historia.

FIN.

APÉNDICE.

APÉNDICE.

Instrucciones entregadas á los comandantes en jefe de los cuerpos de ejército. (Hay un sello que dice: *Ejército del Norte. E. M. G.*)

Instrucciones que se han de observar para las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal.

Para emprender estas operaciones, el ejército se divide en tres cuerpos: el 1.° y 2.°, que conservan su actual organizacion, y un 3.°, al mando del general Despujol, que se compondrá de los siete batallones que ha traido del ejército del Centro; la brigada Zenarruza, del 3.er cuerpo; los batallones de Soria y reserva número 9; el regimiento caballería de la Reina; tres baterías de ocho centímetros; una de diez centímetros, y una compañía de ingenieros que le dará el 1.er cuerpo; el batallon reserva núm. 23; dos escuadrones de Farnesio y una compañía de ingenieros del 2.° cuerpo, componiendo todo un total de catorce batallones, seis escuadrones, ocho piezas de montaña, procedentes del

Centro, diez y ocho de ocho centímetros y cuatro de diez centímetros, y dos compañías de ingenieros.

El 1.er cuerpo se compondrá de veinte batallones, dos regimientos de caballería y diez y seis piezas de montaña, con tres compañías de ingenieros.

El 2.º cuerpo tendrá veinte batallones; dos regimientos y dos escuadrones de caballería; cuatro baterías de ocho centímetros de seis piezas cada una; otra de diez centímetros con cuatro piezas, doce de montaña y cuatro compañías de ingenieros.

Organizado así el ejército, el dia 28 del corriente estará reunida en Tafalla la division Despujol con las demas fuerzas que se le agregan. El 1.er cuerpo ocupará los cantones de Olite, Pitillas y Beise; y el 2.º, que habrá mandado á Tafalla la brigada Pino, ocupará los de Peralta, Falces, Andosilla y Lerin.

El dia 27 el general Despujol, con una brigada, ocupará el Pueyo, dejará otra en Tafalla en sustitucion de la brigada Pino, y con el resto de sus fuerzas marchará á Artajona. El 1.er cuerpo permanecerá en sus cantones, excepto una division, que protegerá el ataque del Pueyo, que volverá á pernoctar á su canton. En el mismo dia el general Portilla con la brigada Acellana marchará de Peralta á Tafalla, reemplazándole en el primero de aquellos puntos una brigada de la division Fajardo, para dar la guardia á S. M. el Rey; la otra brigada permanecerá en Tafalla.

El dia 28 el general Despujol se ocupará, sin variar su canton, en recomponer las carreteras, para tener

expeditas sus comunicaciones, y en abastecer de víveres á sus tropas. Del 1.er cuerpo una brigada pasa á ocupar á San Martin de Unzue y las demas permanecen en sus cantones, excepto las de Olite, que dejarán desocupado este pueblo. Del 2.° cuerpo la division Fajardo pasará á Olite y el general Tasara concentrará la suya en Lerin. En dicho dia marchará S. M. y el cuartel general á Tafalla.

El dia 29 las tropas descansarán en sus respectivos cantones y se completará el aprovisionamiento.

El dia 30 el general Despujol continúa en Artajona y concluye el aprovisionamiento y recomposicion de carreteras si no hubiera terminado el dia anterior. El 1.er cuerpo se concentra en San Martin de Unzue y el 2.° no ejecuta movimiento alguno.

El 31 el general Despujol sacará todas sus fuerzas de Artajona y el Pueyo, hace con ellas un alarde y vuelve á los mismos puntos.

El 1.er cuerpo avanza por Lerga sobre las líneas de Sangüesa y Lumbier; este movimiento lo protege el general Portilla con una brigada de su division y otra de Despujol; ocupa las alturas de San Martin y regresa á pernoctar en Tafalla.

El general Fajardo hace marchar á este punto una brigada, que volverá á Olite cuando Portilla regrese á Tafalla.

El general Fajardo pasa á Miranda de Arga.

El 1.° de Febrero el general Despujol continúa, aunque en mayor escala, su alarde de fuerza, y deja en

reserva la brigada Pino para que esté descansada en la operacion del dia siguiente.

El 1.er cuerpo sigue su movimiento de avance sobre la retaguardia enemiga hasta coronar la posicion y alturas del valle de Unciti hácia el rio Irati.

Del 2.° cuerpo la brigada de la division Portilla, que está en Tafalla con la de Despujol, á la una de la tarde emprende su marcha al ventorrillo que se encuentra en el cruce de carreteras en la de Tafalla á Larraga, en donde hace alto; la brigada de Despujol, desde el ventorrillo, con gran aparato de fuerza, desfilando de á dos con grande distancia, se dirige á Artajona, procurando que su vanguardia entre de dia para ser vista y su retaguardia lo haga, ya entrada la noche, en el pueblo; habrá gran movimiento para figurar la entrada de mayores fuerzas. Llegada la noche, sale en silencio y con precaucion la brigada Pino, que ha de ir al ventorrillo á unirse á su division. La division Fajardo, desde Olite, marcha tambien al mencionado ventorrillo, al que no debe llegar ántes de las cuatro ó las cinco de la tarde. Al mismo punto concurrirá el general Tasara desde Miranda de Arga. Este cuerpo llevará en carros un puente de madera para sustituir el que los carlistas han destruido en la carretera de Larraga, que no se debe colocar hasta que sea de noche; tambien llevará cinco tramos para recomponer las cortaduras de la carretera. Una contraguerrilla de ochenta hombres prácticos y conocedores del país deben servir de guías al 2.° cuerpo. Desde Tafalla saldrá en este dia á Larra-

ga con el objeto aparente de cobrar contribuciones, pero cón el verdadero de circunvalar el pueblo y prohibir la salida de gente alguna desde ántes de oscurecer. El dia 2 á la madrugada sale del Pueyo la brigada Despujol, y este general ataca con todas sus fuerzas las posiciones de Añorre y Tirapus, que son el objetivo del dia. El 1.er cuerpo sigue su marcha en direccion á Astrain, que tambien es su objetivo. El 2.° cuerpo, con la seguridad de que el puente está echado, sale del ventorrillo á las doce de la noche, y sin entrar en Larraga, recoge la contraguerrilla y toma el camino de Oteiza por Muruzabal de Andion, y desde allí, por caminos conocidos sólo de los guias, se dirigen la 1.ª y 2.ª division á envolver y apoderarse de la ermita de San Cristóbal, punto desde el que se domina la carretera de Puente-Estella, y por consiguiente á Lorca, que es su objetivo. La 3.ª division, con el grueso de la artillería y caballería, irá por la carretera de Oteiza, pero sin apoderarse de la poblacion hasta que las otras dos divisiones estén en la ermita de San Cristóbal, quedando este cuerpo en Lorca y Oteiza y ocupadas las ermitas de San Cristóbal y San Tirso, que deben ser atrincheradas. Si aquel dia es posible, se avanzará hasta Murillo y Lacar.

Si en este dia alguno de los cuerpos no pudiera llegar á su objetivo, repetirá sus ataques en el siguiente y sucesivos si no recibe órdenes en contrario. Los cuerpos Despujol y 2.° estarán en comunicacion por medio de su caballería.

El dia 3 el general Despujol, por las alturas que hay entre los pueblos de Ucar y Eneriz, se dirigirá por las faldas del Perdon á envolver á Uterga y Obanos y caer á Puente la Reina, procurando por todos los medios apoderarse del puente sobre el Arga y por las alturas de la derecha de Artazu darse la mano con el 2.° cuerpo. Este, desde Lorca ó desde donde se encuentre, envolviendo las alturas de Alloz y Cirauqui, despues de atravesar la carretera de Puente á Estella, se dirigirá á los montes de Guirguillano, con el fin de apoderarse de la ermita de Santa Bárbara. Desde estas posiciones está ya á la vista del general Despujol. El 1.er cuerpo, desde Astrain, por el norte del monte del Perdon, procurará ponerse en comunicacion con el general Despujol, y conseguido este objetivo se dirigirá á Belascoain para pasar el puente del mismo nombre y apoyar, corriéndose hácia Guirguillano, los movimientos de los otros cuerpos. Peralta, 24 de Enero de 1875.— El General Jefe de E. M. G., Pedro Ruiz Dana.—Excelentísimo Sr. Comandante en Jefe del.....—Es copia.

Parte dado por el Excmo. Sr. Teniente General D. Domingo Moriones, comandante en jefe del 1.er Cuerpo de ejército. (Hay un sello que dice: *Ejército del Norte E. M. G.*)

«Ejército de operaciones del Norte. — E. M. — 1.er Cuerpo. — Excmo. Sr.: El dia 30, segun consta

á V. E., pernocté en San Martin de Unx con diez batallones de mi cuerpo de ejército, el regimiento caballería de Lusitania, diez piezas Plasencia y el parque móvil. En la misma noche el general La Portilla, con su division, tomó las posiciones que dominan á Lerga por la izquierda de la carretera; verificándolo por la derecha cuatro compañías de la brigada Mariné á las órdenes del comandante Mendía. Al amanecer del 31 emprendí la marcha por la carretera que conduce á Eslava, á cuyo punto llegué sin ninguna novedad, aunque con el retraso consiguiente á tres desfiladeros y por tres cortaduras que el enemigo habia hecho en dos puentes y una alcantarilla. Reunidas allí las fuerzas, continué mi marcha á Sada, en donde supe que el general Catalan, con las brigadas Cortijo y Navascues, practicaban el reconocimiento que le habia ordenado sobre los montes de Izco y Abinzano, con objeto de reconocer las fuerzas que el enemigo tenía y todos sus atrincheramientos. En este reconocimiento, al general Catalan le mataron el caballo, hiriéndole tres individuos de su columna. El coronel Navascues tuvo un capitan de tiradores del Norte muerto, con tres soldados y quince heridos. Dí órden al general Catalan para que se retirase á Leache y al coronel Navascues para que pernoctase en Aibar, con órdenes concretas para la marcha del dia 1.°, con el que á las doce, los veinte batallones, las diez y seis piezas, los regimientos de caballería del Rey y Lusitania, y todas las acémilas, se encontraban en las más elevadas posiciones de los mon-

tes de Abinzano y Leache, coronando nuestras guerrillas los atrincheramientos enemigos, sin que éste los defendiera, sin duda por el movimiento envolvente que el ejército ejecutaba. Ya me disponia á continuar la marcha para pernoctar en los pueblos de Monreal, Salinas é Irocin, cuando supe que siete batallones se habian reconcentrado en la línea de Leoz, Salinas y Monreal, dejando dos en el portillo de Loiti, ó sea mi extrema derccha, manifestando los jefes y oficiales á sus soldados y á los vecinos de los pueblos, que si el primer cuerpo llegaba á hacer noche en Monreal que ellos se irian hasta Estella. En vista de estas noticias, dispuse campar sobre las posiciones en que el ejército se encontraba, porque el principal objetivo de la operacion era dejar libre de enemigos el monte Esquinza para que el 2.° Cuerpo lo pudiese ocupar con más facilidad. Al amanecer del dia 2 emprendió el ejército la marcha, ejecutando una conversion, sirviendo de eje la extrema izquierda, ó sea la brigada Cortijo, y avanzando en primer término la brigada Navascues, que con gran rapidez coronó la sierra de Izaga. El brigadier Mariné avanzó con su brigada al pueblo de Lecame, el brigadier Otal al de Irocin, y el general Colomo, protegiendo el movimiento con la brigada Prendergast. El general Catalan continuó el movimiento cuando vió coronada la sierra de Izaga y la posicion del monte de Irocin. Sobre las once de la mañana, el ejército estaba ya en marcha por la carretera que de Monreal conduce á Pamplona, llegando á Noain á las dos de la tarde,

sin más obstáculo que un ligero tiroteo con algunas parejas de caballería por la izquierda y una partida de infantería por la derecha. En este punto supe, por lo que me mandó á decir el general Andía desde Pamplona, con otras noticias que adquirí y lo que se observaba, que fuertes masas enemigas ocupaban toda la línea del Perdon y atrincheramientos del Carrascal, teniendo cuatro escuadrones de caballería sobre el pueblo de Astrain; en su consecuencia, y la de no escucharse ni haberse oido en todo el dia ningun fuego en toda la línea, dispuse reconcentrar todas las fuerzas del ejército para marchar sobre Pamplona, dejando en Noain alojada la brigada Cortijo, en Tajonar y Cordobilla la de Prendergast, marchando con el resto á dicho punto, adonde entraron las últimas fuerzas despues de las siete de la noche y con una jornada de más de seis leguas, sin contar los desfiladeros y franqueos por que tuvieron que pasar. La guarnicion de Pamplona ocupaba el pueblo de Cizur para facilitar la marcha del ejército al dia siguiente. El dia 3, racionado ya el ejército, emprendió la marcha para las alturas del Perdon que el enemigo tenía fuertemente atrincheradas y fortificadas con reductos. El vigía de la torre de Pamplona me manifestó que no se divisaban fuerzas carlistas en dichos atrincheramientos, por lo que aligeré algun tanto la marcha, dándome parte el coronel Navascues, que marchaba á vanguardia, de que sus guerrillas estaban ya en los reductos enemigos sin haber encontrado ninguna resistencia, y que le habian asegurado al-

gunos paisanos que las facciones se habian concentrado sobre Puente. Inmediatamente dí órden al coronel Navascues para que marchára por la cumbre de la sierra que domina á Belascoain y Legarda, dirigiéndome yo con el resto de las fuerzas á Puente la Reina, á cuyo punto llegó mi vanguardia á las tres de la tarde, dándome aviso de que el enemigo estaba posesionado al otro lado del Puente. Tomé las disposiciones necesarias para el ataque, pues el Ayuntamiento y algunos particulares me aseguraron que el 2.° Cuerpo estaba ya en Lorca y se dirigia á Estella, añadiendo que las tropas situadas en Artajona habian marchado por Larraga en aquella direccion. A las cuatro, el coronel Navascues, desde las alturas que dominaban al enemigo, que se encontraba al otro lado del puente y en el pueblo de Artazu, cañoneaba dicho pueblo, resultando de esto y del ataque que se les dió por el puente, que abandonára sus primeras trincheras. Colocada en posicion la brigada Cortijo al otro lado del puente, dí órden al coronel comandante de E. M. D. Adolfo Rodriguez, para que con tres compañías marchára con grandes precauciones sobre Santa Bárbara, apoyado por fuerzas de la brigada Cortijo; ya se habia empezado este movimiento, y próximo á oscurecer, se me avisó la llegada del general Despujol con las fuerzas de su mando. Coincidió con este aviso la noticia de que fuerzas enemigas metidas en las trincheras de Santa Bárbara, Santa Cruz y de Artazu esperaban el avance de las tropas para atacar por sorpresa. Avisé al coronel Rodri-

guez dándole órden de replegarse, y como éste jefe habia ya comprendido la situacion del enemigo, se retiró á las posiciones que ocupaba la brigada Cortijo. Al dia siguiente, ó sea el 4, dadas ya las órdenes por escrito para el ataque de las posiciones de Santa Bárbara, Artazu y Guirguillano, por las fuerzas del primer Cuerpo y del general Despujol, y estando ya al otro lado del puente la brigada Cortijo, y empezándolo á pasar la del coronel Navascues, el general Despujol me entregó el parte de V. E. del engaño con sorpresa que habia sufrido el 2.º Cuerpo. Creí de mi deber suspender el ataque de las posiciones de Santa Bárbara, y dí órden al general Despujol para que inmediatamente se pusiera en marcha por Artajona y Larraga á Esquinza, para reforzar el 2.º Cuerpo. Los demas dias se han pasado sin más novedad que algun ligero tiroteo y algunos disparos de cañon que han sido contestados por nuestra artillería, consiguiendo desmontar dos piezas al enemigo. Tengo el honor de manifestar á V. E., que tanto en la difícil marcha que este Cuerpo de ejército ha practicado, como en las posiciones que ocupa, ni los jefes, ni oficiales, ni la tropa, me han dejado nada que desear. Dios guarde á V. E. muchos años. — Obanos, 13 de Febrero, 1875. — Excmo. Sr.—Domingo Moriones.—Excmo. Sr. General en Jefe. — Es copia.»

Parte dado por el teniente general D. Fernando Primo de Rivera, comandante en jefe del 2.º Cuerpo. (Hay un sello que dice: *Ejército del Norte E. M. G.*)

«Segundo Cuerpo del ejército del Norte.— E. M. G. — Excmo. Sr.: En cumplimiento de mi deber, doy conocimiento á V. E. de los sucesos ocurridos desde nuestra salida de Tafalla hasta la fecha. Acampado todo el Cuerpo de ejército en el cruce de las carreteras de Tafalla á Larraga y de Artajona á Miranda de Arga la noche del dia 1.º, se dispuso la creacion de una columna de quinientos hombres elegidos en todo el Cuerpo de ejército, al mando del brigadier Pino y mandados cada cien hombres que correspondian á cada brigada, por un comandante, ocho oficiales y ocho clases, todos estos voluntarios. Esta columna, á la ligera y á las órdenes del referido brigadier Pino, habia de tomar por sorpresa la ermita de San Cristóbal, en el monte Esquinza; á la vez se ordenó al comandante de ingenieros habilitase un puente para poder pasar á Larraga, por hallarse cortado el que existia en una barranca distante un kilómetro del referido pueblo. La necesidad de tener que hacer esta operacion durante la noche y sin luz artificial, prohibió el que á las doce de la misma estuviese corriente el tránsito para las tropas, obligando á formar uno en malas condiciones y sólo para infantería, lo cual hizo pesada la marcha de ellas, logrando, sin embargo, que la columna elegida

y la brigada de cazadores que iba en su inmediato apoyo con la segunda brigada de la primera division, que como reserva seguia, se encontrase en el puente de Larraga á las tres de la madrugada del 2; todas estas fuerzas á las órdenes del general La Portilla; continuando su marcha hácia el monte Esquinza y á traves de los campos para tomar la ermita de San Cristóbal, amenazando su frente y envolviendo su izquierda, por cuyo lado apoyaba tambien la segunda division de este cuerpo de ejército, logrando las fuerzas de vanguardia apoderarse de la ermita y alturas por sorpresa. La tercera division, que no pudo pasar la artillería de batalla y convoy por el puente que se estaba componiendo hasta las ocho de la mañana, no llegó al pueblo de Oteiza, que era su cometido, hasta el mediodia. Dado un descanso á las tropas por su fatigosa marcha de noche, y despues de atrincherados los dos puntos principales del monte Esquinza, dispuse la toma de los pueblos de Lorca y Lácar por la segunda division, una batería de montaña y el regimiento húsares de Pavía, cuya operacion se llevó á cabo con un pequeño tiroteo de fusil y algunos disparos de cañon, por haberse retirado el enemigo, cuyas fuerzas serian de tres á cuatro batallones vistos; disponiendo que el general Fajardo, con la brigada Bargés y un escuadron de Pavía quedase en Lácar, pernoctando yo con la brigada Viergol, una batería de montaña y el resto de Pavía en Lorca. La primera division, con el regimiento de la Princesa de la tercera, pasaron la noche en posiciones en el monte

Esquinza, durante la cual no hubo novedad alguna en los puntos que llevo indicados, observándose sólo á la caida de la tarde y mañana del 3, movimiento de fuerzas enemigas hácia Estella, por nuestra izquierda, así como hallarse ocupadas las alturas de Guirguillano, punto á que debian dirigirse las operaciones en el referido día; mas el no haber llegado provisiones algunas, la dificultad de aprovisionarnos caso de avanzar y el no tener noticias de los otros cuerpos de ejército, me obligó á proponer á V. E. la suspension del movimiento en dicho dia, lo cual mereció su aprobacion; con motivo de la llegada á la ermita de San Cristóbal de S. M. y acompañarle á visitar el campamento hasta su marcha, así como para amenazar un ataque á Villatuerta, me encontraba en los altos del Esquinza, cuando sentí fuego hácia Lácar, adonde nada podia temer, por encontrarse á ménos distancia de media hora y en dos pueblos ocho batallones y una batería, pues Húsares de Pavía estaba en la ermita racionándose, al mando del valiente y entendido general Fajardo; sin embargo, el enemigo se habia reconcentrado en número de ocho ó nueve batallones á espaldas de las alturas que se hallan al frente de Lácar, haciendo lo mismo en Villatuerta igual número de fuerzas enemigas. Segun noticias de algun prisionero herido, el plan de los contrarios era hacer un amago fuerte sobre Lácar y Lorca por considerar en este último punto á S. M. el Rey y suponer que acudirian en su proteccion el mayor número de fuerzas de las que ocupaban el monte Esquinza, verifi-

cando un verdadero ataque á este monte para cortarnos nuestra línea de comunicacion y retirada. El capricho de la guerra hizo que donde no era de esperar se verificase la dolorosa narracion que me dirige el general Fajardo y cuya copia tengo el sentimiento de acompañar á V. E. con el núm. 1, así como que el punto que verdaderamente fué atacado se defendiese con un heroismo inexplicable por un batallon novel en su personal y en el combate, cuatro compañías de la Princesa y una corta fuerza de ingenieros, y hasta con la circunstancia de ser el ataque ya oscurecido y valiéndose del desconocido ardid de responder al «quién vive» con los gritos de «muera Cárlos VII, viva Alfonso XII, somos tropas de Moriones» y llevando bandera blanca, cuyo parte tambien trasmitó á V. E. en copia, para su más exacto conocimiento, con el núm. 2. Por mi parte, desde que vi se retiraban las fuerzas de Lácar, mandé á la primer tropa á mi lado, que lo eran tres compañías de cazadores de Ciudad-Rodrigo y húsares de Pavía, que regresaba despues de racionarse, para apoyar al general Fajardo, anunciándole á la vez bajaba yo con la columna de voluntarios, quedando escalonados los batallones de Barbastro y Alcolea para nuestra proteccion con el general La Portilla. El batallon de Alcolea fué colocado en posicion por el brigadier Pino, para proteger nuestra izquierda, como lo logró con sus fuegos. En este momento se rompió un nutrido fuego por la izquierda del monte, y ordené le reforzasen con un batallon de la Reina, dejando al brigadier Acellana

con Castilla y el otro batallon de la Reina, para defensa de la ermita y artillería montada. Cuando bajaba con mi columna fué tal la confusion en que subian los Cuerpos de la 2.ª Division, que sólo á la resolucion y valor de un puñado de jefes y oficiales, como á las medidas enérgicas que hubo que adoptar, se pudieron reunir grupos de trescientos á quinientos hombres que en la noche se organizaron por cuerpos, siendo considerable el número de bajas que tiene la referida Division, sin saber sus destinos fuera de los heridos. Pasada la noche en posiciones desde las eras del pueblo de Lorca hasta la ermita para proteger al siguiente dia al general Fajardo, ésta se pasó sin otra novedad que algun tiroteo hácia el pueblo; una vez amanecido, se vió que el enemigo habia desaparecido, disponiendo en su vista la retirada de todos los efectos, heridos y tropas al monte Esquinza, por razon del estado moral de la referida Division, completa escasez de recursos, dificultad de racionar y estar cumplido mi objeto en cuanto al movimiento en general, puesto que la inmensa mayoría del enemigo se encontraba á mi izquierda, dejando en libertad de obrar á los otros Cuerpos de ejército. En este hecho de armas, que existe la anomalía de ser á la vez tan grande como pequeño, me veo obligado en bien de los unos y para castigo y vergüenza de otros, á llamar la atencion de V. E. Se destacan formando el primer grupo respecto á su importancia, por su conducta y valor heróico, conteniendo y rechazando al enemigo, en los primeros y más difíciles mo-

mentos, el general Fajardo, con un puñado de valientes y leales subordinados en el pueblo de Lorca, á la vez que el jefe de la reserva de Cáceres, con las cortas fuerzas á sus órdenes en el cerro de Muniain. De ambos jefes, con sus oficiales y tropa, hago á V. E. recomendacion especial, por lo acreedores que se han hecho al bien de la patria, considerando al primero con derecho á que se abra juicio contradictorio para ver si le corresponde, como en mi concepto merece, la cruz de San Fernando de tercera clase, segun solicito separadamente, y á todos los demas á que se les conceda el empleo inmediato. En segundo término, considero tambien muy acreedoras á recompensa tres compañías del batallon cazadores de Ciudad-Rodrigo, que con su teniente coronel primer jefe á la cabeza, fueron decididas á proteger el pueblo de Lorca, sin contar el número de enemigos, logrando arrojar á éstos del pueblo y defenderle con esforzado valor, y al coronel del regimiento infantería de Valencia, que tambien bajó al pueblo de Lorca en cuanto pudo reunir doscientos hombres de su cuerpo. Asimismo recomiendo á V. E., muy especialmente, á los oficiales y artilleros que estuvieron en Lácar con la brigada Bargés, que si bien tuvieron la desgracia de perder tres de sus piezas, fué debido, no á su falta de valor y bizarría, sino al abandono en que los dejó la infantería y á la pérdida de hombres y ganado que tuvieron ántes de retirarse; al regimiento húsares de Pavía que, correspondiendo á su brillante historia y á pesar de las asperezas del terreno, contribuyó

con su actitud, energía y serenidad, á contener al enemigo y reorganizar nuestras tropas, cuando venian huyendo del pueblo de Lácar; al coronel jefe de E. M., á los dos oficiales del mismo cuerpo que sirven en este cuartel general; á los comandantes de artillería é ingenieros de este 2.° Cuerpo de ejército, á los ayudantes y oficiales á mis órdenes y algunos otros varios que me ayudaron á reunir dispersos y contenerlos en su huida. Tambien considero digna de premio la voluntad con que los jefes, oficiales y tropa de los diversos Cuerpos que hoy componen el batallon de Tiradores se prestaron á formar éste para la toma de la ermita de San Cristóbal, y á la division Portilla, cuyos Cuerpos convenientemente escalonados en el mejor órden y la más perfecta disciplina, sirvieron para reunir y reorganizar nuevamente los elementos dispersos de los demas, y por último, Excmo. Sr., conceptúo de imperiosa necesidad reorganizar de nuevo la division Fajardo, abatida moralmente por el golpe sufrido, así como tambien que se abra una informacion que esclarezca y haga pública la conducta de los que han abandonado su general, sus jefes, cuerpos y artillería, y han llevado el espanto y la falsedad á altas regiones y tal vez á España, para que sufran el condigno castigo. Para que V. E. pueda formarse completa idea del conjunto de lo sucedido, incluyo con los núms. 3, 4, 5 y 6, copias de los partes dados por el comandante general de la primera division y de los comandantes de ingenieros y artillería, más el que ha dado el jefe de la fuerza de

artillería que se hallaba en Lácar. Támbien se acompaña con el núm. 7 la relacion numérica de las bajas que en todos conceptos han tenido los cuerpos que han tomado parte en esta accion. Dios guarde á V. E. muchos años. — Ermita de San Cristóbal, sobre el monte Esquinza, 9 de Febrero de 1875. — Excmo. Sr. — El comandante en jefe, Fernando Primo de Rivera.—Excelentísimo Sr. General en Jefe de este Ejército. — Es copia (1).»

Parte dado por el mariscal de campo D. Eulogio Despujol, Comandante en Jefe del 3.er cuerpo. (Hay un timbre que dice: *Ejército del Centro. 3.a Division. E. M.*)

Excmo. Sr.: Conforme con lo acordado en el Consejo presidido en Peralta por S. M., y á tenor de las instrucciones escritas que para ejecutar las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal se me entregaron el dia 24, salió el dia 27, á las ocho de la mañana, de Tafalla el cuerpo de mi mando, dirigiéndose la brigada Lasso, con una seccion de artillería Plasencia y

(1) Los partes y la relacion de que habla el general Primo de Rivera no podemos publicarles por formar parte de la causa que se instruye.

(*N. del A.*)

un escuadron, al pueblo de Pueyo, donde la dejé establecida á las once y media, sin haber cruzado más que algunos tiros con unos pocos individuos de la partida Rosas, marchando yo despues con la brigada Pino, la media brigada Bernabeu, seis piezas Plasencia y el regimiento caballería de la Reina al pueblo de Artajona, ocupado por la partida Chispas, que lo desalojó despues de un ligero tiroteo de guerrillas, y en el cual vino á reunírseme desde Miranda de Arga, ya entrada la noche, la brigada Argenti. Durante los siguientes dias, 28, 29 y 30, me ocupé desde Artajona en proteger los trabajos de recomposicion que las dos compañías de ingenieros ejecutaban en los ocho puentes ó alcantarillas cortadas por el enemigo sobre la carretera de Tafalla á dicho pueblo, en el cual fuí estableciendo el gran repuesto de víveres y municiones, de que debian surtirse, tanto el cuerpo de mi mando como el del señor general Moriones, durante el segundo período de la operacion. Engañado el enemigo por estos preparativos, que le hacian suponer un próximo ataque de frente contra las posiciones del Carrascal, iba, segun mis noticias, concentrando sus fuerzas en las líneas y trincheras comprendidas entre Puente la Reina y Muruarte, y con objeto de afirmarle en esta creencia, salí el dia 31 con gran aparato de fuerza, y dejando únicamente un batallon en Artajona, fuí escalonando mis batallones por la cumbre de las alturas que por la derecha dominan la carretera de aquel pueblo á Muruarte, ínterin la brigada Lasso ejecutaba igual movimien-

to por su izquierda, como para darse la mano conmigo, regresando ambos sin novedad á nuestros respectivos cantones á la caida de la tarde. Al repetir al siguiente dia, 1.° del actual, el mismo movimiento, aunque acentuándolo más y adelantando mis primeros batallones hasta las alturas que rebasan al pueblo de Barasoain, el enemigo disparó á las once, desde las alturas al frente de Añorbe, un cañonazo, que debió servir de señal para indicar nuestra aproximacion á toda la línea central de sus posiciones, toda vez que á las cinco de la tarde, y cuando ya mi 1.ª brigada y parte de la 2.ª se habian replegado á Artajona, la retaguardia de la brigada Argenti se vió súbitamente acometida, á unos tres kilómetros de distancia del pueblo, por los tres batallones navarros situados en Obános, que, al mando de Pérula y apoyados por otros cuatro batallones, acudieron al cañonazo de señal.

Satisfecho de este resultado, que me aseguraba la permanencia del grueso de las facciones entre Puente la Reina y Muruarte, y abonaba, por consiguiente, de antemano la facilidad con que nuestras dos alas iban á efectuar su movimiento envolvente, me contenté con contrarestar el ataque de las fuerzas de Pérula con el fuego en retirada de guerrillas escalonadas, sostenidas por medios batallones situados en posiciones dominantes, y protegí únicamente con cuatro disparos de cañon la retirada al pueblo de los dos últimos escalones. Ocho muertos y veintiun heridos, segun supimos al dia siguiente, retiró aquella tarde el enemigo á Añorbe, ha-

biendo únicamente resultado por nuestra parte un sargento de Soria muerto, catorce heridos y seis contusos. Al anochecer llegó S. M., que salió al amanecer para Larraga.

Llegado el dia 2, marcado en las instrucciones para mi ataque decisivo contra la ermita y pueblo de Añorbe, salí por la izquierda de la carretera, y atravesando el quebradísimo terreno llamado de las Nequias, coroné con mis fuerzas, desplegadas en columnas de medio batallon, las alturas que dan frente á la posicion citada; pero al llegar á las doce del dia las veintidos piezas rodadas á la mitad de la vertiente, manifestó el coronel graduado comandante Piñeras, que las mandaba, la absoluta imposibilidad de hacerlas adelantar un paso más, y el inminente peligro de no poderlas entónces retirar si llegaba á repetirse aquella tarde el ataque intentado contra mi retaguardia el dia anterior. Unido esto al conocimiento que despues de un detenido reconocimiento compartí con el citado jefe de artillería acerca de las pocas probabilidades de éxito inmediato que ofrecia un ataque contra la formidable posicion de Añorbe, intentado únicamente con ocho piezas Plasencia, me decidí á hacer regresar inmediatamente á Artajona toda mi artillería Krupp y la de diez centímetros, y no pareciéndome prudente exponer tan importante material de guerra, protegido únicamente durante la noche en Artajona por un solo batallon, hube de contentarme con extremar á la vista del enemigo los movimientos preliminares de un inmediato ataque, que le tuvieron en-

tretenido toda la tarde, obligándole á descubrir por su parte el número respetable de batallones que continuaba concentrado á mi frente, y no conviniéndome empeñar aquella tarde un combate sin resultado, me mantuve en posicion, contestando únicamente con el de las mias al fuego de sus guerrillas, á las que, sin baja alguna por mi parte, causé cinco heridos, uno de ellos oficial, hasta que al anochecer me retiré nuevamente á Artajona sin ser molestado. A aquella hora debió recibir el enemigo la para él inesperada y fatal noticia de hallarse á un tiempo completamente rebasada su izquierda por el 1.er Cuerpo y cortada su derecha por la interposicion del 2.° Cuerpo sobre San Cristóbal y Lorca, entre Estella y Puente la Reina, y comprendiendo, aunque tarde, el engaño en que le habian mantenido acerca de un supuesto ataque sobre su centro los repetidos alardes de fuerza y despliegues del Cuerpo de mi mando, trató, ya que otra cosa no podia, de salvar por lo ménos su artillería, que retiró sigilosamente durante la noche, corriendo sus batallones hácia su derecha para oponerse al posible avance del 2.° Cuerpo contra Estella. Así fué que al marchar resueltamente el dia 3 por la carretera con el propósito decidido de llevar por ella toda la artillería rodada hasta frente de la ermita de Añorbe, me sorprendió el ver que la aparicion de mi flanqueo sobre las crestas recorridas el dia anterior no producia indicio alguno de fuerza enemiga en las trincheras que ántes ocupaba, y deduciendo de ahí su abandono, confirmado por las repetidas noticias

que á mi paso fuí recogiendo, avancé decididamente con dos brigadas, sin esperar la artillería rodada, sobre el pueblo y la ermita de Añorbe, que ocupé sin resistencia á las dos de la tarde, dejando allí un batallon destinado á su guarnicion y la brigada Calleja para esperar la llegada de la artillería rodada, y prosiguiendo sin detenerme la marcha sobre Puente la Reina con las demas brigadas y la artillería de montaña. Al llegar al pueblo de Eneriz, cuyas trincheras encontré igualmente abandonadas, y sin noticia todavía de la situacion verdadera del 1.er Cuerpo, empecé á oir el eco lejano de un fuego de fusil y cañon, que fué aumentando rápidamente y alcanzó su mayor intensidad en el momento en que, á las siete de la tarde, ya cumplida felizmente la primera parte de mi cometido, me encontré en Puente la Reina con el señor general Moriones, que acababa de entrar. Acordado entre ambos para el siguiente dia el ataque de la posicion de Santa Bárbara, pasé á alojar mis fuerzas en los pueblos de Eneriz, Muruzábal y Adios. Mas recibida á las ocho de la mañana del dia 4 la primera comunicacion del Ministro de la Guerra con la noticia del incidente ocurrido la víspera en Lácar al 2.º Cuerpo, no vacilé en seguir la invitacion que se me dirigia de acudir en su auxilio, dejando al señor general Moriones toda mi artillería rodada, una compañía de ingenieros y el regimiento caballería de la Reina, que en nuestra conferencia consideramos necesitaba aquél para intentar por sí solo el ataque de Santa Bárbara; retrocedí aquella

misma tarde por el camino directo á Artajona, donde pernocté, y racionada la tropa para tres dias, completado aquella misma noche con acémilas sacadas de los Cuerpos y unos pocos carros que allí encontré vacíos un pequeño parque móvil y repuesto de víveres, salí en la mañana del 5 para Oteiza, con ánimo de pernoctar en San Cristóbal; mas habiéndome encontrado impensadamente en Larraga con el Cuartel Real y el Ministro de la Guerra, y momentos despues con V. E., y acordada en la conferencia que allí celebramos la conveniencia de un pronto regreso de S. M. á Madrid, pasando ántes por Pamplona, volví con el Cuartel Real á pernoctar á Artajona, y recibí el encargo de proteger, como lo hice, su marcha por la carretera el dia 6 y su regreso el 8 hasta Tafalla. Al separarme de este ejército para regresar á Aragon con mi antigua division del Centro, dejo cumplimentada la órden que he recibido de V. E. de dirigirle este parte detallado de las operaciones practicadas durante los cortos dias que he tenido la honra de servir á sus órdenes. Dios guarde á V. E. muchos años. Tafalla, 9 de Febrero de 1875.—Excmo. Sr.—Eulogio Despujol.—Excelentísimo Sr. General en Jefe del ejército del Norte.—Es copia. »

Parte dado por el teniente general D. Manuel de la Serna, General en Jefe del Ejército del Norte. (Hay un sello que dice: *Ejército del Norte E. M. G.*)

«Excmo. Sr.: El prolongado bloqueo que los carlistas sostenian contra la plaza de Pamplona hacía indispensable el restablecer sus comunicaciones, pues si bien la guarnicion tenía víveres para algun tiempo, el vecindario empezaba á carecer hasta de lo más necesario. Comprendiéndolo así el enemigo, habia puesto todo su conato y dirigido todos sus esfuerzos á evitar que fuese socorrida y lograr que se rindiese por hambre, ya que sea impotente para conseguirlo por la fuerza de las armas.

»Ocupaba aquél una línea defensiva, cuya derecha se apoyaba en los montes de San Gregorio, áspero ramal que se destaca de la cordillera Cantábrica, en la peña de las Dormidas, y se prolongaba por las faldas meridionales del monte Jurra, por los pueblos de Arroniz, Dicastillo, Allo, Morentin, Villatuerta, monte de Esquinza, faldas meridionales de los Guirguillanos, que divide las aguas entre los rios Salado y Arga, alturas de San Gregorio al S. de Puente la Reina, las fuertísimas posiciones de Obanos, Añorbe, Tirapu y Alcor, descendencia de las cordilleras del Perdon y de Alaix, hasta enlazar con las cortadas peñas de Unzué que cierran el paso á la cordillera del Carrascal, en el collado que forma la sierra del Perdon, en su union con

tan formidable como la primera, que apoyaba su derecha en los altos de Legarda y se extendia por la cordillera del Perdon, alturas de Tiebas, hasta unirse á la primera en la sierra de Alaix, cerrando más y más el paso del Carrascal.

»Las trincheras eran, como las primeras, innumerables, y baterías construidas en los altos de Alcoz, en los de Biurrun y Muruarte, cruzaban sus fuegos sobre la carretera.

»Temerario hubiese sido el atacar de frente unas posiciones tan fuertes por la naturaleza, á las que el arte habia concluido por hacer completamente inabordables, añadida á estas condiciones la inmensa fuerza que presta el armamento moderno á la defensiva táctica.

»Desde luégo comprendí que habia necesidad de envolverla por medio de un movimiento estratégico operado sobre su extrema izquierda, y al efecto se formó el plan de las operaciones, cuyo objetivo habia de ser, nó sólo abrir la comunicacion con Pamplona, sino hacernos dueños de la línea del Arga, como único medio de restablecerlas de un modo permanente. Siendo estas operaciones de una magnitud é importancia grande, así por el número de combatientes como por sus consecuencias, me pareció oportuno oir á los generales á mis órdenes, y con este objeto celebré algunas conferencias; mas en el mes de Diciembre, y puesto al frente del ejército el Excmo. Sr. Capitan General Duque de la Torre, Presidente del Poder Ejecutivo en aquella época, quedó en Castejon definitivamente acorda-

do, y corroborado, como á V. E. consta, en el consejo de Guerra celebrado en Peralta bajo la presidencia de S. M. el Rey.

»Consistia éste en que el ejército ejecutase una concontracion sobre Tafalla, frente al Carrascal, para hacer titubear al enemigo sobre el verdadero punto de ataque, y hacerle creer que era éste el elegido, mantenerle en alarma por este lado con un Cuerpo de ejército, en tanto que otro operaba un movimiento estratégico pasando de la línea del Ebro, base de nuestras operaciones, á la del Arga, y desde ésta á la del Irati, para envolver el ala izquierda de la línea enemiga y colocarse á su retaguardia, haciéndose nulas é ineficaces todas sus trincheras y obras de campaña; al propio tiempo, otro Cuerpo de ejército, por un movimiento rápido y una marcha de noche, se debia apoderar por sorpresa de las fuertísimas posiciones de los montes de Esquinza y carretera de Puente la Reina á Estella. Si se conseguia, el enemigo tenía que abandonar precipitadamente y sin combatir todas sus posiciones y defensas de la izquierda de Arga, y si se detenia á combatir y defenderlas, necesariamente quedaba cortado y perdia toda su artillería, á pesar de las precauciones que habia tomado para salvarla en caso de un reves, construyendo desde todas sus baterías caminos militares que salian á las carreteras que conducen á los puentes del Arga.

»Se habian comunicado las órdenes é instrucciones al general Loma, comandante en jefe del 3.er Cuerpo

que opera en Guipúzcoa con la 2.ª Division, para que ejecutase sobre la línea del arco las que debia llevar á cabo al mismo tiempo que las del Carrascal.

»Las fuerzas de este ejército que iban á operar en Navarra, reforzadas con la 3.ª Division del Centro, mandada por el general D. Eulogio Despujol, se dividieron en tres Cuerpos: el primero, que lo era del Norte, se componia de veinte batallones, dos regimientos de caballería y diez y seis piezas de montaña, con dos compañías de ingenieros, mandado por el teniente general D. Domingo Moriones; el segundo constaba de veinte batallones, dos regimientos y dos escuadrones de caballería, dos baterías de montaña, cuatro montadas de ocho centímetros y una de diez centímetros y cuatro compañías de ingenieros, al mando interino del teniente general D. Fernando Primo de Rivera; la tercera Division, del Centro, habia sido reforzada con siete batallones, seis escuadrones, cuatro baterías montadas y una compañía de ingenieros de este ejército, componiendo un total de catorce batallones, ocho escuadrones, batería y media de artillería de montaña, cuatro montadas, y una compañía de ingenieros.

»Despues de haber sido revistado el ejército por Su Majestad el Rey en los llanos de Peralta el 23 del mes próximo pasado, empezaron los movimientos de concentracion sobre Tafalla, y el 27 las operaciones ofensivas, ocupando al pueblo del Pueyo la brigada Laso, de la 3.ª Division del Centro, protegida por otra del primer Cuerpo, operacion que se ejecutó con sólo al-

gun ligero fuego de guerrilla, siendo desalojados sin resistencia por los enemigos; al mismo tiempo el resto de la mencionada Division, se hacía dueña sin resistencia de Artajona, ocupada por una partida enemiga que huyó á la aproximacion de nuestras tropas.

»En los dias 28, 29 y 30, los ingenieros habilitaron las carreteras que habian de servir para nuestra comunicacion; el 1.er Cuerpo se concentró en San Martin de Unx, y la 3.ª Division del segundo pasó de Andosilla á Lerin, con objeto de llamar la atencion del enemigo por aquel lado.

»El 31 se hizo un alarde de fuerza por las que ocupaban al Pueyo y á Artajona, simulando un ataque al centro enemigo, el que se acentuó más al dia siguiente; el 1.er Cuerpo, protegido por el 2.°, que maniobró en las estribaciones de la sierra de Ojué, sobre San Martin de Unx, emprendió su movimiento al romper el dia, siguiendo la carretera de Estella, á cuyo punto llegó sin novedad alguna.

»Reunidas las fuerzas de este Cuerpo, siguió al dia siguiente su marcha á Sada, despues de practicar un reconocimiento sobre los montes de Izco y Abinzano, que ejecutó la division Catalan y brigada Navascues con sólo algun ligero tiroteo, conservando nuestras tropas las elevadas posiciones que el enemigo habia atrincherado fuertemente y que abandonó sin defensa por temor de verse cortado en el movimiento que el ejército operaba.

»El general Moriones se disponia á pernoctar en los

pueblos de Monreal, Salinas é Irocin, cuando supo que siete batallones enemigos so hallaban en la línea de Leoz y Monreal, y que habian dejado dos en el portillo de Loiti, ó sea en la extrema derecha; sus oficiales y soldados decian públicamente en los pueblos, que si nuestras tropas llegaban á Monreal, ellos se irian á Estella.

»En vista de estas noticias y posiciones del enemigo, el 1.er Cuerpo vivaqueó en la que ocupaba.

»Al amanecer del dia siguiente se continuó el movimiento de avance, ejecutando una conversion cuyo eje era la brigada Cortijo y costado saliente la que manda el coronel Navascues, que con gran rapidez coronó la sierra de Izaga; á las once de la mañana, el 1.er Cuerpo estaba ya en marcha por la carretera de Monreal á Pamplona, y á las dos de la tarde llegaba á Noain sin encontrar obstáculo, y con sólo algun combate de guerrillas.

»En este último punto y en comunicacion con el general Andía, gobernador militar de Pamplona, tanto esta autoridad como algunas otras personas, manifestaron que fuerzas enemigas de consideracion ocupaban la cordillera del Perdon, y atrincheramientos del Carrascal, y que cuatro escuadrones estaban en Astrain, y como en todo el dia hubiese oido fuego en toda la línea, el comandante en jefe del 1.er Cuerpo dispuso la concentracion de sus tropas y la marcha á Pamplona, dejando una brigada en Noain y otra en Tajonar y Cordobilla.

»Al siguiente dia, el 1.er Cuerpo salió de Pamplona con direccion á la cordillera del Perdon, que el enemigo tenía fuertemente atrincherada con reductos y baterías, que nuestras tropas ocupaban, habian sido abandonadas; la brigada Navascues siguió la marcha por la cumbre de la sierra que domina á Belascoain, dirigiéndose á Puente la Reina, donde entraban nuestras tropas á las tres de la tarde.

»Se tomaban las disposiciones necesarias para atacar al enemigo, que habia pasado á la derecha del Arga cuando llegó el general Despujol, y el aviso que yo daba sobre el suceso de nuestra izquierda.

»Aquel general continuó el 31 desde Artajona sus ataques simulados sobre las posiciones del centro enemigo, que acentuó más al siguiente dia en que su vanguardia llegó hasta las alturas que dominan el pueblo de Barasoain; á las once de la mañana, la batería enemiga construida en Añorbe disparó un cañonazo, que debió servir de señal, pues que á las cuatro de la tarde, y cuando la primera brigada y parte de la segunda se habian replegado á Artajona, la retaguardia de la de Argenti se vió acometida á unos tres kilómetros del pueblo por los tres batallones navarros situados en Obanos; pero, conseguido el objeto, que no era otro que el de atraer las fuerzas enemigas, toda la Division ejecutó su retirada á Artajona sin novedad alguna.

»Al dia siguiente, 2, se dirigió el ataque más acentuado contra el pueblo y ermita de Añorbe, despues de atravesar el quebrado terreno que se conoce con el

nombre de las *Neguias*; pero al mediodia, no pudiendo adelantar más la artillería montada, á causa de las dificultades del terreno, ni siendo tampoco prudente avanzarla demasiado cuando el enemigo empezaba á descubrir fuerzas muy considerables, y como el cometido de esta Division fuese únicamente el de distraer al enemigo para facilitar los movimientos del primero y 2.° Cuerpo, el general Despujol, obrando con gran tacto y acierto, hizo retirar á Artajona toda su artillería montada, sosteniendo con la de montaña á su infantería en las posiciones que habia ganado, hasta el oscurecer, que, conseguido el objeto, los hizo tambien retirar. Aquella noche, comprendiendo el enemigo el engaño, y siendo su posicion ya insostenible, á causa de las que ya ocupaban los dos Cuerpos, las abandonó retirándose á la derecha del Arga por Puente la Reina y permitiendo al general Despujol que sin dificultad alguna avanzase hasta aquel punto, donde se reunió con el 1.er Cuerpo.

»El 2.°, desde las posiciones que ocupó para la proteccion del 1.° en la sierra de Ojué, se trasladó á Olite y Tafalla, y en la tarde del 1.° del actual marchan sus dos primeras Divisiones al bifurque de las carreteras de Artajona á Miranda, de Arga y Tafalla á Larraga, en donde reuniéndoseles la 3.ª, que marchó desde Miranda de Arga, vivaquearon á la entrada de la noche. Este movimiento, y la llegada de S. M. á Artajona, en donde pernoctó, afirmó más y más al enemigo en su creencia de que el ataque general que iba á

sostener era por el centro de su línea. Á las doce de la noche las Divisiones 1.ª y 2.ª, llevando de vanguardia quinientos hombres escogidos y voluntarios, así como los jefes y oficiales que los mandaban, sacados de todos los batallones bajo la direccion superior del brigadier Pino, marcharon á tomar por sorpresa la ermita de San Cristóbal, punto culminante de los elevados montes de Esquinza.

»Desde el oscurecer, una compañía de ingenieros se ocupaba en echar un puente de caballete sobre un barranco cerca de Larraga, en la carretera que debian seguir las tropas, cuyo ponton, como todos los demas, estaban destruidos, y áun cuando las maderas para el puente estaban labradas y preparadas de antemano, no era posible colocarlas de dia, pues que vista la operacion por el enemigo, se hubiera apercibido del movimiento. Á la indicada hora de las doce no habia sido posible terminar el puente, á causa de las dificultades que ofrece este trabajo hecho en la oscuridad de la noche; pero no pudiendo perder más tiempo, se habilitó un paso para infantería, por el que desfiló la columna de vanguardia sostenida inmediatamente por la primera Division al mando del general La Portilla y seguida de la 2.ª al del general Fajardo.

»La marcha se ejecutó con grandes precauciones á traves de los campos, sirviendo de guías la contraguerrilla de Navarra, y la ermita de San Cristóbal fué tomada antes de amanecer, por sorpresa, amenazando el frente la 1.ª Division, en tanto que la 2.ª

envolvia por la izquierda la posicion de Esquinza.

»Al rayar el alba en la mañana del 2, la 3.ª Division, al mando del general Tassara, precedida del Cuartel General, y con la caballería y artillería montada, se dirigia por la carretera á Oteiza, adonde llegó sin dificultad momentos despues de haberlo abandonado el enemigo. Breve rato descansaron allí las tropas, y una vez incorporado S. M. el Rey, que desde Larraga se trasladó al Esquinza, avancé con el Cuartel General para reconocer las posiciones enemigas, aseguré la comunicacion con el 2.° Cuerpo y volví á Oteiza, donde con la 3.ª Division pasé la noche.

»El general Primo de Rivera concedió un descanso á las tropas, necesario por efecto de la fatigosa marcha de la noche, y terminado aquél, descendió la 2.ª Division á la carretera de Puente la Reina á Estella, y se posesionó de los pueblos de Lorca y Lácar, reforzada con una batería de montaña y el regimiento Húsares de Pavía, sin que esta operacion costase más que un ligero combate de tiradores y algun disparo de cañon; cuatro ó cinco batallones que defendian aquellas posiciones se retiraron al aproximarse nuestras tropas. No teniendo aviso alguno, ni noticia del general Moriones, ni oyendo el fuego de su artillería en la retaguardia enemiga, y sabiendo que el general Despujol tenía delante de sí el grueso de las fuerzas enemigas, ordené al general Primo de Rivera que se estableciese en los pueblos y posiciones ocupadas. S. M. el Rey pernoctó el 2 en la ermita de San Cristóbal, que al amanecer

fué hostilizada por algunas guerrillas procedentes de Cirauqui, que fueron rechazadas con pérdidas despues de habernos hecho once bajas, entre las cuales se encuentra un jefe heridò al lado de S. M., que inmediatamente acudió al lugar del combate y se cuidó más de atender á los heridos que de la seguridad de su Real Persona, dando pruebas evidentes de su impávida serenidad.

»En la madrugada del 3 me dirigí al reducto del monte Esquinza, y una vez allí recibí aviso de que S. M. se dirigia al mismo sitio desde la ermita donde habia pasado la noche; mas como seguia careciendo de noticias seguras y sólo me anunciaron que los enemigos se dirigian en gruesas columnas hácia Estella por los montes de Guirguillano y carretera de Echauri, no creí prudente un movimiento de avance del 2.° Cuerpo, que podria encontrar aislado y sin proteccion alguna, y atacado de flanco y retaguardia por fuerzas muy superiores.

»Al mediodia me retiré á Oteiza, adonde estaba el Cuartel Real, para atender al aprovisionamiento de las tropas. Desde el dia anterior los pueblos de Lorca y Lácar habian sido ocupados por la segunda division, quedando en el primer pueblo la brigada Viergol, una seccion de artillería de montaña y el regimiento Húsares de Pavía, y en el segundo la brigada Bargés con dos secciones de montaña.

»A las cuatro de la tarde tuvo lugar un acontecimiento inexplicable, aunque no nuevo en la historia de la guerra.

»Los enemigos, que habian marchado por la mañana en direccion á Estella, descienden del monte próximo á Lácar, que hasta entónces les habia ocultado, y en número de diez ó doce batallones se lanzaron sobre el pueblo, sostenido por alguna artillería que juega desde las alturas. Ante ataque tan rudo como inesperado, nuestros soldados, ántes de acudir al sitio de formacion, se ven arrollados por el enemigo, que se introduce en el pueblo, cunde el pánico y lo abandona.

»Los fugitivos llevan la alarma á Lorca, sin que sea posible detenerlos los esfuerzos que hacen sus jefes y oficiales, y el regimiento Húsares de Pavía, que se hallaba en la ermita de San Cristóbal racionando al ganado y desciende al galope, su bravura es estéril, y el general Fajardo, que se hallaba en este pueblo, viendo que el terreno no le permitia maniobrar, le ordena se retire con la artillería y una seccion de ingenieros que habia permanecido unida para su custodia.

»Reune este valiente general, ayudado de los oficiales de E. M. de su division, ayudantes y algunos oficiales, hasta cuarenta soldados, y con ellos se enciérra en las tres primeras casas, dispuesto á defenderse á toda costa, y aquel exiguo número, alentado con el ejemplo de su general, rechazan al enemigo y le impiden apoderarse de todo el pueblo, como desesperadamente intentó.

»El general Primo de Rivera dispone en el momento que se apercibe de tales sucesos, que vayan de Esquinza, en auxilio de los de Lorca, tres compañías del ba-

tallon de cazadores de Ciudad-Rodrigo, al mando de su primer jefe el bravo y entendido teniente coronel D. Juan Floran, quien reuniendo en su marcha algunos dispersos de la segunda division, atacan y arrojan del pueblo al 6.° batallon navarro, que se habia posesionado de más de la mitad. Poco despues se pone tambien á las órdenes del general Fajardo, en Lorca, el coronel del regimiento de Valencia, D. Manuel Delgado, con un fuerte peloton que pudo reunir. Los batallones de Alcalá y Barbastro, Reina y Castilla, se escalonan con el general La Portilla y brigadier Pino, tanto para proteger al general Fajardo cuanto para atender á la izquierda, que tambien era atacada, en tanto que el brigadier Acellana era encargado de sostener la posicion de San Cristóbal con dos baterías de su brigada. Cuando las dos secciones de montaña que habia en Lorca desfilaban fuera del pueblo, se apoderaron los enemigos de tres piezas, despues de muerto el teniente Navazo y estar fuera de combate 32 artilleros y bastantes mulos.

»Despues de anochecido, una fuerza enemiga, que no bajaria de 10 batallones, salidos de Villatuerta, avanzan sigilosamente hácia el Muniain, extrema izquierda de nuestra posicion de Esquinza, que estaba defendida por el batallon de reserva núm. 12, Cáceres, cuatro compañías del regimiento de la Princesa, una seccion de ingenieros y una batería de montaña. Al «quién vive» de los centinelas avanzados responden que son dispersos de Moriones que vienen á refugiarse, pro-

rumpiendo en vivas á Alfonso XII y mueras á Cárlos VII, agitando un lienzo blanco. El comandante del puesto, que era el teniente coronel de la reserva número 12, D. Pedro Mediavilla, no se deja engañar por la estratagema, despues de lo sucedido en Lácar, y manda romper el fuego, pero en el momento se encuentra la posicion atacada por los enemigos, que avanzan á los gritos de «¡Viva Cárlos VII!» «¡Arriba los navarros!» y con gran ruido de cornetas que sin cesar tocan paso de ataque.

»Sin intimidarse el valiente Mediavilla, con su batallon, compuesto de soldados que por vez primera entraban en fuego, con las compañías de la Princesa é ingenieros, resiste bravamente á los ataques de un enemigo valiente y arrojado hasta la tenacidad, que á pesar del mortífero fuego que recibe á quemaropa, avanza resueltamente hasta rebasar las trincheras, medio abiertas, corona la posicion y se apodera de la mitad de la meseta; nuestros bravos soldados, en la oscuridad de la noche, combaten al arma blanca y cuerpo á cuerpo, y logran, despues de desesperados esfuerzos y á la bayoneta, arrojar á sus enemigos de la parte conquistada y hacerlos salir de las trincheras en donde se habian parapetado. ¡Cuántos rasgos de heroismo tienen lugar en aquella oscura noche y en tan reducido recinto! El enemigo es por completo rechazado y arrojado del monte; pero no desmaya por el contratiempo ni por la dura leccion recibida; á los pocos momentos vuelve á repetir el ataque con más furia y mayor empuje que

la primera vez si es posible, aborda la posicion, rodeándola de un círculo de fuego para ocultar el verdadero punto de ataque; avanza resueltamente, y llega hasta el borde de la trinchera, en la que se encuentran un volcan de fuego y un muro de bayonetas que no es posible salvar, y si alguno logra hacerlo paga con la vida su loca tenacidad; los bravos de la Princesa, Cáceres é ingenieros se encuentran dispuestos á conservar, cueste lo que cueste, la posicion que á su valor se ha encomendado; es tambien rechazado y arrojado del cerro en este segundo desesperado ataque. Por tercera vez es abordado el cerro de Muniain, pero no ya con el ímpetu y la bravura que las dos anteriores; durante la noche se retiraron los carlistas.

»Cincuenta y dos muertos, entre ellos el teniente coronel de un batallon alaves, fueron recogidos á la mañana siguiente, y segun relacion de algunos heridos prisioneros, el enemigo retira á Estella un número muy considerable de heridos y no pocos muertos á los pueblos inmediatos. Nuestras pérdidas en la heroica defensa del cerro de Muniain consisten en el comandante Alday, segundo jefe de la reserva de Cáceres, y veintidos individuos de tropa, muertos; el teniente coronel Mediavilla, herido levemente; el capitan de ingenieros Hernandez, grave; un comandante, cinco oficiales y ochenta individuos de tropa, heridos.

»Tambien experimentaron los enemigos bajas de consideracion, que no puedo precisar, en Lácar y Lorca; las nuestras en total, como resultado de todas las

operaciones, inclusas las detalladas en el cerro de Muniain, consisten en un brigadier, herido; un jefe, cinco oficiales y ochenta y dos individuos de tropa, muertos; tres jefes, diez y seis oficiales y doscientos setenta y dos individuos de tropa, heridos; un jefe, ocho oficiales y cuarenta y cuatro de tropa, contusos; tres jefes, quince oficiales y cuatrocientos cincuenta y dos de tropa, extraviados; algunos se cree hayan sido muertos, que no se pudieron recoger.

»El resultado de estas operaciones ha sido tal como se habia proyectado, y sus consecuencias empiezan ya á sentirse en el campo enemigo. No ha sido sólo el abrirse paso y penetrar en Pamplona para socorrer la plaza angustiada por la falta de víveres; no ha sido el demostrar que sirven de bien poco las trincheras, y ménos la artillería, que no ha sido ni áun disparada por temor de perderla; las consecuencias han sido de mayor trascendencia: ha sido, á más de ocupar á Puente la Reina, de gran importancia militar el conquistar la cuarta parte de la extension superficial del territorio que en Navarra ocupaban los enemigos y sus recursos, algo más de la mitad de los que sacaban en la provincia. Se las priva de los cuantiosos que recogian en los abundantes y ricos valles que constituyen las cuencas de los rios. Irati, Aragon é izquierda del Arga; no con la facilidad que lo han hecho hasta el dia podrán pasar la frontera los convoyes de contrabando de guerra; con la posicion del importante punto del monte Esquinza están bajo el fuego de nuestros cañones más de veinte

pueblos, los más ricos de la Solana y valle de Yerri, y tenemos un centinela avanzado en el corazon del país, que necesariamente tienen que ocupar, y una constante amenaza á Estella.

»Tan importantes y extensas operaciones no han podido ménos de poner á prueba la pericia y talento militar de los distinguidos generales que las han llevado á cabo, y el valor, abnegacion y sufrimiento del ejército que me glorío en mandar.

»Las considerables ventajas obtenidas no permiten dudar del comportamiento de unos y otros. Excepcion hecha de algunos desgraciados que en momentos de confusion y de sorpresa olvidaron sus deberes, y sobre los cuales pesa ya el inexorable fallo de nuestra severa Ordenanza; todos, sin distincion de clases ni categorías, han rivalizado en decision, arrojo y energía, siguiendo el ejemplo que constantemente les ofreciera su augusto Monarca.

»Cúmpleme, sin embargo, hacer especial mencion de los Tenientes generales D. Domingo Moriones, don Fernando Primo de Rivera y del Mariscal de campo D. Eulogio Despujol, que, interpretando fielmente mis instrucciones, han realizado con exactitud y acierto las importantes y delicadas misiones que se les confiaron, acreditando una vez más su alto concepto y envidiable reputacion que han sabido conquistarse.

»Al dar cuenta á V. E. de los hechos de armas á que se debieron la toma de Laguardia y la libertad de Irun,

tiene justicia á los relevantes méritos contraidos en aquellas jornadas por el inteligente general La Portilla. Si grande fué la altura á que entónces se colocó, en nada han desmerecido sus últimos servicios al ocupar el Esquinza y apoyar al general Fajardo en la tenaz resistencia de Lorca. Tan notorio es el heroismo con que dicho general, sin más elementos que un puñado de valientes, se sostuvo en el citado punto, dando lugar á la llegada de refuerzos y á la reunion de algunos de los dispersos, que ha merecido especial y justa recomendacion de su inmediato superior el Comandante en Jefe del 2.º Cuerpo, quien lo ha propuesto para obtener en juicio contradictorio la más preciada de las recompensas militares.

»Merecida recomendacion debo hacer tambien del brigadier D. Antonio de Pino, que al frente de quinientos hombres escogidos se apoderó de la formidable posicion de San Cristóbal, coronando la difícil empresa que le habian encomendado.

»Réstame, por último, repetir á V. E. una vez más que el general Ruiz Dana, mi Jefe de E. M., con su conocimiento del país, práctica de la guerra é infatigable actividad, ha desarrollado mi pensamiento; atendiendo á los múltiples y complicados detalles que operaciones de tal magnitud entrañan, y dejando cumplidamente satisfechos mis deseos y aspiraciones.

»La necesidad de fortificar y asegurar las líneas tomadas al enemigo me han obligado á suspender mo-

mentáneamente las operaciones ofensivas, que en breve me propongo continuar. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Tafalla, 18 de Febrero de 1875.—Excmo. Sr.—Manuel de la Serna.—Excelentísimo Sr. Ministro de la Guerra.—Es copia.»

FIN DEL APÉNDICE.

ÍNDICE.

FE DE ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
22	26	movimienot...........	movimiento.
23	23	¿ Podrá ?.............	¿ Podia
42	4	à la Córte............	al Norte.
47	14	alzó..................	alce.
105	3	os....................	los
144	11	Gobernador civil......	Gobernador militar.
147	3	Ganch.................	Llauch
160	24	los caballerizos........	las caballerizas.
161	6	una...................	era
165	11	Bayeu.................	Bayen
171	13	blana.................	blanca
215	17	la carretera continuaria hasta Lorca; por donde pasa de Estella á Pamplona...........	continuaria hasta Lorca, por donde pasa la carretera de Estella á Pamplona.
266	12	Tolomeo...............	Ptolomeo.
268	16	enemigos..............	enemigas
269	4	dueñas................	dueños
291	4	columnas..............	columna
299	7	salido de.............	subido al
300	3	mandados..............	mandadas.
302	22	estén.................	están.
323	7	23....................	3
329	25	Laite.................	Loite
331	9	las descripciones......	la descripcion
333	12	entraban..............	entraba
387	16	Montesjnos............	Montesinos.
397	9	todos.................	y todos
402	3	reasumiendo...........	resumiendo
408	22	apareció..............	apareciendo
409	21	etiraba...............	retiraba
414	2	los justicias.....	las justicias.
418	25	propusieron...........	propusiera
425	18	en contrario..........	en contra
428	3	Vervius...............	Vervins
444	24	Roman.................	Ramon
453	20	y sepultura...........	y la sepultura
483	6	Añorre................	Añorbe
485	16	practicaban...........	practicaba
508	5	a.....................	la
517	17	Lorca.................	Lacar
522	1	tiene.................	hice

En el número de bajas tenidas en los diversos encuentros existe alguna diferencia entre las que consignamos nosotros y consignan los partes oficiales; diferencia nacida de las averiguaciones hechas por los generales respectivos despues de obtener nosotros en el campo de batalla los datos que nos han servido de guia. (*N. del A.*)

